THOMAS HARRIS



EL DRAGÓN ROJO

Sin una razón de peso, el agente especial Jack Crawford no habría turbado la apacible existencia y el anonimato de Will Graham, el hombre que había conseguido desenmascarar al psicópata doctor Lecter, más conocido en los medios de comunicación como «Hannibal el Caníbal».

En efecto, las circunstancias que rodean los asesinatos de dos familias en Birmingham y en Atlanta convierten al investigador Graham en un hombre imprescindible del equipo de detectives que investigan el perfil psicológico del monstruo, el «Dragón Rojo», y las horribles mutilaciones que inflige a sus víctimas.

Thomas Harris

El Dragón Rojo

Hannibal Lecter - 1

ePub r1.7
Titivillus 06.05.2022

Título original: *Red Dragon*
Thomas Harris, 1981
Traducción: Elisa López de Bullrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



… Porque la Misericordia tiene un corazón humano,
la Piedad un rostro humano,
y el Amor la divina forma humana,
y la Paz el ropaje humano.

WILLIAM BLAKE, *Cantos de la Inocencia*
Una imagen Divina

La Crueldad tiene un Corazón Humano,
y los Celos un Rostro Humano,
el Terror la Divina Forma Humana,
y el Secreto el Ropaje Humano.

El Ropaje Humano está forjado en Hierro,
la Forma Humana una Forja Ardiente,
el Rostro Humano un Horno sellado,
el Corazón Humano su Fauce Hambrienta.

WILLIAM BLAKE, *Cantos de la Experiencia*
Una Imagen Divina[1]

1

Will Graham hizo sentar a Crawford junto a una mesa de picnic, entre la casa y el océano, y le ofreció un vaso de té helado.

Jack Crawford miró la casa vieja y simpática cuyas maderas cubiertas de litre plateado resplandecían en la diáfana luz.

—Debí haberte agarrado en Marathon cuando salías de trabajar —dijo Crawford—. No querrás hablar de este asunto aquí.

—No quiero hablar de eso en ninguna parte, Jack. Tú tienes que hacerlo, de modo que adelante. Pero no se te ocurra mostrarme ni una sola fotografía. Si trajiste algunas, déjalas en tu portafolio, Molly y Willy volverán pronto.

—¿Qué es lo que sabes?

—Lo que publicaron el *Herald* de Miami y el *Times* —respondió Graham—. Dos familias asesinadas en sus casas con un mes de diferencia. Una en Birmingham y otra en Atlanta. Las circunstancias eran similares.

—Similares no. Las mismas.

—¿Cuántas confesiones hasta ahora?

—Ochenta y seis cuando llamé esta tarde —manifestó Crawford—. Todos locos. Ninguno conocía los detalles. Destroza los espejos y utiliza los pedazos rotos. Ni uno solo lo sabía.

—¿Qué otra cosa les ocultaste a los periodistas?

—Que es rubio, diestro y realmente fuerte, calza zapatos número cuarenta y cinco. Un verdadero Hércules. Las impresiones son todas de guantes de goma.

—Eso lo dijiste en público.

—No es muy hábil con las cerraduras —comentó Crawford—. Utilizó un cortavidrio y una ventosa de goma para entrar en la última casa. Ah, su sangre es AB positiva.

—¿Lo hirió alguien?

—Hasta ahora no lo sabemos. Analizamos su semen y saliva. Abundan sus secreciones —Crawford contempló el mar calmo—. Will, quiero hacerte una pregunta. Lo leiste todo en los periódicos. El segundo caso fue ampliamente comentado en la televisión. ¿Se te ocurrió alguna vez llamarme?

—No.

—¿Y por qué no?

—Al principio no había muchos detalles del primer caso, el de Birmingham. Podía haber sido cualquier cosa, una venganza, un pariente.

—Pero supiste de qué se trataba después del segundo.

—Sí. Un psicópata. No te llamé porque no quise. Ya sé con quién trabajarás en este caso. Cuentas con el mejor laboratorio. Con Heimlich en Harvard, Bloom en la Universidad de Chicago…

—Y te tengo aquí a ti, arreglando unos malditos motores de lanchas.

—No creo que fuera de mucha utilidad, Jack. Ya no pienso más en eso.

—¿De veras? Atrapaste a dos. Los dos últimos que tuvimos los atrapaste tú.

—¿Y cómo? Haciendo las mismas cosas que haces tú y los demás.

—Eso no es del todo cierto, Will. Es la forma en que piensas.

—Creo que se han dicho muchas estupideces sobre mi modo de pensar.

—Llegaste a conclusiones sin que nunca nos explicaras cómo lo hiciste.

—Las pruebas estaban a la vista —respondió Graham.

—Seguro. Seguro que estaban a la vista. Y después aparecieron muchas más. Antes del arresto teníamos tan pocas que difícilmente hubiéramos podido continuar.

—Tienes la gente necesaria, Jack. No creo que yo pueda mejorar en nada el equipo. Me mudé aquí para alejarme de todo ese ambiente.

—Lo sé. La última vez te hirieron. Ahora pareces estar bien.

—Lo estoy. Pero no es el hecho de quedar herido. A ti también te lastimaron.

—Me hirieron pero no en esa forma.

—No se trata de haber sido herido. Decidí simplemente que ya era suficiente. No creo poder explicarlo.

—Por Dios, te aseguro que comprendería perfectamente bien que ya no pudieras volver a enfrentarlo.

—No. Mira… siempre es feo tener que verlos, pero en cierta forma te las arreglas para poder funcionar, siempre y cuando estén muertos. El hospital, las entrevistas, eso es lo peor. Tienes que apartarlo de tu mente para poder seguir

pensando. No me creo capaz de hacerlo ahora. Podría obligarme a mirar, pero me resultaría imposible pensar.

—Will, estos están todos muertos —dijo Crawford lo más suavemente que pudo.

Jack Crawford escuchó el ritmo y la sintaxis de sus propias frases en la voz de Graham. Había oído a Graham hacerlo en otras oportunidades, con otras personas. A menudo, en medio de una animada conversación, Graham adoptaba la forma de hablar de su interlocutor. Al principio Crawford pensó que lo hacía deliberadamente, que era una treta para mantener el ritmo.

Pero más adelante Crawford se dio cuenta de que Graham lo hacía involuntariamente, que a veces trataba de evitarlo y no podía.

Crawford metió dos dedos en el bolsillo de su chaqueta. Arrojó luego sobre la mesa dos fotografías boca arriba.

—Todos muertos —repitió.

Graham lo miró durante un instante antes de tomar las fotos. Eran simples instantáneas: una mujer seguida por tres niños y un pato, llevando una canasta de picnic junto a la orilla de una laguna. Una familia de pie detrás de una tarta de cumpleaños.

Depositó nuevamente las fotografías sobre la mesa al cabo de medio minuto. Las puso una sobre la otra y dirigió su mirada a la playa, a lo lejos, donde el chico en cuclillas examinaba algo en la arena.

La mujer lo observaba, apoyada su mano sobre la cadera mientras la espuma de las olas se arremolinaba en torno a sus tobillos. Se inclinó hacia atrás para sacudirse el pelo mojado pegoteado sobre la espalda.

Graham, haciendo caso omiso de su visita, observó a la mujer y al muchacho durante un lapso igual al que había dedicado a mirar las fotos.

Crawford estaba contento. Con el mismo esmero que había puesto para elegir el lugar de la conversación, cuidó que la satisfacción no se reflejara en su rostro. Le pareció que había conseguido a Graham. Tenía que dejarlo recapacitar.

Aparecieron tres perros increíblemente feos que se echaron junto a la mesa.

—Dios mío… —murmuró Crawford.

—Probablemente son perros. La gente los abandona continuamente por aquí cuando son pequeños —explicó Graham—. Puedo deshacerme de los más o menos lindos y el resto se queda dando vueltas por el lugar hasta que son más grandes.

—Están bastante gordos.

—Molly tiene un corazón muy blando y le dan lástima.

—Qué buena vida debes pasar aquí, Will. Con Molly y el chico. ¿Cuántos años tiene?

—Once.

—Es un lindo muchacho. Va a ser más alto que tú.

—Su padre lo era —afirmó Graham—. Tengo suerte de poder estar aquí. Lo sé.

—Quería traer a Phyllis a Florida. Me gustaría conseguir un lugar para instalarme cuando me jubile y dejar de vivir como un topo. Ella dice que todas sus amigas están en Arlington.

—Siempre quise agradecerle los libros que me llevó al hospital pero nunca lo hice. Hazlo por mí.

—Lo haré.

Dos pequeños y coloridos pajaritos se posaron sobre la mesa esperando encontrar algo dulce. Crawford los observó mientras daban pequeños saltitos de uno a otro lado hasta que finalmente volaron.

—Will, este degenerado parece actuar siguiendo las fases de la luna. Asesinó a los Jacobi en Birmingham la noche del sábado 28 de junio, noche de luna llena. Mató a la familia Leeds en Atlanta anteanoche, 26 de julio. Un día antes de cumplido el mes lunar. De modo que si tenemos suerte, todavía nos quedan un poco más de tres semanas hasta que vuelva a actuar.

»No creo que tú quieras esperar aquí en los cayos y enterarte del próximo caso por medio del *Herald*. Caray, no soy el Papa, no estoy diciéndote lo que debes hacer, pero quiero preguntarte una cosa: ¿mi opinión significa algo para ti, Will?

—Sí.

—Creo que las posibilidades de atraparlo rápido son mayores si tú nos ayudas. Vamos, Will, anímate y danos una mano. Ve a Atlanta y a Birmingham a echar un vistazo y luego pasa por Washington.

Graham no contestó.

Crawford esperó hasta que cinco olas rompieron en la playa.

Se puso entonces de pie y se echó la chaqueta de su traje sobre un hombro.

—Conversaremos después de la comida.

—Quédate a comer con nosotros.

Crawford meneó la cabeza.

—Volveré más tarde. Debe de haber mensajes en el Holiday Inn y tengo que

hacer unas cuantas llamadas. De todos modos agradécele a Molly de mi parte.

El automóvil alquilado por Crawford levantó una fina capa de polvo que se depositó sobre los arbustos próximos al camino de grava.

Graham volvió junto a la mesa. Tenía miedo de que ése fuera su último recuerdo del cayo Sugarloaf: hielo derritiéndose en dos vasos con té, servilletas de papel cayendo de la mesa impulsadas por la suave brisa y Molly y Willy allá lejos en la playa.

Atardecer en Sugarloaf: las garzas inmóviles y el disco rojo del sol haciéndose más grande cada segundo.

Will Graham y Molly Foster Graham estaban sentados sobre un tronco desteñido arrastrado por la marea, sus caras tenían un tinte anaranjado por el reflejo del sol poniente y sus espaldas estaban envueltas en sombras violáceas. Ella le tomó la mano.

—Crawford pasó por la tienda para verme antes de venir aquí —dijo—. Me pidió la dirección. Traté de llamarte. Creo que de vez en cuando deberías contestar el teléfono. Vimos el automóvil cuando llegamos a casa y dimos la vuelta hacia la playa.

—¿Qué más te preguntó?

—Cómo estabas.

—¿Qué le contestaste?

—Que estabas bien y que debería dejarte tranquilo. ¿Qué quiere que hagas?

—Ver unas pruebas. Soy especialista forense, Molly. Has visto mi diploma.

—Lo que vi fue cómo remendaste una rajadura en el papel del techo con tu diploma —Se sentó a horcajadas sobre el tronco para mirarlo de frente—. Si extrañaras tu otra vida, lo que hacías antes, supongo que hablarías de ello. Jamás lo haces. Ahora estás tranquilo, cómodo y comunicativo, y eso me encanta.

—Lo pasamos bien, ¿verdad?

Ese único y lento parpadeo le indicó que debería haber dicho algo mejor, pero ella insistió antes de que pudiera corregirlo.

—Lo que hiciste por Crawford fue malo para ti. Él tiene muchas otras personas, supongo que todo el bendito departamento. ¿Es posible que no pueda dejarnos en paz?

—¿Crawford no te lo contó? Fue mi jefe las dos veces que dejé la Academia del FBI para volver al campo de batalla. Esos dos casos fueron los únicos de ese

tipo que jamás había tenido y hace mucho tiempo que Jack está en el FBI. Ahora se le ha presentado otro. Esta clase de psicópata es muy poco común. Él sabe que yo he tenido experiencia.

—Sí, así es —respondió Molly. Por la camisa desabrochada de Will podía ver la curva de la cicatriz sobre el estómago. Era sobresaliente y de un dedo de ancho y jamás se bronceaba. Corría desde la cadera izquierda y se torcía hasta alcanzar las costillas del lado opuesto.

Se la había hecho el doctor Hannibal Lecter con un cuchillo el año anterior a que Molly conociera a Graham. Casi lo llevó a la tumba. El doctor Lecter, apodado por los periódicos «Hannibal el Caníbal», era el segundo psicópata que había atrapado Will Graham.

Cuando salió finalmente del hospital, presentó su renuncia a la Oficina Federal de Investigaciones, abandonó Washington y se puso a trabajar como mecánico de motores diésel para lanchas en un astillero de Marathon, en los cayos de Florida. Se había criado haciendo ese tipo de trabajo. Dormía en una casa rodante en el astillero hasta que apareció Molly y su destartalada mansión del cayo Sugarloaf.

Él se sentó también a horcajadas sobre el tronco y aferró las manos de Molly. Los pies de ella se deslizaron bajo los de Graham.

—Muy bien, Molly. Crawford cree que yo tengo un olfato especial para los monstruos. Es casi como una superstición.

—¿Y tú piensas como él?

Graham contempló tres pelícanos que volaban en fila sobre los bajíos del mar.

—Molly, un psicópata inteligente, especialmente un sádico, es muy difícil de atrapar por varias razones. En primer lugar porque no existe un motivo que se pueda rastrear. De modo que esa posibilidad queda descartada. Y generalmente no podrás contar con ninguna ayuda por parte de soplones. Verás, en la mayoría de los arrestos es más importante el papel de los soplones que el de los detectives, pero en casos como éste no hay soplones. Quizás él ni siquiera sabe lo que está haciendo. De modo que debes aprovechar todas las pruebas que tengas y deducir lo demás. Tienes que tratar de reconstruir su forma de pensar. Tratar de encontrar pautas.

—Y seguirlo y enfrentarlo —señaló Molly—. Tengo miedo de que si te lanzas tras ese maniático, o lo que sea, te haga lo mismo que te hizo el último. Exactamente. Y eso es lo que me aterra.

—Nunca me verá ni conocerá mi nombre, Molly. La policía será la encargada de detenerlo si es que lo encuentran. Yo no. Todo lo que Crawford quiere es otro punto de vista.

Ella observó el sol color púrpura que parecía desparramarse sobre el mar. Unos cirros altos resplandecían sobre él.

A Graham le encantaba la forma en que Molly giraba la cabeza, ofreciéndole con gran naturalidad su peor perfil. Podía ver latir el pulso en su cuello y recordó súbita e intensamente el sabor a sal en su piel. Tragó y dijo:

—¿Qué demonios puedo hacer?

—Lo que ya has decidido. Si te quedas aquí y ocurren nuevas muertes tal vez eso te haga odiar este lugar, a la hora señalada y todas esas tonterías. Si fuera así, no me harías realmente ninguna pregunta.

—¿Y qué responderías si te hiciera una pregunta?

—Quédate aquí conmigo. Conmigo. Conmigo. Conmigo. Y Willy, lo incluiría también a él si sirviera de algo. Se supone que debo secarme los ojos y agitar mi pañuelo. Si las cosas no funcionan bien, tendré la satisfacción de que hiciste lo correcto. Durará tanto como el toque de silencio. Entonces podré volver a casa y conectar un solo lado de la manta eléctrica.

—Estaré detrás de todos.

—No lo creo ni por un minuto. Qué egoísta soy, ¿verdad?

—No me importa.

—A mí tampoco. Esto es tan agradable y pacífico. Todo lo que te pasó antes contribuye para que lo sepas. Para que lo valores, quiero decir.

Él asintió.

—No quiero perderlo por nada del mundo —dijo Molly.

—No. No lo perderemos.

Oscureció rápidamente y Júpiter apareció, bajo, en el sudoeste.

Crawford volvió después de la comida. Se había quitado la chaqueta y la corbata y arremangado la camisa para parecer más informal. A Molly le parecieron repulsivos los gruesos y pálidos antebrazos de Crawford. Le daba la impresión de ser un maldito mono sabio. Le sirvió una taza de café bajo el ventilador del porche y se sentó junto a él mientras Graham y Willy salían a darles de comer a los perros. No dijo una sola palabra. Las mariposas golpeaban suavemente contra las persianas.

—Tiene muy buen aspecto, Molly —dijo Crawford—. Ambos lo tienen, delgados y bronceados.

—Diga lo que diga se lo llevará, ¿verdad?

—Sí. Tengo que hacerlo. Es preciso. Pero le juro por Dios, Molly, que trataré de que sea lo más llevadero posible para él. Ha cambiado. Qué gran cosa que se casaran.

—Cada vez se siente mejor. Ya no sueña tan seguido. Estuvo realmente obsesionado por los perros durante un tiempo. Pero ahora sólo se ocupa de ellos; no habla de ellos constantemente. Usted es su amigo, Jack. ¿Por qué no puede dejarlo en paz?

—Porque tiene la mala suerte de ser el mejor. Porque no piensa como los demás. Porque no sé cómo nunca se ha encasillado.

—Él cree que usted quiere que vea unas pruebas.

—Quiero que vea unas pruebas. No hay nadie mejor para eso. Pero tiene esa otra cosa además. Imaginación, percepción, lo que sea. Pero esa parte no le gusta.

—Si usted la tuviera tampoco le gustaría. Prométame algo, Jack. Prométame que se encargará de que no se acerque demasiado. Creo que lo destruiría tener que luchar.

—No tendrá que luchar. Puedo prometérselo.

Molly ayudó a Graham a preparar su equipaje una vez que terminó con los perros.

2

Will Graham condujo lentamente el automóvil mientras pasaba frente a la casa en la que había vivido y muerto la familia de Charles Leeds. Las ventanas estaban a oscuras. Una luz brillaba en el patio. Estacionó el automóvil a dos cuadras y caminó en medio de la cálida noche, llevando en una caja de cartón el informe de los detectives de la policía de Atlanta.

Graham había insistido en ir solo. La razón que le dio a Crawford había sido que cualquier otra persona que estuviera en la casa lo distraería. Tenía otra, una privada: no sabía cómo iba a comportarse. No quería que un par de ojos lo estuvieran mirando todo el tiempo.

Había reaccionado bien en la morgue.

La casa de ladrillos de dos pisos se alzaba en un lote arbolado, alejada de la calle. Graham permaneció un buen rato bajo los árboles contemplándola. Trató de conservar la calma en su interior. En su mente, un péndulo de plata se mecía en la oscuridad. Esperó hasta que el péndulo se quedó quieto.

Unos pocos vecinos pasaron en sus automóviles; miraban la casa pero rápidamente volvían la cabeza. El lugar donde se ha cometido un crimen resulta desagradable para el vecindario, como si fuera el rostro de alguien que los traicionó. Solamente los forasteros y los niños se detenían a mirarla.

Las persianas estaban levantadas. Graham se alegró de ello. Significaba que no había entrado ningún pariente. Los parientes siempre bajan las persianas.

Caminó hacia un costado de la casa, moviéndose cuidadosamente, sin utilizar la linterna. Se detuvo dos veces para escuchar. La policía de Atlanta sabía que estaba allí, pero los vecinos no. Debían de estar nerviosos. Podrían dispararle.

Al mirar por una ventana de atrás pudo ver la luz del patio del frente que se filtraba sobre las siluetas de los muebles. El aire estaba saturado por el perfume del jazmín del Cabo. Un porche enrejado se extendía casi a todo lo largo de la

parte de atrás de la casa. En la puerta del porche podía verse el sello de la policía de Atlanta. Graham rompió el sello y entró.

El vidrio que la policía había quitado de la puerta que comunicaba el porche con la cocina, había sido reemplazado por una madera terciada. Abrió la puerta a la luz de la linterna utilizando la llave que le había dado la policía. Tenía ganas de encender las luces. Tenía ganas de colocarse su reluciente insignia y hacer algunos ruidos que justificaran su presencia en la silenciosa casa en la que habían muerto cinco personas. Pero no hizo nada. Entró a la oscura cocina y se sentó a la mesa de desayuno.

La llama azul del piloto de la cocina brillaba en la oscuridad. Percibió olor a limpiamuebles y a manzanas.

El termostato hizo clic y comenzó a funcionar el aire acondicionado. Graham se sobresaltó al oír el ruido y sintió miedo. Tenía larga experiencia con el miedo. Podría controlarlo en esa oportunidad. Estaba simplemente asustado pero podría seguir adelante.

Veía y oía mejor cuando estaba asustado; no podía hablar tan concisamente y a veces el miedo lo volvía algo grosero. No había nadie allí con quien hablar; nadie ya a quien pudiese ofender.

La locura irrumpió en esa casa a través de esa puerta y entró a esa cocina avanzando sobre unos pies con zapatos número cuarenta y cinco. Sentado en medio de la oscuridad, Graham olfateaba la locura como un sabueso huele una camisa.

Durante todo el día y parte de la tarde había estudiado el informe de la sección de homicidios de Atlanta. Recordaba que la policía, al entrar a la cocina, encontró encendida la luz de la campana de ventilación. La encendió.

Dos rectángulos de tela bordada y enmarcada colgaban de la pared a ambos lados de la cocina. En uno podía leerse: «Los besos se olvidan, la buena cocina no». Y en el otro: «Es a la cocina donde prefieren venir nuestros amigos para sentir el pulso de la casa y solazarse en su trajín».

Graham miró su reloj. Once y media. Según el patólogo, las muertes habían ocurrido entre las once de la noche y la una de la madrugada.

En primer lugar estaba la entrada. Se puso a pensar en eso…

> *El demente deslizó el gancho de la puerta exterior de alambre tejido. Permaneció en la oscuridad del porche y sacó algo de su bolsillo.*

Una ventosa. Tal vez la base de un sacapuntas diseñado para adherirse a la tapa del escritorio.

Acurrucado junto a la parte inferior, de madera, de la puerta de la cocina, el maniático alzó la cabeza para espiar por el vidrio. Sacó la lengua y lamió la ventosa, la apretó contra el vidrio y torció el mango para que se adhiriera. Un pequeño cortavidrios estaba sujeto a la ventosa con un cordel, como para poder cortar un círculo.

El débil chirrido del cortavidrios y un golpe seco para quebrar el cristal. Una mano para golpear y otra para sujetar la ventosa. El vidrio no debía caer. El pedazo era ligeramente ovalado porque el cordel se enroscó alrededor del mango de la ventosa al cortar el cristal. Un ligero ruido mientras tira el pedazo de vidrio hacia afuera. No le importa dejar rastros de saliva del tipo AB en el vidrio.

La mano cubierta por un ajustado guante se desliza en el agujero, hasta encontrar la cerradura. La puerta se abre silenciosamente. Ya está adentro. La luz de la campana le permite ver su cuerpo en esa cocina extraña. Reina una fresca y agradable temperatura en el interior de la casa.

Will Graham ingirió dos Di-Gels. Le molestó el crujido del celofán al guardar el paquete en su bolsillo. Atravesó el living sujetando la linterna lo más apartada de él que podía, por pura costumbre. A pesar de haber estudiado bien la planta, hizo un giro equivocado antes de encontrar la escalera. No crujía.

En ese momento estaba parado en la entrada del dormitorio principal. Podía ver vagamente sin utilizar la linterna. El reloj digital que estaba sobre la mesa de noche, proyectaba la hora en el cielo raso y una luz anaranjada titilaba en la pared junto al baño. Era intenso el olor dulzón a sangre.

Los ojos acostumbrados a la oscuridad podían ver bastante bien. El maniático pudo distinguir al señor Leeds de su esposa. Había luz suficiente como para permitirle cruzar el cuarto, agarrar a Leeds por el pelo y degollarlo. ¿Y después qué? ¿Vuelta al interruptor de luz en la pared, un saludo a la señora Leeds y luego el disparo que la inmovilizó?

Graham encendió la luz y las manchas de sangre parecieron insultarlo desde las paredes, el colchón y el piso. El mismo aire parecía salpicado de alaridos. Se

sintió acobardado por el ruido de ese silencioso cuarto repleto de manchas oscuras.

Graham se sentó en el piso hasta que su mente se serenó. «Tranquilo, tranquilo, quédate tranquilo».

La cantidad y variedad de manchas de sangre desconcertaba a los detectives de Atlanta que trataban de reconstruir el crimen. Todas las víctimas habían sido encontradas muertas en sus camas. Eso no concordaba con la ubicación de las manchas.

Al principio creyeron que Charles Leeds había sido atacado en el dormitorio de su hija y su cuerpo, arrastrado hasta el dormitorio principal. Pero un detenido examen de las salpicaduras les hizo reconsiderar esa teoría.

Todavía no habían quedado determinados exactamente los movimientos del asesino en los diferentes cuartos.

Con la ventaja de la autopsia y los datos suministrados por el laboratorio, Will Graham comenzó a ver cómo había ocurrido.

El intruso degolló a Charles Leeds mientras dormía junto a su esposa, regresó al interruptor de la luz en la pared y encendió las luces (pelos y fijador de la cabeza del señor Leeds fueron dejados en la placa del interruptor por un guante suave). Le disparó a la señora Leeds cuando se incorporó y luego se dirigió a los cuartos de los chicos.

Leeds se levantó con la garganta seccionada y trató de proteger a sus hijos, dejando a su paso grandes gotas de sangre y el inconfundible rastro de una arteria cortada mientras trataba de luchar. Fue empujado hacia un lado, cayó y murió con su hija en el dormitorio de ella.

Uno de los dos niños fue muerto en la cama de un disparo. El otro fue encontrado también en la cama, pero tenía en el pelo pequeñas bolitas de tierra. La policía creía que había sido sacado primero de debajo de la cama y luego muerto de un balazo.

Cuando estaban todos muertos, a excepción posiblemente de la señora Leeds, comenzó el destrozo de espejos, la selección de trozos y la ulterior dedicación a la señora Leeds.

En la caja de cartón Graham tenía copias de los informes completos de las autopsias. Allí estaba el de la señora Leeds. La bala había entrado a la derecha

de su ombligo y se había alojado en la espina dorsal pero la mujer había muerto por estrangulamiento.

El aumento del nivel de serotonina y de histaminas en la herida de bala indicaba que había vivido por lo menos cinco minutos después del disparo. El nivel de la histamina era mucho más alto que el de serotonina, por lo tanto no había sobrevivido más de quince minutos. La mayoría de sus otras heridas habían sido hechas, probablemente, después de muerta.

Si las demás heridas eran *postmortem* ¿qué hacía el asesino en ese intervalo mientras la señora Leeds esperaba la muerte? En eso pensaba Graham. Luchar con Leeds y matar a los otros, por supuesto, pero eso no le habría llevado más de un minuto. Romper los espejos. ¿Y qué más?

Los detectives de Atlanta eran muy meticulosos. Habían medido y fotografiado todo exhaustivamente, limpiaron y rastrillaron y retiraron las válvulas de los desagües. No obstante Graham lo revisó todo por su cuenta.

Sabía dónde habían sido encontrados los cadáveres gracias a las marcas hechas por la policía en los colchones y a las fotografías que tomaron. Las pruebas —rastros de nitrato en las sábanas en los casos de heridas de bala— indicaban que habían sido encontrados en posiciones aproximadas a aquéllas en que habían muerto.

Pero la profusión de manchas de sangre y de marcas y huellas borrosas en la alfombra del hall seguían sin poder explicarse. Uno de los detectives sugirió que algunas de las víctimas habían tratado de escapar del asesino arrastrándose. Graham no estaba de acuerdo; evidentemente el criminal las había movido después de muertas y luego las había colocado nuevamente en el lugar donde estaban cuando las asesinó.

Era obvio lo que había hecho con la señora Leeds. Pero ¿y los demás? No los había desfigurado, como hizo con la señora Leeds. Cada uno de los niños tenía una única herida de bala en la cabeza. Charles Leeds se desangró hasta morir, contribuyendo la sangre aspirada. La única marca adicional que presentaba era superficial, la de una atadura alrededor del pecho, aparentemente *postmortem*. ¿Qué hizo con ellos el asesino después de matarlos?

Graham sacó de la caja las fotografías policiales, los informes del laboratorio sobre los diferentes tipos de sangre y las manchas orgánicas del cuarto y muestras comunes para comparación de trayectorias de regueros de sangre.

Repasó minuciosamente todos los dormitorios del primer piso, tratando de hacer coincidir las heridas con las manchas, tratando de trabajar marcha atrás.

Dibujó cada mancha en un plano en escala del dormitorio principal, valiéndose del muestrario para comparar y poder así estimar la dirección y velocidad del goteo. En esta forma esperaba poder descubrir la posición de los cuerpos en diferentes momentos.

Había una hilera de tres manchas que subían y daban la vuelta a un rincón de la pared del dormitorio y tres pequeñas manchas en la alfombra debajo de ellas. La pared de la cabecera de la cama estaba manchada del lado donde había estado Charles Leeds y se veían las marcas de unos golpes sobre los zócalos. El diagrama de Graham empezó a parecerse a esos juegos de entretenimiento en que deben unirse los números con una raya para obtener un dibujo, pero en este caso no había números. Se quedó contemplándolo, miró nuevamente la habitación, y luego retomó el dibujo hasta sentir que su cabeza estaba por estallar.

Entró al baño y tomó sus dos últimas pastillas de Bufferin, utilizando las manos para beber el agua de la canilla del lavatorio. Se mojó la cara y la secó luego con el faldón de su camisa. El agua se derramó sobre el piso. Había olvidado que habían quitado las válvulas y sifones de los desagües. De no ser por eso, el baño estaba perfecto, a excepción del espejo roto y de los rastros del polvo rojo utilizado para las impresiones digitales llamado Sangre de Dragón. Los cepillos de dientes, las cremas faciales, la afeitadora, todo estaba en su lugar.

Daba la impresión de que el baño todavía era utilizado por la familia. Las medias de la señora Leeds colgaban todavía del toallero donde las había dejado para que se secaran. Advirtió que había cortado la pierna de un par que tenía unos puntos corridos, para poder utilizar dos pares de una sola pierna, y en esa forma ahorrar dinero. La pequeña y modesta economía de la señora Leeds le llegó muy hondo; Molly hacía exactamente lo mismo.

Graham se deslizó por una ventana hacia el techo del porche y se quedó sentado sobre las ásperas tejas. Abrazó las rodillas al sentir el frío de la camisa húmeda en su espalda y resopló para ahuyentar el olor a masacre que impregnaba su nariz.

Las luces de Atlanta iluminaban el cielo y resultaba difícil poder contemplar las estrellas. Debía de ser una noche clara en los Cayos. Podría estar junto a Molly y Willy, esperando ver las estrellas fugaces y escuchar el ruido que ellos tres juraban que hacían al caer. La lluvia de meteoros del Delta Aquarid estaba en su punto máximo y Willy estaría observándola.

Se estremeció y resopló nuevamente. No quería pensar en Molly en ese

momento. Era de mal gusto y lo perturbaba.

Graham tenía serios problemas con el gusto. A menudo sus pensamientos no eran placenteros. No existían divisiones categóricas en su mente. Lo que veía y aprendía influía en todo lo que ya sabía. Resultaba difícil convivir con algunas combinaciones.

Pero no podía preverlas, no podía bloquearlas y suprimirlas. Sus principios de decencia y corrección subsistían, escandalizados por sus asociaciones, absortos por sus sueños; le daba lástima que en ese campo de batalla que era su cráneo, no existieran defensas para lo que amaba. Sus asociaciones se presentaban a la velocidad de la luz. Sus juicios sobre valores, a ritmo mesurado. Nunca lograban mantenerse a la par y dirigir su pensamiento.

Consideraba su mentalidad algo grotesca pero útil, como una silla hecha con cornamenta. Mas no podía hacer nada al respecto.

Graham apagó las luces de la casa y salió por la cocina. En el extremo más alejado del porche de atrás, la luz de su linterna iluminó una bicicleta y una canasta de paja para perros. Había una casilla de perro en el patio posterior y un plato junto a los escalones.

Las pruebas indicaban que los Leeds habían sido sorprendidos mientras dormían.

Sujetó la linterna entre el pecho y el mentón y escribió una nota: Jack, ¿dónde estaba el perro?

Graham regresó a su hotel. Tenía que concentrarse en el manejo del automóvil, por más que a esa hora, las cuatro de la mañana, no había mucho tráfico. Seguía doliéndole la cabeza y buscó una farmacia de turno.

Encontró una en Peachtree. Un desaliñado sereno dormía junto a la puerta. Un farmacéutico con una chaqueta sucia sobre la que resaltaba más su caspa, le vendió Bufferin. El reflejo de la luz del local le resultaba molesto. A Graham no le gustaban los farmacéuticos jóvenes. Tenían un aspecto de cachorros raquíticos. A menudo eran relamidos y sospechaba que eran desagradables en sus casas.

—¿Qué más? —preguntó el farmacéutico con los dedos apoyados sobre las teclas de la máquina registradora—. ¿Qué más?

La oficina del FBI de Atlanta le había reservado una habitación en un absurdo hotel próximo al nuevo Peachtree Center. Tenía unos ascensores de vidrio en forma de capullos como para que no le cupieran dudas de que estaba realmente en la ciudad.

Graham subió a su cuarto acompañado por dos miembros de una convención en cuyos distintivos estaba impreso, además de su nombre, el saludo «¡Hola!». Ambos se agarraron del pasamanos y echaron una mirada al vestíbulo mientras subían.

—Mira allí, un poco más lejos del mostrador, es Wilma y los otros que acaban de regresar —dijo el más grande—. Maldita sea, cómo me gustaría arrancarle un pedacito.

—Hacerle el amor hasta que le sangre la nariz —señaló el otro.

Miedo y deseo y rabia por el miedo.

—¿Sabes por qué las mujeres tienen piernas?

—¿Por qué?

—Para no dejar un rastro como el caracol.

Las puertas del ascensor se abrieron.

—¿Llegamos? Sí, ya llegamos —afirmó el grandote, tambaleándose contra las puertas al salir.

—Este es el ciego que guía al otro ciego —comentó el otro.

Graham depositó la caja de cartón sobre la cómoda de su cuarto. Pero luego la guardó en un cajón para quitarla de su vista. Ya había tenido suficiente por ese día con esos muertos de ojos abiertos. Tenía ganas de llamar a Molly pero era demasiado temprano.

A las ocho de la mañana debía presentarse en el departamento central de la policía de Atlanta. No tenía mucho que contarles.

Trataría de dormir. Su mente parecía un ruidoso vecindario repleto de disputas y en uno de sus pasillos había una pelea. Se sentía entumecido y vacío; se sirvió dos dedos de whisky en el vaso del baño y los bebió antes de acostarse. La oscuridad parecía aplastarlo. Encendió la luz del baño y se metió nuevamente en cama. Imaginó que Molly estaba en el baño cepillándose el pelo.

Párrafos del informe de la autopsia resonaban con su propia voz, aunque nunca los había leído en voz alta: «… las heces estaban formadas. Un rastro de talco en la parte inferior de la pierna derecha. Fractura de la pared de la órbita debido a la inserción de un trozo de espejo».

Graham trató de pensar en la playa del Cayo Sugarloaf y escuchar el ruido del oleaje. La imagen de su banco de trabajo acudió a su mente y pensó en el escape para el reloj de agua que él y Willy estaban fabricando. Cantó *Whiskey River* en voz baja y trató de repasar mentalmente *Black Mountain Rag* del principio al fin. La canción de Molly. La parte de la guitarra de Doc Watson salía

perfecta, pero siempre se perdía cuando entraban los violines. Molly había tratado de enseñarle a zapatear en el patio de atrás de la casa y comenzó a saltar, hasta que por fin se durmió.

Se despertó al cabo de una hora rígido y empapado en sudor y la silueta de la otra almohada contra la luz del baño se transformó en la señora Leeds acostada junto a él, mordida y destrozada, con espejos en sus ojos y sangre sobre las sienes y orejas como si fueran patillas de anteojos. No podía girar la cabeza para mirarla. Lanzó mentalmente un alarido y estiró la mano hasta tocar la tela seca.

Esa acción le proporcionó un alivio inmediato. Se levantó; el corazón le latía fuertemente, y se cambió la camiseta por otra seca. Tiró la camiseta mojada en la bañera. No podía moverse al lado seco de la cama. En cambio puso una toalla sobre la parte empapada por su transpiración y se instaló sobre ella, recostándose contra la cabecera con un buen whisky en la mano. De un trago vació la tercera parte del contenido del vaso.

Buscó algo en qué pensar, cualquier cosa. La farmacia en la que había comprado el Bufferin; tal vez porque era la única experiencia de ese día que no estaba relacionada con la muerte.

Recordaba los viejos *drugstores* y sus helados. De chico pensaba que los *drugstores* tenían cierto aire furtivo. Cuando uno entraba siempre pensaba en comprar preservativos, así los necesitara o no. Había cosas en los estantes a las que no se debía mirar mucho.

En la farmacia en la que compró el Bufferin, los anticonceptivos con sus envolturas cubiertas de ilustraciones se exhibían en estuches de plástico en la pared de atrás de la caja, enmarcados como objetos de arte.

Prefería el *drugstore* y los helados de su niñez. Graham estaba próximo a los cuarenta años y empezaba a sentirse tironeado por el mundo de antaño; como un ancla de mar con mal tiempo.

Pensó en Smoot. El viejo Smoot que servía los helados y atendía el *drugstore* local, propiedad del farmacéutico, cuando Graham era chico. Smoot, que bebía durante las horas de trabajo, se olvidaba siempre de bajar el toldo y las suelas de las zapatillas se derretían en la vidriera. Smoot, que olvidó desenchufar la cafetera hasta que hubo que llamar a los bomberos. Smoot, que les fiaba helados a los chicos.

Su crimen mayor fue encargar cincuenta muñecas Kewpie a un mayorista cuando el dueño del negocio estaba de vacaciones. A su regreso el propietario despidió a Smoot por una semana. Y entonces realizaron una liquidación de

muñecas Kewpie. Cincuenta muñecas fueron dispuestas en semicírculo en la vidriera de forma que todas miraban a cualquiera que se parara a contemplarlas.

Tenían grandes ojos de color azul. Era una exhibición sorprendente y Graham se quedó mirándola durante un buen rato. Sabía que eran solamente muñecas Kewpie pero se sentía el centro de su atención. Eran tantas las que lo miraban. Muchas personas se pararon para contemplarlas. Muñecas de yeso, todas con el mismo rulito ridículo, sin embargo sus miradas fijas le habían provocado un cosquilleo en la cara.

Graham comenzó a relajarse un poco. Muñecas Kewpie mirándolo fijo. Se dispuso a beber un trago, se atoró y lo escupió sobre su pecho. Manoteó para encender la luz de la lamparita de la mesa de noche y sacó la caja del cajón de la cómoda. Buscó los informes de la autopsia de los tres niños Leeds y sus diagramas del dormitorio principal y los desparramó sobre la cama.

Allí estaban las tres manchas de sangre en línea oblicua en el rincón y las otras en la alfombra. Encontró las medidas de los tres chicos. Hermano, hermana, hermano mayor. Coincide. Coincide. Coincide.

Habían estado sentados en fila contra la pared mirando hacia la cama. Un público. Un público muerto. Y Leeds. Atado por el pecho contra la cabecera. Dispuesto como para que pareciera que estaba sentado en la cama. Por eso tenía la marca de una atadura y estaba manchada la pared encima de la cabecera.

¿Qué estaban observando? Nada; todos estaban muertos. Pero tenían los ojos abiertos. Estaban mirando una actuación en la que las estrellas eran el maniático y el cadáver de la señora Leeds, además del señor Leeds sentado en la cama. Espectadores. A los que el loco les podía mirar las caras.

Graham se preguntó si habría encendido una vela. La luz vacilante habría simulado una expresión en sus rostros. Pero no se encontró ninguna vela. Tal vez se le ocurriera hacerlo la próxima vez.

Ese primer y pequeño nexo con el asesino dolía y pinchaba como una sanguijuela. Graham mordió la sábana, abstraído en sus pensamientos.

«¿Por qué los movió nuevamente? ¿Por qué no los dejó como estaban?», se preguntó Graham. «Hay algo que usted no quiere que yo sepa sobre su persona. Vaya, hay algo que lo avergüenza. ¿O se trata de algo que usted no puede permitirse que yo sepa?».

«¿Les abrió los ojos?».

«La señora Leeds era encantadora, ¿verdad? Usted encendió la luz después de degollarlo para que la señora Leeds pudiera verlo desplomarse ¿no es así? Era

desesperante tener que usar guantes cuando la tocó, ¿verdad?».

Tenía talco en la pierna.

No había talco en el baño.

Parecía que alguna otra persona hubiera expresado esas dos verdades en voz baja.

«Se quitó los guantes, ¿no es así? El polvo cayó de un guante de goma cuando se lo quitó para tocarla ¿NO ES ASÍ, HIJO DE PUTA? La tocó con sus manos desnudas y luego se puso nuevamente los guantes y borró sus impresiones. Pero ¿LES ABRIÓ LOS OJOS, cuando no tenía puestos los guantes?».

Jack Crawford contestó el teléfono la quinta vez que sonó. Había atendido varias veces el teléfono durante esa noche y no estaba aturdido.

—Jack, soy Will.

—Sí, Will.

—¿Sigue estando Price en Huellas Ocultas?

—Sí. No sale mucho ya. Está trabajando en el índice de impresión única.

—Creo que debería venir a Atlanta.

—¿Por qué? Tú mismo dijiste que el tipo que trabajaba aquí era bueno.

—Es bueno, pero no tanto como Price.

—¿Qué quieres que haga? ¿Dónde tendría que buscar?

—En las uñas de las manos y los pies de la señora Leeds. Están pintados, es una superficie lisa. Y las córneas de los ojos de todos. Creo que se quitó los guantes, Jack.

—Cielos, Price va a tener que salir a toda carrera —dijo Crawford—. El funeral se realizará esta tarde.

3

—Creo que la tocó —afirmó Graham al saludarlo.

Crawford le alcanzó una gaseosa de la máquina en la sede central de la policía de Atlanta. Eran las 7.50.

—Por supuesto, la movió de un lado a otro —respondió Crawford—. Tenía marcas en las muñecas y detrás de las rodillas. Pero todas las impresiones que se encontraron en el lugar son de guantes no porosos. No te preocupes, Price ya llegó, viejo rezongón. En estos momentos está camino de la funeraria. La morgue entregó anoche los cuerpos, pero la empresa de pompas fúnebres no ha hecho nada todavía. Pareces agotado. ¿Dormiste algo?

—Una hora, quizá. Creo que la tocó sin los guantes.

—Espero que tengas razón, pero el laboratorio de Atlanta jura que usó todo el tiempo guantes de cirujano —insistió Crawford—. Los pedazos de espejo tenían esas impresiones lisas. El índice en la parte posterior del trozo incrustado en la vagina, un pulgar borroneado en la parte anterior.

—Lo repasó después de haberlo colocado, posiblemente para poder ver su asquerosa cara —dijo Graham.

—El que tenía en la boca estaba teñido de sangre. Como los de los ojos. En ningún momento se quitó los guantes.

—La señora Leeds era una mujer bonita —señaló Graham—. ¿Viste las fotos de la familia, verdad? En circunstancias íntimas a mí me habría gustado tocar su piel ¿a ti no?

—*¿Íntimas?* —Crawford no pudo evitar a tiempo un matiz de repugnancia en su voz. Súbitamente empezó a hurgar en sus bolsillos en busca de cambio.

—Íntimas; era algo privado. Todos los demás estaban muertos. Podía permitirse que tuvieran los ojos abiertos o cerrados, a voluntad.

—Como le diera la gana —asintió Crawford—. Inspeccionaron por supuesto su piel para ver si encontraban impresiones digitales. Nada. Consiguieron una borrosa de una mano en el cuello.

—El informe no mencionaba que se hubieran revisado las uñas.

—Supongo que estarían tiznadas cuando sacaron muestras de la piel. Las raspaduras se hicieron solamente en las partes de las palmas lastimadas por las uñas. No lo arañó.

—Tenía bonitos pies —agregó Graham.

—Así es. Vayamos arriba —sugirió Crawford—. El ejército ya debe de estar en pie de guerra.

Jimmy Price tenía un equipo considerable: dos cajas pesadas además de la bolsa con su cámara fotográfica y el trípode. Su entrada por la puerta del frente de la empresa funeraria Lombard de Atlanta fue sumamente ruidosa. Era un hombre viejo de aspecto débil y su humor no había mejorado luego de un largo viaje en taxi desde el aeropuerto en medio del veloz tráfico matinal.

Un solícito joven con un elaborado peinado lo hizo pasar a una oficina pintada de color damasco y crema. El escritorio estaba vacío a excepción de una escultura llamada «Las Manos Orando».

Price examinaba las puntas de los dedos de las manos en posición de oración cuando el propio señor Lombard entró. Lombard verificó las credenciales de Price cuidadosamente.

—Recibí por supuesto una llamada de su oficina de Atlanta, o agencia o como se llame, señor Price. Pero anoche tuvimos que recurrir a la policía para sacar a un molesto sujeto que trataba de sacar fotografías para el *National Tattler*, por eso debo obrar con mucho cuidado. Espero que usted me comprenda. Señor Price, a la una de la mañana nos entregaron los cuerpos y el funeral se llevará a cabo esta tarde a las cinco. No podemos retrasarlo de ninguna forma.

—Esto no tomará mucho tiempo —afirmó Price—. Necesito solamente un ayudante razonablemente inteligente, si es que dispone de uno. ¿Ha tocado usted los cuerpos, señor Lombard?

—No.

—Averigüe quién lo ha hecho. Tendré que tomarles las impresiones a todos.

Las instrucciones de esa mañana a los detectives de la policía asignados al caso de la familia Leeds se relacionaron casi exclusivamente con los dientes.

R. J. (Buddy) Springfield, jefe de los detectives de Atlanta, un hombre corpulento en mangas de camisa, estaba parado junto a la puerta con el doctor Dominic Princi cuando entraron uno detrás de otro los veintitrés detectives.

—Muy bien, muchachos, quiero ver una sonrisa amplia cuando se acerquen —dijo Springfield—. Muéstrenle sus dientes al doctor Princi. Muy bien, veamos todos los dientes. Dios mío, Sparks ¿es eso su lengua o está tragando una ardilla? Sigan pasando.

Una gran reproducción frontal de una dentadura completa, superior e inferior estaba pinchada en el tablero de informaciones en el frente del cuarto de los oficiales. Le hizo recordar a Graham esos dientes postizos de celuloide que se venden en las tiendas de pegas. Se sentó junto con Crawford en el fondo de la habitación mientras los detectives se instalaban en unos pupitres similares a los de los colegios.

Gilbert Lewis, comisionado de Seguridad Pública de Atlanta y su oficial de relaciones públicas se ubicaron más apartados, en unas sillas plegables. Lewis debía mantener una conferencia de prensa dentro de una hora.

El jefe de detectives Springfield tomó la palabra.

—Muy bien. No perdamos el tiempo con tonterías. Si ustedes leyeron los informes del día se habrán percatado de que hasta ahora no se ha progresado en absoluto.

»Entrevistas de casa en casa se seguirán realizando en un radio de cuatro manzanas más alrededor del escenario del crimen. R&I nos ha prestado dos empleados para ayudarnos a verificar las reservas de aviones y alquiler de automóviles en Birmingham y Atlanta.

»Nuevamente se repasarán hoy los datos de los hoteles y aeropuertos. Sí, hoy otra vez más. Atajen a todas las mucamas y ayudantes, así como también a todos los empleados que atienden el mostrador. Debió haberse limpiado en algún lugar y puede haber dejado un montón de roña. Si encuentran a alguien que limpió un montón de porquerías, desentierren a quienquiera que haya ocupado ese cuarto, séllenlo y comuníquense sin pérdida de tiempo con la lavandería. En esta oportunidad tenemos algo para que puedan mostrar en su ronda. ¿Doctor Princi?

El doctor Dominic Princi, jefe de investigaciones forenses del condado de Fulton, se adelantó y se detuvo bajo el dibujo de la dentadura. Levantó, para que todos pudieran verlo, un molde en yeso de una dentadura.

—Señores, así eran los dientes del sujeto en cuestión. El instituto Smithsoniano de Washington hizo la reconstrucción basándose en las marcas encontradas en la señora Leeds y en una mordedura descubierta en un trozo de queso en la nevera de los Leeds —dijo Princi.

—Como pueden apreciar, sus incisivos laterales son puntiagudos, éstos y estos dientes —aclaró Princi señalando en el molde primero y en el dibujo después—. Los dientes no están alineados y el incisivo central tiene un ángulo roto. El otro incisivo se ve muy gastado aquí. Algo semejante a la «mella de los sastres», el desgaste ocasionado por cortar el hilo con los dientes.

—Dientudo hijo de puta —musitó alguien.

—¿Cómo puede estar seguro que fue el asesino el que mordió el queso, *doc*? —preguntó un detective alto sentado en la primera fila.

A Princi no le gustaba nada que le llamaran *doc*, pero se lo aguantó.

—Las muestras de saliva encontradas en el queso y en las heridas ocasionadas por mordeduras correspondían con el tipo de sangre —dijo—. Los dientes de las víctimas y su tipo de sangre no coincidían.

—Perfecto, doctor —interpuso Springfield—. Les entregaremos reproducciones de los dientes para que las muestren.

—¿Y por qué no distribuirlas entre los periódicos? —preguntó Simpkins, el oficial de relaciones públicas—. Algo como «¿Ha visto usted esta clase de dientes?».

—No veo ningún inconveniente —manifestó Springfield—. ¿Qué opina, jefe?

Lewis asintió.

Pero Simpkins no había terminado.

—Doctor Princi, los periodistas van a preguntarnos por qué demoramos cuatro días en conseguir esta reproducción de la dentadura que tenemos aquí. Y por qué todo tuvo que hacerse en Washington.

El agente especial Crawford estudió minuciosamente el resorte de su bolígrafo. Princi se sonrojó pero su voz se mantuvo serena.

—Las marcas de una mordedura en la carne se distorsionan cuando se mueve el cuerpo, señor Simpson.

—Simpkins.

—Simpkins, pues. No podríamos hacerlo utilizando solamente la huella de la mordedura en las víctimas. De ahí la importancia del queso. El queso es relativamente sólido pero muy difícil de sacarle un molde. Hay que engrasarlo

primero para aislar la humedad del agente utilizado para el molde. Generalmente se le toma una foto. El Smithsoniano lo ha hecho anteriormente para el laboratorio del FBI. Están mejor equipados para realizar un examen de los rasgos faciales y tienen un articulador anatómico. Además, cuentan con un consultor odontólogo forense. Nosotros no. ¿Alguna otra cosa?

—¿Sería justo decir que la demora se debió al laboratorio del FBI y no a la policía local?

Princi respondió sin ambages:

—Lo que sería justo decir, señor Simpkins, es que un investigador federal, el agente especial Crawford, encontró el queso en la nevera hace dos días, después que sus compañeros revisaran la casa. Activó la tarea del laboratorio a solicitud mía. Sería justo decir que siento un gran alivio al saber que no fue ninguno de ustedes el que mordió el maldito queso.

El comisario Lewis intervino y su voz profunda resonó en la habitación.

—Nadie pone en tela de juicio su opinión, doctor Princi. Simpkins, lo único que faltaba era una estúpida competencia por celos con el FBI. Prosigamos.

—Todos estamos en pos de lo mismo —dijo Springfield—. Jack, ¿quiere agregar algo más, o tal vez alguno de ustedes?

Crawford se adelantó. Los rostros a los que se enfrentó no parecían precisamente amistosos. Tenía que hacer algo al respecto.

—Quiero suavizar un poco el ambiente, jefe. Hace años había una gran rivalidad sobre quién conseguía realizar el arresto. Cada equipo, federal y local, le ocultaba algunos datos al otro. Eso originaba una brecha por la que se escapaban los maleantes. Esa no es la política actual del FBI y tampoco es la mía. Ni la del investigador Graham, ese que está sentado al fondo, por si no lo sabían. Si el responsable de estos crímenes es atropellado por un camión yo me regocijaría mucho, ya que lo que me interesa es sacarlo de circulación. Creo que ustedes deben pensar así también.

Crawford echó un vistazo a los detectives y confió en que se habrían amansado algo. Esperaba que no le ocultaran probables pistas. El comisario Lewis se dirigió entonces a él.

—¿El investigador Graham ha trabajado anteriormente en este tipo de casos?

—Sí, señor.

—¿Puede usted agregar o sugerir algo más, señor Graham?

Crawford arqueó las cejas y miró a Graham.

—¿Podría acercarse aquí?

Graham deseó haber tenido una oportunidad de hablar con Springfield en privado. No quería pasar al frente. Pero no obstante lo hizo.

El traje arrugado y el bronceado de su piel no le otorgaban el aspecto de un investigador federal. Springfield pensó que parecía más bien un pintor de paredes vestido con un traje para presentarse ante un tribunal.

Los detectives cambiaron de posición en sus sillas.

Cuando Graham se dio vuelta para enfrentar a su audiencia los ojos azules resaltaban con fuerza en su cara tostada por el sol.

—Solamente un par de cosas —dijo—. No podemos dar por sentado que ha sido un enfermo mental o alguien con antecedentes de crímenes sexuales. Existen grandes posibilidades de que no posea ninguna clase de antecedente. De tenerlos, posiblemente sea más bien por violación de domicilio que por un delito sexual de poca importancia.

»Tal vez en su historial figure que ha mordido a alguien en peleas no muy importantes, disputas en un bar o abuso de menores. La mejor ayuda que podamos obtener en ese aspecto provendrá del personal de salas de emergencia y de asistentes sociales.

»Vale la pena investigar cualquier mordedura seria que recuerden, haciendo caso omiso de quién fue la víctima o de cómo dicen que ocurrió. Eso es todo.

El detective alto sentado en la primera fila alzó la mano y preguntó al mismo tiempo.

—Pero hasta ahora solamente ha mordido a mujeres, ¿verdad?

—Es todo lo que sabemos. Pero muerde mucho. Seis mordeduras feas en la señora Leeds y ocho en la señora Jacobi. Es más de lo usual.

—¿Qué se considera usual?

—En un crimen sexual, tres. Le gusta morder.

—A mujeres.

—La mayoría de las veces en los atracos sexuales la marca de la mordedura tiene un punto morado en el centro, una marca de succión. Estas no. El doctor Princi lo mencionó en el informe de la autopsia y yo lo constaté en la morgue. No existen marcas de succión. Tal vez el hecho de morder represente para él tanto una pauta de lucha como un comportamiento sexual.

—Bastante inverosímil.

—Vale la pena verificarlo —insistió Graham—. Vale la pena verificar cualquier mordedura. La gente miente sobre la forma en que ocurrió. Los padres de chicos mordidos afirman que fue atacado por un animal y permiten que se le

haga al niño el tratamiento para prevenir la rabia para ocultar el hecho de que en la familia hay alguien que muerde; todos ustedes lo han visto. Vale la pena preguntar en los hospitales quiénes han sido llevados para recibir tratamiento antirrábico. Eso es todo lo que puedo decirles.

Los músculos de los muslos de Graham se estremecieron por la fatiga cuando se sentó.

—Vale la pena averiguar y lo haremos —manifestó el jefe de detectives Springfield—. La patrulla de Seguridad rastrillará el vecindario junto con la de Hurtos. Ocúpense del perro. Los últimos datos y las fotografías están en el legajo. Averigüen si alguien vio al perro con un forastero. Moralidad y Narcóticos, ocúpense de los homosexuales y los bares que frecuentan después que terminen con la rutina del día. Marcus y Whitman, los ojos bien abiertos durante el funeral. ¿Han repasado ya la lista de familiares y amigos de la familia? Bien. ¿Qué me dicen del fotógrafo? De acuerdo. Entreguen la lista de los asistentes a la ceremonia a R&I. Ellos tienen ya la de Birmingham. El resto de las comisiones figuran en la plantilla. Vámonos.

—Una última cosa —interpuso el comisario Lewis. Los detectives se dejaron caer nuevamente en sus sillas—. He oído a algunos oficiales de esta seccional referirse al criminal como «El Hada de los Dientes». No me importa cómo lo llamen entre ustedes, comprendo que tienen que bautizarlo en alguna forma. Pero será mejor que no oiga a nadie llamarlo «El Hada de los Dientes» en público. Suena impertinente. Y tampoco utilizarán esa denominación en ningún memorando interno. Eso es todo.

Crawford y Graham acompañaron a Springfield nuevamente hasta su oficina. El jefe de detectives les sirvió café mientras Crawford se comunicaba con el conmutador central y anotaba los mensajes.

—No tuve oportunidad de conversar ayer con usted cuando llegó —le dijo Springfield a Graham—. Este lugar se ha convertido en un manicomio. ¿Se llama Will, verdad? ¿Le proporcionaron los muchachos todo lo que le hacía falta?

—Sí, se portaron muy bien.

—No tenemos basura y lo sabemos —señaló Springfield—. Ah, fabricamos una fotografía seriada de su caminata utilizando las huellas en los canteros. Caminó alrededor de los arbustos y demás, por lo tanto no se puede averiguar mucho más que el número de su calzado y tal vez su altura. La huella izquierda es ligeramente más honda, quizá haya llevado algún peso. Es un trabajo

delicado. Sin embargo hace unos años atrapamos un ladrón gracias a estas fotografías. Se detectó que padecía la enfermedad de Parkinson. Princi lo descubrió. Esta vez no hemos tenido tanta suerte.

—Tiene un buen equipo —dijo Graham.

—Son excelentes. Pero este tipo de cosa no es nuestro trabajo habitual, gracias a Dios. Me gustaría saber si ustedes trabajan juntos todo el tiempo, usted y Jack y el doctor Bloom, o si sólo lo hacen en casos como este.

—Sólo en casos como este —respondió Graham.

—¡Qué programa! El comisario me dijo que usted fue el que hace tres años atrapó a Lecter.

—Trabajamos todos juntos con la policía de Maryland —manifestó Graham —. Los agentes de Maryland lo arrestaron.

Springfield era botarate pero no estúpido. Se dio cuenta que Graham estaba incómodo. Hizo girar su silla y juntó unos papeles.

—Usted preguntó por el perro. Aquí está el informe. Un veterinario local llamó anoche al hermano de Leeds. Él tenía el perro. Leeds y su hijo mayor lo llevaron al veterinario la tarde anterior al crimen. Tenía una herida cortante en el abdomen. El veterinario lo operó y ya está bien. En un primer momento pensó que era un disparo, pero no encontró ninguna bala. Cree que fue atacado con algo punzante como un pico para hielo o una lezna. Estamos preguntando a los vecinos si vieron a alguien jugando con el perro y hoy se ha llamado por teléfono a los veterinarios locales para investigar si no han visto algún otro caso de animales mutilados.

—¿Tenía el perro algún collar con el nombre de los Leeds grabado?

—No.

—¿Los Jacobi de Birmingham tenían un perro? —preguntó Graham.

—Se supone que estamos averiguándolo —contestó Springfield—. Espere un momento, lo investigaré —Marcó un número interno—. El teniente Flatt es nuestro enlace con Birmingham… hola, Flatt. ¿Qué sabe del perro de los Jacobi? —Cubrió el teléfono con su mano—. No hay perro. Encontraron un cajón con paja en el baño de la planta baja con excrementos de gato. No encontraron ningún gato. Los vecinos están vigilando por si aparece.

—Podría pedirle a Birmingham que revise bien el jardín y detrás de cualquier edificación —sugirió Graham—. Si el gato estaba herido es posible que los niños no lo hayan encontrado a tiempo y lo hayan tenido que enterrar.

Usted sabe lo que hacen los gatos. Se esconden para morir. Los perros vuelven a la casa. ¿Podría preguntarles también si tiene un collar?

—Dígales que si necesitan una sonda de metano les enviaremos una —interpuso Crawford—. Se ahorra mucho tiempo.

Springfield retransmitió la oferta. El teléfono sonó nuevamente no bien colgó. La llamada era para Jack Crawford. Era Jimmy Price desde la funeraria Lombard. Crawford contestó por el otro aparato.

—Jack, tengo una parcial que probablemente es de un pulgar y un fragmento de una palma.

—Jimmy, eres la luz de mis ojos.

—Lo sé. La huella parcial es un arco abierto, pero está borroneada. Tendré que ver qué puedo hacer con ella cuando regrese. La saqué del ojo izquierdo del mayor de los chicos. Nunca lo había hecho antes. Jamás lo habría visto, estaba en una posición muy enrevesada, pegada al derrame ocasionado por la herida de bala.

—¿Podrás obtener alguna identificación con ella?

—Es un trámite muy largo, Jack. Si figura en el índice de huellas únicas tal vez, pero es como sacarse la lotería, y tú lo sabes. La palma la obtuve de la uña del dedo mayor del pie de la señora Leeds. Sirve solamente para comparar. Tendremos suerte si conseguimos seis puntos de ahí. El asistente de SAC lo presenció y Lombard también. Es un escribano. Obtuve fotografías *in situ*. ¿Serán útiles?

—¿Y qué pasó con las impresiones eliminatorias de los empleados de la funeraria?

—Les pinté los dedos a Lombard y a todos sus alegres compinches, impresiones completas, así dijeran que la habían tocado o no. En los actuales momentos están cepillándose las manos e insultándome. Déjame volver a casa, Jack. Quiero estudiar todo esto en mi cuarto oscuro particular. Quién sabe qué es lo que puede tener el agua de aquí. ¿Tal vez tortugas? Sólo Dios lo sabe.

»En una hora puedo tomar un avión rumbo a Washington y para esta tarde tendrás listas las impresiones.

Crawford reflexionó un instante.

—Muy bien, Jimmy, pero aprieta el acelerador a fondo. Envía copias a las comisarías y oficinas del FBI de Atlanta y Birmingham.

—Dalo por hecho. Y ahora un último detalle que quiero aclarar contigo.

Crawford alzó la vista al cielo.

—No me digas que vas a fastidiarme con el bendito viático; es eso, ¿verdad?

—Exacto.

—Mi querido Jimmy, en este día nada es demasiado para ti.

Graham miraba hacia afuera por la ventana mientras Crawford les explicaba lo de las impresiones digitales.

—Eso sí que es extraordinario —fue el único comentario de Springfield.

El rostro de Graham permanecía impasible; impenetrable como el de un condenado a cadena perpetua, pensó Springfield.

Se quedó observándolo hasta que traspuso la puerta.

La conferencia de prensa del comisionado de Seguridad Pública estaba tocando a su fin cuando Crawford y Graham salieron de la oficina de Springfield. Los reporteros se dirigían a los teléfonos; los de la televisión estaban realizando «injertos», parados solos frente a las cámaras formulando las mejores preguntas que habían oído durante la conferencia de prensa y extendiendo sus micrófonos hacia un interlocutor inexistente para obtener una respuesta que luego sería agregada extrayéndola de las declaraciones del comisionado.

Crawford y Graham comenzaban a bajar la escalinata del frente cuando un hombre pequeño salió corriendo delante de ellos, giró sobre sus talones y les sacó una fotografía. Su cara apareció detrás de la cámara.

—¡Will Graham! —exclamó—. ¿Se acuerda de mí, Freddy Lounds? Yo estaba a cargo del caso Lecter para el *Tattler*. Yo escribí las gacetillas.

—Lo recuerdo —dijo Graham sin interrumpir su paso por la escalinata mientras Lounds bajaba de costado un poco adelante de ellos dos.

—¿Cuándo lo llamaron, Will? ¿Qué ha averiguado?

—No pienso hablar con usted, Lounds.

—¿Existe algún punto de comparación entre este sujeto y Lecter? ¿Les hace…?

—Lounds —dijo Graham en voz alta y al mismo tiempo Crawford rápidamente se paró delante de él—. Lounds, usted escribe sólo mentiras asquerosas y el *National Tattler* es una mierda. No se me acerque.

Crawford tomó a Graham del brazo.

—Váyase, Lounds. Hágase humo. Vamos a desayunar, Will. Vamos, Will.

Dieron la vuelta a la esquina caminando rápidamente.

—Lo siento, Jack, pero no aguanto a ese miserable. Cuando yo estaba en el

hospital se presentó y…

—Lo sé —respondió Crawford—. Yo traté de engañarlo, pero no sirvió de mucho.

Crawford recordaba la fotografía publicada en el *National Tattler* al final del caso Lecter. Lounds entró en el cuarto del hospital mientras Graham dormía, levantó la sábana y tomó una fotografía de la colostomía provisoria que le habían realizado. El periódico la reprodujo retocada con un recuadro negro cubriendo la ingle de Graham. El título decía: «Policía destripado».

La cafetería era limpia y luminosa. A Graham le temblaban las manos y derramó café en el plato.

Advirtió que el humo del cigarrillo de Crawford molestaba a una pareja instalada en el reservado junto al de ellos. La pareja comía en un péptico silencio y su enojo parecía flotar como el humo del cigarrillo.

Dos mujeres, aparentemente madre e hija, discutían en una mesa cerca de la puerta. Hablaban en voz baja y su enojo se reflejaba en sus caras. Graham podía sentir esa ira en sus caras y en sus cuellos.

Crawford protestaba porque a la mañana siguiente debería presentarse en Washington para testificar en un juicio. Tenía miedo de que eso lo retuviera varios días allí. Al encender otro cigarrillo inspeccionó a través de la llama las manos y el color de Graham.

—Atlanta y Birmingham pueden ocuparse de la verificación de las impresiones digitales de los maniáticos sexuales conocidos por ellos —anunció Crawford—. Y nosotros también. Price ha desenterrado ya anteriormente muestras únicas del archivo. Programará el FINDER con ellas, hemos adelantado mucho en ese terreno desde que te fuiste.

El FINDER lector y procesador automático de impresiones digitales del FBI podía reconocer la huella de un pulgar en una tarjeta de huellas dactiloscópicas de un caso no relacionado con ése.

—Esa huella y sus dientes lo individualizarán cuando lo encontremos —dijo Crawford—. Lo que debemos hacer es imaginar cómo puede ser. Tenemos que barrer una superficie muy amplia. Y ahora permíteme lo siguiente. Digamos que hemos detenido a un sospechoso con bastantes posibilidades. Tú entras y lo miras. ¿Qué es lo que tiene que no te llama la atención?

—No lo sé, Jack. Maldición, no tiene cara para mí. Podríamos pasar mucho tiempo buscando personas que hemos inventado. ¿Has hablado con Bloom?

—Anoche lo llamé por teléfono. Bloom duda de que se trate de un suicida y

Heimlich piensa lo mismo. Bloom estuvo aquí sólo durante un par de horas el primer día, pero él y Heimlich tienen el legajo completo. Bloom está ocupado esta semana con mesas de examen de filosofía. Me dijo que te saludara. ¿Tienes su número de Chicago?

—Sí.

A Graham le gustaba el doctor Alan Bloom, un hombre pequeño y rechoncho con ojos tristes; era un buen psiquiatra forense, tal vez el mejor. Graham apreciaba el hecho de que el doctor Bloom nunca había demostrado interés profesional por él. No solía ser el caso de la mayoría de los psiquiatras.

—Bloom dice que no le sorprendería que tuviéramos noticias del Hada de los Dientes. Podría escribirnos una nota —manifestó Crawford.

—En la pared de un dormitorio.

—Bloom piensa que puede estar desfigurado o creer que lo está. Me dijo que no le diera demasiada importancia a eso. «No pienso construir un hombre de paja para que lo persigan, Jack», fueron sus palabras. «Eso equivaldría a distraer la atención y desconcentrar el trabajo». Me dijo que le habían enseñado a hablar así en la universidad.

—Tiene razón —señaló Graham.

—Debes poder decirme algo sobre ello, de lo contrario no habrías encontrado las huellas en la pared —insistió Crawford.

—Lo que había en esa maldita pared era una prueba, Jack. No es mérito mío. Oye, no esperes demasiado de mí, ¿entiendes?

—Oh, ya lo agarraremos. Lo sabes.

—Lo sé. Lo agarraremos de una u otra manera.

—¿Cuál es una?

—Encontraremos pruebas que hemos pasado por alto.

—¿Cuál es la otra?

—Lo repetirá, una y otra vez hasta que una noche haga demasiado ruido al entrar y el marido tenga tiempo de buscar un revólver.

—¿Ninguna otra posibilidad?

—¿Crees que voy a poder identificarlo en un cuarto abarrotado de gente? No, estás pensando en Ezio Pinza, ésa es su especialidad. El Hada de los Dientes no se detendrá hasta que tengamos un golpe de suerte o se nos encienda la lamparita. No se detendrá.

—¿Por qué?

—Porque le proporciona un verdadero placer.

—¿Ves? Ya sabes algo sobre él —dijo Crawford.

Graham no volvió a hablar hasta que estuvieron en la vereda.

—Espera hasta la próxima luna llena —le dijo a Crawford—. Y entonces dime cuánto sé sobre él.

Graham regresó al hotel y durmió durante dos horas y media. Se despertó al mediodía, se duchó y pidió un termo con café y un emparedado. Era tiempo ya de estudiar detenidamente el legajo de los Jacobi de Birmingham. Limpió los anteojos de leer con jabón del hotel y se instaló junto a la ventana con el legajo. Durante los primeros minutos levantó la vista con cada ruido, cada pisada que resonaba en el pasillo, el distante sonido de la puerta del ascensor. Pero luego lo único que existió para él fue el legajo.

El camarero que traía la bandeja golpeó a la puerta y esperó, golpeó y esperó. Finalmente dejó la bandeja con el almuerzo en el piso junto a la puerta y firmó él mismo la cuenta.

4

Hoyt Lewis, encargado de leer los medidores de la compañía eléctrica de Georgia, estacionó su camión bajo un gran árbol en el callejón, se recostó contra el respaldo y agarró la caja de su almuerzo. No era ya tan divertido abrir la caja porque él mismo era ahora el que la preparaba. No encontraba más notitas ni sorpresas.

Estaba por la mitad del emparedado cuando una voz fuerte resonó junto a su oído y le hizo dar un respingo.

—Supongo que este mes mi cuenta de electricidad debe llegar a los mil dólares, ¿verdad?

Lewis se dio vuelta y vio junto a la ventana del camión la cara colorada de H. G. Parsons. Parsons estaba vestido con pantalones cortos y llevaba en la mano una escoba de jardín.

—No entendí lo que dijo.

—Supongo que usted dirá que este mes gasté el equivalente a mil dólares en electricidad. ¿Me oyó ahora?

—No sé cuánto ha gastado porque todavía no he revisado su medidor, señor Parsons. Cuando lo revise lo anotaré aquí, en este papel.

Parsons estaba resentido por el monto de su cuenta. Se había quejado a la compañía diciendo que le cobraban de más.

—Mi consumo es siempre el mismo —dijo Parsons—. Pienso presentarme también a la Comisión de Servicios Públicos.

—¿Quiere acompañarme a leer el medidor? Vayamos ahora mismo y…

—Sé muy bien cómo se lee un medidor. Creo que usted también podría hacerlo si no le costara tanto.

—Cállese un momento, Parsons —dijo Lewis bajando del camión—. Escúcheme un momento, maldición. El año pasado puso un imán en el medidor.

Su esposa dijo que usted estaba en el hospital, por eso me limité a sacarlo y no dije una sola palabra. Este invierno cuando tiró adentro melaza hice un informe. Advertí que pagó cuando se le cobró por el daño.

»Su cuenta subió después que usted hizo todas esas instalaciones de cables. Se lo he repetido hasta el cansancio, debe existir una pérdida en la casa. ¿Pero acaso contrató algún electricista para averiguarlo? Por supuesto que no. En cambio llama a la oficina para quejarse de mí. Ya me tiene harto.

Lewis estaba pálido de ira.

—Llegaré hasta el fondo del asunto —dijo Parsons retrocediendo por el camino hacia su jardín—. Lo están controlando, señor Lewis. Vi a alguien que revisaba su itinerario antes que usted lo hiciera —dijo del otro lado del cerco—. Dentro de poco va a tener que trabajar como cualquier hijo de vecino.

Lewis puso en marcha el camión y se alejó por el callejón. Tendría que buscar otro lugar donde terminar de almorzar. Lo sentía mucho. Ese árbol grande de amplia copa había sido durante años un buen sitio para hacerlo.

Quedaba justo detrás de la casa de Charles Leeds.

A las cinco y media de la tarde Hoyt Lewis se dirigió en su automóvil particular al *Cloud Nine Lounge*, donde bebió varios tragos para despejar su mente.

Cuando llamó por teléfono a su exesposa todo lo que se le ocurrió decir fue:

—Ojalá siguieras preparando mi almuerzo.

—Deberías haberlo pensado antes, señor Avivado —respondió ella y enseguida colgó.

Jugó un aburrido partido de tejo con algunos empleados de la compañía de electricidad y examinó la concurrencia. Unos insoportables empleados de una línea aérea habían empezado a frecuentar el *Cloud Nine*. Todos usaban el mismo bigotito y un anillo en el dedo meñique. Dentro de poco tratarían de transformar el *Cloud Nine* en un bar inglés con juego de dardos. No se podía contar ya con nada.

—Hola, Hoyt. Te juego un partido por una cerveza. —Era Billy Meeks, su supervisor.

—Oye, Billy, tengo que hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

—¿Conoces a ese desgraciado que se llama Parsons y que llama todo el tiempo a la compañía?

—Llamó justamente la semana pasada —dijo Meeks—. ¿Qué pasa con él?

—Dijo que alguien estaba revisando los medidores de mi zona antes que yo lo hiciera. Como si alguien pensara que yo no cumplía con el recorrido. ¿Tú no piensas que yo hago la lectura desde mi casa, verdad?

—No.

—¿Tú no piensas eso, no es así? Quiero decir que si figuro con letras coloradas en la lista de una persona, querría que me lo dijera directamente.

—¿Crees que si figuraras en colorado en mi lista tendría miedo de decírtelo a la cara?

—No.

—Pues bien. Si alguien estuviera controlando tu ruta yo estaría enterado. Tus superiores siempre están al tanto de una situación así. Nadie te vigila, Hoyt. No le lleves el apunte a Parsons, es viejo y peleador. La semana pasada me llamó para decirme: «¡Felicitaciones por haber abierto el ojo con Hoyt Lewis!». No le presté atención.

—Ojalá le hubiéramos hecho sentir la ley con lo que hizo con su medidor. Acababa de detenerme en el callejón para almorzar bajo un árbol cuando se presentó a insultarme. Lo que le hace falta es una buena patada en el trasero.

—Yo solía detenerme allí también cuando tenía ese recorrido —dijo Meeks —. Caray, recuerdo una vez que vi a la señora Leeds… bueno, no parece muy correcto hablar de eso ahora que ha muerto, pero una o dos veces la vi tomando sol en traje de baño en su jardín. Uhhh. Tenía una pancita adorable. Fue una vergüenza lo que les ocurrió. Era una buena señora.

—¿Detuvieron ya a alguien?

—No.

—Qué lástima que eligiera a los Leeds teniendo a Parsons justo enfrente —comentó Lewis.

—Te diré una cosa, no le permito a mi mujer que se pasee por el jardín en traje de baño. «Grandísimo tonto, ¿quién me va a ver?» me dice siempre. Pero yo le contesto que no se puede saber qué clase de degenerado puede saltar el cerco con la bragueta abierta. ¿Te interrogaron los policías? ¿Te preguntaron si habías visto a alguien?

—Sí, creo que lo hicieron con todos los que tienen un recorrido habitual por aquí. Carteros, todos sin excepción. No obstante toda la semana pasada, hasta hoy, estuve trabajando en Laurelwood, del otro lado de la avenida Betty Jane —

Lewis rasgó la etiqueta de la cerveza—. ¿Dices que Parsons te llamó la semana pasada?

—Así es.

—Pues entonces debe haber visto a alguien leyendo su medidor. No habría llamado entonces si recién hoy decidió molestarme. Tú dices que no enviaste a nadie y por cierto que no fue a mí a quien vio.

—Puede haber sido alguien de la Southeaster Bell verificando cualquier cosa.

—Puede ser.

—Pero no obstante no compartimos los mismos postes allí.

—¿Te parece que debo avisar a la policía?

—No le haría mal a nadie —respondió Meeks.

—No, y tal vez le viniera bien a Parsons mantener una charla con los representantes de la ley. Se va a pegar el susto de su vida cuando los vea llegar.

5

Graham regresó a la casa de los Leeds a última hora de la tarde. Entró por la puerta principal y trató de no mirar los destrozos provocados por el asesino. Había visto legajos, el piso donde ocurrió el crimen y cadáveres, todas consecuencias posteriores. Tenía bastante información sobre la forma en que habían muerto. Lo que ese día le preocupaba era saber cómo habían vivido.

Una inspección, entonces. En el garaje había una buena lancha para esquí, bastante usada y bien cuidada y una camioneta. Unos palos de golf y una motocicleta. Unas cuantas herramientas sofisticadas estaban casi sin usar. Juguetes de adulto.

Sacó un palo de la bolsa de golf y tuvo que sujetarlo con mucha fuerza para poder realizar un tembloroso swing. De la bolsa salió un fuerte olor a cuero cuando la apoyó nuevamente contra la pared. Las pertenencias de Charles Leeds.

Graham persiguió a Charles Leeds por toda la casa. Grabados de cacería colgaban en su escritorio. Su colección de Grandes Novelas estaba toda en un estante. Anuarios de Sewanee. H. Allen Smith, Perelman y Max Shulman en la biblioteca. Vonnegut y Evelyn Waugh. *Beat to Quarters*, de C. S. Forrester, estaba abierto sobre una mesa.

En el armario había una escopeta de tiro al blanco, una máquina fotográfica *Nikon*, una fumadora y un proyector *Bolex Super Ocho*.

Graham, que no poseía nada a excepción de su elemental equipo de pesca, un Volkswagen de tercera mano y dos cajas de *Montrachet*, experimentó una leve animosidad contra esos juguetes de adulto y se preguntó por qué.

¿Quién era Leeds? Un exitoso abogado especializado en impuestos, jugador de fútbol de Sewanee, un hombre alto y delgado a quien le gustaba reír, un hombre capaz de levantarse y luchar con el cuello seccionado.

Graham lo siguió por la casa impulsado por una extraña sensación de deber. Enterarse en primer lugar de cómo había sido él, era una forma de pedirle permiso para inspeccionar a su esposa.

Graham sentía, con absoluta seguridad, que era ella la que había atraído al monstruo.

La señora Leeds, entonces.

Tenía un pequeño cuarto de vestir en el primer piso. Graham se las arregló para llegar allí sin mirar hacia el dormitorio. Estaba pintado de amarillo y parecía intacto a excepción del espejo del tocador que estaba destrozado. Frente al armario había un par de mocasines que daban la impresión de que su dueña acababa de sacárselos. Un salto de cama había sido colgado apresuradamente de una percha y el armario mostraba el ligero desorden típico de una mujer que tiene muchos roperos que ordenar.

El diario de la señora Leeds estaba guardado en una caja de terciopelo de color violeta colocada sobre el tocador. La llave estaba sujeta a la tapa por una tela adhesiva junto con una tarjeta de control de la sección Pertenencias Particulares de la policía.

Graham se sentó en una silla alta y angosta y abrió el diario al azar:

> *Martes 23 de diciembre, en casa de mamá. Los chicos duermen todavía. No me gustó la idea de mamá de cerrar con vidrios el porche porque cambió totalmente el aspecto de la casa, pero la verdad es que ha resultado muy agradable y me permite estar sentada aquí y contemplar la nieve sin sentir frío. ¿Cuántas Navidades más podrá seguir teniendo su casa llena de nietos? Espero que muchas.*
>
> *El viaje de ayer desde Atlanta resultó bastante agotador ya que nevó a partir de Raleigh. Hubo que andar a paso de tortuga. Yo estaba cansada de trabajar para que todos estuvieran listos. Cuando pasamos Chapel Hill, Charlie detuvo el automóvil y bajó. Buscó unos pedazos de hielo de una rama para prepararme un martini. Al verlo volver levantando las piernas bien en alto para no hundirse y con el pelo y las cejas cubiertas de nieve, sentí una oleada de amor. Fue como algo que se quiebra produciendo un ligero dolor, pero que al mismo tiempo nos brinda una cálida sensación. Espero que la chaqueta le quede bien. Me muero si me compró ese enorme y pesado*

anillo. Tengo ganas de darle una patada a Madelyn en su trasero lleno de celulitis por mostrar el suyo y hacerse la chiquilina. Cuatro brillantes ridículamente grandes que parecían hielo sucio. El sol entró por la ventana del automóvil y al chocar contra la arista de un trozo de hielo formó un pequeño prisma en el vidrio. Una mancha colorada y otra verde aparecieron en la mano con que sostenía el vaso. Podía sentir los colores en la palma.

Me preguntó qué quería que me regalara para Navidad y juntando las manos contra su oreja susurré: «Tu gran pene, tonto, hasta donde pueda llegar».

La parte calva de atrás de la cabeza se le enrojeció. Siempre tiene miedo de que los chicos puedan oír. Los hombres no confían en los susurros.

La página estaba salpicada por la ceniza del cigarro del detective. Graham leyó mientras que la luz se lo permitió, enterándose de la operación de amígdalas de la niña y del susto que se dio la señora Leeds durante el mes de junio al descubrir un pequeño bulto en su pecho. «Dios mío, los chicos son tan pequeños».

Tres páginas después el bulto resultó ser un pequeño quiste benigno que fue fácilmente extirpado.

El doctor Janovich me dio de alta esta tarde. Salimos del hospital y fuimos hasta el lago. Hacía mucho que no íbamos allí. Nunca parece haber tiempo suficiente. Charlie tenía dos botellas de champagne en la conservadora de hielo, y las tomamos y les dimos de comer a los patos mientras se ponía el sol. Se quedó parado a la orilla del agua de espaldas a mí durante un buen rato, y me parece que lloró un poquito.

Susan dijo que tenía miedo de que volviéramos del hospital con otro hermanito. ¡Estamos en casa!

Graham oyó sonar el teléfono en el dormitorio. Un clic y el sonido de un contestador automático. «Hola, habla Valerie Leeds. Siento no poder atenderlo

ahora, pero si deja su nombre y su número después de oír la señal, lo llamaré luego. Gracias».

Graham creyó durante un instante que después de la señal oiría la voz de Crawford, pero lo único que escuchó fue el tono de marcar. La persona que había llamado decidió cortar.

Había oído su voz; ahora quería verla. Bajó al estudio.

Tenía en el bolsillo un rollo de una película *Súper Ocho* perteneciente a Charles Leeds. Tres semanas antes de su muerte, Leeds había dejado la película en una farmacia que luego las enviaba a revelar a otra parte. Jamás la retiró. La policía encontró el recibo en la billetera de Leeds y buscó la película en la farmacia. Los detectives la habían visto junto con otras fotos de la familia reveladas al mismo tiempo y no encontraron nada interesante.

Graham quería ver a los Leeds con vida. Los detectives le ofrecieron el proyector de la comisaría. Pero él quería verla en la casa. De mala gana le permitieron retirarla del depósito de Pertenencias Particulares.

Graham encontró la pantalla y el proyector dentro del armario del estudio, los instaló y se sentó en el gran sillón de cuero de Charles Leeds para mirar. Sintió algo pegajoso en el brazo del sillón debajo de la palma de su mano, la impronta pegajosa de los dedos de un niño mezclada con pelusas. La mano de Graham olía a caramelo.

Era una breve, simpática y silenciosa película familiar, más imaginativa que la generalidad. Se iniciaba con un perro, un *Scotty* gris, dormido sobre la alfombra del estudio. El perro se inquietó momentáneamente por la filmación y alzó la cabeza para mirar a la cámara. Luego siguió durmiendo. Un corte notorio con el perro todavía durmiendo. Enseguida, el perro paró las orejas. Se levantó y ladró y la cámara lo siguió hasta la cocina, donde corrió hacia la puerta y permaneció expectante, agitándose y moviendo su cola rabona.

Graham se mordió el labio inferior y esperó también. En la pantalla la puerta se abrió y entró la señora Leeds llevando una bolsa con comestibles. Pestañeó y rio sorprendida y se tocó el pelo alborotado con su mano libre. Sus labios se movieron mientras desaparecía de la pantalla y detrás de ella irrumpieron los niños llevando bolsas más chicas. La niña tenía seis años y los varones ocho y diez.

El menor de ellos, aparentemente un veterano de películas familiares, señaló

sus orejas y comenzó a moverlas. La cámara estaba situada bastante alta. De acuerdo al informe del médico forense, Leeds medía un metro noventa.

Graham pensó que esta parte de la película debía haber sido filmada a principios de la primavera. Los chicos usaban impermeables y la señora Leeds estaba pálida. En la morgue tenía un bronceado pronunciado y marcas de traje de baño.

Seguían escenas breves de los chicos jugando ping pong en el sótano y de Susan, la niña, envolviendo muy concentrada un regalo en su cuarto, tocándose con la lengua el labio superior y con un mechón de pelo caído sobre la frente. Se echó el pelo hacia atrás con su manita regordeta, tal como lo había hecho su madre en la cocina.

La escena siguiente mostraba a Susan en un baño de espuma, acurrucada como una ranita. Tenía puesto un gran gorro para ducha. El ángulo de la cámara era bajo y el foco borroso, evidentemente había sido obra de uno de sus hermanos. La escena terminaba cuando gritaba silenciosamente dirigiéndose a la cámara mientras el gorro se deslizaba sobre sus ojos y la niña se cubría su pecho infantil con la mano.

Para no ser menos, Leeds había sorprendido a su esposa en la ducha. La cortina de la ducha se agitaba y combaba, como lo hacen los telones antes de una representación infantil escolar. El brazo de la señora Leeds aparecía por la cortina. Sujetaba en la mano una gran esponja de baño. La escena se cerraba con la lente empañada por espuma de jabón.

La película terminaba con una toma de Norman Vincent Peale hablando por televisión y un enfoque de Charles Leeds roncando en el sillón en que estaba sentado en ese momento Graham.

Graham se quedó mirando el rectángulo vacío iluminado en la pantalla. Le gustaban los Leeds. Sentía haber ido a la morgue. Pensó que al maniático que los había visitado también debían haberle gustado. Pero con toda seguridad le gustarían mucho más como estaban ahora.

Graham sentía su cabeza embotada y atontada. Nadó en la piscina del hotel hasta que se le acalambraron las piernas y salió del agua pensando simultáneamente en dos cosas: en un *martini* Tanqueray y en el sabor de la boca de Molly.

Se preparó él mismo el *martini* en un vaso de plástico y llamó por teléfono a Molly.

—Hola estrellita.

—¡Hola, mi amor! ¿Dónde estás?

—En este maldito hotel de Atlanta.

—¿Has logrado algo bueno?

—Nada que valga la pena. Me siento solo.

—Yo también.

—Con ganas de hacer el amor.

—Yo también.

—Háblame de ti.

—Bueno, hoy tuve una agarrada con la señora Holper. Quería devolver un vestido con una gran mancha de whisky en el trasero. Quiero decir que evidentemente lo había usado para lo de Jaycee.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que no se lo había vendido en ese estado.

—¿Y qué dijo ella?

—Dijo que antes no había tenido nunca problemas con devolución de vestidos, que por eso mismo los compraba en mi tienda en lugar de hacerlo en otras que conocía.

—¿Y entonces tu qué le dijiste?

—Oh, le dije que estaba molesta porque Will habla como un tonto por teléfono.

—Comprendo.

—Willy está bien. Está tapando unos huevos de tortuga que desenterraron los perros. Cuéntame qué haces tú.

—Leo informes. Como comida infame.

—Y supongo que estás pensando bastante.

—Así es.

—¿Puedo ayudarte?

—No tengo ninguna pista, Molly. No hay información suficiente. Bueno, hay bastante información, pero no he terminado con ella.

—¿Te quedarás un tiempo en Atlanta? No es para presionarte para que vuelvas sino solamente por saber.

—No lo sé. Me quedaré unos cuantos días más. Te extraño.

—¿Quieres que conversemos sobre hacer el amor?

—Creo que no podría soportarlo. Pienso que será mejor no hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Conversar sobre hacer el amor.

—Muy bien. No te importa si yo pienso en ello, ¿verdad?

—En absoluto.

—Tenemos otro perro.

—¡Dios mío!

—Parece un cruce entre un *Basset* y un pekinés.

—Precioso.

—Tiene unos testículos enormes.

—Olvídate de los testículos.

—Casi tocan el suelo. Tiene que encogerlos cuando corre.

—No puede hacer eso.

—Sí que puede. Tú no sabes.

—Es claro que sé.

—¿Puedes encoger los tuyos?

—Pensé que a eso estábamos por llegar.

—¿Y bien?

—Si quieres saberlo, una vez lo hice.

—¿Cuándo?

—En mi juventud. Tenía que pasar con gran apuro un alambre de púas.

—¿Por qué?

—Llevaba un melón que no había sido cultivado por mí.

—¿Estabas escapando? ¿De quién?

—Un criador de cerdos que conocía. Alertado por los perros salió corriendo de la casa en calzoncillos esgrimiendo una escopeta de caza. Afortunadamente tropezó con una planta de frijoles y pude sacarle ventaja.

—¿Te disparó?

—Así lo creí en ese momento. Pero la salva que escuché bien pudo haber provenido de mi traste. Nunca estuve seguro.

—¿Pudiste saltar el cerco?

—Sin problemas.

—Una mente criminal, y a esa edad.

—Yo no tengo mente criminal.

—Por supuesto que no. Estoy considerando si pintar o no la cocina. ¿Qué color te gustaría? ¿Will? ¿Qué color te gustaría? ¿Estás ahí?

—Sí, eh… amarillo. Pintémosla de color amarillo.

—El amarillo es un mal color para mí. Voy a quedar verde a la hora del

desayuno.

—Entonces azul.

—Es un color frío.

—Bueno caramba, por lo que me importa puedes pintarla color caca de bebé. No, espera, probablemente regrese dentro de poco tiempo y entonces iremos juntos al almacén de pinturas y haremos unas muestras y demás. ¿Te parece bien? Y tal vez unas manijas nuevas.

—Sí, compremos manijas. No sé por qué estoy hablando de estas cosas. Oye, te quiero y te extraño y tú estás haciendo lo correcto. A ti te cuesta, también, y bien que lo sé. Estoy aquí y lo estaré cuando sea que vuelvas o me encontraré contigo en cualquier parte cuando quieras. Eso es.

—Querida Molly. Querida Molly. Ve a acostarte ahora.

—Muy bien.

—Buenas noches.

Graham se acostó con las manos detrás de la cabeza y repasó mentalmente sus comidas con Molly. Cangrejo y Sancerre y la brisa salada mezclada con el vino.

Pero tenía la desgracia de desmenuzar las conversaciones y fue lo que comenzó a hacer. Se había enojado con ella por ese tonto comentario sobre su «mente criminal». Qué estupidez.

Graham encontraba que el interés de Molly por él era en gran parte inexplicable.

Llamó al departamento de policía y le dejó dicho a Springfield que quería empezar a trabajar con los detalles por la mañana. No había nada más que hacer.

La ginebra lo ayudó a dormir.

6

Finas hojas de papel con copias de todas las llamadas relacionadas con el caso Leeds eran depositadas sobre el escritorio de Buddy Springfield. Había sesenta y tres cuando Springfield llegó el martes a las siete de la mañana. La de arriba tenía una marca de lápiz rojo.

Decía que la policía de Birmingham había encontrado un gato enterrado en una caja de zapatos detrás del garaje de los Jacobi. El gato tenía una flor entre sus patas y estaba envuelto en un paño de cocina. El nombre del animal estaba escrito sobre la tapa por una mano infantil. No tenía collar. Un cordel atado con un nudo flojo sujetaba la tapa. El informe del médico de Birmingham especificaba que el gato había sido estrangulado. Lo habían afeitado y no habían encontrado ninguna herida cortante.

Springfield golpeó la patilla de los anteojos contra sus dientes.

Habían encontrado tierra suelta y cavado con una pala. No fue necesaria ninguna sonda de metano. No obstante, Graham había acertado. El jefe de detectives se lamió el pulgar y procedió a repasar el resto de la pila de notas. La mayoría eran denuncias de vehículos sospechosos en la zona durante la última semana, descripciones vagas indicando solamente el tipo y color del vehículo. Cuatro llamadas telefónicas anónimas dirigidas a residentes de Atlanta anunciándoles: «Les voy a hacer lo mismo que les pasó a los Leeds».

La denuncia de Hoyt Lewis estaba en la mitad de la pila. Springfield llamó al jefe de los encargados de la guardia nocturna.

—¿Qué me dice del informe del que lee el medidor de ese Parsons? Número cuarenta y ocho.

—Anoche tratamos de hablar con el jefe de la compañía, señor, para averiguar si tienen asignado a alguien a esa calle —dijo el jefe de guardia—. Esta mañana deben contestarnos.

—Ocúpese de que alguien llame allí inmediatamente —ordenó Springfield —. Averigüe en Saneamiento, hable con las autoridades municipales, investigue permisos de construcción en ese callejón y alcánceme en mi automóvil.

Marcó el número de Will Graham.

—¿Will? Lo espero en la puerta de su hotel dentro de diez minutos para dar una pequeña vuelta.

Springfield estacionó su automóvil en el fondo del callejón a las 7.45. Caminó junto con Graham por las huellas dejadas por el automóvil en el camino de grava. El sol se hacía sentir a pesar de la temprana hora.

—Necesita un sombrero —dijo Springfield, que tenía un elegante sombrero de paja echado sobre los ojos.

El cerco en forma de eslabones de la parte de atrás de la propiedad de los Leeds estaba cubierto de enredaderas. Se detuvieron junto al medidor de luz instalado en un poste.

—Si vino por aquí, pudo ver perfectamente toda la parte posterior de la casa —señaló Springfield.

En sólo cinco días la propiedad de los Leeds había adquirido un aspecto descuidado. El pasto estaba desparejo, unos cuantos yerbajos habían empezado a crecer. Pequeñas ramitas habían caído sobre el césped. Graham sintió deseos de recogerlas. La casa parecía dormida, las largas sombras matutinas de los árboles producían rayas y manchas sobre las persianas del porche. Parado junto a Springfield en la pequeña calle, Graham podía verse mirando por la ventana de atrás y abriendo la puerta del porche. Por extraño que parezca, su reconstrucción de la entrada del asesino parecía borrársele de la mente en ese momento, bajo la intensa luz del sol. Observó cómo se movía débilmente por la brisa un columpio infantil.

—Ese parece ser Parsons —manifestó Springfield.

H. G. Parsons se había levantado temprano y estaba trabajando en un cantero de flores de la parte de atrás de su jardín, a dos casas de distancia. Springfield y Graham se dirigieron hacia la entrada de atrás de la casa de Parsons y se detuvieron junto a sus cubos de basura. Las tapas estaban sujetas al cerco por una cadena.

Springfield midió la altura del medidor de luz con una cinta métrica.

Tenía datos sobre todos los vecinos de los Leeds. Los de Parsons decían que

se había jubilado prematuramente de la oficina de Correos a pedido de su jefe. Éste había notificado que Parsons «se comportaba cada vez más distraídamente».

Las notas de Springfield incluían también cierto chismorreo. Los vecinos decían que la esposa de Parsons pasaba el mayor tiempo posible en casa de su hermana en Macon y que su hijo ya no lo llamaba más.

—Señor Parsons, señor Parsons —llamó Springfield. Parsons apoyó el rastrillo contra la casa y se aproximó al cerco.

Calzaba sandalias y calcetines blancos. La tierra y el pasto habían manchado la punta de sus medias. Su cara estaba sonrosada y resplandeciente.

«Arteriosclerosis», pensó Graham. «Ha tomado la píldora».

—¿Sí?

—¿Podríamos hablar un minuto con usted, señor Parsons? Confiamos en que pueda ayudarnos —dijo Springfield.

—¿Son ustedes de la compañía de electricidad?

—No, soy Buddy Springfield, del departamento de policía.

—Entonces es sobre el crimen. Mi esposa y yo estábamos en Macon, como se lo expliqué al oficial.

—Lo sé, señor Parsons. Queríamos preguntarle respecto a su medidor de luz. Usted…

—Si ese inspector de medidores dijo que yo había hecho algo incorrecto, él solo…

—No, no. Señor Parsons, ¿vio usted a algún forastero revisando su medidor la semana pasada?

—No.

—¿Está seguro? Me parece que le dijo a Hoyt Lewis que alguien había revisado su medidor antes que él.

—Lo dije. Y ya era tiempo. No pienso abandonar este asunto y la comisión de Servicios Públicos recibirá un informe completo.

—Sí, señor. Y estoy seguro que lo tendrán en cuenta. ¿A quién vio revisando su medidor de luz?

—No era un forastero, era alguien de la compañía Georgia.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, porque parecía un empleado de los que revisan medidores.

—¿Cómo estaba vestido?

—Como visten todos, supongo. Déjeme pensar. Un uniforme marrón y una

gorra.

—¿Pudo verle la cara?

—No lo recuerdo. Estaba mirando por la ventana de la cocina cuando lo vi. Quise hablar con él, pero tenía que ponerme mi bata, y cuando salí ya se había ido.

—¿Tenía algún camión?

—No recuerdo haber visto ninguno. ¿Qué ocurre? ¿Por qué lo quiere saber?

—Estamos verificando todas las personas que estuvieron en este barrio durante la semana pasada. Es realmente muy importante, señor Parsons. Trate de recordar, por favor.

—De modo que es por el crimen. ¿Todavía no han detenido a nadie, verdad?

—No.

—Anoche estuve observando la calle y transcurrieron quince minutos sin que pasara ni un patrullero. ¡Qué horrible lo que les pasó a los Leeds! Mi esposa quedó tan impresionada. Me pregunto quién comprará la casa. El otro día vi a unos negros que estaban mirándola. Usted sabe que varias veces tuve que hablar con Leeds por sus chicos, pero eran buena gente. Por supuesto que nunca quiso hacer nada de lo que le sugerí con su césped. El Departamento de Agricultura tiene unos panfletos excelentes sobre el control de pastos malos. Finalmente me limité a ponerlos en su buzón. Sinceramente, cuando Leeds cortaba el pasto el olor a ceborrincha era sofocante.

—Señor Parsons, ¿cuándo vio exactamente a este sujeto en la callejuela? —preguntó Springfield.

—No estoy seguro, estoy tratando de pensar.

—¿Recuerda la hora del día? ¿Mañana? ¿Mediodía? ¿Tarde?

—Conozco las horas del día, no necesita recordármelas. A la tarde, quizá. No lo recuerdo.

Springfield se refregó la nuca.

—Discúlpeme, señor Parsons, pero tengo que aclarar bien todo esto. ¿Podríamos pasar a su cocina y así usted nos muestra dónde estaba cuando lo vio?

—Permítanme ver sus credenciales. Ambos.

En la casa todo era silencio, superficies lustrosas y olor a encierro. Limpia. Limpia. El orden desesperante de una pareja que envejece y ve que sus vidas comienzan a borronearse.

Graham deseó haberse quedado afuera. Estaba seguro que en los cajones

había cubiertos de plata con manchas de huevo entre los dientes de los tenedores.

«Basta ya y exprimamos al viejo idiota».

La ventana que estaba sobre el fregadero de la cocina tenía una buena vista sobre la parte de atrás del jardín.

—Ahí tienen. ¿Están satisfechos? —preguntó Parsons—. Se puede ver allí afuera desde aquí. Nunca hablé con él, no me acuerdo qué aspecto tenía. Si eso es todo, tengo mucho que hacer.

Graham habló por primera vez.

—Usted dijo que entró para buscar su bata y que cuando volvió a salir ya se había marchado. ¿No estaba usted vestido entonces?

—No.

—¿En la mitad de la tarde? ¿No se sentía bien, señor Parsons?

—Lo que hago en mi casa me incumbe solamente a mí. Puedo vestirme de canguro aquí si se me da la gana. ¿Por qué no están buscando al asesino? Probablemente porque aquí está bien fresco.

—Tengo entendido que usted está jubilado, señor Parsons, por lo tanto no tiene importancia si se viste o no todos los días. ¿Hay muchos días en los que no se viste, verdad?

Las venas de las sienes de Parsons se hincharon.

—Porque sea un jubilado no quiere decir que no me vista ni trabaje todos los días. Simplemente tenía mucho calor y entré para darme una ducha. Estaba trabajando. Estaba abonando y esa tarde había terminado mi tarea diaria, que es más de lo que harán ustedes hoy.

—¿Qué estaba haciendo?

—Abonando.

—¿Qué día abonó?

—Viernes. El viernes pasado. Lo entregaron durante la mañana, una buena cantidad, y a la tarde, ya lo había desparramado todo. Puede preguntarle al Carden Center cuánta cantidad era.

—Y sintió mucho calor y entró a darse una ducha. ¿Qué hacía en la cocina?

—Prepararme un vaso de té helado.

—¿Y sacó hielo? Pero la nevera está allí, apartada de la ventana.

Parsons miró a la ventana y luego a la nevera, perdido y confundido. Sus ojos estaban inexpresivos, como los de un pescado en el mercado al final del día. De repente se iluminaron con una expresión triunfal. Se acercó al armario que estaba junto al fregadero.

—Estaba justo aquí, sacando una bebida cuando lo vi. Eso es. Eso es todo. Bien y si han terminado ya de espiar…

—Creo que vio a Hoyt Lewis —dijo Graham.

—Yo también —señaló Springfield.

—No era Hoyt Lewis. No era… —Parsons tenía los ojos húmedos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Springfield—. Puede haber sido Hoyt Lewis y usted creyó simplemente…

—Lewis está tostado por el sol. Tiene pelo grasiento y unas patillas de pobre gato.

La voz de Parsons había subido de tono y hablaba tan rápido que resultaba difícil entender lo que decía.

—Por eso lo supe. Por supuesto que no era Lewis. El tipo era más pálido y tenía pelo rubio. Se dio vuelta para escribir en su pizarra y pude ver bajo la parte de atrás de su sombrero. Rubio. Con un corte recto en la nuca.

Springfield permaneció totalmente inmóvil y cuando habló su voz reflejó todavía cierto escepticismo:

—¿Qué me dice de la cara?

—No lo sé. Podría haber tenido bigote.

—¿Como Lewis?

—Lewis no tiene bigote.

—Oh —dijo Springfield—. ¿El medidor quedaba a la altura de sus ojos? ¿O tuvo que levantar la cabeza?

—Creo que al nivel de sus ojos.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo?

—No.

—¿Qué edad tendría?

—No era viejo. No lo sé.

—¿Vio al perro de los Leeds cerca de él?

—No.

—Oiga, Parsons, reconozco que estuve equivocado —dijo Springfield—. Usted ha sido una gran ayuda para nosotros. Si no le importa, enviaré a nuestro artista y si usted le permite sentarse aquí mismo en la mesa de su cocina, tal vez podría darle una idea del aspecto de ese sujeto. Con toda seguridad no era Lewis.

—No quiero que mi nombre aparezca en ningún periódico.

—No aparecerá.

Parsons los acompañó afuera.

—Ha hecho un trabajo maravilloso en este jardín, señor Parsons —dijo Springfield—. Debería ganar algún premio.

Parsons no respondió. Tenía la cara congestionada y preocupada y los ojos húmedos. Se quedó parado mirándolos indignado, vestido con sus pantalones cortos arrugados y sus sandalias. Cuando salieron del jardín buscó el rastrillo y comenzó a desbrozar furiosamente la tierra, golpeando ciegamente entre las flores, desparramando abono sobre el pasto.

Springfield verificó con la radio de su automóvil. Ninguna de las compañías eléctricas de la ciudad podía dar razón del hombre en el callejón el día anterior a los crímenes. Springfield suministró la descripción brindada por Parsons y transmitió instrucciones para el dibujante.

—Díganle que dibuje en primer lugar el poste y el medidor. Sólo después y con mucho tacto utilizará la descripción del testigo.

—A nuestro dibujante no le gusta mucho hacer visitas a domicilio —le dijo a Graham el jefe de los detectives mientras conducía su Ford en medio del tráfico —. Le gusta que lo vean trabajar las secretarias, con el testigo parado primero sobre un pie y luego sobre el otro, mirando por encima de su hombro. Una comisaría es un lugar bastante inhóspito para interrogar a una persona a la que no se quiere asustar. No bien tengamos el retrato lo exhibiremos en todo el barrio, puerta por puerta.

»Tengo la sensación de que acabamos de obtener un ligero indicio, Will. Mínimo, pero algo ¿no le parece? Le preparamos el terreno a ese pobre diablo y pisó el palito. Ahora hagamos algo con lo que hemos logrado.

—Si el hombre del callejón es el que buscamos, es la mejor noticia que he tenido hasta ahora —replicó Graham. Estaba harto de sí mismo.

—Exacto. Significa que no es una persona que actúa según lo que siente en el momento. Tiene un plan. Sabe con uno o dos días de anticipación a dónde va a ir. Tiene una especie de estructura. Ubicar el lugar, matar al animal favorito de la familia y luego a la familia. ¿Qué maldita clase de idea es ésa? —Springfield hizo una pausa—. ¿Eso es más bien su especialidad, verdad?

—En efecto. De corresponderle a alguien, creo que me concierne a mí.

—Sé que ha visto antes esta clase de cosas. No le gustó nada el otro día que le preguntara sobre Lecter, pero necesito hablar con usted de él.

—Muy bien.

—En total mató a nueve personas, ¿verdad?

—Sabemos que a nueve. Otros dos no murieron.

—¿Qué pasó con ellos?

—Uno está en una cámara de oxígeno en un hospital de Baltimore. El otro en una clínica psiquiátrica particular en Denver.

—¿Por qué razón lo hizo, en qué consistía su locura?

Graham miró por la ventanilla del automóvil a las personas que circulaban por la acera. Su voz adquirió un tono anodino, como si estuviera dictando una carta.

—Lo hizo porque le gustaba. Y sigue gustándole. El doctor Lecter no está loco, no como se piensa generalmente que debe ser un loco. Hizo algunas cosas espantosas porque disfrutaba con ello. Pero puede funcionar perfectamente bien si le da la gana.

—¿Cómo lo catalogaron los psicólogos, cuál es su tara?

—Dicen que es un sociópata porque no saben cómo llamarlo. Posee algunas de las características de los que ellos llaman sociópatas. No tiene ninguna clase de remordimiento ni sensación de culpa. Y tiene el primer y peor síntoma, notable sadismo con los animales durante su infancia.

Springfield refunfuñó.

—Pero no posee las otras características —agregó Graham—. No era un vago, ni tenía ninguna clase de antecedentes por violar la ley. No era superficial ni aprovechador en cosas pequeñas, como lo son la mayoría de los sociópatas. No es insensible. No saben cómo llamarlo. Sus electroencefalogramas denotan ciertas anormalidades, pero no han podido sacar mucho en limpio de ellas.

—¿Cómo lo llamaría usted? —inquirió Springfield.

Graham titubeó.

—Nada más que para usted ¿cómo lo llamaría?

—Es un monstruo. Lo considero como uno de esos seres horribles que nacen de tanto en tanto en los hospitales. Los alimentan y los mantienen abrigados, pero no los ponen en las máquinas y entonces mueren. Mentalmente, Lecter es como ellos, sólo que parece normal y nadie lo advierte.

—Un par de amigos míos que trabajan con el jefe son de Baltimore. Les pregunté cómo descubrió usted a Lecter. Me dijeron que no lo sabían. ¿Cómo lo hizo? ¿Cuál fue el primer indicio, la primera sensación que tuvo?

—Fue una coincidencia —respondió Graham—. La sexta víctima fue muerta en su propio taller. Tenía herramientas para trabajar madera y guardaba allí sus

implementos de caza. Lo habían atado a una percha de la pared de la que colgaban las herramientas y estaba realmente destrozado, cortado y acuchillado y tenía flechas clavadas. Las heridas me recordaban algo. Pero no podía saber qué.

—Y tuvo que esperar hasta los próximos.

—Sí. Lecter estaba muy excitado; los tres siguientes fueron asesinados en el transcurso de una semana. Pero el sexto en cuestión tenía dos viejas heridas en el muslo. El patólogo investigó en el hospital local y descubrió que había caído de su escondite en un árbol mientras cazaba con su arco y se había clavado una flecha en la pierna.

»El médico de guardia era un cirujano residente, pero Lecter lo había tratado antes ya que estaba en la sala de emergencias. Su nombre figuraba en el cuaderno de admisiones. Había transcurrido mucho tiempo desde el accidente, pero pensé que tal vez Lecter recordaría si la herida de flecha había tenido algo sospechoso, por eso fui a verlo a su oficina. En ese momento teníamos que agarrarnos de cualquier cosa.

»Estaba practicando psiquiatría en aquel entonces. Tenía una linda oficina. Con antigüedades. Dijo que no recordaba mucho de la herida, que lo había llevado al hospital uno de los cazadores compañeros de él y eso era todo.

»Pero no obstante había algo que no me satisfacía. Creo que fue algo que me dijo Lecter o algo que vi en su despacho. Crawford y yo lo repasamos todo minuciosamente. Verificamos los archivos. Lecter no tenía prontuario. Quería poder revisar a solas su oficina, pero no conseguimos una autorización del juez. No teníamos nada que mostrar. Y entonces decidí volver a verlo.

»Era un domingo, atendía a sus pacientes también en domingo. El edificio estaba vacío a excepción de unas pocas personas en su sala de espera. Me hizo entrar enseguida. Conversábamos y él se esforzaba amablemente en ayudarme cuando levanté la vista y vi unos antiquísimos libros de medicina sobre el estante que estaba sobre su cabeza. Y supe que era él.

»Quizá la expresión de mi rostro había cambiado cuando lo miré nuevamente, no lo sé. Yo sabía y él sabía que yo lo sabía. No obstante todavía no conseguía descubrir el motivo. No confiaba. Tenía que averiguarlo. Por lo tanto musité algo y salí al hall de entrada. Allí había un teléfono público. No quería alertarlo hasta tener alguna ayuda. Estaba hablando con el conmutador de la policía cuando salió de una puerta de servicio a espaldas de mí y sin zapatos.

Nunca lo oí acercarse. Sentí sólo su aliento y entonces, bueno, entonces ocurrió todo el resto.

—¿Pero cómo logró saberlo?

—Creo que sólo al cabo de una semana mientras estaba en el hospital. Era el Hombre Herido, una ilustración que figuraba en la mayoría de esos viejos libros de medicina como los que tenía Lecter. Se muestran diferentes clases de heridas de batalla en una sola figura. Lo había visto durante un curso de estudio que dictaba un patólogo en la Universidad de Washington. La posición de la sexta víctima y sus lesiones eran una réplica idéntica del Hombre Herido.

—¿Hombre Herido, dice usted? ¿Eso era todo lo que tenía?

—Pues, sí. Fue una coincidencia que lo hubiera visto. Un golpe de suerte.

—Vaya suerte.

—Si no me cree, ¿para qué mierda me lo preguntó?

—No oí lo que acaba de decir.

—Me alegro. No quise decirlo. Pero así fue como ocurrió.

—Bien —señaló Springfield—. Bien. Gracias por contármelo. Necesito saber esa clase de cosas.

La descripción de Parsons del hombre del callejón y la información del gato y el perro eran posibles indicaciones de los métodos empleados por el criminal: parecía factible que hubiera explorado la zona como lector de medidores de luz y se sintiera compelido a herir a los animales mimados de las familias antes de matar a sus miembros.

El problema inmediato al que debía enfrentarse la policía era si debía o no hacer pública esa teoría.

Si el público estaba al tanto de las señales de peligro y se mantenía alerta, la policía podría prever con antelación el próximo ataque del criminal, pero posiblemente el asesino también escuchaba las noticias.

Podría cambiar sus hábitos.

En el departamento de policía primaba la impresión de que los principales indicios deberían mantenerse en secreto a excepción de un boletín especial dedicado a veterinarios y refugios para animales en todo el sudeste, solicitando información inmediata en casos de mutilaciones de animales de una familia.

Eso significaba no brindar al público la mejor advertencia. Era un problema moral y la policía no lo veía con buenos ojos.

Consultaron con el doctor Alan Bloom de Chicago. El doctor Bloom dijo que si el asesino leía una advertencia en los periódicos, probablemente cambiaría su táctica de exploración previa al ataque. Sin embargo, dudaba que el sujeto dejara de herir a los animalitos, indiferente al riesgo que eso suponía. El psiquiatra le recomendó a la policía que no dieran por hecho, bajo ningún concepto, que contaban con veinticinco días para trabajar, el lapso hasta la próxima luna llena del 25 de agosto.

El 31 de julio por la mañana, tres horas después que Parsons diera su descripción, se tomó una decisión durante una conversación telefónica entre la policía de Birmingham y Atlanta y Crawford desde Washington: enviarían un boletín privado a los veterinarios, recorrerían durante tres días el vecindario con el dibujo y luego pasarían la información a los medios de comunicación.

Durante esos tres días, Graham y los detectives de Atlanta recorrieron las calles mostrando los dibujos a los ocupantes de las casas situadas en el vecindario del hogar de los Leeds. El dibujo era un leve esbozo de una cara, pero esperaban encontrar alguien que contribuyera a completarlo.

Los bordes del ejemplar de Graham se ajaron por el sudor de sus manos. A menudo le resultaba difícil conseguir que los dueños de casa accedieran a abrirles la puerta. Por la noche permanecía en su cuarto, acostado, suavizando con talco el sarpullido provocado por el calor, mientras su mente daba vueltas en torno al problema. Estimulaba la sensación que precede a una idea. Pero ésta no se presentaba.

Mientras tanto, en Atlanta hubo cuatro heridos accidentales y uno fatal debido a dueños de casa que dispararon a parientes que regresaban a altas horas de la noche. Aumentaron las denuncias acerca de merodeadores e inútiles datos se amontonaban sobre los escritorios del departamento de policía. La desesperanza cundió como una epidemia de gripe.

Crawford regresó desde Washington al finalizar el tercer día y se presentó en el cuarto de Graham mientras éste estaba sentado quitándose las medias húmedas.

—¿Mucho trabajo?

—Dedícate a mostrar uno de los dibujos de puerta en puerta y lo verás —respondió Graham.

—No, esta noche saldrá todo en los informativos. ¿Has caminado todo el día?

—No puedo entrar en los jardines con mi automóvil.

—Nunca pensé que se pudiera sacar algo en limpio con esta investigación —señaló Crawford.

—Bien ¿qué pretendías entonces que hiciera?

—Todo lo que te fuera posible, eso es todo —dijo Crawford poniéndose de pie para marcharse—. El trabajo rutinario ha sido para mí similar a un narcótico, especialmente después que dejé de beber. Creo que lo mismo te ocurre a ti.

Graham estaba enfadado. Crawford tenía razón, por supuesto.

Graham era flemático por naturaleza y lo sabía. Hacía mucho tiempo, cuando estaba en el colegio lo había compensado con velocidad. Pero ya habían pasado sus años de escuela.

Había algo más que podía hacer y hacía varios días que lo sabía. Podía esperar hasta verse impelido a hacerlo con desesperación los días anteriores a la próxima luna llena. O podría hacerlo ahora, cuando sería todavía de alguna utilidad.

Quería tener una opinión. Un punto de vista muy extraño que necesitaba compartir; un enfoque que debía recobrar al cabo de esos apacibles años en los cayos.

Las razones parecían restallar como los engranajes de una montaña rusa. Sin darse cuenta de que se agarraba el vientre, Graham dijo en voz alta:

—Tengo que ver a Lecter.

7

El doctor Frederick Chilton, jefe de personal del hospital estatal de Chesapeake para criminales insanos, dio la vuelta a su escritorio para estrechar la mano de Will Graham.

—El doctor Bloom me llamó ayer, señor Graham, ¿o debo llamarlo doctor Graham?

—No soy médico.

—Fue un placer hablar con el doctor Bloom, hace años que nos conocemos. Siéntese ahí, por favor.

—Agradecemos su ayuda, doctor Chilton.

—Para serle franco, hay veces en que me siento más bien el secretario que el custodio de Lecter —dijo Chilton—. La nutrida correspondencia que recibe es de por sí una molestia. Creo que entre ciertos investigadores se considera de buen tono cartearse con él —he visto sus cartas enmarcadas en algunos departamentos de psicología— y durante un tiempo parecía que cada futuro candidato al doctorado en filosofía quería entrevistarlo. Por supuesto que estoy encantado de cooperar con usted y con el doctor Bloom.

—Necesito ver al doctor Lecter lo más privadamente posible —dijo Graham —. Tal vez precise verlo nuevamente o hablar por teléfono después de la entrevista de hoy.

Chilton asintió.

—En primer lugar, el doctor Lecter permanecerá en su cuarto. Es absolutamente el único lugar en que puede estar suelto. Una de las paredes del cuarto es una reja doble que da al pasillo. Haré instalar una silla allí y mamparas, si así lo desea.

»Debo pedirle que no le pase ninguna clase de objetos, a excepción de papeles, y siempre y cuando no tengan ganchos o broches. Nada de argollas,

lápices o bolígrafos. Él tiene sus marcadores propios.

—Tendré que mostrarle cierto material que tal vez lo excite —manifestó Graham.

—Muéstrele lo que le dé la gana, siempre y cuando sea en un papel suave. Pásele los documentos a través de la bandeja corrediza para la comida. No le alcance nada entre las rejas y no acepte nada que le alcance él a través de éstas. Que le devuelva los papeles por la bandeja de la comida. Insisto en ello. El doctor Bloom y el señor Crawford me aseguraron que usted cooperaría en la forma de tratar con él.

—Lo haré —respondió Graham poniéndose de pie.

—Sé que está ansioso por seguir adelante, señor Graham, pero antes quiero decirle algo. Esto le interesará.

»Tal vez parezca redundante prevenirle a usted, de todas las personas, sobre Lecter. Pero es que a veces parece por encima de cualquier sospecha. El primer año que pasó aquí se comportó perfectamente bien y dio la impresión de cooperar con los intentos de terapia. Como consecuencia —y esto ocurrió con el administrador anterior— se aflojó ligeramente la estricta seguridad que lo rodeaba.

»La tarde del 8 de julio de 1976 se quejó de un dolor en el pecho. Se le quitaron las ataduras para que fuera más fácil hacerle un electrocardiograma. Uno de sus asistentes salió del cuarto para fumar y el otro se dio vuelta durante un segundo. La enfermera fue muy rápida y fuerte. Consiguió salvar uno de sus ojos.

»Quizás esto le parezca curioso —Chilton sacó de un cajón una muestra de un electrocardiograma y lo desenrolló sobre la mesa. Siguió la línea zigzagueante con su índice—. Mire, aquí está descansando sobre la camilla. Setenta y dos pulsaciones. Aquí agarra a la enfermera de la cabeza y la agacha hacia él. Aquí es donde lo sujeta el asistente. A propósito, no ofreció ninguna resistencia a pesar de que el enfermero le dislocó el hombro. ¿Advierte qué es lo extraño? Su pulso no subió nunca a más de ochenta y cinco. Aun mientras le tironeaba de la lengua a la enfermera.

Chilton no pudo advertir nada en el rostro de Graham. Se recostó contra el respaldo de su silla y juntó los dedos bajo el mentón. Sus manos estaban secas y relucientes.

—Usted sabe que cuando Lecter fue capturado pensamos que podía brindarnos una especial oportunidad para estudiar un sociópata puro —dijo

Chilton—. Es muy difícil conseguir uno vivo. Lecter es tan lúcido, tan perceptivo, tiene conocimientos de psiquiatría, y es un asesino múltiple. Parecía que iba a cooperar y pensamos que podía ser una ventana abierta a esta clase de aberración. Creímos que podría ser como Beaumont estudiando la digestión por la abertura del estómago de St. Martin.

»Finalmente, no creo que estemos en mejores condiciones de estudiarlo ahora que el día en que entró aquí. ¿Ha hablado alguna vez con Lecter durante un rato?

—No. Lo vi solamente cuando… cuando más lo vi fue durante el juicio. El doctor Bloom me mostró artículos escritos por él y publicados en revistas —dijo Graham.

—Parece conocerlo mucho a usted. Sé que ha pensado mucho en usted.

—¿Tuvo alguna sesión con él?

—Sí. Doce. Es impenetrable. Demasiado sofisticado para que los tests reflejen algo. Edwards, Fabré, inclusive el propio doctor Bloom hizo un intento. Conservo sus notas. Fue también un enigma para ellos. Es imposible por supuesto saber qué es lo que no manifiesta o si comprende más de lo que dice. Desde su confinación escribió unos magníficos artículos para el *American Journal of Psychiatry* y *The General Archives*. Pero siempre se refieren a problemas que no son los que él tiene. Creo que teme que si «lo resolvemos» nadie se va a interesar más por él y va a permanecer en una celda ignota por el resto de sus días.

Chilton hizo una pausa. Había utilizado su visión periférica para observar a su interlocutor durante entrevistas. Pensaba que podría observar así a Graham sin que se percatara.

—El consenso aquí es que la única persona que ha demostrado algún entendimiento práctico de Hannibal Lecter es usted, señor Graham. ¿Puede decirme algo sobre él?

—No.

—Ciertos miembros del personal sienten curiosidad por lo siguiente: cuando usted vio los crímenes del doctor Lecter, su «estilo», por llamarlo de algún modo, ¿pudo usted tal vez reconstruir sus fantasías? ¿Y le ayudó eso a identificarlo?

Graham no respondió.

—Lamentablemente estamos muy escasos de material en ese aspecto. Hay un solo artículo en el *Journal of Abnormal Psychology*. ¿Le importaría conversar

con algunos miembros del personal?

—No, no, esta vez no. El doctor Bloom fue muy severo conmigo al respecto. Tenemos que dejarlo tranquilo. La próxima vez, quizás.

El doctor Chilton estaba familiarizado con la hostilidad. Y en ese momento tenía una muestra bien evidente.

Graham se puso de pie.

—Gracias, doctor. Quiero ver a Lecter ahora.

La puerta de acero de la sección de seguridad máxima se cerró detrás de Graham. Oyó el ruido de la cerradura que se corría.

Graham sabía que Lecter dormía la mayor parte de la mañana. Miró al fondo del corredor. Desde ese ángulo no podía ver el interior de la celda de Lecter, pero pudo advertir que no había mucha luz.

Graham quería ver dormido al doctor Lecter. Necesitaba tiempo para juntar fuerzas. Si llegaba a sentir en su cabeza la locura de Lecter tendría que reprimirla rápidamente antes de que lo desbordara.

Para disimular el ruido de sus pisadas caminó detrás de un guardia que empujaba un carrito con ropa de cama. Es muy difícil engañar al doctor Lecter.

Graham se detuvo a mitad de camino. Barras de acero cubrían totalmente el frente de la celda. Detrás de las rejas, a más de un brazo de distancia, había una gruesa red de nylon que iba del techo hasta el piso y de pared a pared. Graham pudo ver a través de la reja una mesa y una silla clavadas en el piso. La mesa estaba cubierta por una pila de libros en rústica y numerosa correspondencia. Se acercó a los barrotes, apoyó sus manos sobre ellos y enseguida las retiró.

El doctor Hannibal Lecter dormía en un catre, su cabeza sobre una almohada apoyada contra la pared. Le *Grand Dictionnaire de Cuisine* de Alejandro Dumas estaba abierto sobre su pecho.

Graham había estado mirando por las rejas no más de cinco segundos cuando Lecter abrió los ojos y dijo:

—Es la misma espantosa loción para después de afeitarse que usó durante el juicio.

—Me la mandan de regalo para Navidad.

La luz se reflejaba en pequeñas manchas rojizas en los ojos marrones del doctor Lecter. Graham sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Se pasó la mano por ella.

—Navidad, por supuesto —señaló Lecter—. ¿Recibió mi tarjeta?

—La recibí. Gracias.

El laboratorio criminológico del FBI en Washington le había enviado a Graham la tarjeta de Navidad del doctor Lecter. Graham la llevó al patio de atrás de su casa, la quemó y se lavó las manos antes de tocar a Molly.

Lecter se levantó y se acercó a la mesa. Era un hombre pequeño y delgado. Muy prolijo.

—¿Por qué no se sienta, Will? Creo que por allí hay un armario donde guardan unas sillas plegables. Por lo menos de ahí parece provenir el ruido.

—El guardia me traerá una.

Lecter permaneció de pie hasta que Graham se sentó en el pasillo.

—¿Cómo está el oficial Stewart?

—Muy bien.

El oficial Stewart había abandonado su trabajo con las fuerzas de la ley después de haber inspeccionado el sótano de Lecter. Actualmente administraba un motel. Graham se abstuvo de mencionarlo. No creía que a Stewart le gustara recibir ninguna clase de correspondencia de Lecter.

—Qué pena que sus problemas emotivos fueran más fuertes que él. Yo pensaba que podía convertirse en un agente muy competente. Will, ¿tiene usted a veces problemas?

—No.

—Por supuesto.

Graham tenía la impresión de que Lecter estaba atravesándole el cráneo con su mirada. Su atención le producía la sensación de tener una mosca caminando adentro.

—Me alegra que haya venido. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Tres años? Mis visitantes son todos profesionales. Clínicos psiquiatras comunes y afanosos y mediocres doctores en psicología de oscuras universidades de nadie sabe dónde. Chupatintas tratando de proteger sus puestos con artículos en los periódicos.

—El doctor Bloom me mostró su artículo sobre manía quirúrgica en *The Journal of Clinical Psychiatry*.

—¿Y?

—Muy interesante, aún para un lego.

—Un lego. Lego, lego. Interesante palabra —dijo Lecter—. Tantos sabihondos dando vueltas por ahí. Tantos expertos, subvencionados por el

gobierno. Y usted dice que es un lego. Pero usted fue el que me atrapó, ¿verdad, Will? ¿Sabe usted cómo lo hizo?

—Estoy seguro que leyó la transcripción. Todo figura allí.

—No, no es así. ¿Sabe usted cómo lo hizo, Will?

—Figura en la transcripción. ¿Qué importancia tiene ahora?

—A mí no me importa, Will.

—Quiero que me ayude, doctor Lecter.

—Lo suponía.

—Referente a Atlanta y a Birmingham.

—Sí.

—Estoy seguro que debe haberlo leído.

—Leí los periódicos. No puedo recortarlos. Por supuesto que no me permiten tener tijeras. Sabe usted, a veces me amenazan con quitarme los libros. No querría que ellos pensaran que estoy lucubrando algo morboso. —Lanzó una carcajada. El doctor Lecter tiene dientes blancos y pequeños.

—Usted quiere saber cómo los elige, ¿no es así?

—Se me ocurrió que podría tener algunas ideas. Le pido que me las transmita.

—¿Y por qué debería hacerlo?

Graham había anticipado la pregunta. Una razón para detener a asesinos múltiples no se le ocurriría así como así al doctor Lecter.

—Hay cosas que usted no tiene —manifestó Graham—. Material de investigación, inclusive secuencias de películas. Hablaría con el jefe de personal.

—Chilton. Debe de haberlo visto cuando entró. Horrible, ¿no le parece? Dígame la verdad: ¿no encuentra que escudriña en nuestra mente con la misma habilidad de un adolescente tratando de quitarle la faja a una muchacha? Lo observó por el rabillo del ojo. Se dio cuenta, ¿verdad? Tal vez no pueda creerlo, pero trató de hacerme a mí un test de apercepción temática. Estaba sentado allí, igual que el gato de Cheshire, esperando ver aparecer un Mf 13. Ja. Disculpe, olvidé que usted no pertenece a esta feligresía. Es una tarjeta con una mujer en cama y un hombre parado en primer plano. Se suponía que yo debía evitar una interpretación sexual. Me reí. Se enojó y les dijo a todos que yo había evitado ir a la cárcel por un síndrome de Ganser. No importa, es muy aburrido.

—Tendría acceso a la filmoteca de la Asociación Americana de Medicina.

—No creo que pudiera conseguirme las cosas que quiero.

—Haga la prueba.

—Ya tengo bastante para leer con todo esto.

—Podría ver el archivo de este caso. Y hay otra razón.

—Diga, por favor.

—Creo que debe tener curiosidad por saber si es usted más inteligente que la persona a la que busco.

—Y entonces, por consiguiente, piensa que es usted más inteligente que yo, ya que me atrapó.

—No. Sé que no soy más inteligente que usted.

—¿Y entonces cómo hizo para capturarme, Will?

—Usted tenía desventajas.

—¿Qué desventajas?

—Pasión. Y es insano.

—Está muy bronceado, Will.

Graham no contestó.

—Sus manos están ásperas. No parecen ya las manos de un policía. Esa loción para después de afeitarse parece elegida por un niño. ¿Tiene un barquito en la etiqueta, verdad?

El doctor Lecter rara vez mantiene la cabeza derecha. La inclina hacia un lado cuando formula una pregunta, como si quisiera atornillar su curiosidad en nuestra mejilla. Otra pausa y luego Lecter dijo:

—No piense que puede persuadirme recurriendo a mi vanidad intelectual.

—No creo poder persuadirlo. Lo hará o no lo hará. De todas formas, el doctor Bloom está trabajando en eso y es el mejor.

—¿Tiene ahí el legajo?

—Sí.

—¿Y fotografías?

—Sí.

—Déjeme verlas y lo reconsideraré.

—No.

—¿Sueña usted mucho, Will?

—Adiós, doctor Lecter.

—Todavía no me amenazó con quitarme los libros.

Graham comenzó a caminar.

—Déjeme ver el legajo, entonces. Le diré lo que pienso.

Graham tuvo que apretar bien el abultado legajo para que cupiera en la bandeja de la comida. Lecter lo hizo deslizarse hacia él.

—Hay un resumen arriba de todo. Puede leerlo ahora —dijo Graham.

—¿Le importa si lo leo en privado? Deme una hora.

Graham esperó en un sofá tapizado en plástico en un macabro salón. Varios guardias entraron para tomar café. No les dirigió la palabra. Miraba fijamente los pequeños objetos que había en el cuarto alegrándose de que se mantuvieran inmóviles en su visión. Tuvo que ir dos veces al baño. Estaba como insensible.

La llave giró permitiéndole ingresar nuevamente a la sección de seguridad máxima.

Lecter estaba sentado a su mesa; los ojos velados por sus pensamientos. Graham sabía que había pasado la mayor parte del tiempo con las fotografías.

—Es un muchacho muy tímido, Will. Me encantaría conocerlo. ¿Ha considerado usted la posibilidad de que esté desfigurado?

—Los espejos.

—Sí. Advierta que rompió todos los espejos de las casas, pero no fue únicamente para obtener los pedazos que necesitaba. No clava los trozos sólo para herir. Están colocados de forma que él pueda verse. En los ojos. La señora Jacobi y… ¿Cómo se llamaba la otra?

—La señora Leeds.

—Eso es.

—Muy interesante —dijo Graham.

—No es «interesante». Usted había pensado ya en eso.

—Lo había considerado.

—Vino acá solamente para mirarme. Para aspirar otra vez el viejo aroma, ¿no es verdad? ¿Por qué no se huele a usted mismo?

—Quiero su opinión.

—No tengo ninguna en este momento.

—Cuando la tenga me gustaría oírla.

—¿Puedo guardarme el legajo?

—No lo he decidido todavía —respondió Graham.

—¿Por qué no hay descripciones de los terrenos? Aquí tenemos vistas de los frentes de las casas, de las plantas, diagramas de los cuartos donde tuvieron lugar las muertes y poca mención del terreno. ¿Cómo eran los jardines?

—Jardines amplios en la parte posterior, con cercos, algunos con arbustos. ¿Por qué?

—Porque, mi querido Will, si este candidato siente una atracción especial por la luna, tal vez le guste salir al exterior para mirarla. Antes de asearse,

¿comprende? ¿Alguna vez ha visto sangre a la luz de la luna, Will? Parece casi negra. Por supuesto que conserva su brillo característico. Si llegado el caso, uno estuviera desnudo, sería mejor gozar de cierta privacidad para esos menesteres. Debe demostrarse cierta consideración con los vecinos ¿hmmmmm?

—¿Usted piensa que el lugar es un factor que tiene en cuenta al elegir sus víctimas?

—Oh, sí. Habrá más víctimas, por supuesto. Permítame guardar el legajo, Will. Lo estudiaré. Y si tiene más agregados me gustaría echarles un vistazo, también. En las raras ocasiones en que mi abogado me llama me alcanzan un teléfono. Antes me comunicaban por el conmutador, pero como puede suponer, todo el mundo escuchaba la conversación. ¿Podría darme el número de teléfono de su casa?

—No.

—¿Sabe por qué me atrapó, Will?

—Adiós, doctor Lecter. Puede dejarme cualquier mensaje en el número que figura en el legajo.

Graham se alejó.

—¿Sabe por qué me atrapó?

Graham estaba ya fuera del alcance de la vista de Lecter y aceleró su marcha en dirección a la distante puerta de acero.

—La razón por la que pudo atraparme es porque ambos somos iguales —fue lo último que oyó Graham al cerrarse la puerta metálica a su paso.

Estaba insensible a excepción del temor de perder esa insensibilidad. Caminaba con la cabeza gacha, sin hablar con nadie y sentía las pulsaciones de su sangre como un hueco batir de alas. Le pareció muy corta la distancia hasta el exterior. Ese era simplemente un edificio; había solamente cinco puertas entre Lecter y la calle. Tenía la absurda sensación de que Lecter había salido junto con él. Se detuvo al trasponer la puerta de entrada y echó un vistazo alrededor para asegurarse de que estaba solo.

Desde un automóvil estacionado del otro lado de la calle, con el gran angular apoyado sobre una ventanilla, Freddy Lounds obtuvo una buena instantánea de Graham parado en el umbral, sobre el cual y escritas en la piedra podían leerse las palabras: «Hospital Estatal de Chesapeake para Criminales Insanos».

El resultado, publicado en el *National Tattler*, mostraba la foto recortada de la cabeza de Graham y las dos últimas palabras talladas en la piedra.

8

El doctor Hannibal Lecter permaneció recostado en su catre con las luces de la celda apagadas después que se fue Graham. Transcurrieron varias horas.

Durante un rato se limitó a las sensaciones táctiles; la trama de la funda de la almohada contra sus manos enlazadas detrás de la cabeza, la suave membrana que cubría su mejilla.

Luego fue el turno de los olores y permitió a su mente jugar con ellos. Algunos eran reales pero otros no. Habían puesto *Clorox* en el baño; semen. Estaban comiendo ají picante en el hall; uniformes empapados en transpiración. Graham no había querido darle el número de su teléfono particular; el olor amargo y verde de yerbajos recién cortados. Lecter se incorporó. El hombre podría haberse mostrado educado. Sus pensamientos tenían el olor a metal caliente de un reloj eléctrico.

Lecter pestañeó varias veces y sus cejas se arquearon. Encendió las luces y le escribió una nota a Chilton pidiéndole un teléfono para llamar a su abogado.

De acuerdo con la ley, Lecter tenía derecho a hablar en privado con su abogado y no había abusado de ese privilegio. Como Chilton no le permitía trasladarse hacia donde estaba el teléfono, tenían que alcanzárselo hasta donde estaba él.

Se lo llevaron dos guardias, que desenrollaron un largo cable desde la toma que había junto al escritorio de ellos. Uno de los guardias tenía las llaves. El otro esgrimía una lata de Mace, un aerosol que provocaba intenso ardor en los ojos.

—Vaya al fondo de su celda, doctor Lecter. Mirando a la pared. Si se da vuelta o se acerca a las rejas antes de oír el ruido de la cerradura le arrojaré Mace a la cara. ¿Entendido?

—Por supuesto —dijo Lecter—. Muchas gracias por traer el teléfono.

Tenía que pasar la mano por la red de nylon para marcar. Informaciones de Chicago le suministró el número del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Chicago y el de la oficina del doctor Alan Bloom. Marcó el número del conmutador del departamento de psiquiatría.

—Estoy tratando de comunicarme con el doctor Alan Bloom.

—No tengo seguridad de que haya venido hoy pero le comunicaré.

—Un momento, se supone que conozco el nombre de su secretaria y lamento tener que confesar que lo he olvidado.

—Linda King. Un momento por favor.

—Gracias.

El teléfono sonó ocho veces antes de que contestaran.

—Oficina de Linda King.

—¿Linda?

—Linda no viene los sábados.

El doctor Lecter había especulado con eso.

—Tal vez usted pueda ayudarme, si no le es molesto. Soy Bob Greer de la compañía editora Blaine y Edwards. El doctor Bloom me pidió que le enviara un ejemplar del libro de Overholser, *El Psiquiatra y la Ley* a Will Graham, y Linda debía darme su dirección y teléfono, pero no lo hizo.

—Yo soy solamente una ayudante, ella vuelve el lu…

—Tengo que alcanzar el Expreso Federal en cinco minutos y no me gusta molestar al doctor Bloom en su casa ya que él le ordenó a Linda que me lo enviara y no quiero meterla en un lío. Debe estar ahí en su Rolodex o como se llame. Le estaré eternamente agradecido si me lo dice.

—No tiene un Rolodex.

—¿No será una agenda común?

—Sí.

—Sea buena, búsqueme el número de ese tipo y no le haré perder más tiempo.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Graham. Will Graham.

—Muy bien, el teléfono de su casa es 305 JL5-7002.

—Se supone que tengo que enviárselo a su casa.

—No figura la dirección de su casa.

—¿Qué dirección da?

—Oficina Federal de Investigaciones, Diez y Pennsylvania, Washington, D.

C. Oh, y casilla de Correo 3680, Marathon, Florida.

—Perfecto, es un ángel.

—No faltaba más.

Lecter se sentía mucho mejor. Se le ocurrió que en alguna oportunidad podría sorprender a Graham con una llamada, o, si ese tipo no era capaz de mostrar un poco más de amabilidad, le pediría a una de esas firmas que abastecen a los hospitales que le enviaran por correo a Graham una bolsa para colostomía en recuerdo de viejos tiempos.

9

A más de mil setecientos kilómetros hacia el sudoeste, en la cafetería del Laboratorio de Películas Gateway en St. Louis, Francis Dolarhyde esperaba que le sirvieran una hamburguesa. Las entradas que se ofrecían en el mostrador no presentaban buen aspecto. Se paró junto a la caja y bebió un sorbo de café de la taza de papel.

Una muchacha pelirroja vestida con un delantal de laboratorio entró a la cafetería y estudió la máquina de caramelos. Miró varias veces a Francis Dolarhyde que estaba de espaldas a ella y frunció los labios. Finalmente se acercó a él y le preguntó:

—¿Señor D.?

Dolarhyde se dio la vuelta. Usaba siempre gafas protectoras rojas fuera del cuarto oscuro. Ella fijó la vista en el puente de las gafas.

—¿Le importaría sentarse un momento conmigo? Tengo algo que decirle.

—¿Qué tiene que decirme, Eileen?

—Que realmente lo siento muchísimo. Que sencillamente Bob estaba borracho y como usted bien lo sabe, haciéndose el payaso. No fue esa su intención. Siéntese conmigo, por favor. Aunque sólo sea un minuto.

—Bien.

Dolarhyde jamás decía «sí» porque tenía algunas dificultades con la «s». Se sentaron. Ella retorcía nerviosamente una servilleta con sus manos.

—Todos estábamos divirtiéndonos mucho en la fiesta y nos alegramos de que viniera —dijo ella—. Nos alegramos de veras y nos sorprendimos también. Usted sabe cómo es Bob, imita permanentemente las voces de la gente, debería actuar en la radio. Imitó dos o tres tonadas, con chistes y demás, puede hablar exactamente igual a un negro. Cuando imitó esa otra voz no lo hizo para

molestarlo a usted. Estaba demasiado borracho como para darse cuenta de quiénes estaban presentes.

—Todo el mundo reía y de repente nadie rio —Dolarhyde no decía nunca «más», por la «s».

—Entonces fue cuando Bob se dio cuenta de lo que había hecho.

—Pero continuó.

—Lo sé —dijo ella tratando de mirar de la servilleta a las antiparras sin demorarse demasiado—. Y se lo hice notar. Dijo que no tenía mala intención, que comprendió que ya no había forma de dar marcha atrás y entonces prefirió seguir con la broma. Usted vio cómo se sonrojó.

—Me propuso realizar un dúo con él.

—Lo abrazó y trató de tomarlo del brazo. Quería que usted también lo tomara como una broma, señor D.

—Lo tomé como una broma, Eileen.

—Bob está desesperado.

—Bueno, no quiero que esté desesperado. No lo quiero. Dígaselo de mi parte. Y que aquí no hará ninguna diferencia. Dios mío, con la habilidad de Bob yo haría bro… haría una broma a continuación de otra —Dolarhyde evitaba en lo posible los plurales—. Bueno, no pasará mucho antes de volver a reunirnos y entonces verá cómo me siento.

—Bien, señor D. Usted sabe que debajo de todas esas bromas Bob es realmente un tipo muy sensible.

—Estoy seguro. Cariñoso, imagino —la voz de Dolarhyde estaba ahogada por su mano. Cuando estaba sentado apoyaba siempre el nudillo de su índice bajo la nariz.

—¿Cómo dijo?

—Creo que usted es buena para él, Eileen.

—Yo también lo creo, de veras. Bebe solamente los fines de semana. No bien empieza a relajarse su esposa lo llama por teléfono. Me hace caras mientras habla con ella, pero me doy cuenta que luego se queda molesto. Una mujer puede darse cuenta de esas cosas. —Palmeó a Dolarhyde en la muñeca y a pesar de las antiparras advirtió que el toque se había registrado en sus ojos—. No se preocupe, señor D. Me alegro de haber tenido esta charla.

—Yo también, Eileen.

Dolarhyde la contempló mientras se alejaba. Tenía una marca de succión en la parte posterior de la rodilla. Pensó, acertadamente, que Eileen no sentía

aprecio por él. En honor a la verdad, nadie lo apreciaba.

El espacioso cuarto oscuro estaba fresco y olía a productos químicos. Francis Dolarhyde inspeccionó el revelador del tanque A. Cientos de metros de películas familiares de todo el país habían pasado por el secador. Muchas veces durante el día levantaba muestras de películas y las examinaba, secuencia tras secuencia. El silencio reinaba en la habitación. Dolarhyde no fomentaba la conversación entre sus ayudantes y se comunicaba generalmente por gestos.

Cuando terminó el turno de la tarde quedó solo en el cuarto oscuro, para revelar, secar y ensamblar algunas películas de su propiedad.

Dolarhyde llegó a su casa alrededor de las diez de la noche. Vivía solo en una gran casa que le habían dejado sus abuelos. Se alzaba al final de un camino de grava que atravesaba un huerto de manzanos al norte de Saint Charles, Missouri, del otro lado del río Missouri, frente a St. Louis. El propietario del huerto se había ausentado y nadie lo cuidaba. Árboles secos y retorcidos se erguían entre otros florecientes. Ahora, a fines de julio, el aire del huerto estaba saturado con el olor a manzanas podridas. Durante el día se llenaba de abejas. El vecino más cercano estaba a diez cuadras.

Dolarhyde realizaba siempre una inspección de la casa cuando regresaba del trabajo; unos años antes hubo un frustrado intento de robo. Encendió las luces de cada cuarto y echó un vistazo. Una visita no pensaría que vivía solo. La ropa de sus abuelos colgaba todavía en los roperos, los cepillos de su abuela con cabellos entre las cerdas estaban aún sobre la cómoda. Sus dientes descansaban en un vaso sobre la mesa de noche. Hacía tiempo ya que se había evaporado el agua. Diez años habían transcurrido desde la muerte de su abuela.

(El director de la funeraria le había preguntado: «¿No le importaría señor Dolarhyde traerme los dientes de su abuela?». Él contestó: «Cierre no más el cajón»).

Contento de estar solo en la casa, Dolarhyde subió al primer piso, se dio una prolongada ducha y se lavó el pelo.

Se vistió con un kimono de un material sintético con una textura como la de la seda y se acostó en la angosta cama en el cuarto que había ocupado desde su niñez. El secador de pelo de su abuela tenía una gorra de plástico y una

manguera. Se puso la gorra y mientras se secaba el pelo hojeó una revista de modas. El odio y la bestialidad en algunas fotografías era notable.

Comenzó a sentirse excitado. Giró la pantalla metálica de su lámpara de lectura hasta hacerla iluminar una lámina que colgaba de la pared frente a los pies de la cama. Era El Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol, de William Blake.

El cuadro le impresionó mucho la primera vez que lo vio. Nunca había visto antes nada que representara gráficamente sus pensamientos. Tenía la impresión de que Blake hubiera espiado en su oreja y descubierto así el Dragón Rojo. Durante varias semanas Dolarhyde tuvo la preocupación de que sus pensamientos refulgieran en sus orejas y fueran visibles en la oscuridad del cuarto de trabajo y velaran las películas. Se colocó tapones de algodón en las orejas. Pero temiendo que el algodón fuera demasiado inflamable probó con lana de acero. Como eso los hizo sangrar, finalmente cortó pequeños trozos de tela de amianto de una tabla de planchar y formó con ellos unas bolitas que podía calzar en las orejas.

El Dragón Rojo era todo lo que había tenido durante mucho tiempo. Pero ya no era todo. Sintió los comienzos de una erección. Hubiera querido disfrutarla lentamente, pero no podía esperar más. Dolarhyde corrió los pesados cortinados de la sala de la planta baja. Instaló el proyector y la pantalla. A pesar de las protestas de su abuela, su abuelo había llevado al living un sillón de respaldo reclinable (ella colocó una carpetita de encaje donde apoyaba la cabeza). A Dolarhyde le gustaba el sillón, era muy cómodo. Enroscó una toalla en el apoyabrazos.

Apagó las luces. Así, recostado en ese cuarto oscuro, podía sentirse en cualquier parte. La luz del lecho estaba provista de una pantalla giratoria que producía manchas multicolores que trepaban por las paredes y el piso y parecían rozarle la piel. Podría haber estado acostado sobre el asiento de una nave espacial, en una burbuja de vidrio entre las estrellas. Cuando cerró los ojos pensó que sentía las manchas de luz que se movían sobre él y al abrirlos se convertían en las luces de una ciudad situada arriba o abajo de él. Ya no había más arriba o abajo. La pantalla giraba más rápido a medida que se calentaba y las manchas se arremolinaban alrededor de él, pasando sobre los muebles en haces angulosos y cayendo como una lluvia de meteoros sobre las paredes. Podría ser un cometa atravesando la Nebulosa del Cangrejo.

Pero un lugar estaba protegido de la luz. Había colocado junto a la máquina

un pedazo de cartón que proyectaba una sombra sobre la pantalla.

Alguna vez, en el futuro, fumaría primero para intensificar el efecto, pero en esta oportunidad no era necesario.

Oprimió el botón que ponía en funcionamiento el proyector. Un rectángulo blanco apareció en la pantalla, un rayado grisáceo al comenzar a pasar la película sobre la lente y enseguida el perrito gris paró las orejas y corrió hacia la puerta de la cocina, temblando y agitando su pequeña cola. Un corte y el perro corría junto al cordón de la vereda, dándose vuelta para tirar mordiscos hacia un costado.

Ahora entraba a la cocina la señora Leeds trayendo los paquetes con las compras. Reía y se tocaba el pelo. Los chicos salían detrás de ella.

Un corte nuevamente y una toma mal iluminada del dormitorio de Dolarhyde en el piso de arriba. Está parado desnudo frente al grabado de El Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol. Tiene puestos «anteojos de combate», esos anteojos de plástico que se sujetan alrededor de la cabeza y que usan los jugadores de hockey. Tiene una erección que ayuda con su mano.

La imagen sale ligeramente de foco al acercarse Dolarhyde a la cámara con movimientos estilizados, estirando la mano para corregir el foco e invadiendo totalmente el marco de la película con la cara. La película tiembla y súbitamente enfoca un primer plano de su boca, su desfigurado labio superior fruncido, la lengua asomando entre los dientes, un ojo en blanco todavía en la imagen. La boca cubre la pantalla, los labios retorcidos dejan ver sus dientes mellados y la oscuridad al introducir la lente en su boca.

Los inconvenientes de la parte que seguía eran evidentes.

Una secuencia movida y borrosa con una luz fuerte se convirtió en una cama y en el acuchillamiento de Charles Leeds; la incorporación de su esposa, cubriéndose los ojos con una mano, dándose vuelta hacia su marido y poniendo las manos sobre él, rodando hacia el costado de la cama con las piernas enredadas en las sábanas, tratando de levantarse. La cámara enfocó de repente el techo, sacudiéndose y provocando unas rayas similares a las de un pentagrama, para luego estabilizarse y presentar una toma de la señora Leeds acostada nuevamente, con una mancha oscura que se agrandaba en su camisón y Leeds llevándose las manos al cuello y con los ojos desorbitados. La pantalla quedó a oscuras durante cinco segundos y luego se oyó el leve sonido de un empalme.

La cámara estaba ahora inmóvil, sobre un trípode. Todos habían muerto ya y estaban ubicados en distintos lugares. Dos chicos sentados contra la pared que

miraba hacia la cama, otro en el rincón enfrentando a la cámara. El señor y la señora Leeds en la cama, cubiertos con las sábanas. El señor Leeds apoyado contra la cabecera, la soga que lo sujetaba por el pecho semioculta por las sábanas y la cabeza inclinada hacia un costado.

Dolarhyde hizo su aparición en la película desde la izquierda, con movimientos estilizados como los de un bailarín balinés. Salpicado de sangre y desnudo a excepción de las gafas y los guantes, haciendo morisquetas y saltando sobre los muertos. Se acercó al costado más alejado de la cama, donde estaba la señora Leeds, agarró la punta de la sábana, la sacó de un tirón y permaneció en una pose como si acabara de realizar una verónica.

Una fina capa de sudor cubría en ese momento a Dolarhyde mientras miraba la película, sentado en el living de sus abuelos. Sacaba constantemente la lengua gruesa, humedeciendo la reluciente cicatriz de su labio superior, mientras gemía y se estimulaba.

A pesar de haber alcanzado en ese momento la cúspide de su placer, no pudo evitar cierto disgusto al advertir que en la escena siguiente perdía toda gracia y elegancia en sus movimientos, al agitar la cabeza como un cerdo, apuntando distraídamente el trasero a la cámara. No había pausas sobrecogedoras, ningún sentido del ritmo, solamente un frenesí brutal.

De todas formas, era maravilloso. Observar la película le resultaba maravilloso. Pero no tanto como los actos en sí.

Dolarhyde sintió que la película tenía dos defectos principales: el primero que no registraba las muertes del matrimonio Leeds y el segundo, que su actuación al final no era muy buena. Era como si perdiera todos sus atributos. Por cierto que el Dragón Rojo no lo haría así.

Bueno, debía filmar muchas películas más y esperaba que con la experiencia podría mantener cierto nivel estético, aun en los momentos más íntimos.

Tenía que vencer. Se trataba de la obra de su vida, de algo magnífico. Viviría para siempre.

Tendría que hacerlo pronto. Seleccionar a sus compañeros de reparto. Ya había copiado varios filmes de salidas familiares durante el 4 de julio. El final del verano siempre traía aparejado un gran movimiento en la planta de revelado, al recibirse todas las películas filmadas durante las vacaciones. El día de Acción de Gracias suministraría otra buena tanda.

A diario recibía envíos familiares por correo.

10

El avión de Washington a Birmingham estaba medio vacío. Graham eligió un asiento junto a la ventanilla que tenía desocupado el de al lado.

Rechazó un emparedado algo seco que le ofreció la azafata y apoyó el legajo de los Jacobi sobre el soporte para la bandeja. Había anotado al principio las similitudes entre los Jacobi y los Leeds.

Ambas parejas estaban al final de la treintena, ambas tenían hijos, dos varones y una mujer. Edward Jacobi tenía otro hijo de un matrimonio anterior, que estaba en el colegio cuando fue asesinada su familia.

En ambos casos, los dos padres poseían títulos universitarios, y ambas familias vivían en casas de dos plantas en agradables suburbios. Tanto la señora Jacobi como la señora Leeds eran mujeres bonitas. Las familias utilizaban idénticas tarjetas de crédito y estaban suscriptas a idénticas revistas populares.

Ahí terminaban las similitudes. Charles Leeds era un abogado especializado en impuestos, mientras que Edward Jacobi era ingeniero y metalúrgico. La familia de Atlanta era presbiteriana; los Jacobi, católicos. Los Leeds residían desde hacía muchos años en Atlanta, en cambio los Jacobi habían vivido solamente tres meses en Birmingham, por haber sido trasladados allí desde Detroit.

La palabra «casualidad» resonaba molestamente en los oídos de Graham como una canilla que pierde. «Casual elección de víctimas», «sin motivo aparente», terminología empleada por los periodistas y pronunciada con ira y frustración por los detectives en los departamentos de homicidios.

Empero «casualidad» no era el término exacto. Graham sabía que los que realizaban asesinatos múltiples y en serie, no eligen sus víctimas al azar.

El hombre que asesinó a los Jacobi y a los Leeds vio algo en ellos que lo atrajo hacia esas personas y lo impulsó a matarlos. Podía haberlos conocido muy

bien —así lo esperaba Graham— o quizá no los conocía en absoluto. Pero Graham estaba seguro de que el asesino los había visto en alguna oportunidad antes de matarlos. Los eligió porque tenían algo que lo atraía y las mujeres constituían el meollo del asunto. ¿Qué sería?

Existían ciertas diferencias entre los dos crímenes.

Edward Jacobi fue muerto de un disparo mientras bajaba la escalera empuñando una linterna, posiblemente lo había despertado un ruido.

La señora Jacobi y sus hijos fueron muertos de un tiro en la cabeza, la señora Leeds en el abdomen. En todos los casos el arma utilizada fue una pistola automática de nueve milímetros. Restos de lana de acero de un silenciador de fabricación casera se encontraron en las heridas. Ninguna huella dactiloscópica en las cápsulas servidas.

El cuchillo había sido usado únicamente en Charles Leeds. El doctor Princi creía posible que se tratara de un instrumento con una hoja delgada, aguda y extremadamente filosa.

Los métodos para entrar a las casas diferían también; la puerta del jardín forzada en el caso Jacobi y el cortador de vidrio en el de los Leeds.

Las fotografías del crimen de Birmingham no mostraban tanta sangre como la que se encontró en el de Leeds, pero había manchas en las paredes del dormitorio a poco más de sesenta centímetros del suelo. Por lo tanto el asesino también había tenido público en Birmingham. La policía de Birmingham revisó los cadáveres en busca de impresiones digitales, incluyendo las uñas, pero no encontró nada. A un mes de su inhumación en Birmingham, ya no quedarían ni rastros de una huella como la que se encontró en el pequeño Leeds.

En ambos lugares había el mismo pelo rubio, la misma saliva, el mismo semen.

Graham apoyó las dos fotografías de las sonrientes familias contra el respaldo del asiento delantero y se quedó mirándolas durante un buen rato, en medio de la calma del avión en vuelo.

¿Qué podría haber atraído particularmente al asesino hacia *ellos*? Graham quería creer a todo trance que existía un factor común y que pronto lo descubriría.

De lo contrario, tendría que entrar a otras casas y ver qué le había dejado el Hada de los Dientes.

Graham obtuvo unas direcciones en la oficina de Birmingham y se puso en contacto con la policía telefónicamente desde el aeropuerto. El aire acondicionado del automóvil que alquiló le salpicaba las manos y brazos de agua.

Su primera parada fue en la oficina de la Inmobiliaria Geehan, en la avenida Dennison.

Geehan, alto y calvo, apresuró el paso sobre la alfombra peluda color turquesa para saludarlo. Su sonrisa se desvaneció no bien Graham exhibió su credencial y le pidió la llave de la casa de los Jacobi.

—¿Irán hoy también policías uniformados? —preguntó con la mano sobre su cabeza.

—No lo sé.

—Espero en Dios que no. Tengo oportunidad de mostrarla dos veces esta tarde. Es una linda casa. Cuando la gente la ve se olvida de lo que ocurrió. El jueves pasado vino una pareja desde Duluth, unos jubilados con buen respaldo, fanáticos del Cinturón del Sol. Estábamos ultimando detalles cuando apareció el patrullero y entraron todos a la casa. La pareja les hizo algunas preguntas y por cierto que no se quedaron cortos en sus respuestas. Esos simpáticos oficiales les hicieron hacer todo el recorrido, explicándoles quién estaba dónde. Luego se despidieron amablemente, adiós, señor Geehan, disculpe la molestia. Traté de mostrarles todas las medidas de seguridad que habíamos dispuesto, pero ni las escucharon. Se marcharon como habían venido por el camino de grava y no se detuvieron hasta instalarse en su automóvil.

—¿Algún soltero ha solicitado visitarla?

—A mí no. Hay una lista muy larga. Pero me parece que no. La policía no quería permitirnos pintar hasta, bueno, no sé, el hecho es que hasta el martes no pudimos acabar la pintura del interior. Dos manos de látex para interiores y en algunas partes inclusive tres. Todavía estamos trabajando en el exterior. Va a quedar realmente linda.

—¿Cómo se las arreglarán para venderla antes de tener autorización del juez?

—No puedo cerrar el trato hasta entonces, pero eso no significa que no pueda tener todo listo. La gente podría mudarse con un acuerdo formalizado por escrito. Tengo que hacer algo. Un socio mío tiene el papel preparado y ese interés nos mantiene despiertos de noche y de día.

—¿Quién es el albacea del señor Jacobi?

—Metcalf, Byron Metcalf de la firma Metcalf y Barnes. ¿Cuánto tiempo calcula que se quedará allí?

—No lo sé. Hasta que termine.

—Deje la llave en el buzón. No necesita venir hasta aquí.

Graham experimentaba la vaga sensación de seguir un rastro frío mientras conducía rumbo a la casa de los Jacobi. Estaba justo en el límite de la ciudad, en una zona recientemente anexada a ésta. Detuvo una vez el automóvil en la carretera para estudiar el mapa antes de encontrar la salida a un camino secundario pavimentado.

Había transcurrido más de un mes desde que fueron asesinados. ¿Qué había estado haciendo él entonces? Instalando un par de motores diésel en un casco Rybovich de veinte metros, haciéndole señas a Ariaga en la grúa para que bajara un centímetro más. Molly aparecía al final de la tarde y los tres se sentaban bajo un toldo en la cabina de la embarcación a medio terminar y comían los enormes camarones que traía Molly y bebían cerveza helada marca Dos Equis. Ariaga explicaba cuál era la mejor forma de limpiar langostinos y dibujaba la aleta de la cola sobre el aserrín de la cubierta mientras los rayos del sol se quebraban sobre las olas y jugueteaban sobre las plumas de las inquietas gaviotas.

El agua del aire acondicionado salpicaba la pechera de la camisa de Graham, que se encontraba en ese momento en Birmingham, donde no había camarones ni gaviotas. Mientras conducía veía a su derecha praderas y lotes arbolados, cabras y caballos y, a su izquierda estaba Stonebridge, una zona residencial que databa de tiempo atrás, con unas pocas y elegantes mansiones y unas cuantas casas de personas adineradas.

Vio el cartel de la inmobiliaria casi cien metros antes de llegar. La casa de los Jacobi era la única a la derecha de la ruta. La savia de los nogales había pegoteado las piedritas del camino que resonaban contra los guardabarros del automóvil. Un carpintero trepado a una escalera estaba instalando rejas en las ventanas. El hombre saludó a Graham con la mano cuando entró a la casa.

Un gran roble daba sombra al patio de lajas del costado de la casa. Por la noche impediría también que pasara la luz del farol del jardín lateral. Por esa puerta corrediza de vidrio era por donde había entrado el Hada de los Dientes. Las puertas habían sido reemplazadas por otras nuevas, cuyos marcos de aluminio conservaban todavía un brillo impecable y la etiqueta con la marca de

la fábrica. Una reja nueva de hierro fundido protegía las corredizas. La puerta del sótano también era nueva, de acero y con cerrojos. Sobre las lajas había cajones con las partes de un termotanque.

Graham entró a la casa. Pisos desnudos y olor a encierro. Sus pasos resonaron en los cuartos vacíos.

Los espejos nuevos de los baños no habían reflejado jamás las caras de los Jacobi ni la de su asesino. Todos conservaban aún la marca de una etiqueta que había sido despegada. Una lona utilizada por los pintores estaba doblada en un rincón del dormitorio principal. Graham se sentó sobre ella el tiempo necesario para que la luz del sol pasara de uno a otro tablón sobre el piso de madera.

No había nada. Ya no quedaba nada allí.

¿Vivirían todavía los Leeds si hubiera llegado allí inmediatamente después de la masacre de los Jacobi? Eso era lo que Graham se preguntaba. Consideró el peso de esa responsabilidad.

Pero no disminuyó al salir de la casa y contemplar el cielo azul.

Graham se paró a la sombra de un nogal, los hombros encogidos, las manos en los bolsillos y dirigió su mirada a lo largo del camino que desembocaba en la ruta frente a la casa de los Jacobi.

¿Cómo había llegado allí el Hada de los Dientes? Debía de haber conducido un automóvil. ¿Dónde lo estacionó? El camino de entrada de grava era demasiado ruidoso para una visita a medianoche, pensó Graham. La policía de Birmingham no estaba de acuerdo.

Caminó por el sendero hasta la ruta. El camino asfaltado tenía zanjas a ambos lados, hasta donde su vista le permitía ver. Era posible detenerse cruzando la zanja y ocultar el vehículo entre las plantas del lado de la propiedad de los Jacobi, siempre y cuando el terreno estuviera firme y seco.

Frente a la casa de los Jacobi y del otro lado del camino estaba la única entrada a Stonebridge. El cartel decía que Stonebridge tenía un servicio particular de vigilancia. Un vehículo extraño no pasaría desapercibido allí. Y tampoco un hombre caminando entrada ya la noche. Eliminado el estacionamiento en Stonebridge.

Graham volvió a la casa y se sorprendió al comprobar que el teléfono funcionaba. Llamó a la Oficina Meteorológica y se enteró de que el día anterior al asesinato de los Jacobi llovieron siete milímetros. Por lo tanto las zanjas

estaban llenas. El Hada de los Dientes no había ocultado su automóvil en la ruta asfaltada.

Un caballo que se encontraba del otro lado del jardín avanzó a la par de Graham mientras caminaba junto al cerco pintado de blanco en dirección a los fondos de la propiedad. Le dio al caballo una pastilla de naranja y se separó de él en una esquina, al dar vuelta junto al cerco del fondo, detrás de las construcciones anexas.

Se detuvo al ver el suelo hundido ligeramente en el sitio en que los niños habían enterrado su gato. Al pensar en eso, junto con Springfield en la comisaría de Atlanta, había imaginado que las construcciones serían blancas. En realidad eran de color verde oscuro.

Los chicos habían envuelto al gato en un paño de cocina y lo habían enterrado dentro de una caja, con una flor entre las patas.

Graham apoyó el antebrazo sobre la parte superior del cerco y descansó sobre él su cabeza.

El entierro de un animal favorito, rito solemne de la niñez. Los padres que regresan a casa y sienten vergüenza de rezar. Los niños mirándose el uno al otro descubriendo nuevas fuerzas en los sitios en que el dolor más se hace sentir. Uno inclina la cabeza y enseguida los otros lo imitan, la pala más alta que cualquiera de ellos. Luego una discusión sobre si el gato está o no en el cielo con Dios y Jesús y un largo silencio sin que se oiga gritar a ninguno.

Mientras permanecía parado sintiendo el calor del sol en su espalda, Graham tuvo la certeza de que el Hada de los Dientes no se había contentado con matar al gato, sino que además había esperado hasta que los chicos lo enterraran. No podía perderse ese episodio.

No hizo dos viajes hasta allí, uno para matar al gato y otro para asesinar a los Jacobi. Mató al gato y esperó hasta que los niños lo descubrieran.

No había forma alguna de determinar exactamente dónde encontraron los chicos al animalito. La policía no había localizado a nadie que hubiera hablado con los Jacobi después del mediodía, aproximadamente diez horas antes de que murieran.

¿Cómo había llegado el Hada de los Dientes y dónde había esperado?

Más allá del cerco de atrás, un terreno cubierto por arbustos casi tan altos como una persona, se extendía unos treinta metros hasta llegar a lo árboles. Graham sacó del bolsillo trasero el mapa arrugado y lo desplegó sobre el cerco. En él se veía una ininterrumpida fracción arbolada que se extendía durante

cuatrocientos metros desde los fondos de la propiedad de los Jacobi y que continuaba en ambas direcciones. Más allá de la arboleda, limitándola hacia el sur, pasaba un camino vecinal, paralelo a la ruta sobre la cual daba la propiedad de los Jacobi. Graham salió en su automóvil nuevamente a la carretera, calculando la distancia con su odómetro. Tomó rumbo al sur y se dirigió hacia el camino vecinal que figuraba en el mapa. Condujo lentamente por él, controlando otra vez la distancia hasta que el odómetro le indicó que estaba justo detrás de la casa de los Jacobi, del otro lado de la fracción arbolada.

El pavimento se interrumpía al llegar allí a un futuro barrio de viviendas modestas, proyecto de tan reciente data que no figuraba en el mapa. Detuvo su automóvil en el área destinada a estacionamiento. La mayoría de los automóviles eran viejos, con los resortes saliendo de sus tapizados. Dos estaban apoyados sobre cajones.

Unos niños negros jugaban al basket sobre la tierra desnuda junto a un único arco sin red. Graham se sentó sobre el parachoques durante un rato para mirar el partido.

Tenía ganas de quitarse la chaqueta, pero sabía que el 44 Special y la cámara chata en su cinturón llamarían la atención. Siempre sentía una extraña molestia cuando la gente miraba su revólver.

Un equipo estaba integrado por ocho jugadores con camisa. Los de torso desnudo eran once, y todos jugaban simultáneamente. El arbitraje era por aclamación.

Un pequeño de torso desnudo, al fallar en la devolución, se dirigió airadamente a su casa. Regresó fortificado con una galletita y se integró nuevamente al grupo.

Los gritos y el ruido de la pelota mejoraron el ánimo de Graham.

Un gol, una pelota al cesto. Pensó en cuántas cosas tenían los Leeds. Y los Jacobi también, según la policía de Birmingham, después de haber descartado el robo como móvil. Botes y elementos deportivos, equipos de campamento, máquinas fotográficas y escopetas y cañas de pescar. Era otra cosa que ambas familias tenían en común.

Y al pensar en los Leeds y los Jacobi con vida, no pudo evitar recordar cómo habían estado después y entonces le fue imposible seguir mirando el partido de basket. Inspiró hondo y se dirigió al monte oscuro que se alzaba del otro lado del camino.

La maleza, muy tupida al empezar el bosque de coníferas, se hizo más rala al

internarse Graham bajo el sombrío follaje y su marcha resultó más fácil y agradable sobre el mullido colchón formado por las agujas de los pinos. El aire era cálido y calmo. Los pájaros de los árboles anunciaban su llegada.

El terreno bajaba suavemente hasta el cauce seco de un arroyo sobre el que se alzaban unos pocos cipreses, y en la tierra rojiza podían verse pisadas de mapaches y ratones de campo. Unas huellas de pies humanos, probablemente algunas dejadas por niños, se desparramaban por el lecho del arroyo. Todas eran hondas y redondeadas y muchas lluvias habían caído sobre ellas.

El terreno subía del otro lado del arroyo, transformándose en una arcilla arenosa sobre la que crecían helechos bajo los pinos. Graham subió la colina en medio de esa atmósfera calurosa, hasta ver luz debajo de los árboles en el límite del bosque.

Entre los troncos pudo divisar el piso superior de la casa de los Jacobi.

Otra vez apareció la tupida maleza que llegaba casi hasta su cabeza, y que se extendía desde el linde del bosque hasta el cerco de atrás de los Jacobi. Graham se abrió camino entre las plantas y se detuvo junto a la valla que daba al jardín.

El Hada de los Dientes podría haber estacionado su automóvil en el barrio en construcción y atravesado el bosque hasta llegar al matorral detrás de la casa. Podría haber atraído al gato y estrangularlo, sujetando el cuerpo inerme en una mano mientras se arrastraba de rodillas y agarraba el cerco con la otra. A Graham le pareció ver el gato por el aire, sin darse vuelta para caer sobre sus patas y oír el ruido sordo al chocar su lomo contra la tierra.

El Hada de los Dientes debía de haber hecho todo eso durante el día, ya que los niños no habrían encontrado ni enterrado al gato de noche.

Y debía de haber esperado para verlos cuando lo encontraran. ¿Esperó todo el día en medio del calor del matorral? Parado junto al cerco hubiera sido visible entre los tablones. Para poder tener una perspectiva del jardín desde el fondo del matorral, tendría que estar parado mirando a las ventanas de la casa con el sol de frente. Evidentemente retrocedería hacia los árboles. Y eso mismo hizo Graham.

La policía de Birmingham no era tonta. Vio por donde habían rastreado la maleza, revisando el terreno como algo común y corriente. Pero eso fue antes de que se encontrara el gato. Buscaban pistas, objetos caídos, huellas, no una situación o posición ventajosa.

Se internó unos cuantos metros entre la arboleda que se alzaba detrás de la casa de los Jacobi y caminó hacia adelante y hacia atrás entre las manchas de sombra. En primer término se dedicó al terreno alto que brindaba una visión

parcial del jardín y luego recorrió la parte baja junto a la primera hilera de árboles.

Al cabo de una hora de búsqueda un reflejo de luz que procedía del suelo le llamó la atención. Lo perdió y lo encontró nuevamente. Era la argolla de latón de una lata de gaseosa semienterrada entre las hojas bajo un olmo, uno de los pocos olmos que crecían entre los pinos.

Lo advirtió a dos metros y medio de distancia y durante cinco minutos no se acercó, dedicándose a escudriñar el terreno que rodeaba al árbol. Se puso en cuclillas y apartó las hojas tiradas delante de él mientras se acercaba al árbol, adelantándose como si fuera un pato por la senda que abría, para evitar arruinar cualquier huella. Trabajó lentamente y consiguió despejar de hojas todo alrededor del tronco. Ninguna pisada había hollado la capa de hojas del año anterior.

Cerca del pedazo de aluminio encontró el corazón seco de una manzana, devorado por las hormigas. Los pájaros habían dado cuenta de las semillas. Estudió el lugar durante otros diez minutos. Finalmente se sentó en el suelo, estiró sus piernas doloridas y se recostó contra el olmo.

Una nube de jejenes revoloteaba iluminada por un rayo de sol. Una oruga se paseaba por la parte posterior de una hoja.

Un resto de arcilla rojiza proveniente de la suela de un zapato podía verse en una rama sobre su cabeza.

Graham colgó su saco de una horqueta y comenzó a trepar cuidadosamente por el lado opuesto del árbol, examinando las ramas que estaban más arriba de la que tenía el resto de barro, desde atrás del tronco. Cuando llegó a los nueve metros de altura miró hacia el otro lado del tronco y divisó la casa de los Jacobi a ciento cincuenta metros de distancia. Parecía muy distinta desde ese ángulo, predominando el color del techo. Podía ver perfectamente bien el jardín posterior y el terreno de atrás de las construcciones anexas. Unos discretos prismáticos captarían fácilmente la expresión de un rostro a esta distancia.

Graham podía oír el tráfico a lo lejos, y un poco más distante el ladrido de un perro. Una chicharra inició su adormecedor zumbido ahogando todos los otros sonidos.

Una gruesa rama justo encima de él se unía al tronco formando un ángulo recto con la casa de los Jacobi. Subió un poco más para poder ver y se apoyó contra el tronco para observar mejor.

Junto a su mejilla y calzada entre el tronco y la rama había una lata de una

bebida gaseosa.

—Qué placer —susurró Graham contra la corteza del olmo—. Dios mío, qué placer. Ven aquí, latita.

No obstante, podría haberla dejado allí un chico.

Trepó un poco más alto por el mismo lado del árbol, lo que resultó bastante arriesgado al llegar a las ramas más pequeñas, y dio la vuelta para poder mirar la rama más gruesa de abajo.

Un pedazo de corteza exterior de la parte de arriba de la rama había sido arrancada, dejando a la vista una parte verdosa de la médula interna, del tamaño de una baraja. Centrado en el rectángulo verde, grabado en la madera blanca, Graham vio esto:



Había sido hecho cuidadosa y prolijamente con un cuchillo muy puntiagudo. No era la obra de un niño.

Graham fotografió la marca, alternando cuidadosamente el foco.

La vista desde la rama gruesa era buena y había sido mejorada: el resto de una ramita colgaba desde otra situada más arriba. Había sido cortada para despejar la visual. Las fibras estaban comprimidas y el extremo un poco achatado por el corte.

Graham buscó el pedazo que había sido cortado. Si hubiera estado en el suelo lo habría visto antes. Allí, enredadas entre el verde follaje de las ramas bajas, había unas hojas marrones.

El laboratorio iba a precisar ambos lados del corte para poder medir el ángulo del filo de la hoja utilizada. Eso significaba volver allí con una sierra. Tomó varias fotografías del muñón, mientras murmuraba todo el tiempo para sus adentros.

«Creo, mi amigo, que después de haber estrangulado al gato y haberlo arrojado al jardín, trepaste hasta aquí a esperar. Pienso que observaste a los niños y pasaste el rato soñando y tallando la rama. Cuando se hizo de noche los viste

pasar delante de las ventanas iluminadas y observaste cómo bajaban las persianas y se apagaban una tras otra las luces. Y al cabo de un rato descendiste del árbol y te dirigiste hacia ellos. ¿Fue así, verdad? No debió resultarte difícil bajar directamente desde la rama grande provisto de una linterna y ayudado por la brillante luz de la luna que acababa de aparecer».

Pero a Graham le resultó bastante complicado el descenso. Introdujo una varita en la abertura de la lata, la retiró cuidadosamente de la horqueta de la rama, y bajó, sujetando la ramita entre los dientes cuando tenía que utilizar las dos manos.

Cuando llegó otra vez al barrio en construcción, Graham descubrió que alguien había escrito en el costado de su automóvil cubierto de polvo: «Levon es un pajarón». La altura de la escritura indicaba que aun los residentes más jóvenes poseían un buen nivel de instrucción.

Se preguntó si habrían escrito también en el automóvil del Hada de los Dientes.

Graham se quedó sentado durante unos minutos contemplando las hileras de ventanas. Aparentemente había unas cien que podían verse desde allí. Era posible que tal vez alguien recordara haber visto tarde en la noche en el estacionamiento un forastero blanco. Valía la pena intentarlo por más que ya hubiera transcurrido un mes. Para interrogar a cada residente, sin perder tiempo, tendría que contar con la ayuda de la policía de Birmingham.

Luchó contra la tentación de enviar directamente a Washington a Jimmy Price la lata de gaseosa. Tenía que pedir a la policía de Birmingham que le cediera algunos agentes. Sería mejor entregarles lo que tenía. Entalcar la lata era un trabajo simple. Buscar impresiones digitales producidas por una transpiración ácida era algo diferente. Price podría hacerlo aun después de la prueba con el polvo de la policía de Birmingham, siempre y cuando no se tocara la lata con dedos desnudos. Mejor era entregársela a la policía. Sabía que la sección Documentación del FBI se arrojaría con dientes y uñas sobre la marca grabada. Fotografías para todo el mundo; nada se perdía con eso.

Llamó a la sección Homicidios de Birmingham desde la casa de los Jacobi. Los agentes llegaron justo cuando Geehan, el corredor de la inmobiliaria, hacía entrar a los futuros compradores.

11

Eileen estaba leyendo un artículo del *National Tattler* titulado «¡Mugre en el pan!» cuando Dolarhyde entró en la cafetería. Había comido solamente el relleno de su emparedado de atún.

Escondidos tras las gafas rojas, los ojos de Dolarhyde barrieron la primera página del Tattler. Además de «¡Mugre en el pan!» había otros titulares que rezaban: «Elvis en un secreto nido de amor —Fotografías Exclusivas—». «Sorprendente descubrimiento para enfermos de cáncer», y el titular en grandes letras: «Hannibal el Caníbal ayuda a la Ley. La policía consulta al maníaco por los asesinatos del Hada de los Dientes».

Se paró junto a la ventana, revolviendo distraídamente su café hasta que oyó levantarse a Eileen. Ella vació el contenido de su bandeja en el tacho de basura y estaba por arrojar también el *Tattler* cuando Dolarhyde le palmeó el hombro.

—¿Puedo coger ese periódico, Eileen?

—Por supuesto, señor D. Lo compro solamente por el horóscopo.

Dolarhyde lo leyó en su oficina con la puerta cerrada.

Freddy Lounds firmaba dos artículos en la misma página central doble.

La historia principal era una sobrecogedora reconstrucción de los asesinatos de los Jacobi y los Leeds. Como la policía no había divulgado la mayoría de los detalles, Lounds los desenterró de su frondosa imaginación.

A Dolarhyde le parecieron banales.

La otra columna era más interesante:

LOCO DEPRAVADO CONSULTADO ACERCA DE LOS CRÍMENES MÚLTIPLES
POR EL AGENTE QUE INTENTÓ MATAR
Por Freddy Lounds

Chesapeake, MD. Agentes federales paralizados en la búsqueda del «Hada de los Dientes», asesino psicópata de familias enteras en Birmingham y Atlanta, recurrieron en busca de ayuda al más salvaje criminal en cautiverio.

El doctor Hannibal Lecter, cuyos innombrables crímenes fueron publicados hace tres años en estas páginas, fue consultado durante esta semana en la celda que ocupa en el hospicio de máxima seguridad, por el sobresaliente investigador William (Will) Graham.

Graham fue acuchillado por el doctor Lecter quedando casi mortalmente herido, cuando descubrió a ese múltiple asesino.

Fue sacado de su temprano retiro para capitanear la cacería del «Hada de los Dientes».

¿Qué ocurrió durante el encuentro de estos dos enemigos mortales? ¿Qué fue a buscar Graham?

«Para atrapar a un criminal como éste hace falta alguien que se le parezca», fue el comentario que le hizo un importante agente federal a este reportero. Se refería a Lecter, conocido como «Hannibal el Caníbal», que es al mismo tiempo psiquiatra y un asesino múltiple.

¿O estaría refiriéndose a Graham?

El *Tattler* se enteró de que Graham, antiguo instructor forense en la Academia del FBI, estuvo en una oportunidad recluido en una clínica mental durante cuatro semanas…

Los oficiales federales se negaron a decir por qué habían destinado a un hombre con un historial de inestabilidad mental al frente de una desesperada cacería humana.

No fue revelada la índole del problema mental de Graham, pero un antiguo ayudante psiquiátrico lo definió como una «profunda depresión».

Garmon Evans, un exasistente médico del Hospital Naval de Bethesda, dijo que Graham fue alojado en el pabellón de psiquiatría poco después de haber matado a Garrett Jacob Hobbs, el «Gavilán de Minnesota». Graham dio muerte de un disparo a Hobbs en 1975, cerrando el octavo mes de reinado de terror de Hobbs en Minneapolis.

Evans dijo que Graham estaba retraído y se negó a comer o hablar durante las primeras semanas de su internación.

Graham no fue nunca agente del FBI. Observadores veteranos atribuyen esto a estrictos procedimientos de la Oficina Federal, destinados a detectar inestabilidad.

Fuentes Federales revelaron solamente que Graham trabajó originalmente en el laboratorio criminal del FBI y fue asignado a la enseñanza en la Academia del FBI de resultas de sobresalientes tareas tanto en el laboratorio como en el campo de acción, donde prestó servicios como «agente especial».

El Tattler se enteró de que antes de trabajar para los federales, Graham integraba la división de homicidios del Departamento de Policía de Nueva Orleáns, cargo que

abandonó para asistir a la escuela de práctica forense de la Universidad George Washington.

Un oficial de Nueva Orleáns que trabajó junto con Graham manifestó: «Bueno, pueden decir que se ha jubilado, si quieren, pero a los federales les gusta saber que anda por ahí. Es como tener una víbora real debajo de la casa. No se verá mucho, pero es bueno saber que está allí para comerse a las víboras venenosas».

El doctor Lecter está internado para el resto de su vida. Si alguna vez llega a ser declarado cuerdo, tendrá que presentarse ante un tribunal por nueve cargos de crímenes de primer grado.

Su abogado cuenta que el asesino múltiple pasa el tiempo escribiendo interesantes artículos para revistas científicas y mantiene un fructífero diálogo por correspondencia con algunos de los más renombrados especialistas en psiquiatría.

Dolarhyde interrumpió la lectura y miró las fotografías. Había dos arriba del artículo. En una podía verse a Lecter apoyado contra el costado de un patrullero. La otra era una foto de Will Graham tomada por Freddy Lounds en la entrada del Hospital Estatal de Chesapeake. Una pequeña foto de Lounds flanqueaba ambas columnas.

Dolarhyde miró durante un buen rato las fotografías. Pasó lentamente sobre ellas la punta del dedo, hacia adelante y hacia atrás; su tacto era sumamente sensible a las asperezas de la impresión. La tinta le manchó la yema del dedo. Mojó el manchón con la lengua y lo limpió con un pañuelo de papel. Luego recortó el artículo del periódico y lo guardó en su bolsillo.

De regreso a su casa, Dolarhyde compró papel higiénico —de esa clase utilizada en barcos y campamentos por su rápida desintegración— y un inhalador nasal.

Se sentía bien a pesar de la fiebre del heno; como muchas personas que han sufrido una gran operación rinoplástica, Dolarhyde no tenía pelos en la nariz y la fiebre del heno lo torturaba. Así como también infecciones de las altas vías respiratorias.

Cuando un camión roto lo hizo detenerse durante diez minutos en el puente del río Missouri hacia St. Charles, esperó pacientemente. Su furgón negro estaba alfombrado, fresco y tranquilo. La *Música acuática* de Haendel resonaba en el estéreo.

Seguía con los dedos el compás de la música sobre la dirección del automóvil y se frotaba la nariz.

Un convertible con dos mujeres estaba detenido junto a él. Ambas vestían shorts y blusas anudadas arriba de la cintura. Parecían cansadas y aburridas y fruncían los ojos por el sol de frente. La que ocupaba el asiento contiguo al del conductor tenía apoyada la cabeza contra el respaldo del asiento y los pies contra el tablero. Esta postura hacía que se formaran dos arrugas sobre su estómago desnudo. Dolarhyde pudo ver una marca de succión en el costado interno del muslo. La mujer lo sorprendió mirando, se enderezó y cruzó las piernas. Él advirtió una expresión de disgusto en su cara.

Le dijo algo a la que conducía. Ambas mantuvieron la vista fija hacia adelante. Comprendió que hablaban de él. Se puso muy contento al comprobar que no se había enojado. Pocas cosas lo hacían enojarse ya. Sabía que estaba desarrollando una decorosa dignidad.

La música era muy agradable.

El tráfico delante de Dolarhyde comenzó a moverse. El carril contiguo al suyo seguía atascado. Ansiaba llegar a su casa. Golpeaba el volante al compás de la música y bajó el vidrio de la ventana con la otra mano.

Gargajeó y escupió una flema verdosa sobre las faldas de la mujer, que fue a caer justo al lado del ombligo. Sus insultos resonaron por encima de la música de Haendel al alejarse.

El enorme libro mayor de Dolarhyde tenía por lo menos cien años.

Encuadernado en cuero negro con punteras de bronce, era tan pesado, que estaba apoyado sobre una sólida mesa para escribir a máquina, guardada bajo llave en el armario de arriba de la escalera. Dolarhyde comprendió que iba a ser suyo desde el instante en que lo vio en St. Louis, en el remate de una vieja imprenta en bancarrota.

Ahora, recién salido de la ducha y luciendo su kimono, abrió el armario y arrastró la mesa con el libro. Cuando todo estuvo centrado bajo la lámina del Gran Dragón Rojo, se instaló en una silla y lo abrió. El olor a papel ajado ascendió hasta su rostro.

En la primera página, en letras miniadas por él mismo, estaban las palabras del libro de la Revelación: «… y he aquí un gran dragón rojo».

El primer ítem del libro era el único que no estaba prolijamente armado. Suelta entre las páginas había una fotografía amarillenta de Dolarhyde en su tierna infancia, sentado en compañía de su abuela en la escalinata de la gran

casona. Estaba agarrado de la falda de su abuela. Esta tenía los brazos cruzados y su espalda muy tiesa.

Dolarhyde pasó la hoja. Hizo caso omiso de ella como si hubiera quedado allí por un error.

Había gran cantidad de recortes en el libro, los más antiguos sobre desapariciones de mujeres mayores en St. Louis y Toledo. Las páginas entre los recortes estaban llenas por la escritura de Dolarhyde, tinta negra con una fina caligrafía muy similar a la de William Blake.

Asegurados a los márgenes, desgarrados trozos de cuero cabelludo arrastraban sus colas de pelo como cometas sujetos al libro de recortes de Dios.

Allí había también recortes de los Jacobi de Birmingham, junto con estuches de películas y diapositivas guardadas en sobres pegados a las páginas.

Lo mismo ocurría con las crónicas de los Leeds, y las películas correspondientes.

La denominación de «Hada de los Dientes» no había aparecido en la prensa hasta Atlanta. El nombre estaba tachado en todas las referencias al caso Leeds.

En ese momento Dolarhyde hizo lo mismo con el recorte del *Tattler*, suprimiendo el término «Hada de los Dientes» con grandes tachaduras realizadas con un marcador colorado.

Dio vuelta la página y probó el recorte en otra nueva y limpia. ¿Debería agregar la fotografía de Graham? Las palabras «Criminales Dementes» grabadas en la pared encima de Graham ofendieron a Dolarhyde. Detestaba la simple vista de un lugar de confinamiento. El rostro de Graham permanecía impenetrable para él. Lo puso a un lado momentáneamente.

Pero Lecter. Lecter. Esa no era una buena fotografía del doctor. Dolarhyde tenía una mejor, que buscó en una caja que guardaba en el armario. Fue publicada cuando Lecter fue encerrado y en ella podían apreciarse sus magníficos ojos. No obstante, no era satisfactoria. Dolarhyde veía mentalmente la semblanza de Lecter como un oscuro retrato de un príncipe del Renacimiento. Porque Lecter, único entre todos los hombres, podía tener la sensibilidad y la experiencia como para comprender la gloria y majestad de la Transformación de Dolarhyde.

Dolarhyde sintió que Lecter sabía lo irreales que eran las personas que morían para ayudarlo a uno en estas cosas, que comprendía que no eran carne sino aire y color y rápidos sonidos que velozmente se silenciaban cuando uno los transformaba, como globos de color que estallaban, más importantes por la

transformación, más importantes que las vidas por las que se arrastraban, suplicando.

Dolarhyde soportaba los gritos como un escultor el polvo de la piedra que golpea.

Lecter era capaz de comprender que la sangre y el aliento eran únicamente elementos que experimentaban una transformación para alimentar su resplandor. Así como la combustión es la fuente de la luz.

Le gustaría conocer a Lecter, conversar con él, disfrutar juntos la visión compartida, ser reconocido por él tal como Juan el Bautista reconoció al que vino después de él, sentarse sobre él así como el Dragón se sentaba sobre 666 en la serie de las Revelaciones de Blake y filmar su muerte, mientras, al morir, se fundía con la fuerza del Dragón.

Dolarhyde se puso un par de guantes de goma nuevos y se dirigió hacia su escritorio. Desenrolló y desechó la primera parte del rollo de papel higiénico que había comprado. Luego contó siete hojas y cortó la tira.

Escribiendo cuidadosamente con la mano izquierda sobre el papel redactó una carta dirigida a Lecter.

El habla no es un dato fidedigno para apreciar cómo escribe una persona; nunca se puede saber. El modo de hablar de Dolarhyde estaba truncado y distorsionado por incapacidades reales e imaginarias y la diferencia entre su conversación y su escritura era sorprendente. No obstante, descubrió que no podía transmitir lo más importante que sentía.

Quería comunicarse con Lecter. Necesitaba una respuesta personal antes de poder contarle las cosas importantes.

¿Cómo hacerlo? Revolvió en su caja buscando los recortes sobre Lecter y los leyó todos otra vez. Finalmente se le ocurrió una forma bastante simple y se sentó nuevamente a escribir. La carta le pareció muy modesta cuando la releyó. La había firmado «Admirador Ansioso». Consideró dubitativamente la firma durante unos minutos.

«Admirador Ansioso». Realmente lo era. Alzó el mentón orgullosamente durante una fracción de segundo.

Introdujo el pulgar enguantado en la boca, se quitó la prótesis y la depositó sobre el secante.

El paladar era poco común. Los dientes eran normales, rectos y blancos, pero el acrílico rosado tenía un moldeado retorcido para encajar en los pliegues y

fisuras de sus encías. En la parte superior, una prótesis de plástico blando, con un obturador encima, le ayudaba a cerrar su endeble paladar al hablar.

Sacó una pequeña caja del escritorio. Contenía otra dentadura. El paladar era igual, pero no tenía la prótesis con el obturador. Entre los dientes torcidos se veían manchas oscuras que despedían un olor desagradable.

Eran idénticos a los dientes de su abuela, que estaban en un vaso en el piso de abajo.

Las ventanas de la nariz de Dolarhyde se dilataron al percibir el olor. Abrió la boca y los colocó en su lugar y luego los humedeció con la lengua.

Dobló la carta por donde estaba la firma y mordió con fuerza. Cuando la abrió nuevamente, la firma estaba encerrada en la marca ovalada de una mordedura; su sello de escribano, su imprimátur salpicado de sangre vieja.

12

El abogado Byron Metcalf se quitó la corbata a las cinco de la tarde, se preparó un trago y apoyó los pies sobre el escritorio.

—¿Seguro que no quiere uno?

—En otra oportunidad —contestó Graham sacándose las espinas de yerbajos adheridas a sus puños y disfrutando del aire acondicionado.

—No conocía mucho a los Jacobi —dijo Metcalf—. Hace solamente tres meses que llegaron aquí. Dos o tres veces fuimos con mi esposa a tomar una copa a casa de ellos. Ed Jacobi vino a verme para hacer un testamento nuevo poco tiempo después de que lo transfirieran aquí y así fue como lo conocí.

—Pero usted es su albacea.

—Sí. Su mujer figuraba primero en la lista y yo la seguía en caso de que ella hubiera muerto o quedara incapacitada. Tiene un hermano en Filadelfia, pero me parece que no eran muy unidos.

—Usted fue adjunto al Fiscal de Distrito.

—Así es, desde 1968 hasta el 72. En 1972 me postulé como fiscal. Estuve cerca, pero perdí. Ahora no estoy en absoluto arrepentido.

—¿Qué impresión tiene de lo que ocurrió aquí, señor Metcalf?

—Lo primero que pasó por mi cabeza fue pensar en Joseph Yablonski, el dirigente laboral.

Graham asintió.

—Un crimen con un motivo, en este caso poder, disfrazado como la obra de un maniático. Junto con Jerry Estridge, de la oficina del fiscal, revisamos los papeles de Ed Jacobi con gran minuciosidad.

»Nada. No había nadie a quien la muerte de Ed Jacobi pudiera reportarle un beneficio monetario. Ganaba un buen sueldo y tenía algunas patentes que le daban una renta, pero gastaba casi todo no bien lo cobraba. Todos sus bienes

pasarían a su esposa, y a los hijos y sus descendientes les dejaba una pequeña fracción de tierra en California. Había dispuesto también la cesión de una pequeña renta para el hijo sobreviviente. Lo suficiente como para pagarle los próximos tres años de universidad, aunque pienso que para entonces no va a haber pasado de segundo año.

—Niles Jacobi.

—Así es. El muchacho era un verdadero dolor de cabeza para Ed. Vivía en California con su madre. Estuvo preso por robo. Tengo la impresión de que su madre es un desastre. Ed fue allí el año pasado para ver en qué andaba. Lo trajo de vuelta con él a Birmingham y lo hizo entrar al Bardwell Community College. Trató de que viviera con ellos, pero chocaba con los otros chicos y les hacía la vida imposible a todos. La señora Jacobi lo aguantó durante un tiempo, pero finalmente lo mudaron a uno de los dormitorios del colegio.

—¿Dónde estaba?

—¿La noche del 28 de junio? —Metcalf tenía los párpados bajos cuando miró a Graham—. La policía se hizo la misma pregunta y yo también. Fue al cine y regresó al colegio. Se ha verificado. Además, su sangre es del tipo O. Señor Graham, tengo que buscar a mi esposa dentro de media hora. Podemos seguir conversando mañana si le parece. Dígame en qué puedo ayudarlo.

—Me gustaría ver los efectos personales de los Jacobi. Diarios, fotografías, lo que sea.

—No queda mucho, perdieron casi todo en un incendio en Detroit antes de mudarse aquí. Nada sospechoso; Ed estaba soldando algo en el sótano y las chispas saltaron hasta unas latas de pintura que tenía almacenadas y en dos minutos se incendió toda la casa.

»Hay alguna correspondencia personal. La tengo guardada en las cajas de seguridad con los otros objetos de valor. No recuerdo haber visto diarios. Todo lo demás está depositado. Quizá Niles tiene algunas fotografías, pero lo dudo. Le propongo lo siguiente, tengo que estar en el tribunal a las nueve y media de la mañana, pero puedo dejarlo en el banco para que revise lo que le interesa y pasar a buscarlo después.

—Perfecto —respondió Graham—. Otra cosa más. Me harán falta copias de todo lo relacionado a la testamentaría, reclamos del patrimonio, cualquier impugnación del testamento, correspondencia. Quiero tener todos esos papeles.

—La oficina del Fiscal de Distrito de Atlanta ya me lo solicitó. Están comparándolos con la propiedad de los Leeds allí —dijo Metcalf.

—No importa, quiero copias para mí.

—De acuerdo, copias para usted. Usted no piensa realmente que hay dinero de por medio, ¿verdad?

—No. Sólo confío en que el mismo nombre surja aquí y en Atlanta.

—Yo también.

La residencia para estudiantes del Bardwell Community College consistía en cuatro edificios destinados a dormitorios que se alzaban rodeando un sucio patio de tierra apisonada. Una guerra de estéreos se llevaba a cabo cuando llegó allí Graham.

Equipos de parlantes ubicados frente a frente en los pequeños balcones al estilo de los de los moteles y sintonizados al volumen máximo, resonaban en el patio. Era Kiss contra la Obertura 1812. Un globo de agua voló por el aire y reventó en el suelo a tres metros de Graham.

Tuvo que agacharse y pasar bajo una ropa tendida en una soga y saltar sobre una bicicleta tirada para atravesar el living de la suite que Niles Jacobi compartía con alguien más. La puerta del dormitorio de Jacobi estaba entreabierta y la música atronaba por la rendija. Graham golpeó.

Nadie contestó.

Empujó la puerta hasta abrirla del todo. Un muchacho de cara pecosa estaba sentado en una de las camas gemelas, aspirando una pipa de más de un metro de largo. Una chica vestida con pantalones de algodón azul estaba tirada en la otra cama.

El muchacho giró rápidamente la cabeza para mirar a Graham. Estaba haciendo un esfuerzo para pensar.

—Busco a Niles Jacobi.

El muchacho parecía atontado. Graham apagó la música.

—Estoy buscando a Niles Jacobi.

—Es sólo un remedio para el asma, hombre. ¿No acostumbra a golpear antes de entrar?

—¿Dónde está Niles Jacobi?

—No tengo la menor idea. ¿Para qué lo busca?

Graham le mostró su chapa.

—Haz un esfuerzo para recordar.

—Oh, mierda —murmuró la chica.

—Narcóticos, maldición. Yo no soy tan importante, oiga, discutámoslo un momento, hombre.

—Discutamos dónde está Jacobi.

—Creo que puedo averiguarlo —dijo la chica.

Graham esperó mientras ella preguntaba en otros cuartos. En cuanto entraba a uno se oía inmediatamente funcionar el inodoro.

Había pocos rastros de Niles Jacobi en el cuarto —una fotografía de la familia Jacobi sobre la cómoda—. Graham levantó un vaso con hielo derritiéndose y secó con la manga la aureola húmeda.

La chica volvió.

—Pruebe en La Serpiente Odiosa —dijo.

El bar La Serpiente Odiosa tenía ventanas con los vidrios pintados de verde oscuro. Los vehículos estacionados afuera eran de una curiosa variedad: grandes camiones que parecían de transporte sin carrocería, automóviles compactos, un convertible lila, viejos Dodges y Chevrolets arreglados para correr «picadas», y cuatro Harley-Davidson a las que no les faltaba ni un solo detalle.

Un aparato de aire acondicionado instalado sobre el dintel de la puerta chorreaba constantemente sobre la vereda.

Graham esquivó la salpicadura y entró al bar, que estaba lleno y olía a desinfectante y a agua de colonia barata. Lo atendía una corpulenta mujer vestida con un mono quien le alcanzó a Graham una Coca-Cola por encima de la cabeza de los parroquianos. Era la única mujer presente.

Niles Jacobi, moreno y delgado, estaba parado junto al tocadiscos tragamonedas. Metió una moneda en la máquina pero el que estaba al lado apretó los botones.

Jacobi parecía un estudiante disoluto, pero el que seleccionaba la música no.

El acompañante de Jacobi era una extraña mezcla; tenía cara infantil y un cuerpo fornido y musculoso. Llevaba puesta una camiseta y vaqueros desteñidos y desgastados por el roce de los objetos guardados en los bolsillos. Fuertes músculos sobresalían en sus brazos y sus manos eran grandes y feas. Un tatuaje profesional en el antebrazo izquierdo decía «Hagamos el Amor». Un burdo tatuaje de calabozo en el otro brazo decía: «Randy». El pelo había crecido desparejo luego del corte de la cárcel. Cuando estiró el brazo para oprimir un

botón de la máquina Graham advirtió en el antebrazo un pequeño rectángulo afeitado. Sintió un nudo en el estómago.

Siguió a Niles Jacobi y a Randy en medio del gentío hasta el fondo del salón. Ambos se instalaron en un reservado.

Graham se detuvo a medio metro de la mesa.

—Niles, me llamo Will Graham. Necesito hablar contigo unos pocos minutos.

Randy levantó la vista y una sonrisa falsa iluminó su cara. Uno de sus incisivos estaba muerto.

—¿Nos conocemos?

—No. Niles, quiero hablar contigo.

Niles arqueó interrogativamente una ceja. Graham pensó qué le habría ocurrido en la prisión.

—Estamos conversando en privado. Hágase humo —dijo Randy.

Graham miró pensativamente los brazos musculosos, el trozo de tela adhesiva en el pliegue del codo, el rectángulo afeitado en el que Randy había probado el filo de su cuchillo. La impronta del que pelea con un cuchillo.

«Tengo miedo de Randy. Ataca o retrocede».

—¿Me oyó? —repitió Randy—. Hágase humo.

Graham se desabrochó la chaqueta y depositó sobre la mesa su placa de identificación.

—Quédate sentado quietito, Randy. Si te mueves vas a tener dos ombligos.

—Disculpe, señor.

Instantánea reacción del preso.

—Randy, quiero que hagas algo por mí. Que busques en el bolsillo izquierdo trasero. Utiliza solamente dos dedos. Encontrarás allí un cuchillo de doce centímetros de largo. Ponlo sobre la mesa. Gracias.

Graham dejó caer el cuchillo en su bolsillo. Estaba grasiento.

—Bien, en el otro bolsillo tienes la billetera. Sácala. ¿Vendiste sangre hoy, verdad?

—¿Y qué hay con eso?

—Pues entonces entrégame el recibo que te dieron, el que mostrarás la próxima vez en el banco de sangre. Ábrelo sobre la mesa.

La sangre de Randy era del grupo O. Randy quedaba descartado.

—¿Cuánto tiempo hace que saliste de la cárcel?

—Tres semanas.

—¿Quién es el oficial de libertad condicional?

—No estoy en libertad bajo palabra.

—Eso es posiblemente una mentira.

Graham quería provocar a Randy. Podía detenerlo por portar un cuchillo más largo que lo legalmente permitido. Estar en un lugar donde se vendían bebidas alcohólicas era violación de su palabra. Graham sabía que estaba irritado con Randy porque le había hecho sentir miedo.

—Randy.

—¿Qué hay?

—Sal de aquí.

—No sé qué puedo contarle, no conocí mucho a mi padre —dijo Niles Jacobi mientras Graham lo llevaba de regreso al colegio en su automóvil—. Abandonó a mi madre cuando yo tenía tres años y no lo volví a ver. Mamá no lo permitía.

—Fue a visitarte la última primavera.

—Sí.

—A la cárcel.

—Lo averiguó.

—Estoy simplemente tratando de conocer bien todos los detalles. ¿Qué ocurrió?

—Bueno, apareció en la sala de visitas, muy tieso y tratando de no mirar alrededor de él, tanta gente parece sentirse allí como en el zoológico. Mi madre me había hablado mucho de él, pero no me pareció tan mal. Era sencillamente un hombre parado allí con un ajado saco de sport.

—¿Qué te dijo?

—Bueno, yo esperaba que me refregara todas mis culpas o bien que pareciera realmente culpable, eso es lo que generalmente ocurre en la sala de visitas. Pero me preguntó simplemente si creía que podía ir al colegio. Me dijo que él sería mi custodio si aceptaba volver al colegio. Y probar. «Tienes que tratar de ayudarte un poco. Haz el esfuerzo y yo me encargaré de hacerte entrar a un colegio», algo por el estilo.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que saliste?

—Dos semanas.

—Niles, ¿hablaste alguna vez de tu familia mientras estuviste preso? ¿Con tus compañeros de celda o cualquier otra persona?

Niles Jacobi dirigió una rápida mirada a Graham.

—Oh. Oh, comprendo. No. No hablé sobre mi padre. No había pensado en él durante años ¿por qué iba a mencionarlo?

—¿Y aquí? ¿Llevaste alguna vez a un amigo a la casa de tus padres?

—Padre, no padres. Ella no era mi madre.

—¿Llevaste alguna vez a alguien allí? Amigos del colegio o…

—¿O compinches, oficial Graham?

—Correcto.

—No.

—¿Nunca?

—Ni una vez.

—¿Mencionó alguna vez cierta clase de amenaza, estaba preocupado por algo el mes o los meses anteriores a lo que pasó?

—Estaba perturbado la última vez que hablé con él pero era por mis notas. Tenía muchos suspensos. Me compró dos despertadores. Pero nada más que yo supiera.

—¿Tienes papeles personales de él, cartas, fotografías, cualquier cosa?

—No.

—Tienes una foto de la familia. Está sobre la cómoda de tu cuarto. Cerca de la gran pipa.

—Esa pipa no es mía. Por nada del mundo metería esa cosa roñosa en mi boca.

—Necesito la fotografía. La haré copiar y te la devolveré. ¿Qué otra cosa tienes?

Jacobi sacó un cigarrillo del paquete y palmeó sus bolsillos en busca de un fósforo.

—Eso es todo. No imagino por qué me dieron eso a mí. Mi padre sonriéndole a la señora Jacobi y a todos los otros monigotes. Se la regalo. Nunca me miró así a mí.

Graham precisaba conocer a los Jacobi. Sus nuevas relaciones de Birmingham no le sirvieron de mucho.

Byron Metcalf lo llevó a la caja de seguridad del banco. Leyó el pequeño fajo de cartas, casi todas comerciales, y hurgó entre las joyas y la platería.

Durante tres calurosos días trabajó en el depósito donde estaban guardados

los muebles y demás pertenencias. Metcalf lo ayudaba por la noche. Todas las cajas guardadas en los cajones fueron abiertas y su contenido examinado. Las fotografías de la policía le sirvieron a Graham para ver en qué lugar de la casa habían estado dispuestas las cosas.

Los muebles eran nuevos en su mayoría, comprados con el dinero cobrado al seguro luego del incendio de Detroit. Los Jacobi no habían tenido prácticamente tiempo para dejar sus marcas en sus posesiones.

Un ítem, una mesa de noche que conservaba todavía rastros del polvo utilizado para las impresiones digitales le llamó la atención a Graham. En el centro de la tapa había un gotón de cera verde.

Se preguntó por segunda vez si al asesino le gustaría la luz de las velas.

El equipo forense de Birmingham fue efectivo en la división de trabajo.

La borrosa marca de la punta de una nariz fue lo mejor que Birmingham y Jimmy Price en Washington pudieron lograr de la lata de gaseosa encontrada en el árbol.

La sección Armas de Fuego y Herramientas del laboratorio del FBI presentaron su informe sobre la rama seccionada. Las hojas que la cortaron eran gruesas, con un ángulo agudo: había sido hecho con un cortafrío.

La sección Documentación había enviado la marca hecha con un cuchillo en la corteza al departamento de Estudios Asiáticos de Langley.

Graham estaba sentado sobre un cajón en el depósito leyendo el extenso informe. Los Estudios Asiáticos informaban que la marca era un signo chino que significaba «usted acertó» o «usted acertó a la cabeza», una expresión utilizada a veces entre jugadores. Era considerado un signo «positivo» o «afortunado». Ese signo aparecía también en una pieza del juego de Mahjong, informaban los especialistas. Caracterizaba al Dragón Rojo.

13

La secretaria de Crawford se asomó a la puerta de su oficina en la sede del FBI en Washington, cuando hablaba por teléfono con Graham que se encontraba en el aeropuerto de Birmingham.

—El doctor Chilton del Hospital de Chesapeake en el 2706. Dice que es urgente.

—No cortes, Will —dijo Crawford al tiempo que asentía y conectaba el otro teléfono.

—Señor Crawford, soy Frederick Chilton, desde…

—Sí, doctor.

—Tengo aquí una nota, mejor dicho dos pedazos de una nota, que parece ser del hombre que mató a esa gente en Atlanta y…

—¿De dónde la sacó?

—De la celda de Hannibal Lecter. Aunque no lo crea, está escrita en papel higiénico y tiene marcas de dientes.

—¿Puede leérmela sin tocarla más?

Luchando por mantenerse tranquilo, Chilton leyó:

> *Mi querido doctor Lecter,*
>
> *Quería decirle que estoy encantado de que se haya interesado por mi persona. Y al enterarme de su nutrida correspondencia pensé: ¿Me animaré? Está claro que sí. No creo que usted les cuente quién soy, aun cuando lo sepa. Además no tiene importancia el cuerpo que ocupo actualmente.*
>
> *Lo importante es en lo que me estoy Transformando. Sé que sólo usted es capaz de entenderlo. Tengo unas cosas que me gustaría mucho*

mostrarle. Tal vez algún día, si las circunstancias lo permiten. Espero que podamos escribirnos…

—Señor Crawford, hay un pedazo arrancado y roto y luego sigue diciendo:

Lo he admirado durante años y tengo una colección completa de recortes de periódicos en los que aparece usted. En realidad los considero como críticas injustas, tanto como las mías. ¿No le parece que les gusta ponernos apodos degradantes? El «Hada de los Dientes». ¿Imagina algo menos apropiado? Me daría vergüenza que usted lo viera si no supiera que ha pasado por lo mismo con la prensa.

Me interesa el investigador Graham. ¿No parece un policía, verdad? No es muy buen mozo, pero tiene un aire muy decidido.

Lo que usted le hizo debió haberle enseñado a no entrometerse.

Disculpe el papel. Lo elegí porque se deshace muy rápidamente si se ve obligado a tragarlo.

—Aquí falta un pedazo, señor Crawford. Le leeré la parte de abajo:

Si tengo noticias de usted tal vez la próxima vez pueda enviarle algo especial. Un afectuoso saludo hasta entonces de su Admirador Ansioso.

Un silencio después que Chilton terminó de leer.

—¿Hola, está usted ahí?

—Sí. ¿Sabe el doctor Lecter que usted tiene la nota?

—Todavía no. Esta mañana fue trasladado a una celda auxiliar mientras limpiaban la suya. En lugar de usar un trapo apropiado, el hombre que hacía la limpieza arrancaba tiras de papel higiénico para limpiar el inodoro. Encontró la nota escondida en el rollo y me la trajo. Me traen todo lo que encuentran escondido.

—¿Dónde está Lecter ahora?

—Todavía en la celda auxiliar.

—¿Puede ver la suya desde allí?

—Déjeme pensar. No, no puede.

—Espere un momento, doctor —Crawford interrumpió la conversación con Chilton. Se quedó mirando fijamente durante unos segundos los dos botones que parpadeaban en su teléfono sin verlos. Crawford, cazador de hombres, observaba el corcho de su caña que se movía contra la corriente. Pasó la comunicación nuevamente con la línea de Graham.

—Will… una nota, quizá del Hada de los Dientes, escondida en la celda de Lecter en Chesapeake. Suena como la carta de un admirador. Solicita la aprobación de Lecter, se muestra curioso respecto de ti. Hace preguntas.

—¿Cómo se supone que la va a contestar Lecter?

—Todavía no lo sé. Una parte está rota, la otra arrancada. Parece ser que existe una posibilidad de que mantengan una correspondencia siempre y cuando Lecter no se dé cuenta de que estamos al tanto. Quiero la nota para el laboratorio y quiero revisar su celda rápidamente, pero es arriesgado. Si Lecter se da cuenta, Dios sabe cómo le avisará al degenerado. Necesitamos el vínculo, pero necesitamos también la nota.

Crawford le explicó a Graham dónde estaba Lecter y dónde había sido encontrada la carta.

—Hay casi doscientos kilómetros hasta Chesapeake. No puedo esperarte, compañero. ¿Qué opinas?

—Diez personas muertas en un mes… no podemos mantener un prolongado juego epistolar. Adelante.

—Allí voy —respondió Crawford.

—Te veré dentro de un par de horas.

Crawford llamó a su secretaría.

—Sarah, consígame un helicóptero. Sin perder un segundo y no me importa la procedencia, nuestro, de la Policía del Distrito de Columbia o de la Infantería de Marina. Dentro de cinco minutos estaré en la azotea. Llame a Documentación y dígales que manden allí una caja para documentos. Que Herbert consiga un equipo de investigadores. En la azotea dentro de cinco minutos.

—Doctor Chilton —dijo reanudando la conversación—, tendremos que revisar la celda de Lecter sin que se entere y necesitamos su ayuda. ¿Ha mencionado esto a alguna otra persona?

—No.

—¿Dónde está el hombre de la limpieza que encontró la nota?

—Aquí, en mi oficina.

—Manténgalo allí por favor y dígale que no abra la boca. ¿Cuánto tiempo ha pasado Lecter fuera de su celda?

—Alrededor de media hora.

—¿Es más de lo acostumbrado?

—No, todavía no. Pero la limpieza lleva solamente una media hora. Pronto va a preguntarse qué ocurre.

—Muy bien, entonces haga lo siguiente. Llame al intendente del edificio o al ingeniero o al que sea que esté a cargo. Dígale que corte el agua del establecimiento y que haga funcionar los interruptores del pasillo de Lecter. Haga que el intendente pase frente a la celda auxiliar llevando herramientas. Debe aparentar estar muy apurado, terriblemente apurado, muy atareado como para contestar preguntas. ¿Entendió? Dígale que yo se lo explicaré luego. Suspenda la entrega de basura, si es que todavía no la han recogido. No toque la nota. ¿Comprendió? Perfecto. Salimos ya para allí.

Crawford llamó al jefe de la sección Análisis Científicos.

—Brian, tengo una nota urgente que probablemente sea del Hada de los Dientes. Prioridad uno. Tiene que volver al lugar de donde la trajimos dentro de una hora y sin marcas. Deberá pasar por Pelos y Fibras, Impresiones Ocultas y Documentos y entonces a sus manos, por lo tanto coordine el movimiento con los demás, por favor. Sí, yo la llevaré y después se la entregaré personalmente a usted.

Hacía calor en el ascensor cuando Crawford bajó de la azotea trayendo la nota, totalmente despeinado por la ventolina del helicóptero. Se estaba secando la cara con un pañuelo cuando llegó a la sección Pelos y Fibras del laboratorio.

Pelos y Fibras es una sección pequeña y atareada. El cuarto de recepción está repleto de cajas con pruebas enviadas por los departamentos de policía de todo el país; bultos conteniendo tela adhesiva que ha sido usada para sellar bocas y atar muñecas, ropa desgarrada y manchada, sábanas de lechos mortuorios.

Crawford divisó a Beverly Katz a través del vidrio del cuarto de exámenes mientras avanzaba entre las cajas. Tenía colgado de una percha sobre una mesa cubierta con papel blanco un pantalón con peto de niño. Trabajando a la luz de fuertes lámparas en esa habitación desprovista de corrientes de aire, cepillaba los pantaloncitos con una espátula metálica, trabajando cuidadosamente siguiendo la

trama y en sentido inverso, a favor del pelo y a contra pelo. Una partícula de tierra y arena cayó sobre el papel. Junto con ella y descendiendo en medio de la inmovilidad del aire, más lentamente que la arena pero más rápidamente que una hilacha, cayó un pelo bien enroscado. Inclinó la cabeza hacia un lado y lo contempló con su penetrante mirada.

Crawford advirtió que sus labios se movían. Y adivinó lo que ella decía.

—Te pesqué.

Era lo que siempre decía.

Crawford golpeó en el vidrio y ella salió rápidamente, quitándose los guantes blancos.

—¿Todavía no han buscado las huellas dactiloscópicas, verdad?

—No.

—Yo tengo que trabajar en el cuarto de investigaciones contiguo.

Se puso un nuevo par de guantes mientras Crawford abría la caja de documentos.

La nota, dos pedazos, estaba guardada cuidadosamente entre dos láminas de plástico. Beverly Katz vio las marcas de los dientes y alzó la vista hacia Crawford, sin perder tiempo con preguntas.

Él asintió: las marcas coincidían con el molde de la mordedura del asesino que había llevado a Chesapeake.

Crawford observó a través de la ventana mientras ella levantaba la nota con la ayuda de una varita delgada y la mantenía colgando sobre el papel blanco. La examinó con una potente lupa y luego la abanicó suavemente. Golpeó la varita con el borde de una espátula y examinó el papel de abajo con el vidrio de aumento.

Crawford miró su reloj.

Katz pasó la nota hacia otra varita para observar la otra faz. Quitó de su superficie un objeto diminuto valiéndose de unas pinzas casi tan delgadas como un cabello.

Fotografió los extremos rotos de la nota con lentes de gran aumento y la colocó nuevamente en su caja, a la que agregó un par nuevo de guantes blancos. Los guantes blancos —señal de que no debía tocarse— estarían siempre junto a la prueba hasta que fuera revisada en busca de impresiones digitales.

—Listo —dijo ella entregándole la caja a Crawford—. Un cabello, quizás de ocho décimas de milímetro. Un par de granos azules. Lo analizaré. ¿Qué otra cosa tiene?

Crawford le entregó tres sobres marcados.

—Pelos del peine de Lecter. Bigotes de la máquina de afeitar eléctrica que le permiten utilizar. Este pelo es del hombre de la limpieza. Tengo que irme.

—Lo veré luego —dijo Katz—. Me encanta su peinado.

Jimmy Price, que estaba en la sección Huellas Dactiloscópicas Ocultas, frunció el ceño al ver el papel higiénico poroso. Miró de soslayo por encima del hombro del ayudante que manipulaba el láser de helio-cadmio mientras trataban de encontrar una impresión digital para pasarla por el fluoroscopio. Manchas brillantes aparecían en el papel, marcas de transpiración, nada más.

Crawford estuvo por preguntarle algo, recapacitó y esperó, mientras la luz azulada se reflejaba en sus anteojos.

—Sabemos que tres tipos agarraron esto sin guantes, ¿verdad? —preguntó Price.

—En efecto, el que hizo la limpieza, Lecter y Chilton.

—El que limpió el inodoro probablemente ya no tenía grasas en los dedos. Pero los otros… Este material es imposible.

Price alzó el papel contra la luz sujetando firmemente las pinzas en sus viejas manos salpicadas de manchas.

—Podría ahumarlo, Jack, pero no puedo garantizar que las manchas de yodo se desvanezcan dentro del lapso con que contamos.

—¿Ninhydrina? ¿Realzarlo con calor? —Por lo general Crawford no se habría animado a hacerle ninguna clase de sugerencia técnica a Price, pero en ese momento no le importaba intentar cualquier cosa. Esperó recibir una respuesta seca, pero el viejo permanecía apesadumbrado y triste.

—No, no podríamos lavarlo después. No puedo conseguir ninguna impresión digital con esto, Jack, lo siento. No hay ninguna.

—Carajo —dijo Crawford.

El viejo se dio vuelta. Crawford puso su mano sobre el hombro huesudo de Price.

—Caray, Jimmy. Estoy seguro que si hubiera alguna tú la habrías descubierto.

Price no contestó. Estaba desembalando un par de manos que habían llegado por otro caso. El hielo seco humeaba en el cesto de papeles. Crawford dejó caer los guantes blancos sobre el humo.

Crawford se dirigió rápidamente hacia la sección Documentos, donde lo esperaba Lloyd Bowman, sintiendo un nudo de desilusión en el estómago. Bowman había sido sacado del tribunal y la brusca interrupción en su concentración lo dejó parpadeando como si acabara de despertarse.

—Lo felicito por su peinado. Un golpe de audacia —dijo Bowman mientras trasladaba con manos rápidas y expertas la nota hacia la mesa de trabajo—. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Veinte minutos a lo sumo.

Las dos partes de la nota parecían refulgir bajo las luces de Bowman. Una mancha verde oscura del secante se veía a través del agujero ovalado de la parte superior.

—Lo más importante, lo primordial, es cómo pensaba contestar Lecter —dijo Crawford cuando Bowman terminó la lectura.

—Posiblemente las instrucciones para contestarle estaban en la parte rota —Bowman trabajaba concienzudamente con las luces, filtros y máquina copiadora mientras hablaba—. En la parte de arriba dice «Espero que podamos mantener una correspondencia…», y luego empieza el agujero. Lecter raspó esa parte con un marcador y después la dobló y arrancó casi todo el pedazo.

—No tiene nada con que cortar.

Bowman fotografió las marcas de los dientes y la parte de atrás de la nota bajo una luz extremadamente oblicua, cuya sombra saltaba de una a otra pared al mover la luz en un ángulo de trescientos sesenta grados sobre el papel, mientras sus manos reproducían fantasmagóricos movimientos al doblar algo en el aire.

—Ahora podremos exprimirla un poco.

Bowman colocó la nota entre dos placas de vidrio para achatar los bordes dentados del agujero. Las rasgaduras estaban teñidas con tinta roja. Bowman canturreaba en voz baja. La tercera vez Crawford entendió lo que decía:

—Eres muy astuto pero yo también lo soy.

Bowman cambió los filtros de su pequeña cámara de televisión y la enfocó sobre la nota. Oscureció el cuarto hasta que no quedó más que el débil resplandor rojo de la lámpara y el azul-verdoso de la pantalla de su monitor.

Las palabras «espero que podamos mantener una correspondencia» y el agujero dentado aparecieron agrandadas en la pantalla. La mancha de tinta había desaparecido y en los bordes desparejos se veían fragmentos de escritura.

—Las tinturas de anilinas en tintas de colores son transparentes para los infrarrojos —manifestó Bowman—. Estas de aquí y allí podrían ser las barras de una T. Al final está la cola de lo que tal vez sea una M o una N, o, posiblemente, una R.

Bowman tomó una fotografía y encendió las luces.

—Jack, existen solamente dos formas de mantener una comunicación que tiene una vía muerta: el teléfono y los periódicos. ¿Puede Lecter responder rápidamente a una llamada telefónica?

—Puede recibir llamadas, pero el procedimiento es lento, puesto que además tienen que pasar por el conmutador del hospital.

—Por lo tanto la única forma segura es una publicación en un periódico.

—Sabemos que su amiguito lee el *Tattler*. La historia de Graham y Lecter apareció en ese periódico. No estoy enterado de que haya sido publicada en otro periódico.

—Tres T y una R figuran en Tattler. ¿Te parece que en la columna personal? Podría ser el lugar para buscar.

Crawford se comunicó con la biblioteca del FBI y luego impartió instrucciones por teléfono a la oficina de Chicago.

Bowman le devolvió la caja cuando terminó su trabajo.

—El *Tattler* aparece esta tarde —anunció Crawford—. Se imprime en Chicago los lunes y jueves. Conseguiremos pruebas de las páginas de clasificados.

—Tendré más material, pero menos importante —dijo Bowman.

—Cualquier cosa útil que encuentres envíala directamente a Chicago. Ponme al tanto cuando vuelva del hospicio —dijo Crawford mientras caminaba hacia la puerta.

14

El molinete del subterráneo de Washington le devolvió a Graham el boleto de su viaje y él salió a la luz y al calor de la tarde llevando su valija de avión.

El edificio J. Edgar Hoover parecía una enorme jaula de cemento suspendida sobre el ardiente resplandor de la calle Diez. La mudanza del FBI hacia su nuevo cuartel general estaba en vías de realizarse cuando Graham abandonó Washington. Nunca había trabajado allí.

Crawford lo esperaba en el escritorio de recepción, a corta distancia del acceso a la playa subterránea, para agregar a las credenciales de Graham, expedidas presurosamente, las suyas. Graham parecía cansado y algo impaciente al registrarse. Crawford se preguntó cómo se sentiría, sabiendo que el asesino se había mostrado interesado en él.

Le entregaron a Graham una tarjeta codificada magnéticamente, como la que lucía Crawford en su saco. La introdujo en la ranura del portón y se internó en los largos y blancos pasillos. Crawford le llevaba la valija.

—Olvidé decirle a Sarah que enviara un automóvil para buscarte.

—Probablemente haya sido más rápido así. ¿Conseguiste devolverle a tiempo la nota a Lecter?

—En efecto. Acabo de llegar —dijo Crawford—. Tiramos agua en el piso del hall, simulando un caño roto y una falla eléctrica. Contábamos con Simmons —actualmente es asistente de SAC en Baltimore— y lo hicimos secar el piso cuando llevaron de regreso a Lecter a su celda. Simmons cree que se lo tragó.

—En el avión me lo pasé pensando si no sería el propio Lecter el que escribió la nota.

—Yo tuve la misma preocupación hasta que la vi. Las marcas de dientes en el papel coinciden con las de las mujeres. Además está escrita con bolígrafo, y Lecter no tiene ninguno. La persona que la escribió había leído el *Tattler* y

Lecter no lo recibe. Rankin y Willingham revisaron la celda de arriba abajo. Un buen trabajo pero no encontraron nada. Tomaron primero unas fotografías con Polaroid para volver a colocar todo tal cual estaba. Y después entró el hombre de la limpieza y limpió como lo hace siempre.

—¿Entonces qué piensas?

—Respecto a pruebas físicas para una identificación, la nota no sirve para un comino —dijo Crawford—. Tenemos que conseguir en alguna forma que la comunicación entre ellos resulte útil para nosotros, pero no sé todavía cómo demonios lograrlo. En pocos minutos más tendremos el resto de las pruebas del laboratorio.

—¿Tienes vigilada la correspondencia y el teléfono del hospital?

—Listos para grabar y rastrear no bien Lecter reciba una llamada. El sábado por la tarde hizo una. Le dijo a Chilton que quería comunicarse con su abogado. Es una línea WATS y no puedo estar seguro.

—¿Qué dijo su abogado?

—Nada. Hemos anexado una línea suplementaria al conmutador central del hospital para que en el futuro sea la que utilice Lecter, así no podrá eludirnos más. Controlaremos su correspondencia, tanto la que reciba como la que envíe, a partir de la próxima entrega. Gracias a Dios ningún problema con autorizaciones.

Crawford se detuvo frente a una puerta e introdujo la tarjeta que colgaba de su saco en la ranura de la cerradura.

—Mi nueva oficina. Pasa. Al decorador le sobraba un poco de pintura de un barco de guerra. Aquí tienes la nota. Esta copia tiene el mismo tamaño.

Graham la leyó dos veces. Un timbre de alarma sonó en su cabeza al contemplar los rasgos puntiagudos que componían su nombre.

—La biblioteca confirma que el *Tattler* es el único periódico que publicó un artículo sobre ti y Lecter —dijo Crawford mientras se preparaba un Alka-Seltzer —. ¿Quieres uno de estos? Te vendría bien. Se publicó el lunes de la semana anterior. El martes estaba en los puestos de venta en todo el país, a excepción de Alaska y Maine en que apareció el miércoles. El Hada de los Dientes poseía un ejemplar y no pudo haberlo comprado antes del martes. Lo leyó y le escribió a Lecter. Rankin y Willingham siguen revisando todavía la basura del hospital en busca del sobre. Feo trabajo. En Chesapeake no separan los papeles de los pañales.

»Muy bien, Lecter no puede recibir la nota del Hada de los Dientes antes del

miércoles. Rompe la parte en que le dice cómo contestarle y borronea y manosea un dato previo; no comprendo por qué no rompió también ese pedazo.

—Porque estaba en medio de un párrafo lleno de ponderaciones —dijo Graham—. No podía tolerar arruinarlas. Por eso es que no tiró todo —Se frotó las sienes con los nudillos de sus dedos.

—Bowman piensa que Lecter utilizará el *Tattler* para contestarle al Hada de los Dientes. Dice que probablemente ése sea el arreglo. ¿Crees que contestará?

—Por supuesto. Mantiene una nutrida correspondencia. Tiene muchísimas relaciones epistolares por todas partes.

—Si piensan valerse del *Tattler*, Lecter no tiene prácticamente tiempo de que su respuesta llegue a tiempo para la edición que se imprime esta noche, por más que la haya enviado por expreso el mismo día en que recibió la nota del Hada. Chester, de la oficina de Chicago, está en el *Tattler* revisando los avisos. Los impresores maquetarán el periódico esta noche.

—Por el amor de Dios no alboroten al *Tattler* —dijo Graham.

—El jefe del taller cree que Chester es un corredor de bienes raíces que trata de adelantarse a los avisos. Le vende las hojas de pruebas bajo cuerda, una a una, no bien salen. Recibimos todo, los clasificados y demás sólo para hacer una cortina de humo. Pues bien, supón que descubrimos cómo piensa contestarle Lecter y duplicamos su método. Podemos entonces enviarle un mensaje falso al Hada de los Dientes, pero ¿qué le decimos? ¿Cómo lo utilizamos?

—Lo mejor sería tratar de que se acercara a un apartado postal —sugirió Graham—. Atraerlo con algo que quiera ver. «Datos importantes» que Lecter conoce de resultas de su conversación conmigo. Un error que cometió y que esperamos que repita.

—Sería un idiota si le hiciera caso.

—Lo sé. ¿Quieres saber cuál sería el mejor cebo?

—No sé si quiero saberlo.

—Lecter sería el mejor cebo —dijo Graham.

—¿Pero y cómo?

—Será una tarea infernal, no lo dudo. Tendríamos que solicitar que Lecter fuera puesto bajo custodia federal (Chilton no permitiría esto en Chesapeake), lo encerraríamos en la sección de seguridad máxima de un hospital psiquiátrico para veteranos de guerra. Simularíamos una huida.

—Dios mío.

—Enviamos un mensaje al Hada de los Dientes después de la huida, en el

Tattler de la próxima semana. Lecter solicitándole una cita.

—Por el amor de Dios, ¿a quién puede interesarle encontrarse con Lecter? Lo que quiero decir es ¿por qué puede tener interés en ello el Hada de los Dientes?

—Para matarlo, Jack —Graham se puso de pie. No había ninguna ventana para mirar hacia afuera mientras hablaba. Se paró frente a «Los diez más buscados», única decoración de las paredes de la oficina—. ¿Sabes? El Hada de los Dientes podrá absorberlo en esa forma, asimilarlo, convertirse en algo más grande de lo que es.

—Pareces muy seguro.

—No estoy seguro. ¿Quién puede estarlo? En la nota decía «Tengo algunas cosas que me gustaría mostrarle. Tal vez algún día si las circunstancias lo permiten». Quizás era una invitación en serio. No creo que fuera sólo una amabilidad.

—¿Qué puede querer mostrarle? Las víctimas estaban intactas. No faltaba nada, excepto un pedacito de piel y pelo y eso fue probablemente… ¿cómo fue que lo expresó Bloom?

—Ingerido —respondió Graham—. Sólo Dios sabe lo que tiene. Tremont, ¿recuerdas los trajes de Tremont en Spokane?

Señalaba con el mentón desde la camilla a la que estaba atado, tratando todavía de mostrárselos al jefe de policía de Spokane.

—No estoy seguro, Jack, de que Lecter sirva de anzuelo para el Hada de los Dientes. Pero me parece que es lo que ofrece más posibilidades de éxito.

—Tendremos una increíble estampida si la gente cree que Lecter está libre. Todos los periódicos se nos vendrán encima. La mejor posibilidad, tal vez, pero la reservaremos para el final.

—Probablemente no se acercará a ningún apartado postal, pero puede ser lo suficientemente curioso como para echar una mirada para ver si Lecter lo traicionó, si pudiera hacerlo a cierta distancia. Podríamos elegir uno que pueda observarse solamente desde unos pocos lugares a distancia considerable y apostar a alguien en los sitios indicados.

Inclusive a Graham le sonaba poco convincente a medida que lo decía.

—El Servicio Secreto tiene uno que no ha utilizado nunca. Nos permitirían usarlo. Pero si no ponemos hoy un aviso, tendremos que esperar hasta el lunes,

para que aparezca en el próximo número. La rotativa se pone en marcha a las cinco, hora local. Eso significa una hora y cuarto más para Chicago para publicar el aviso de Lecter, si es que hay uno.

—¿Qué ocurre con la orden de Lecter para la publicación? La carta que debe de haber enviado al *Tattler* solicitando que inserten el aviso ¿no tenemos acceso más rápido a eso?

—Chicago le puso ciertos controles al jefe del taller —dijo Crawford—. La correspondencia permanece en la oficina del gerente de avisos clasificados. Les venden los datos, nombres y direcciones, a compañías que ofrecen por correo productos para personas solitarias: amuletos de amor, píldoras de gallo, «conozca a bella muchacha asiática», cursos para desarrollar la personalidad, ese tipo de cosas.

—Podríamos apelar al espíritu ciudadano del gerente de la sección avisos para echar un vistazo, pedirle que no abra la boca, pero no quiero correr el riesgo de que el *Tattler* se nos venga encima. Se precisa una autorización judicial para entrar allí y revisar la correspondencia. Estoy considerándolo.

—Si no conseguimos nada con Chicago, podríamos poner un aviso por si acaso. Si estamos equivocados respecto al *Tattler* no perderemos nada —señaló Graham.

—Y si estamos en lo cierto respecto de que el *Tattler* es el medio de comunicación y publicamos una contestación basándonos en lo que dice esta nota y nos equivocamos —si a él no le parece convincente— estamos a fojas uno. No te pregunté cómo te fue en Birmingham. ¿Obtuviste algún dato?

—Birmingham es un caso listo y cerrado. La casa de los Jacobi ha sido pintada y redecorada y está en venta. Lo que había en ella está guardado en un depósito esperando la aprobación del testamento. Revisé todas las cajas. Las personas con las que hablé no conocían muy bien a los Jacobi. Lo único que todos mencionaron era lo afectuosos que eran los Jacobi entre ellos. Siempre estaban acariciándose. Todo lo que queda ahora de ellos son unos pocos cajones amontonados en un depósito. Desearía haber…

—Deja de desear; ya estás metido en esto.

—¿Qué pasó con la marca que encontré en el árbol?

—¿«Usted acertó a la cabeza»? Para mí no significa nada —dijo Crawford —. Y tampoco el Dragón Rojo. Beverly conoce el Mahjong. Es astuta y sin embargo no encuentra relación alguna. Por su pelo sabemos que no es chino.

—Cortó la rama con un cortafrío. Yo no veo…

Sonó el teléfono y Crawford mantuvo un breve diálogo.

—El laboratorio tiene listo el informe sobre la nota, Will. Vayamos a la oficina de Zeller. Es más grande y menos gris.

Lloyd Bowman, seco como un papel a pesar del calor, los alcanzó en el corredor. Sacudía unas fotografías húmedas con cada mano y sujetaba bajo el brazo un grueso expediente.

—Jack, tengo que estar en el tribunal a las cuatro y cuarto —anunció mientras se adelantaba—. Es por Nilton Eskew, el falsificador de cheques y su noviecita, Nan. Ella es capaz de copiar de corrido una nota del Tesoro. Hace dos años que me están volviendo loco, fabricando sus propios cheques de viajero con una Xerox de color. No descansaré hasta terminar con ellos. ¿Llegaré a tiempo o debo avisarle al fiscal?

—Llegarás —afirmó Crawford—. Ya estamos.

Beverly Katz le dirigió una sonriente mirada a Graham desde el sofá de la oficina de Zeller, contrabalanceando la expresión enfurruñada de Price que estaba instalado junto a ella.

Brian Zeller, jefe de la sección Análisis Científicos, era joven para su trabajo, pero ya tenía pelo algo ralo y usaba bifocales. En un estante de la biblioteca, detrás del escritorio de Zeller, Graham vio un ejemplar de *Ciencia forense,* de H. J. Walls, los tres grandes volúmenes de *Medicina forense*, de Tedeschi y una edición antigua de *El derrumbe de Alemania*, de Hopkins.

—Creo que nos conocimos en una oportunidad en la Universidad de Washington, Will —dijo Zeller—. ¿Conoce a todos los demás? Perfecto.

Crawford se apoyó contra una esquina del escritorio de Zeller, cruzando los brazos.

—¿Alguien tiene alguna noticia bomba? Muy bien ¿ha encontrado alguno de ustedes algo que permita suponer que la nota no procede del Hada de los Dientes?

—No —respondió Bowman—. Hace unos minutos llamé a Chicago para darles unos números que obtuve de una impresión en la parte de atrás de la nota. Seis-seis-seis. Se los mostraré cuando lleguemos a ese punto. Hasta el momento en Chicago se han recibido más de doscientos avisos personales —le entregó a Graham una pila de hojas—. Los he leído y son lo común y corriente: propuestas de matrimonio, mensajes para personas fugadas de su hogar. No estoy muy seguro de que reconozcamos el aviso si es que figura allí.

Crawford meneó la cabeza.

—Yo tampoco. Acabemos con los datos que tenemos. Bien, Jimmy Price hizo todo lo que podía hacerse y no aparecieron huellas. ¿Qué puedes decirnos tú, Bev?

—Tengo un pelo de bigote. El grosor y textura coinciden con las muestras de Hannibal Lecter. Así como también el color. Este es totalmente distinto de las muestras obtenidas en Atlanta y Birmingham. Tres granitos azules y unos puntos oscuros pasaron a manos de Brian —alzó las cejas al mirar a Brian Zeller—. Los granitos son de un polvo comercial para limpieza que tiene color continuo. Deben de provenir de las manos del hombre que hizo la limpieza. Había varias diminutas partículas de sangre seca. Es indiscutiblemente sangre, pero no hay cantidad suficiente como para saber de qué grupo.

—Los desgarrones en los extremos de las partes dieron cuenta de las perforaciones —prosiguió diciendo Beverly Katz—. Si encontramos a alguien que posea el rollo y no lo haya roto nuevamente se podría hacer una confrontación precisa. Aconsejaría propalar un aviso ahora, para que los oficiales encargados de la detención no dejen de buscar el rollo.

Crawford asintió.

—¿Bowman?

—Sharon, mi asistente, se ocupó de investigar qué clase de papel es. Es papel higiénico que se utiliza en los barcos y casas rodantes. La textura es idéntica a la de una marca llamada Wedeker fabricada en Minneapolis. Se distribuye por todo el país.

Bowman instaló sus fotografías sobre un caballete cerca de las ventanas. Su voz era sorprendentemente profunda en relación con su escasa estatura y su corbata de moño se movía ligeramente cuando hablaba.

—Respecto a la escritura, se trata de una persona diestra que utiliza la mano izquierda deliberadamente y escribe con letras mayúsculas. Pueden apreciar la falta de firmeza en los trazos y la variación en el tamaño de las letras.

»Las proporciones me inducen a pensar que este sujeto tiene un débil astigmatismo que no ha sido corregido.

»La tinta de los dos pedazos de la nota parece ser del mismo y corriente tipo de bolígrafo de color azul marino a la luz natural, pero bajo los filtros de colores surge una pequeña diferencia. Utilizó dos bolígrafos, y el cambio se realizó en alguna parte del pedazo faltante de la nota. Pueden ver dónde empezó a fallar el primero. El primer bolígrafo no se usa frecuentemente ¿ven que hay un borrón donde empieza a escribir? Puede haber estado guardado sin tapar y con la punta

para abajo en un portalápices o una lata, lo que sugiere un escritorio. Además, la superficie sobre la que se apoyó el papel era lo suficientemente blanda como para poder tratarse de un secante. Un secante puede conservar impresiones si se encuentra. Quisiera agregar el secante a la recomendación de Beverly.

Bowman cambió la fotografía por otra del reverso de la nota. La enorme ampliación hacía que el papel pareciera tener pelusas. Estaba cubierto de huellas borrosas.

«Dobló la nota para escribir la parte de abajo, inclusive la que fue luego arrancada».

En esta ampliación del reverso la luz oblicua descubre unas pocas impresiones.

«Se puede leer “666 an”. Quizás allí fue donde tuvo problemas con el bolígrafo y tuvo que escribir nuevamente por encima. No lo advertí hasta que obtuve esta muestra tan contrastante. Pero por el momento en ningún aviso figura el 666.

»La estructura de las frases es ordenada y no hay divagaciones. El doblez indica que fue entregada en un sobre de tamaño común. Estas dos manchas oscuras son borrones de tinta de imprenta. Probablemente la nota estaba metida dentro de un papel impreso inocuo y el conjunto dentro del sobre.

»Eso es todo —dijo Bowman—. A menos que tengas alguna pregunta que hacer, Jack, creo que será mejor que me apure para llegar al juzgado. Me pondré nuevamente en contacto con ustedes después de testificar.

—Húndelos bien —señaló Crawford.

Graham estudiaba la columna de avisos personales del *Tattler*. (Atractiva dama de buena estatura, frescos 52, busca cristiano de Leo que no fume, entre 40 y 70. Sin niños, por favor. Acepta miembros artificiales. Sin trampas. Enviar foto con primera carta).

Inmerso en la tristeza y desesperación de los avisos, no se dio cuenta de que los demás se estaban yendo hasta que Beverly Katz le habló.

—Disculpa, Beverly, ¿qué fue lo que dijiste? —preguntó contemplando sus ojos vivos y su bondadosa cara con signos de cansancio.

—Sólo dije que me alegraba de verle otra vez, campeón. Tienes buen aspecto.

—Gracias, Beverly.

—Saúl va a una academia de cocina. Todavía no las pega todas, pero cuando todo esto se tranquilice ven a casa y deja que practique contigo.

—Lo haré.

Zeller se marchó rumbo a su laboratorio. Quedaron solamente Crawford y Graham, contemplando el reloj.

—Cuarenta minutos para que se imprima el *Tattler* —dijo Crawford—. Averiguaré qué pasa con las cartas. ¿Qué opinas?

—Que debes hacerlo.

Crawford impartió las instrucciones a Chicago desde el teléfono de Zeller.

—Will, tenemos que tener preparado algo si el aviso de Chicago fracasa.

—Me ocuparé de eso.

—Yo prepararé el lugar para que recoja la carta —Crawford llamó al Servicio Secreto y habló durante un buen rato. Graham seguía escribiendo atareado cuando cortó.

—Listo, el apartado postal es una pinturita —dijo Crawford finalmente—. En una casilla exterior instalada en una compañía de matafuegos en Annapolis. Territorio de Lecter. El Hada de los Dientes se dará cuenta de que se trata de algo que Lecter puede conocer. Casillas alfabéticas. Los empleados del servicio van allí en sus automóviles para buscar comisiones y recoger correspondencia. Nuestro hombre puede vigilarlo desde una plaza del otro lado de la calle. El Servicio Secreto afirma que parece convincente. La instalaron para atrapar a un falsificador, pero no necesitaron utilizarla. Esta es la dirección. ¿Qué tal el mensaje?

—Tendremos que usar los mensajes en la misma edición. En el primero Lecter le advertirá al Hada de los Dientes que sus enemigos están más cerca de lo que supone. Le indica que cometió un grave error en Atlanta y que si lo repite está condenado. Le dice que le envía por correo «información secreta» de lo que yo le expliqué que estábamos haciendo, de lo cerca que estamos, de las pistas que tenemos. Finalmente, remite al Hada de los Dientes hacia un segundo mensaje que empieza con «su firma».

»El segundo mensaje comienza «Admirador Ansioso», y tiene la dirección del Apartado Postal. Tenemos que hacerlo de esa forma. Aun en un lenguaje indirecto, la advertencia del primer mensaje va a incitar a unos cuantos chiflados. Pero si no pueden descubrir la dirección no podrán llegar a la casilla para embrollar todo el asunto.

—Bueno. Muy bueno. ¿Quieres esperar los resultados en mi oficina?

—Prefiero estar ocupado en algo. Necesito ver a Brian Zeller.

—Ve adelante, puedo localizarte en caso de urgencia.

Graham encontró al jefe de la sección en Serología.

—¿Podría mostrarme un par de cosas, Brian?

—Por supuesto, ¿qué quieres?

—Las muestras que utilizó para averiguar el grupo del Hada de los Dientes.

Zeller miró a Graham por la luneta pequeña de sus bifocales.

—¿Había algo en el informe que no entendió?

—No.

—¿Algo que no estaba claro?

—No.

—¿Algo incompleto? —Zeller pronunció la última palabra como si tuviera un gusto desagradable.

—Su informe es muy bueno, no podría pedirse nada mejor. Pero todo lo que quiero es tener las pruebas en mi mano.

—Ah, por supuesto. Ningún problema —Zeller creía que todos los agentes que participaban en una investigación en una forma activa, conservaban las supersticiones de la cacería. Se alegraba de poder contentar a Graham—. Está todo junto en ese extremo.

Graham lo siguió entre los largos mostradores con instrumentos.

—Está leyendo a Tedeschi.

—Sí —respondió Zeller por encima del hombro—. Como usted sabe, aquí no se practica medicina forense, pero Tedeschi tiene una cantidad de información muy útil. Graham. Will Graham.

—Usted escribió la monografía tipo sobre la determinación del momento de la muerte por la actividad de insectos, ¿verdad? ¿O no es usted ese Graham?

—Yo la escribí —una pausa—. Tiene razón, Mant y Nuorteva en el Tedeschi son mejores en cuanto a los insectos.

Zeller se sorprendió al oír en boca de él sus pensamientos.

—Bueno, tiene más ilustraciones y una tabla de ondas invasivas. No quiero ofenderlo.

—Por supuesto que no. Son mejores. Yo se lo dije.

Zeller sacó unos frascos y portaobjetos de un armario y una nevera y los puso sobre el mostrador del laboratorio.

—Cualquier cosa que quiera preguntarme, estaré donde me encontró. La luz del microscopio se enciende en este lado.

A Graham no le interesaba el microscopio. No ponía en tela de juicio ninguno de los descubrimientos de Zeller. No sabía lo que quería. Levantó los

frascos y las placas de vidrio contra la luz, y un sobre transparente conteniendo cabellos rubios encontrados en Birmingham. Un segundo sobre encerraba tres cabellos encontrados en la señora Leeds.

Había saliva, pelos y semen en la mesa frente a Graham y un vacío en el aire donde trataba de descubrir una imagen, una cara, algo que reemplazara el terror informe que lo agobiaba.

Una voz femenina resonó en un altavoz ubicado en el cielo raso.

—Graham, Will Graham, dirigirse a la oficina del Agente Especial Crawford. Urgente.

Encontró a Sarah con los auriculares puestos y sentada frente a la máquina de escribir y Crawford mirando por encima del hombro.

—Chicago tiene un pedido de publicación de un aviso en el que figura el 666 —dijo Crawford torciendo la boca hacia un lado—. Se lo están dictando ahora a Sarah. Dicen que hay una parte que parece un código.

Las líneas se iban formando en la máquina de Sarah.

Querido Peregrino.

Usted me honra…

—Eso es. Eso es —dijo Graham—. Lecter lo llamó peregrino cuando conversó conmigo.

Usted es muy bello…

—Dios —dijo Crawford.

Ofrezco cien oraciones para su seguridad.

Busque ayuda en Juan 6:22, 8:16, 9:1; Lucas 1:7, 3:1; Gálatas 6:11, 15:2; Hechos 3:3; Apocalipsis 18:7; Jonás 6:8…

La escritura se hizo más lenta a medida que Sarah repetía cada par de números al agente de Chicago. Cuando terminó, la lista de referencias bíblicas llenaba un cuarto de página. Estaba firmada «Bendito sea, 666».

—Eso es todo —informó Sarah. Crawford cogió el teléfono.

—Muy bien. Chester ¿qué tal le fue con el gerente de la sección avisos? No, hizo usted bien. Un fallo total, correcto. No se aleje del teléfono, hablaré nuevamente con usted.

—Código —dijo Graham.

—Tiene que ser. Disponemos de veinte minutos para enviarle un mensaje si es que conseguimos descifrarlo. El jefe de la linotipo necesita diez minutos de preaviso y trescientos dólares para insertar uno en esta edición. Bowman está en su oficina, consiguió un receso. Mientras tú lo llamas sin perder un segundo, yo me comunicaré con Criptografía en Langley. Sarah, envíe un télex del aviso a la sección Criptografía de la CIA. Les avisaré que ya sale.

Bowman depositó el mensaje sobre su escritorio y lo alineó prolijamente con los ángulos de su secante. Limpió los vidrios de sus anteojos durante unos segundos que a Graham se le hicieron eternos.

Bowman tenía fama de ser rápido. Aun la sección Explosivos le perdonaba no ser un exinfante de marina y se lo reconocían.

—Tenemos veinte minutos —anunció Graham.

—Comprendo. ¿Llamaron a Langley?

—Crawford se encargó de hacerlo.

Bowman leyó muchas veces el mensaje, mirándolo de arriba a abajo y de costado, pasando el dedo sobre sus márgenes. Sacó una Biblia de la biblioteca. Los únicos sonidos que se oyeron durante cinco minutos fueron el de la respiración de los dos hombres y el crujido de las finísimas páginas.

—No —dijo—. No lo tendremos listo a tiempo. Será mejor utilizar lo que le queda para cualquier otra cosa que pueda hacer.

Graham le mostró una mano vacía.

Bowman dio media vuelta para enfrentar a Graham y se quitó los anteojos. Tenía una marca rosada a ambos lados de la nariz.

—¿Está usted lo bastante seguro como para pensar que la nota que recibió Lecter es la única comunicación que ha tenido con el Hada de los Dientes?

—Correcto.

—Pues entonces el código es algo simple. Sólo necesitaban protegerse de lectores fortuitos. Teniendo como medida las perforaciones de la nota que recibió Lecter faltarían solamente unos siete centímetros. No es un espacio tan grande como para escribir muchas instrucciones. Supongo que debe tratarse de un libro utilizado como código.

Crawford se les unió.

—¿Un libro como código?

—Eso parece. Los primeros números, las «cien oraciones», podría ser el número de la página. Los pares de números como referencias bíblicas podrían ser una línea y una letra. ¿Pero qué libro?

—¿No será la Biblia? —preguntó Crawford.

—No, la Biblia no. Lo pensé en un primer momento. Me desconcertó la cita Gálatas 6:11. «Ves qué carta larga te he escrito con mis propias manos». Es apropiado, pero pura coincidencia porque luego pone Gálatas 15:2. La epístola a los Gálatas tiene sólo seis capítulos. Lo mismo lo de Jonás 6:8. Jonás tiene cuatro capítulos. No utilizó una Biblia.

—Quizás el título del libro esté disimulado en la parte clara de la nota de Lecter —sugirió Crawford.

Bowman meneó la cabeza.

—No lo creo.

—Pues entonces el Hada de los Dientes nombró el libro que debía utilizar. Lo especificó en la nota —dijo Graham.

—Así parecería —señaló Bowman—. ¿Y si tratan de sacárselo a Lecter? Pienso que en un hospital mental algunas drogas…

—Hace tres años probaron con amital sódico, tratando de averiguar dónde había enterrado a un estudiante de Princeton —replicó Graham—. Les dio una receta de una salsa. Además, si tratamos de averiguarlo por la fuerza, lo perderíamos como conexión. Si el Hada de los Dientes eligió el libro, es porque sabía que Lecter lo tenía en su celda.

—Tengo la certeza de que no le pidió a Chilton que le comprara o prestara uno —afirmó Crawford.

—¿Qué información dieron los periódicos, Jack? Sobre los libros de Lecter.

—Que tiene los libros de medicina, psicología, de cocina.

—Entonces podría ser alguno de los típicos de esos temas, algo tan clásico que el Hada de los Dientes sabría a ciencia cierta que Lecter lo tiene —señaló Bowman—. Necesitamos una lista de los libros de Lecter. ¿Tiene una?

—No —respondió Graham mirando sus zapatos—. Podría pedirle a Chilton. Esperen. Rankin y Willingham, cuando revisaron su celda, tomaron fotos con una Polaroid para poder colocar todo en su lugar.

—¿Les puede pedir que busquen las fotografías y se reúnan conmigo?

—¿Dónde?

—En la Biblioteca del Congreso.

Crawford verificó una última vez con la sección Criptografía de la CIA. La computadora de Langley estaba probando una firme y progresiva sustitución de letras por números y una apabullante variedad de claves alfabéticas. Sin ningún éxito. El criptógrafo estuvo de acuerdo con Bowman en que probablemente se trataba de una clave en un libro.

Crawford miró su reloj.

—Will, nos quedan tres opciones y tenemos que decidirnos ya. Podemos retirar el mensaje de Lecter del periódico y no publicar nada. Podemos sustituir nuestros mensajes en idioma común invitando al Hada de los Dientes a buscar en la casilla de correos. O podemos dejar que salga tal cual lo mandó, el aviso de Lecter.

—¿Está seguro que hay tiempo todavía para poder sacar el mensaje de Lecter del *Tattler*?

—Chester piensa que el jefe lo haría por otros quinientos dólares.

—No me gusta la idea de publicar un mensaje en idioma corriente, Jack. Probablemente Lecter no volvería a tener más noticias de él.

—Lo sé, pero siento cierto resquemor al permitir que se publique el mensaje de Lecter sin conocer su significado —respondió Crawford—. ¿Qué puede decirle Lecter que él no sepa todavía? Si descubrió que tenemos una impresión parcial de su pulgar y que sus huellas dactiloscópicas no están en ningún archivo de ninguna parte, podría cortarse el pulgar y quitarse los dientes y con una estentórea carcajada exhibir sus encías desnudas en el tribunal.

—La impresión del pulgar no figuraba en el resumen que leyó Lecter. Será mejor que dejemos que se publique su mensaje. Por lo menos alentará al Hada de los Dientes para comunicarse otra vez con él.

—¿Qué pasa si lo alienta a hacer alguna otra cosa además de escribir?

—Nos sentiremos mal durante mucho tiempo —contestó Graham—. Tenemos que hacerlo.

Quince minutos más tarde, en Chicago, las enormes linotipias del *Tattler* comenzaron a girar, aumentando paulatinamente de velocidad, hasta que su estrépito levantó una nube de polvo en el cuarto de máquinas. El agente del FBI que esperaba en ese ambiente impregnado de olor a tinta y papel recién impreso, agarró uno de los primeros ejemplares.

Los títulos incluían: «¡Trasplante de una Cabeza!». «¡Astrónomos avistan a

Dios!».

Después de verificar que el aviso personal de Lecter estaba debidamente insertado, el agente introdujo el periódico en un sobre expreso rumbo a Washington. Años más tarde volvería a ver ese periódico y recordaría el borrón de su pulgar en la primera página, cuando llevara a sus niños al FBI a ver la exhibición de documentos especiales.

15

Crawford se despertó de un sueño profundo una hora antes de que amaneciera. Vio el cuarto oscuro y sintió el amplio trasero de su esposa cómodamente apoyado contra sus riñones. No supo por qué se había despertado hasta que el teléfono sonó por segunda vez. Lo encontró sin dificultad.

—Jack, soy Lloyd Bowman. Resolví la clave. Es preciso que sepa ahora mismo lo que dice.

—Muy bien, Lloyd —Crawford buscó con los pies sus pantuflas.

—Dice: *Domicilio Graham Marathon, Florida. Sálvese. Mátelos a todos.*

—Maldición. Tengo que ir.

—Lo sé.

Crawford se dirigió a su escritorio sin detenerse a buscar su bata. Llamó dos veces a Florida, una al aeropuerto y luego a Graham, a su hotel.

—Will, Bowman acaba de descifrar la clave.

—¿Qué dice?

—Te lo diré enseguida. Pero ahora escúchame. Todo está bien. Me he encargado de ello, por lo tanto no cuelgues cuando te lo diga.

—Dímelo ya mismo.

—Es tu dirección. Lecter le dio a ese degenerado tu dirección. Espera, Will. Dos coches de la policía están ya camino de Sugarloaf. La lancha de la Aduana de Marathon se dirige hacia allí. El Hada de los Dientes no ha tenido tiempo todavía de hacer nada. Espera, no cortes. Puedes moverte más rápido si yo te ayudo. Escucha lo que voy a decirte.

»Los agentes no van a asustar a Molly. Los automóviles cerrarán el camino que lleva a la casa. Dos hombres se acercarán lo suficiente como para poder vigilarla. Puedes decírselo cuando se despierte. Te pasaré a buscar dentro de media hora.

—Ya me habré ido.

—El próximo avión hacia allí no sale hasta las ocho. Más rápido será hacerlos venir aquí. La casa de mi hermano en Chesapeake está disponible. Tengo un buen plan, Will, espera a que te lo cuente. Si no te gusta, yo mismo te llevaré al avión.

—Necesito algunas cosas del arsenal.

—Las buscaremos cuando pase por ti.

Molly y Willy estaban entre los primeros que bajaron del avión en el aeropuerto Nacional de Washington. Ella divisó a Graham entre el gentío, no sonrió, pero se dio vuelta hacia Willy y le dijo algo mientras caminaban rápidamente adelantándose a la oleada de turistas que volvían de Florida.

Lo miró de arriba abajo, se acercó y le dio un rápido beso. Sus dedos bronceados y fríos le tocaron su mejilla.

Graham sintió que el niño lo observaba. Willy le estrechó la mano sin acercarse.

Graham bromeó respecto al peso de la valija de Molly mientras caminaban rumbo al automóvil.

—Yo la llevaré —anunció Willy.

Un Chevrolet marrón con patente de Maryland se ubicó detrás de ellos cuando salieron de la playa de estacionamiento.

Graham cruzó el puente en Arlington y les señaló los monumentos conmemorativos de Lincoln y Jefferson y el de George Washington antes de tomar rumbo al este en dirección a la bahía Chesapeake. Después de haber recorrido veinticinco kilómetros desde Washington, el Chevrolet marrón se les puso a la par por el carril interno. El conductor miró hacia ellos cubriéndose la boca con la mano y una voz extraña resonó en el interior del automóvil.

—Fox Edward, no hay moros en la costa. Buen viaje.

Graham buscó el micrófono oculto bajo el tablero.

—Entendido, Bobby. Muchas gracias.

El Chevrolet quedó nuevamente atrás y se encendieron sus luces de giro.

—Sólo para estar seguro de que ningún periodista o lo que sea nos seguía —aclaró Graham.

—Comprendo —respondió Molly.

Ya entrada la tarde se detuvieron en un restaurante junto al camino y

comieron cangrejos. Willy fue a inspeccionar la pileta de las langostas.

—Lo siento, Molly, no me gusta nada —dijo Graham.

—¿Es a ti a quien busca ahora?

—No tenemos motivos para pensarlo. Lecter se lo sugirió. Lo instó a hacerlo.

—Es una sensación opresiva, desagradable.

—Lo sé. Tú y Willy estaréis seguros en casa del hermano de Crawford. Nadie, a excepción de Crawford y yo, sabe que están allí.

—Preferiría no hablar de Crawford.

—Verás que lindo lugar es.

Molly inspiró hondo y cuando soltó el aire toda su furia salió con él, quedando descansada y tranquila. Lo miró con una sonrisa aviesa.

—Caray, qué rabieta me dio allí. ¿Tendremos que convivir con algún Crawford?

—No —corrió la caja de las galletitas para tomarle la mano—. ¿Qué es lo que sabe Willy?

—Bastante. La mamá de su amigo Tommy tenía en su casa un pasquín que trajo del supermercado. Tommy se lo mostró a Willy. Había un gran artículo sobre ti, aparentemente bastante tergiversado. Sobre Hobbs, el lugar donde estuviste después, Lecter, todo. Lo perturbó. Le pregunté si quería que conversáramos sobre eso. Pero se limitó a preguntarme si yo lo sabía desde antes. Le contesté que sí, que tú y yo habíamos conversado sobre eso una vez, que me habías contado todo antes de casarnos. Le pregunté si quería que yo se lo contara, como fue de veras. Me dijo que te lo preguntaría directamente a ti.

—Me alegro. Bien por él. ¿Qué era, el *Tattler*?

—No sé, creo que sí.

—Muchas gracias, Freddy.

Una ola de furia por Freddy Lounds lo hizo levantarse de su asiento. Se lavó la cara con agua fría en el baño.

Sarah estaba diciéndole buenas noches a Crawford en la oficina cuando sonó el teléfono. Dejó la cartera y el paraguas para contestarlo.

—Oficina del agente especial Crawford. No, el señor Graham no está en la oficina, pero permítame. Espere, será un placer. Sí, estará aquí mañana por la tarde, pero permítame.

El tono de su voz hizo que Crawford se acercara a su escritorio.

Sarah sujetaba el receptor como si hubiera muerto en su mano.

—Preguntó por Will y dijo que tal vez llamara mañana por la tarde. Traté de retenerlo.

—¿Quién era?

—Me dijo «Dígale simplemente a Graham que era el Peregrino». Así es como el doctor Lecter llamó…

—Al Hada de los Dientes —señaló Crawford.

Graham fue al mercado mientras Molly y Willy vaciaban sus valijas. Compró melones y moras maduras. Estacionó el automóvil en la vereda de enfrente de la casa y se quedó sentado durante unos minutos sujetando la dirección. Tenía vergüenza de que por culpa de él Molly hubiera tenido que abandonar la casa que amaba y tuviera que instalarse en una ajena.

Crawford había hecho lo más que podía. Esa casa no era uno de esos refugios federales en los que los brazos de los sillones estaban desteñidos por la transpiración de las manos. Era un chalet simpático, recién pintado, con flores junto a la escalera de entrada. Era el producto de manos cuidadosas y un espíritu ordenado. El jardín de atrás descendía hacia la bahía de Chesapeake y había un bote inflable.

La luz azul verdosa de la televisión se veía a través de las cortinas. Graham sabía que Molly y Willy estaban mirando un partido de béisbol.

El padre de Willy había sido jugador de béisbol, y muy bueno. Él y Molly se conocieron en el ómnibus del colegio y se casaron antes de terminar los estudios.

Hicieron una gira por Florida con un equipo mientras estaba contratado por el de los Cardinals. Llevaron a Willy con ellos y lo pasaron maravillosamente bien. El equipo de los Cardinals le dio la oportunidad de formar parte de la primera división y sus dos primeros partidos confirmaron la confianza depositada en él. Pero después empezó a tener dificultades para tragar. El cirujano trató de extirparle todo, pero hizo una metástasis y eso lo liquidó. Murió al cabo de cinco meses, cuando Willy tenía seis meses.

Willy seguía mirando los partidos de béisbol siempre que podía. Molly los veía cuando estaba perturbada.

Graham no tenía llave. Golpeó a la puerta.

—Yo abriré —dijo Willy.

—Espera —Molly espió por las cortinas—. Está bien.

Willy abrió la puerta. Tenía en su mano y apretado contra la pierna, un pesado garrote.

La vista de ese objeto impresionó penosamente a Graham. El chico debía de haberlo traído en su valija.

Molly agarró la bolsa del mercado.

—¿Quieres un poco de café? Hay gin, pero no es la marca que te gusta.

Cuando se fue a la cocina, Willy le propuso a Graham salir afuera.

Desde el porche de atrás podían ver las luces de posición de las embarcaciones ancladas en la bahía.

—Will, ¿hay algo que debo saber para cuidar bien a mamá?

—Ambos están seguros aquí, Willy. ¿Recuerdas el automóvil que nos siguió desde el aeropuerto para comprobar que nadie sabía adónde íbamos? Nadie puede averiguar dónde estáis tú y tu madre.

—Ese maniático quiere matarte, ¿verdad?

—No lo sabemos. Pero no me sentía tranquilo al enterarme de que él sabía dónde estaba mi casa.

—¿Vas a matarlo?

Graham cerró duramente un instante los ojos.

—No. Mi trabajo consiste en encontrarlo. Luego lo confinarán en un hospital de insanos para poder asistirlo y evitar que lastime a más personas.

—La madre de Tommy tenía un diario, Will. Ahí decía que tú habías matado a un tipo en Minnesota y que estuviste en una clínica de locos. Yo no lo sabía. ¿Es verdad?

—Sí.

—Empecé a preguntárselo a mamá, pero preferí preguntártelo a ti.

—Me gusta que me lo hayas preguntado directamente a mí. No era solamente un hospital para locos; tratan a toda clase de enfermos —la distinción parecía importante—. Yo estaba en el ala de psiquiatría. ¿Te molesta saber que estuve allí porque estoy casado con tu madre?

—Le dije a mi padre que cuidaría de ella. Y lo haré.

Graham sintió que tenía que contarle lo suficiente a Willy.

Pero no quería decirle demasiado.

Las luces de la cocina estaban apagadas. Pudo ver la borrosa silueta de Molly detrás de la puerta de alambre tejido y sintió el peso de su opinión. Al hablar de todo eso con Willy se estaba jugando el corazón de Molly.

Era evidente que Willy no sabía qué otra cosa debía preguntarle. Graham lo hizo por él.

—El hospital fue después del asunto de Hobbs.

—¿Le disparaste?

—Sí.

—¿Cómo ocurrió?

—Para empezar, Garret Hobbs estaba loco. Atacaba a chicas del colegio y las mataba.

—¿Cómo?

—Con un cuchillo; finalmente, encontré una pequeña esquirla de metal en la ropa de una de las chicas. Era una viruta como las que quedan al recortar un caño. ¿Recuerdas cuando arreglamos la ducha de afuera?

»Yo estaba examinando a una cantidad de fontaneros y otras personas. Me llevó mucho tiempo. Hobbs había dejado una carta renunciando a su trabajo en una compañía constructora a la que estaba inspeccionando. La vi y me pareció rara. No trabajaba en ninguna parte y tuve que buscarlo en su casa.

»Estaba subiendo la escalera del departamento de Hobbs. Me acompañaba un policía uniformado. Hobbs debió habernos visto llegar. Estaba a mitad de camino cuando empujó a su esposa por la puerta y cayó rodando muerta por las escaleras.

—¿La había matado?

—En efecto. Entonces le pedí al oficial que me acompañaba que llamara a SWAT para pedir ayuda. Pero en ese momento oí a unos chicos adentro del departamento y enseguida unos gritos. Quise esperar, pero no pude.

—¿Entraste al departamento?

—Sí. Hobbs había agarrado a su hija por detrás y tenía un cuchillo. La estaba apuñalando. Y entonces le disparé.

—¿La chica murió?

—No.

—¿Se curó?

—Después de un tiempo. Ahora está perfectamente bien.

Willy digirió lentamente y en silencio todo eso. Se oía el débil sonido de música proveniente de un barco anclado.

Graham podía obviar ciertos detalles en beneficio de Willy, pero no le fue posible evitar revivirlos otra vez.

Omitió contarle que la señora Hobbs, apuñalada numerosas veces, se

aferraba a él en el rellano de la escalera. Que al comprobar que había muerto y al escuchar los gritos que provenían del departamento, se libró de esos dedos ensangrentados y empujando con su hombro abrió la puerta. Que Hobbs sujetaba a su propia hija y que con el cuchillo le tajeaba el cuello, y cómo ella se defendía con la cabeza colgando, mientras la 38 lo perforaba sin que se desplomara ni dejara de tajearla. Que Hobbs estaba sentado en el piso llorando y su hija gemía. Que al sostenerla comprobó que Hobbs le había seccionado la tráquea pero no las arterias. Que la muchacha lo miraba con enormes ojos vidriosos y luego miraba a su padre sentado en el piso, que lagrimeaba y decía «¿Ven? ¿Ven?» hasta caer muerto. Ahí fue cuando Graham perdió la fe en las 38.

—Willy, ese asunto de Hobbs me preocupó mucho. ¿Sabes? Lo conservaba en mi mente y lo repasaba una y otra vez. Llegó un momento en que no podía pensar en otra cosa. Tenía la idea de que debía haber existido otra forma en que hubiera podido manejarlo mejor. Y luego no sentía ya nada más. No podía comer y dejé de hablar con todos. Tuve una gran depresión. Entonces un médico me pidió que me internara en el hospital y le hice caso.

»Al cabo de un tiempo conseguí poner cierta distancia entre los hechos y yo. La muchacha que fue herida en el departamento de Hobbs vino a verme. Estaba muy bien y conversamos mucho.

»Finalmente lo hice a un lado y volví a mi trabajo.

—¿Es tan espantoso matar a alguien aun si uno tiene que hacerlo?

—Willy, no hay nada peor en el mundo entero.

—Oye, voy un momento a la cocina. ¿Quieres tomar algo, una Coca? —A Willy le gustaba llevarle cosas a Graham, pero siempre lo hacía aparecer como si fuera accesorio a algo más que de todas formas iba a hacer. Nunca lo hacía aparecer como un favor especial o algo por el estilo.

—Por supuesto, una Coca.

—Mamá debería salir y mirar estas luces.

Más tarde, ya de noche, Molly y Graham estaban sentados en la hamaca del porche de atrás. Caía una fina lluvia y las luces de los barcos formaban unos halos punteados en la bruma. La brisa que provenía de la bahía les hizo poner carne de gallina en los brazos.

—Esto puede durar bastante, ¿no es así? —preguntó Molly.

—Espero que no, pero es posible.

—Will, Evelyn dijo que podía encargarse de la tienda durante esta semana y cuatro días de la próxima. Pero tengo que volver a Marathon, por lo menos por uno o dos días para estar allí cuando lleguen mis compradores. Podría quedarme en casa de Evelyn y Sam. Tengo que ir yo misma a Atlanta para abastecerme para septiembre.

—¿Evelyn sabe dónde estás?

—Le dije Washington, nada más.

—Bien.

—Qué difícil es tener algo, ¿verdad? Difícil conseguirlo, complicado conservarlo. Este es un planeta terriblemente resbaloso.

—Resbaloso como el infierno.

—Volveremos a Sugarloaf, ¿verdad?

—Volveremos.

—No te apures ni arriesgues demasiado. ¿No lo harás, verdad?

—No.

—¿Vas a regresar temprano?

Había hablado por teléfono con Crawford durante media hora.

—Un poco antes de almorzar. Hay algo que tenemos que solucionar mañana, si piensas volver a Marathon. Willy podría pescar lo que pasa.

—Tuvo que preguntarte por el otro.

—Lo sé y no lo culpo.

—Maldito sea ese periodista. ¿Cómo se llama?

—Lounds. Freddy Lounds.

—Pienso que tal vez lo odias. Y desearía no haber sacado el tema. Vamos a acostarnos y te haré un buen masaje en la espalda.

El resentimiento le produjo un ligero escozor a Graham. Se había justificado ante un niño de once años. El chico dijo que no había nada malo en haber estado encerrado en un loquero. Ahora ella le iba a masajear la espalda.

—Vamos a la cama, no hay problemas con Willy.

«Cuando te sientes tenso, mantén la boca cerrada si puedes».

—Te dejaré solo si quieres pensar un rato —dijo ella.

Él no quería pensar. De ningún modo.

—Masajéame la espalda y yo te masajearé el pecho —contestó.

—Adelante, compañero.

Vientos de altura barrieron la fina llovizna más allá de la bahía y a las nueve de la mañana una nube de vapor se levantaba del suelo. Los distantes blancos del campo de tiro dependiente del sheriff local parecían vacilar en esa trémula atmósfera.

El jefe del campo de tiro observó con sus prismáticos hasta tener la seguridad de que el hombre y la mujer que estaban en el extremo más alejado de la línea de tiro cumplían con las reglas de seguridad.

La credencial del Departamento de Justicia que exhibió el hombre cuando pidió permiso para usar el campo de tiro decía «Investigador». Eso podría ser cualquier cosa. El jefe no veía con buenos ojos que personas que no fueran instructores calificados de tiro enseñaran a otra el manejo de una pistola.

No obstante, tuvo que reconocer que el agente federal sabía lo que estaba haciendo.

Utilizaban solamente un revólver de calibre 22, pero le estaba enseñando a la mujer a disparar en combate desde la posición Weaver, con el pie izquierdo ligeramente adelantado y las dos manos sujetando fuertemente el revólver con tensión isométrica en los brazos. Ella disparaba a la silueta ubicada a seis metros y medio de distancia. Una y otra vez sacó el arma del bolsillo exterior de la cartera que colgaba de su hombro. Se repitió hasta que el jefe de tiro se aburrió de mirarlos.

Una modificación del sonido de los disparos lo hizo recurrir nuevamente a los prismáticos. Se habían colocado protectores para los oídos y estaban trabajando con un arma corta y pesada. El jefe reconoció el estampido de los proyectiles livianos.

Pudo ver la pistola que esgrimía en sus manos y le interesó. Caminó junto a la línea de tiro y se detuvo unos pocos metros detrás de ellos. Quería examinar la pistola, pero ése no era el momento indicado para interrumpir. Le echó una buena mirada mientras la mujer la vaciaba de las cápsulas servidas y colocaba otras cinco de un cargador especial.

Extraña arma para un agente federal. Era un Bulldog 44 Special, corto y feo, con una enorme boca. Había sido muy modificado por Mag Na Port. El cañón estaba ventilado cerca de la boca para que no se levantara con el retroceso, el percutor estaba reforzado y tenía un par de sólidas agarraderas. Sospechaba que estaba preparado especialmente para ese tipo de cargador. Una pistola increíblemente maligna cuando estuviera cargada con lo que tenía preparado el agente federal. Se preguntaba cómo lo soportaría esa mujer.

Los proyectiles alineados en la tarima junto a ellos ofrecían una interesante progresión. El primer lugar lo ocupaba una caja de munición liviana. Le seguía la utilizada normalmente por la policía y por último había algo de lo que el instructor había oído hablar mucho pero que rara vez había visto.

Una hilera de Proyectiles de Seguridad Glaser. Los extremos parecían sacapuntas para lápices. Detrás de cada punta había una cápsula de cobre que contenía munición número doce en una suspensión de teflón líquido.

Ese liviano proyectil había sido diseñado para volar a una velocidad tremenda, incrustarse en el blanco y soltar su carga. Sus consecuencias en la carne eran devastadoras. El instructor recordaba inclusive las cifras. Hasta el momento, noventa Glaser se habían disparado contra personas. Los noventa quedaron anulados inmediatamente con ese solo disparo. Ochenta y nueve de ellos murieron enseguida. Un hombre sobrevivió, para asombro de los médicos. Los Glaser tenían además una ventaja en lo relativo a seguridad: no producían rebotes, y no atravesarían ninguna pared, matando al que estuviera en el otro cuarto.

El hombre se mostraba muy atento hacia ella, alentándola, pero parecía triste por algo.

La mujer había agotado ya los proyectiles utilizados por la policía y el instructor se alegró al comprobar que controlaba bien el retroceso, mantenía los dos ojos abiertos y no vacilaba. Es verdad también que demoró casi cuatro segundos en sacar el primer cargador de su cartera, pero tres habían hecho blanco en el círculo marcado con una X. No tan malo para una principiante. Tenía habilidad.

Hacía un rato que estaba nuevamente en la torre cuando oyó el terrible estrépito de los Glaser.

La mujer disparaba toda la carga. No era una práctica común y corriente.

El instructor pensó qué demonios verían en la silueta para que fueran necesarios cinco Glasers para matarlo.

Graham se dirigió a la torre para devolver los protectores de oídos, dejando a su alumna sentada en un banco, con la cabeza gacha y los codos apoyados sobre las rodillas.

El instructor pensó que debería estar contento con ella y así se lo dijo. Había recorrido un largo camino en un solo día. Graham se lo agradeció algo abstraído. Su expresión intrigó al instructor. Parecía un hombre que hubiera sufrido una pérdida irreparable.

16

El «señor Peregrino» le había dicho a Sarah que podría llamar tal vez durante la tarde del día siguiente. Una serie de arreglos se llevaron a cabo en el cuartel general del FBI para recibir la llamada.

¿Quién era el señor Peregrino? No era por cierto Lecter, Crawford lo había constatado. ¿Sería el señor Peregrino el Hada de los Dientes? Tal vez, pensaba Crawford.

Los escritorios y teléfonos de su oficina habían sido trasladados durante la noche a un cuarto más grande del otro lado del hall.

Graham estaba parado junto a la puerta entreabierta de una cabina a prueba de ruidos. Detrás de él, dentro de la cabina, estaba el teléfono de Crawford. Sarah lo había limpiado con Windex. Sobre el escritorio de Sarah y una mesa auxiliar estaban desparramados el espectrógrafo para imprimir la voz, los grabadores y el evaluador de acento tónico y como Beverly Katz se había posesionado además de su silla, Sarah necesitaba hacer algo.

El gran reloj de la pared indicaba las 11.50.

El doctor Alan Bloom y Crawford estaban parados junto a Graham. Habían adoptado una misma posición, apoyados sobre una cadera, con las manos en los bolsillos.

Un técnico sentado frente a Beverly Katz hizo tamborilear los dedos sobre el escritorio hasta que una mirada de Crawford lo detuvo.

Sobre el escritorio de Crawford estaban instalados dos teléfonos nuevos, una línea abierta al centro de conmutadores electrónicos del Bell System (ESS) y una línea directa con la sección Comunicaciones del FBI.

—¿Cuánto tiempo precisa para localizar una llamada? —preguntó el doctor Bloom.

—Con el nuevo conmutador se hace mucho más rápido de lo que piensa la mayoría de la gente —respondió Crawford—. Un minuto, tal vez, si procede de un conmutador totalmente electrónico. Más si es de un lugar en donde tienen que aislar todas las paredes.

Crawford alzó la voz dirigiéndose a los que estaban en el cuarto.

—Si es que llega a llamar, será breve, de modo que debemos hacerlo a la perfección. ¿Quieres que lo repasemos otra vez, Will?

—Por supuesto. Cuando lleguemos al punto en que yo hablo, quisiera hacerle un par de preguntas, doctor.

Bloom había llegado después que los otros. Tenía que pronunciar una conferencia más tarde en la sección Comportamiento Científico, la academia del FBI en Quantico. Bloom sintió el olor a pólvora en la ropa de Graham.

—De acuerdo —dijo Graham—. Suena el teléfono. El circuito se completa inmediatamente y en el ESS comienza la localización, pero el generador de tono prosigue repitiendo el ruido de llamada y por lo tanto no sabe que hemos contestado. Eso nos da veinte segundos de ventaja —señaló al técnico—. Generador de tono a off al final de la cuarta llamada ¿entendido?

El técnico asintió.

—Final de la cuarta llamada.

—Bien, Beverly contesta. Su voz es diferente de la que él oyó ayer. No registra reconocimiento. Beverly parece aburrida. El hombre pregunta por mí. Bev dice: «Tendré que buscarlo. ¿Puede esperar un momento?». ¿Lista para eso, Bev? —Graham pensó que sería mejor no ensayar las contestaciones. La rutina les quitaría espontaneidad.

—Muy bien, la línea está abierta para nosotros, cerrada para él. Creo que esperará más tiempo del que hablará.

—¿Seguro que no quiere que conectemos el tono de espera? —preguntó el técnico.

—Por Dios, no.

—Lo mantenemos esperando veinte segundos y entonces Beverly interviene nuevamente para decirle: «El señor Graham viene enseguida; ya le comunico con él». Yo me pongo al habla.

Graham se dio la vuelta hacia el doctor Bloom.

—¿Cómo lo encararía, doctor?

—Él esperaría que usted se mostrara escéptico respecto de que fuera realmente el Hada de los Dientes. Yo sugeriría un escepticismo cortés. Yo haría

una marcada diferenciación entre los que llaman haciéndose pasar por él y la importancia de una llamada del auténtico personaje. Los falsos son fáciles de reconocer porque no tienen la capacidad de comprender lo que ha ocurrido, ese tipo de cosas.

»Hágale decir algo que pruebe quién es —el doctor Bloom fijó la vista en el piso y se refregó la nuca.

»Usted no sabe lo que él quiere. Tal vez busque comprensión, quizá lo considera a usted un adversario y quiere gozar con su sufrimiento. Ya lo veremos. Trate de descubrir de qué humor está y bríndele lo que desea, una cosa por vez. Me cuidaría mucho de pedirle que recurriera a nosotros para ayudarlo, a no ser que usted sienta que es lo que desea.

»Se dará cuenta rápidamente si se trata de un paranoico. En ese caso me valdría de sus sospechas o rencores. Déjelo que los ventile. Si engrana con eso tal vez no se dé cuenta del tiempo que habla. Eso es todo lo que puedo decirle —Bloom apoyó su mano sobre el hombro de Graham y agregó pausadamente—: Escuche, esta no es una arenga ni nada por el estilo; usted puede adelantársele, haga lo que le parezca correcto.

Esperar media hora de silencio fue más que suficiente.

—Así llame o no, tenemos que decidir qué haremos después —dijo Crawford—. ¿Quieren que probemos la casilla de correo?

—No veo nada mejor —dijo Graham.

—Eso nos proporcionaría dos celadas; tu casa de los cayos rodeada de policías y la casilla de correo.

El teléfono sonaba.

Conectaron el generador de tono. La localización comenzó en ESS. Cuatro llamadas. El técnico accionó la palanca del conmutador y Beverly contestó. Sarah escuchaba.

—Oficina del Agente Especial Crawford.

Sarah meneó negativamente la cabeza. Conocía al que llamaba, era un camarada de Crawford de la sección Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, Beverly se libró de él rápidamente y detuvo la localización de la llamada. Todos los del FBI sabían que no debía ocuparse esa línea.

Crawford repasó una vez más los detalles de la casilla de correo. Estaban aburridos y tensos al mismo tiempo. Lloyd Bowman se presentó para mostrarles cómo los números de las supuestas citas bíblicas de Lecter coincidían con la

página 100 del ejemplar en rústica de *La Alegría de Cocinar*. Sarah sirvió café en tazas de papel.

El teléfono sonaba.

Generador de tono conectado y comenzó la localización en el ESS. Cuatro llamadas. El técnico pulsó la palanca. Beverly contestó.

—Oficina del Agente Especial Crawford.

Sarah movía afirmativamente la cabeza. Con gran energía.

Graham entró a la casilla y cerró la puerta. Podía ver los labios de Beverly que se movían. Articuló «Un momento» y miró la aguja del segundero del reloj de pared.

Graham vio su cara en el reluciente aparato. Dos caras borroneadas en el auricular y en la bocina. Sintió en su camisa el olor a pólvora del campo de tiro. «No cuelgues. Por el amor de Dios, no cuelgues». Habían transcurrido cuarenta segundos. «Déjalo sonar. Una vez más». Cuarenta y cinco segundos. «Ahora».

—Will Graham. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Una risa ahogada. Una voz velada dijo:

—Vaya si puede.

—¿Puedo saber quién habla, por favor?

—¿No se lo dijo su secretaria?

—No, pero me sacó de una reunión, señor y…

—Si me dice que no piensa hablar con el Peregrino colgaré inmediatamente. ¿Sí o no?

—Señor Peregrino, no tengo ningún inconveniente en hablar con usted si tiene algún problema que pueda solucionarle.

—Creo que el problema lo tiene usted, señor Graham.

—Lo siento pero no comprendo.

La aguja del segundero se acercaba al minuto.

—Usted ha estado muy atareado, ¿verdad?

—Demasiado atareado para seguir conversando a menos que diga qué es lo que quiere.

—Yo quiero lo mismo que usted. Atlanta y Birmingham.

—¿Sabe algo al respecto?

Leve risita.

—¿Si sé algo al respecto? ¿Está interesado usted en el señor Peregrino, sí o no? Colgaré si miente.

Graham podía ver a Crawford a través de la puerta de vidrio. Sujetaba un

auricular en cada mano.

—Sí. Pero ¿sabe usted?, recibo numerosas llamadas y la mayoría son de personas que dicen tener información.

—Un minuto.

Crawford dejó un auricular y escribió algo en una hoja de papel.

—Le sorprendería enterarse de la cantidad de pretendientes que hay —respondió Graham—. Al cabo de unos minutos de conversación se advierte que no tienen la capacidad necesaria para comprender lo que está ocurriendo. ¿Usted sí?

Sarah acercó una hoja de papel al vidrio para que Graham pudiera verla. Decía: «Teléfono público de Chicago. Policía se dirige allí».

—Le propongo algo, usted me dice un dato que tiene sobre el señor Peregrino y tal vez yo le conteste si está o no en lo cierto —manifestó la voz velada.

—Aclaremos de quién estamos hablando —insistió Graham.

—Estamos hablando del señor Peregrino.

—¿Y cómo sé yo que el señor Peregrino ha hecho algo que pueda interesarme? ¿Es realmente así?

—Digamos que sí.

—¿Es usted el señor Peregrino?

—No creo que se lo diga.

—¿Es usted su amigo?

—Más o menos.

—Pues entonces demuéstremelo. Dígame algo que me indique si lo conoce bien.

—Usted primero. Dígame lo suyo —una risita nerviosa—. A la primera equivocación cuelgo.

—Muy bien, el señor Peregrino es diestro.

—Eso no vale. La mayoría de las personas son diestras.

—El señor Peregrino es un incomprendido.

—Nada de trivialidades, por favor.

—El señor Peregrino es muy fuerte físicamente.

—Sí, podría serlo.

Graham miró el reloj. Un minuto y medio. Crawford asintió con la cabeza alentándolo. «No le digas nada que él pueda cambiar».

—El señor Peregrino es blanco y mide alrededor de un metro ochenta y

cinco. Usted no me ha dicho nada, ¿sabe? No estoy seguro de que ni siquiera lo conozca.

—¿Quiere dar por terminada la conversación?

—No, pero usted propuso un intercambio de información. Estaba cumpliendo sus condiciones.

—¿Piensa usted que el señor Peregrino está loco?

Bloom meneaba negativamente la cabeza.

—No creo que nadie que sea tan cuidadoso como él pueda estar loco. Creo que es diferente. Pienso que muchas personas creen que está loco y la razón de eso es que no le ha permitido a la gente llegar a conocerlo realmente.

—Describa exactamente lo que le hizo a la señora Leeds y tal vez entonces le diga si está o no en lo cierto.

—No quiero hacerlo.

—Adiós.

El corazón de Graham dio un salto, pero podía oír todavía el ruido de la respiración en el otro extremo de la línea.

—No puedo entrar en detalles hasta saber…

Graham oyó el ruido de la puerta de la cabina telefónica de Chicago al abrirse violentamente y el clanc del auricular al caer. Débiles voces y golpes se escuchaban por el aparato colgando del cable. Todos los que estaban en la oficina lo oyeron por el parlante.

—No se mueva. No se le ocurra ni pestañear. Ahora junte sus dedos detrás de la cabeza y salga lentamente de la cabina. Lentamente. Las manos sobre el vidrio y separe los brazos.

Una oleada de alivio inundó a Graham.

—No estoy armado, Stam. Encontrará el documento de identidad en el bolsillo de la chaqueta. Me hace cosquillas.

Una voz sonora y confusa se oyó en el teléfono.

—¿Con quién hablo?

—Will Graham, FBI.

—Soy el sargento Stanley Riddle, del departamento de policía de Chicago —algo molesto ahora—: ¿Puede decirme qué demonios pasa?

—Dígamelo usted. ¿Tiene un hombre detenido?

—Por supuesto. Freddy Lounds, el periodista. Hace diez años que lo conozco. Aquí tiene su agenda, Freddy. ¿Va a levantar cargos contra él?

Graham se puso pálido. Crawford parecía un tomate. El doctor Bloom

contemplaba cómo giraban las cintas del grabador.

—¿Puede oírme?

—Sí, levantaré cargos —la voz de Graham era ahogada—. Obstrucción de la justicia. Lléveselo por favor, y déjelo hasta que lo vea el fiscal federal.

De repente Lounds apareció en el otro extremo de la línea. Hablaba rápida y claramente luego de haberse quitado los algodones de las mejillas.

—Will, escuche.

—Dígaselo al fiscal federal. Pásele el teléfono al sargento Riddle.

—Yo sé algo.

«Pásele de una vez ese maldito teléfono a Riddle». La voz de Crawford intervino en la línea.

—Déjame hablar, Will.

Graham colgó el auricular con un golpe que hizo saltar a todos los que estaban dentro del alcance del parlante. Salió de la cabina y abandonó el cuarto sin mirar a nadie.

—Lounds, qué buen lío ha armado —dijo Crawford.

—¿Quieren o no atraparlo? Yo puedo ayudarles. Déjeme hablar un minuto —Lounds aprovechó el silencio de Crawford—. Escuche, usted acaba de demostrarme cuánto necesitan al *Tattler*. Antes no estaba tan seguro, pero ahora sí. Ese aviso forma parte del caso del Hada de los Dientes, porque de lo contrario no se habrían tomado tanto trabajo para localizar esta llamada. Fantástico. Aquí está el *Tattler* para servirles. Para lo que quieran.

—¿Cómo lo averiguó?

—El jefe de la sección avisos vino a verme. Dijo que su oficina de Chicago había enviado a un agente para revisar los avisos. Su candidato eligió cinco cartas de las que solicitaban la publicación de avisos. Dijo que era relativo a «estafa por correo». ¡Estafa! El jefe de la sección avisos hizo fotocopiar las cartas y los sobres antes de entregárselos al agente.

»Yo las revisé. Sabía que había elegido cinco para disimular la que realmente le interesaba. Nos tomó uno o dos días revisarlas. La clave estaba en el sobre. Matasellos de Chesapeake. El número del código postal correspondía al Hospital Estatal de Chesapeake. Yo estuve allí, recuerda, siguiéndole los pasos a su amigo el de los pelos parados. ¿Qué otra cosa podía ser?

»No obstante tenía que estar perfectamente seguro. Por eso llamé, para ver si se precipitaban para hablar con el «señor Peregrino» y así fue.

—Cometió un grave error, Freddy.

—Ustedes precisan el *Tattler* y yo puedo brindarles esa ayuda. Avisos, editoriales, vigilancia de las cartas que se reciben, cualquier cosa. Basta que lo pida. Puedo ser discreto, de veras. Deme una oportunidad, Crawford.

—No hay ninguna oportunidad para usted.

—Bien, entonces no habrá diferencia alguna si a alguien se le ocurre poner seis avisos personales en la próxima edición. Todos dirigidos al «Señor Peregrino» y firmados en la misma forma.

—Conseguiré una orden de detención para usted y que se le inicie proceso por obstrucción de la justicia.

—Y trascenderá en la prensa de todo el país —Lounds sabía que su conversación estaba grabándose. Pero ya no le importaba—. Juro por Dios que lo haré, Crawford. Destrozaré su oportunidad antes de perder la mía.

—Agregue transmisión interestatal de una amenaza a lo que acabo de decir.

—Déjeme ayudarlo, Jack. Le aseguro que puedo hacerlo.

—Vaya de una vez a la comisaría, Freddy. Y comuníqueme nuevamente con el sargento.

El Lincoln Versailles de Freddy Lounds olía a loción para el pelo y para después de afeitarse, también a medias y cigarros, y el sargento de policía se alegró de bajarse del vehículo al llegar a la comisaría.

Lounds conocía al capitán que estaba a cargo y a muchos de los patrulleros. El capitán le ofreció café y llamó a la oficina del fiscal federal para «tratar de solucionar este lío».

Ninguna autoridad federal se presentó para interrogar a Lounds. Al cabo de media hora recibió una llamada de Crawford en el despacho del comisario. Y entonces quedó en libertad. El capitán lo acompañó hasta su automóvil.

Lounds estaba nervioso y condujo veloz y atropelladamente al cruzar el loop en dirección hacia el este, rumbo a su departamento con vista al lago Michigan. Quería obtener varias cosas del asunto y sabía que podría conseguirlas. Una de ellas era dinero, y la mayoría del dinero provendría de una edición especial. Los puestos de venta de periódicos estarían tapizados con esa edición a las treinta y seis horas de la captura. Una historia exclusiva en la prensa diaria sería un golpe periodístico. Tendría la satisfacción de ver en la prensa seria —el *Chicago Tribune*, *Los Angeles Times*, el sacrosanto *Washington Post* y el bienaventurado *New York Times*— su crónica firmada junto con su foto.

Y entonces los corresponsales de esos grandes periódicos, que no se dignaban mirarlo ni compartir un trago con él, se comerían las uñas de envidia.

Lounds se había convertido para ellos en un paria porque había abrazado una fe diferente. Si hubiera sido incompetente, un tonto sin recursos, los veteranos de la gran prensa le habrían perdonado trabajar para el *Tattler*, como se disculpa a un incapacitado. Pero Lounds era bueno. Tenía las cualidades de un buen reportero, inteligencia, coraje y buen ojo. Tenía gran energía y paciencia.

En su contra existía el hecho de ser odioso, por lo tanto detestado por los ejecutivos de los periódicos, y el no tener la habilidad para mantenerse él fuera de sus crónicas.

Lounds experimentaba la imperiosa necesidad de llamar la atención que generalmente se conoce erróneamente bajo el nombre de ego. Era gordito, feo y bajo. Tenía dientes grandes y sus ojos pequeños como los de un ratón poseían un brillo repulsivo.

Trabajó durante diez años con la prensa seria y finalmente advirtió que nadie lo enviaría jamás a la Casa Blanca. Se dio cuenta que los editores lo harían ir de acá para allá, utilizándolo hasta que llegara el momento en que sólo sería un arruinado y viejo borracho, al frente de un escritorio sin movimiento, destinado inevitablemente a una cirrosis o un colchón incendiado.

Querían la información que podía conseguir, pero no querían a Freddy. Le pagaban el sueldo más alto correspondiente al escalafón, lo que no es demasiado cuando se tiene que comprar a las mujeres. Le palmeaban la espalda y le decían que tenía mucho valor y se negaban a reservarle un sitio con su nombre en la playa de estacionamiento.

Una tarde durante el año 1969 mientras escribía en su oficina, Freddy tuvo un momento de inspiración.

Frank Larkin estaba sentado junto a él escribiendo algo que le dictaban por teléfono. El dictado era la muerte lenta para los reporteros viejos en el periódico en que Freddy trabajaba. Frank Larkin tenía cincuenta y cinco años, pero parecía de setenta. Sus ojos estaban entrecerrados y cada media hora iba a su armario para tomar un trago. Freddy podía olerlo desde su silla.

Larkin se levantó y arrastrando sus pies sobre el piso, se acercó a la redactora de noticias y le habló en voz baja. Freddy escuchaba siempre las conversaciones ajenas.

Larkin le pidió a la mujer que le consiguiera un tampón de la máquina del baño de damas. Tenía que usarlos para sus hemorroides.

Freddy dejó de escribir. Sacó la hoja con su crónica de la máquina, puso otra hoja nueva y redactó su renuncia.

Una semana después trabajaba en el *Tattler*.

Comenzó como redactor sobre el cáncer, cobrando el doble de sueldo que ganaba antes. La gerencia quedó impresionada por su trabajo.

El *Tattler* podía darse el lujo de pagarle bien porque el cáncer resultó muy lucrativo para el periódico.

Uno de cada cinco norteamericanos muere de esa enfermedad. Los parientes de los agonizantes, agotados, desalentados, tratando de luchar contra una enfermedad devastadora con caricias y postres y chistes malos, tienen un desesperado afán por cualquier cosa que les brinde esperanzas.

Estudios de mercado revelaron que un audaz título «Nueva Cura para el Cáncer» o «Droga Milagrosa para el Cáncer», aumentaba las ventas del *Tattler* en los supermercados en un 22,3 por ciento. Las ventas caían en un seis por ciento cuando la crónica se publicaba en la primera página debajo del título, ya que el lector tenía tiempo de revisar el texto hueco mientras sumaban su compra.

Expertos en mercado descubrieron que era mejor publicar el gran titular en colores en la primera página y la crónica en las páginas del medio, donde resultaba difícil mantener el periódico abierto y sujetar la cartera y el carrito al mismo tiempo.

La historia corriente se imprimía durante los cinco primeros renglones en tipos número diez, bajaba luego a ocho y después a seis, antes de mencionar que la «droga milagrosa» no se conseguía o que recién comenzaba su aplicación en animales.

Freddy ganaba su vida fabricándolas y esas crónicas incrementaban la venta del *Tattler*.

Además de aumentar el número de lectores, se producían muchas ventas anexas de medallas milagrosas y reliquias que curaban. Los fabricantes de éstas pagaban una prima para que los avisos de esos artículos se colocaran cerca del artículo dedicado al cáncer.

Muchos lectores escribían al periódico en busca de mayor información. Una entrada extra se obtenía vendiendo sus nombres a un «predicador» radial, un sociópata chillón que les escribía en busca de dinero, utilizando sobres impresos con las palabras «alguien que usted ama morirá a no ser que…».

Freddy Lounds era un gran valor para el *Tattler*, y el *Tattler* le vino a él de perlas. Ahora, al cabo de once años de trabajo, ganaba setenta y dos mil dólares

por año. Cubría las noticias que más le gustaban, y gastaba el dinero tratando de pasarlo bien. Vivía en la mejor forma en que sabía hacerlo.

A juzgar por el giro de los acontecimientos, pensaba que podía subir su prima con el suplemento extra, y además interesar a la industria cinematográfica.

Había oído decir que Hollywood era un lugar ideal para personajes desagradables con dinero.

Freddy se sentía bien. Bajó por la rampa al garaje ubicado en el subsuelo del edificio en que vivía y con un chirrido de frenos detuvo su automóvil en el lugar que tenía asignado. Su nombre estaba escrito con letras de treinta centímetros de altura. Señor Frederick Lounds.

Wendy ya había llegado; su Datsun estaba estacionado allí. Bien. Deseaba poder llevarla a Washington con él. Así esos vigilantes se quedarían boquiabiertos. Subió silbando en el ascensor que lo condujo a su piso.

Wendy estaba preparándole la valija. Había vivido haciendo y deshaciendo valijas y era muy eficiente.

Vestida con jeans y una camisa a cuadros, el pelo sujeto en una cola de caballo, podía haber pasado por una chica de una granja si no fuera por su palidez y sus formas. La figura de Wendy era casi una caricatura de la pubertad.

Miró a Lounds con ojos que no habían registrado sorpresa en muchos años. Advirtió que temblaba.

—Estás trabajando demasiado, Roscoe —le gustaba llamarlo Roscoe y por alguna razón a él parecía agradarle—. ¿Qué avión tomas, el de las seis de la tarde? —Le alcanzó un trago y retiró de la cama su vestido con lentejuelas y la caja de la peluca para que pudiera recostarse—. Puedo llevarte al aeropuerto. No tengo que ir al club hasta las seis.

«Wendy City» se llamaba su propio bar *topless* y ya no necesitaba bailar más, Lounds se había hecho cargo de todo.

—Parecías Morocco Mole cuando me llamaste —dijo ella.

—¿Quién?

—Ya sabes, el que sale en televisión los sábados por la mañana, es un personaje realmente misterioso y ayuda a la Ardilla Secreta. Lo vimos cuando estabas enfermo con gripe. Parece que conseguiste algo verdaderamente bueno ¿verdad? Estás muy contento contigo mismo.

—Así es. Me tiré un lance hoy y resultó. ¿Sabes querida? Tengo perspectivas

de dar con un buen filón.

—Tienes tiempo de dormir una siesta antes de partir. Te estás matando.

Lounds encendió un cigarrillo. Ya había dejado otro quemándose en el cenicero.

—¿Sabes una cosa? —insistió ella—. Apuesto a que si terminas esa copa y me cuentas todo vas a poder dormir.

La cara de Lounds, como un puño apretado contra su cuello, se aflojó por fin; recuperó movimiento tan súbitamente como un puño al volver a ser una mano. Dejó de temblar. Le contó todo a Wendy, susurrando sobre la prominente curva de sus pechos exageradamente aumentados, mientras ella le dibujaba ochos con un dedo sobre la nuca.

—Qué vivo estuviste, Roscoe —dijo ella—. Duérmete ahora. Te despertaré a tiempo para tu avión. Todo va a andar bien. Y luego nos divertiremos de lo lindo.

Enumeraron los lugares a los que irían. Y él se durmió.

17

El doctor Alan Bloom y Jack Crawford estaban sentados en unas sillas plegables, único mobiliario que quedaba en la oficina de este último.

—El ropero está vacío, doctor.

El doctor Bloom estudió el rostro de facciones simias de Crawford y se preguntó para sus adentros qué más diría. Detrás de las quejas y los Alka-Seltzer de Crawford, el médico percibió una inteligencia fría como una mesa de rayos X.

—¿Adónde fue Will?

—Dará unas vueltas y se tranquilizará —dijo Crawford—. Odia a Lounds.

—¿Creyó usted que perdería a Will después que Lecter publicó la dirección de su casa? ¿Que regresaría con su familia?

—Lo creí por un minuto. Fue un golpe para él.

—Comprensible —señaló el doctor Bloom.

—Pero luego me di cuenta de que no puede volver a su casa, como tampoco pueden volver Molly y Willy, jamás, hasta que desaparezca el Hada de los Dientes.

—¿Conoce a Molly?

—Sí. Es encantadora, me gusta mucho. Por supuesto que nada le llenaría más de gozo que verme en el infierno con el cuerpo roto. Actualmente más vale que no me encuentre con ella.

—¿Ella piensa que usted utiliza a Will?

—Tengo que hablar con él de unas cuantas cosas —dijo Crawford mirando agudamente al doctor Bloom—. Tendremos que repasarlo con usted. ¿Cuándo debe volver a Quantico?

—El jueves por la mañana. Lo postergué… —El doctor Bloom estaba invitado a pronunciar una conferencia en la sección Comportamiento Científico

de la Academia del FBI.

—Graham lo aprecia. No piensa que usted practica ninguna clase de trucos mentales con él —dijo Crawford. Se le había atragantado la observación de Bloom respecto a que utilizaba a Graham.

—No lo hago. Ni trataría de hacerlo —respondió el doctor Bloom—. Soy tan honesto con él como lo sería con un paciente.

—Exacto.

—No; quiero ser su amigo y lo soy. Jack, la observación es parte de mi campo de estudio. Recuerdo, no obstante, que cuando usted me pidió que realizara un estudio de Graham me negué.

—El que quería un estudio sobre él era Petersen, del piso de arriba.

—Usted fue el que lo solicitó. No importa, si hice alguna vez algo con Graham, si alguna vez hubo algo que hubiera podido tener cierto beneficio terapéutico para otros, lo abstraería en una forma en que sería completamente irreconocible. Si alguna vez llegara a hacer un trabajo de estilo académico, sólo sería publicado póstumamente.

—¿Después de usted o de Graham?

El doctor Bloom no respondió.

—Me he dado cuenta de una cosa que despierta mi curiosidad: usted no está nunca solo en un cuarto con Graham ¿verdad? Lo hace delicadamente, pero nunca se queda mano a mano con él. ¿Por qué? ¿Es porque considera que tiene una especial sensibilidad psíquica?

—No. Es un *eideteker*; tiene una extraordinaria memoria visual, pero no creo que tenga esa sensibilidad psíquica. No quiso que Duke le hiciera tests, pero eso no quiere decir nada. Detesta que lo sondeen e investiguen. Y yo también.

—Pero…

—Will quiere pensar en esto estrictamente como un ejercicio intelectual, y de acuerdo con las ajustadas definiciones forenses, es exactamente eso. Es bueno para el trabajo, pero supongo que existirán otras personas igualmente buenas.

—No muchas —respondió Crawford.

—Lo que posee además es pura empatía y proyección —afirmó el doctor Bloom—. Él puede asumir su punto de vista, o el mío y quizás algunos otros que lo asustan y asquean. Es un don molesto, Jack. La percepción es una espada de dos filos.

—¿Por qué no se queda nunca a solas con él?

—Porque siento cierta curiosidad profesional por él y lo advertiría

inmediatamente. Es muy rápido.

—Si lo encuentra observándolo, enseguida cerraría las persianas.

—Una analogía desagradable pero exacta. Ya ha obtenido suficiente venganza, Jack. Vayamos al grano. Y abreviemos. No me siento muy bien.

—Una manifestación psicosomática, probablemente —dijo Crawford.

—En honor a la verdad, se trata de mi vesícula. ¿Qué es lo que quiere?

—Dispongo de un medio para hablar con el Hada de los Dientes.

—El *Tattler* —señaló el doctor Bloom.

—Exacto. ¿Cree usted que exista alguna forma para impulsarlo a una autodestrucción con lo que podamos decirle?

—¿Empujarlo al suicidio?

—El suicidio me vendría de perlas.

—Lo dudo. Eso podría ser posible en ciertos tipos de enfermedades mentales. Pero en este caso lo dudo. No sería tan meticuloso si fuera autodestructivo. No se protegería tan bien. Si fuera el prototipo del esquizofrénico paranoico se podría tal vez influenciarlo para enfurecerlo y hacerse visible. Se podría inclusive conseguir que se lastimara a sí mismo. Pero yo no lo ayudaría a hacerlo. —El suicidio era el enemigo mortal de Bloom.

—No, supongo que no —replicó Crawford—. ¿Podríamos enfurecerlo?

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Con qué objeto?

—Permítame que le pregunte lo siguiente: ¿podríamos hacerlo enojar y centrar su atención en algo?

—Ya la ha fijado en Graham a quien considera ahora como su adversario y usted lo sabe perfectamente bien. No dé vueltas. Ha decidido arriesgar a Graham, ¿verdad?

—Creo que debo hacerlo. De lo contrario tendremos otra masacre el 25. Ayúdeme.

—No sé si se da bien cuenta de lo que está pidiendo.

—Que me aconseje, eso es lo que le pido.

—No me refiero a mí —respondió el doctor Bloom—. Lo que le pide a Graham. No quiero que lo interprete mal, y en circunstancias normales no lo diría, pero creo que debe saberlo: ¿cuál cree usted que es uno de los principales incentivos de Will?

Crawford meneó negativamente la cabeza.

—El miedo, Jack. Este hombre lucha contra un miedo enorme.

—¿Porque lo hirieron?

—No, no es sólo por eso. El miedo es producto de la imaginación, es un castigo, es el precio de la imaginación.

Crawford se quedó mirando sus manos cruzadas sobre el estómago. Se sonrojó violentamente. Era embarazoso hablar de ello.

—Por supuesto. Es lo que no se menciona jamás del lado en que están los grandes personajes ¿no es así? No se preocupe por decirme que tiene miedo. No voy a pensar por eso que es un cobarde. No soy tan tonto, doctor.

—Nunca pensé que lo fuera, Jack.

—No lo enviaría allí si no pudiera protegerlo. Está bien, si no pudiera protegerlo en un ochenta por ciento. Él no es precisamente malo. No será el mejor, pero es muy rápido. ¿Nos ayudará a sacudir al Hada de los Dientes, doctor? Han muerto ya muchas personas.

—Sólo si Graham conoce de antemano la totalidad del riesgo que corre y lo acepta voluntariamente. Tengo que oírselo decir.

—Soy igual que usted, doctor. Nunca lo embromo. Por lo menos no más de lo que nos embromamos mutuamente.

Crawford encontró a Graham en el pequeño cuarto de trabajo del cual se había apropiado, junto al laboratorio de Zeller, llenándolo de fotografías y papeles personales pertenecientes a las víctimas.

Crawford esperó hasta que Graham abandonó la lectura del Boletín del Cumplimiento de la Ley.

—Deja que te ponga al tanto de lo que ocurrirá el 25 —no necesitaba explicarle a Graham que el 25 habría luna llena.

—¿Cuando lo haga otra vez?

—Así es, si es que tenemos algún problema el veinticinco.

—No digas si, sino más bien cuando.

—En ambas oportunidades fue un sábado por la noche. Birmingham, el 28 de junio, día de luna llena, era un sábado por la noche. En Atlanta fue el 26 de julio, un día antes de la luna llena, pero también un sábado por la noche. Esta vez la luna llena es el lunes 25 de agosto. Pero como parece que prefiere el fin de semana, estaremos preparados a partir del viernes.

—¿Preparados? ¿Estaremos preparados?

—Exacto. Tú sabes cómo figura en los libros de texto la forma ideal para investigar un homicidio.

—Jamás vi que se hiciera así —respondió Graham—. Nunca da resultado de esa forma.

—No. Casi nunca. No obstante, sería espléndido poder hacerlo. Enviar a una persona adentro. Una sola. Que recorra todo el lugar. Tiene un micrófono y dicta todo el tiempo. El lugar intacto durante todo el tiempo que le haga falta. Solo él. Sólo tú.

Un largo silencio.

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—A partir del viernes por la noche, día 22, tenemos un Grumman Gulfstream esperando en la base de la Fuerza Aérea de Andrews. Lo pedí prestado al ministerio del Interior. El material básico de laboratorio estará allí. Nosotros estamos a la expectativa; yo, tú, Zeller, Jimmy Price, un fotógrafo y dos personas para hacer los interrogatorios. No bien recibimos la llamada nos ponemos en marcha. Cualquier lugar que sea, al este o al sur, podremos llegar allí en una hora y quince minutos.

—¿Y qué pasará con los locales? Ellos no tienen que cooperar. No esperarán.

—Estamos informando a los jefes de policía y los sheriff de los condados. Uno por uno. Les pedimos que pongan una nota en los escritorios de los oficiales de guardia y operadores de comandos radioeléctricos.

—Pamplinas. Ni sueñes con que van a esperar. No pueden —dijo Graham meneando la cabeza.

—Es lo que les pedimos y no es tanto. Les solicitamos que cuando reciban un parte, los primeros oficiales de la zona entren y echen una mirada. Que el personal médico concurra y se fije bien si queda alguien vivo. Luego se retiran todos. Que bloqueen calles, interroguen, etc., como mejor les parezca, pero que el lugar permanezca intacto hasta que lleguemos nosotros. Una vez allí entras tú. Tienes conectado un micrófono. Nos hablas cuando tienes ganas y no dices nada si no tienes ganas. Te tomas todo el tiempo que te haga falta. Y sólo después entramos todos.

—Los agentes locales no esperarán.

—Seguro que no. Enviarán a algunos agentes de Homicidios. Pero la solicitud que presentamos va a tener cierto efecto. Reducirá el movimiento en el lugar y tú encontrarás todo fresco.

Fresco. Graham echó la cabeza hacia atrás, contra el respaldo de su silla y se quedó mirando el techo.

—Por supuesto —agregó Crawford—, todavía nos quedan trece días.

—Ay, Jack.

—¿Qué pasa con Jack? —preguntó Crawford.

—Me matas, de veras me matas.

—No te entiendo.

—Claro que me entiendes. Lo que has hecho; has decidido utilizarme como cebo porque no tienes nada mejor. Por lo tanto antes de hacer la pregunta me presionas indirectamente al sonsacarme cómo va a ser de terrible la próxima vez. No es una mala técnica. Para aplicar a un idiota remachado como yo. ¿Qué creías que iba a decir? ¿Tenías miedo de que no tuviera suficientes agallas después de Lecter?

—No.

—No te culparía por pensarlo. Ambos conocemos a personas a las que les ha pasado eso mismo. No me gusta circular con una coraza antibalas y muerto de miedo. Pero caray, ya estoy metido en el baile. No podremos volver a casa mientras ande suelto.

—Jamás dudé que lo harías.

—¿Entonces hay algo más? —preguntó Graham comprendiendo que era cierto lo que decía. Crawford no contestó.

—Molly no. De ningún modo.

—Por Dios, Will, ni siquiera yo te pediría semejante cosa.

Graham lo miró durante un momento.

—Por el amor de Dios, Jack, no me digas que has decidido hacer intervenir a Lounds. ¿Han hecho ya los dos un arreglo?

Crawford estudió una mancha en su corbata y luego miró a Graham.

—Sabes que es la mejor carnada. El Hada de los Dientes va a vigilar el *Tattler*. ¿Qué otra cosa nos queda?

—¿Y tiene que ser Lounds?

—Él tiene cuña con el *Tattler*.

—Entonces yo provoco al Hada de los Dientes en el *Tattler* y luego le preparamos el terreno. ¿Te parece mejor que la casilla de correo? No contestes, sé que es mejor. ¿Has hablado con Bloom al respecto?

—Sólo de paso. Ambos nos reuniremos con él. Y con Lounds. Haremos al mismo tiempo lo proyectado con la casilla de correo.

—¿Y qué me dices de la organización? Tenemos que prepararle algo que le guste. Un lugar abierto. Donde pueda acercarse. No creo que tire de lejos. Tal vez me engañe, pero no me lo imagino con un rifle.

—Apostaremos agentes en los lugares altos.

Ambos pensaban en lo mismo. La protección de una coraza Kevlar sería efectiva para un calibre de nueve milímetros y un cuchillo, siempre y cuando Graham no fuera herido en la cara. No había forma de protegerlo si un francotirador le disparaba a la cabeza.

—Habla tú con Lounds. Yo no preciso hacerlo.

—Él tiene que entrevistarte, Will —replicó suavemente Crawford—. Tiene que sacarte una foto.

Bloom le había advertido a Crawford que tendría dificultades con ese punto.

18

Llegado el momento, Graham sorprendió tanto a Crawford como a Bloom. Pareció dispuesto a reunirse con Lounds, como una concesión y sus fríos ojos azules tenían una expresión cordial.

El estar dentro de la sede central del FBI tuvo un saludable efecto sobre los modales de Lounds. Se mostró amable, cuando lo recordaba, y el manejo de su equipo fue rápido y silencioso.

Graham se plantó solamente una vez: negándose rotundamente a que Lounds revisara el diario de la señora Leeds y la correspondencia privada de cualquiera de las familias.

Cuando comenzó la entrevista contestó las preguntas de Lounds con tono afable. Ambos consultaron notas tomadas durante una reunión con el doctor Bloom. Las preguntas y respuestas eran a menudo reiteraciones.

A Alan Bloom le resultó muy difícil planear con miras a agraviar. Al final se limitó simplemente a exponer sus teorías sobre el Hada de los Dientes. Los demás escuchaban como alumnos de karate durante una lección de anatomía.

El doctor Bloom dijo que los actos y la carta del Hada de los Dientes parecían indicar que compensaba con una personalidad engañosamente violenta una intolerable sensación de insuficiencia o falta de adecuación. La rotura de los espejos asociaba esos sentimientos con su aspecto.

Según Bloom, la objeción del asesino al apodo de «Hada de los Dientes» se basaba en las implicaciones homosexuales de la palabra «Hada». El psiquiatra pensaba que «el Hada» tenía un problema homosexual subyacente, un miedo terrible de ser marica. La opinión del doctor Bloom se veía reforzada por un curioso descubrimiento en casa de los Leeds: dobleces y manchas de sangre

cubiertas indicaban que el Hada de los Dientes le había puesto calzoncillos a Charles Leeds después de muerto. El doctor Bloom creía que lo había hecho para enfatizar su falta de interés por Leeds.

El psiquiatra habló sobre el fuerte lazo entre impulsos agresivos y sexuales que se presentan en sádicos a muy tierna edad.

Los ataques salvajes dirigidos principalmente a las mujeres y perpetrados frente a sus familiares, eran visiblemente ataques a la figura materna. Bloom, caminando de un lado a otro de la habitación, hablando como consigo mismo, llamó a ese individuo «el fruto de una pesadilla». Los párpados de Crawford se entrecerraron ante la compasión reflejada en su voz.

Durante la entrevista con Lounds, Graham formuló declaraciones que no haría ningún investigador y a las que ningún periódico serio podría dar crédito.

Especuló con que el Hada de los Dientes era feo, impotente con personas del sexo opuesto y adujo, falsamente, que el asesino había atacado sexualmente a sus víctimas masculinas. Graham dijo que indudablemente el Hada de los Dientes era el hazmerreír de sus relaciones y el producto de un hogar incestuoso.

Puso énfasis al recalcar que el Hada de los Dientes no era evidentemente tan inteligente como Hannibal Lecter. Prometió suministrarle al *Tattler* más datos y detalles sobre el asesino a medida que se le presentaran. Dijo que muchos integrantes de las fuerzas del orden no estaban de acuerdo, pero mientras él estuviera al frente de la investigación, el *Tattler* podría contar con obtener informes fidedignos de su parte.

Lounds tomó muchas fotografías.

La foto clave fue sacada en el «escondite en Washington» de Graham, un departamento que había «pedido prestado para ocuparlo hasta aplastar al Hada». Era el único lugar donde podía gozar de «soledad» en medio del «ambiente carnavalesco» que rodeaba la investigación.

La foto mostraba a Graham vestido con una bata sentado frente a un escritorio, estudiando muy tarde en la noche. Estaba examinando una «grotesca concepción» del artista sobre «el Hada».

A espaldas de él podía apreciarse por la ventana un pedazo iluminado de la cúpula del Capitolio. Pero más importante, en el ángulo bajo izquierdo algo borroso pero legible, se veía el cartel de un conocido motel del otro lado de la calle.

El Hada de los Dientes podría encontrar el departamento si lo deseaba.

Dentro del cuartel general del FBI, Graham fue fotografiado frente a un espectrómetro. No tenía nada que ver con el caso, pero a Lounds le pareció que era impresionante.

Graham consintió en permitir que le tomaran una fotografía mientras lo entrevistaba Lounds. La sacaron frente a los inmensos armeros de la sección Armas de Fuego y Herramientas. Lounds esgrimía un arma automática de nueve milímetros, similar a la utilizada por el Hada de los Dientes. Graham señalaba el silenciador de fabricación casera, confeccionado con un pedazo de la torre de una antena de televisión.

El doctor Bloom se sorprendió al ver que Graham apoyaba amistosamente una mano sobre el hombro de Lounds antes que Crawford hiciera funcionar el disparador.

La entrevista y las fotografías debían aparecer en el *Tattler* que se publicaría el día siguiente, lunes 11 de agosto. Lounds partió rumbo a Chicago no bien tuvo todo el material. Dijo que quería supervisar personalmente la compaginación. Convino con Crawford que se encontrarían el jueves por la tarde a cinco cuadras de la trampa.

A partir del jueves, cuando el *Tattler* estaría al alcance de cualquiera, dos trampas estarían preparadas para el monstruo.

Graham iría todas las tardes a su «residencia temporaria» fotografiada en el *Tattler*.

En ese mismo número un aviso cifrado personal invitaba al Hada de los Dientes a concurrir a la casilla de correo de Annapolis, vigilada día y noche. Si sospechaba de la casilla de correo, pensaría que todo el esfuerzo por capturarlo estaba centrado allí. Entonces, según pensaba el FBI, Graham resultaría un blanco más atractivo.

Las autoridades de Florida instalaron un equipo de vigilancia en el cayo Sugarloaf.

Había cierto aire de descontento entre los cazadores, dos cebos tan grandes restaban mucho potencial humano que podía ser utilizado en otra parte, y la presencia de Graham todas las tardes en su trampa limitaría sus movimientos a la zona de Washington.

A pesar de que su buen juicio le indicaba a Crawford que era la mejor jugada, todo el asunto resultaba demasiado pasivo para su gusto. Tenía la

sensación de que estaban jugando entre ellos mismos en esas noches sin luna, cuando faltaban solamente menos de dos semanas para el plenilunio.

El domingo y el lunes transcurrieron a un curioso ritmo. Los minutos eran eternos y las horas parecían volar.

Spurgen, jefe de instructores de SWAT en Quantico, dio la vuelta a la manzana del departamento el lunes por la tarde. Graham lo acompañaba. Crawford ocupaba el asiento de atrás.

—El tráfico peatonal disminuye alrededor de las siete y cuarto. Todos vuelven a sus casas a comer —dijo Spurgen. Su cuerpo delgado pero musculoso y su gorra con visera echada ligeramente hacia atrás, le daban el aspecto de un jugador de béisbol—. Háganos una señal en la banda disponible mañana por la noche una vez que cruce las vías del ferrocarril. Debería tratar de hacerlo entre las ocho y media y ocho cuarenta.

Detuvo el automóvil en el estacionamiento del edificio de departamentos.

—Esta celada no es la última maravilla, pero podría ser peor. Estacione aquí mañana por la noche. A partir de entonces cambiaremos todas las noches el lugar donde estacionará, pero siempre de este lado. Hay casi setenta metros hasta la entrada del departamento. Caminemos.

Spurgen, más bien bajo y patizambo se adelantó a Graham y Crawford.

«Está buscando lugares desde los cuales pueda atacarme», pensó Graham.

—Durante la caminata es probablemente cuando ocurrirá, si es que ocurre —afirmó el jefe de SWAT—. Mire, desde aquí la línea directa de su automóvil hasta la entrada, el recorrido normal, es por el medio del estacionamiento. Es lo más lejos que puede apartarse de la línea de automóviles que están aquí todo el día. Él tendrá que salir al espacio abierto para acercarse. ¿Qué tal oye usted?

—Bastante bien —respondió Graham—. Muy bien en este lugar.

Spurgen trató de descubrir algo en el rostro de Graham pero no encontró nada que pudiera reconocer. Se detuvo en la mitad del estacionamiento.

—Vamos a reducir un poco la intensidad de los faroles de la calle para que a un francotirador le resulte más difícil.

—Dificultará el trabajo de sus hombres también —señaló Crawford.

—Dos de los nuestros tienen miras especiales para la noche —manifestó Spurgen—. Tengo un spray brillante que deberá usar en sus sacos, Will. A

propósito, no me importa si hace o no mucho calor, pero tendrá que utilizar protección antibala todas y cada una de las veces. ¿Entendido?

—Sí.

—¿De qué tipo?

—Es Kevlar; ¿qué dices, Jack? ¿Second Chance?

—Second Chance —afirmó Crawford.

—Posiblemente lo atacará desde atrás o tal vez lo cruzará y enseguida se dará vuelta para dispararle cuando lo haya dejado atrás —dijo Spurgen—. En siete oportunidades ha disparado a la cabeza ¿verdad? Ha comprobado que es efectivo. Lo repetirá con usted si le da tiempo para que lo haga. No le dé tiempo.

Después que le muestre un par de cosas en el hall de entrada y en el departamento iremos al campo de tiro. ¿Puede hacerlo?

—Puede —respondió Crawford.

Spurgen parecía el sumo sacerdote del campo de tiro. Hizo que Graham se colocara tapones bajo los protectores de oídos y le disparó blancos desde todos los ángulos. Sintió un alivio al comprobar que Graham no portaba la 38 reglamentaria, pero le preocupó el chispazo del cañón agujereado. Trabajaron durante dos horas. El hombre insistió en verificar el tambor y los seguros del 44 de Graham cuando terminó de tirar.

Graham se bañó y se cambió de ropa para no tener olor a pólvora antes de dirigirse en su automóvil hacia la bahía para pasar su última noche libre en compañía de Molly y Willy.

Después de comer llevó a su esposa y a su hijastro a la verdulería e hizo grandes aspavientos para elegir unos melones. Se aseguró de que compraran suficientes provisiones; el viejo ejemplar del *Tattler* estaba todavía en los estantes junto al mostrador de salida y esperó que Molly no viera el número nuevo que aparecería al día siguiente. No quería contarle lo que ocurría.

Cuando ella le preguntó qué quería comer la semana próxima, le dijo que iba a estar afuera, que tenía que volver a Birmingham. Fue la primera vez que le mintió realmente a Molly y al hacerlo se sintió tan asqueroso como un billete viejo.

La observaba en los pasillos de la verdulería: Molly, su bonita esposa y la ex de un jugador de béisbol, con su continua preocupación por encontrar bultitos, su insistencia en que él y Willy se hicieran revisiones médicas periódicas, su controlado miedo a la oscuridad; y el elevado precio que había pagado para

comprender que el tiempo es suerte. Conocía el valor de sus días. Podía aprisionar un momento intangible. Le había enseñado a saborear.

El Canon de Pachelbel llenaba el cuarto bañado por el sol donde sus cuerpos se conocieron y ese gozo tan enorme no pudo ser reprimido y aun entonces el miedo se hizo presente en él como la sombra de un águila enorme: esto es demasiado maravilloso para que dure mucho.

Molly pasaba su cartera de uno a otro hombro mientras recorría los pasillos como si el arma pesara mucho más que seiscientos gramos.

Graham se habría sorprendido si hubiera escuchado las cosas que les musitaba para sus adentros a los melones. «Tengo que destruir a ese hijo de puta. Tengo que hacerlo».

Diversamente equipados con mentiras, revólveres y verduras, los tres integraban una pequeña y solemne procesión.

Molly olía a gato encerrado. Ella y Graham no hablaron después de apagar las luces. Molly soñó que oía unos pesados y dementes pasos que entraban a una casa de cuartos mutantes.

19

En el Aeropuerto Internacional de Lamben, St. Louis, hay un puesto de venta de periódico en el que pueden comprarse los principales periódicos de todos los Estados Unidos. Los de Nueva York, Washington, Chicago y Los Ángeles llegan por vía aérea y pueden adquirirse el mismo día en que se publican.

Como muchos otros, ese puesto es propiedad de una cadena y junto con los periódicos y revistas tradicionales, el vendedor se ve obligado a aceptar una cierta cantidad de anuncios.

Al mismo tiempo que el lunes a las diez de la noche el vendedor recibía la remesa del *Chicago Tribune*, un paquete de *Tattler* era arrojado al piso junto al anterior. El atado estaba todavía caliente en la parte del medio.

El encargado del puesto se puso en cuclillas frente a las estanterías para acomodar los ejemplares del *Tribune*. Tenía bastante más que hacer. Los del turno de la tarde jamás se molestaban en ordenar.

Un par de botas negras con cierre relámpago aparecieron en su campo de visión. Un mirón. No; las botas apuntaban hacia él. Alguien quería vaya uno a saber qué maldita porquería. El vendedor quería terminar de arreglar los *Tribune* pero la insistente atención le hizo sentir un cosquilleo en la nuca.

Su trabajo era transitorio, no necesitaba mostrarse amable.

—¿Qué quiere? —le preguntó a las rodillas.

—El *Tattler*.

—Tendrá que esperar hasta que deshaga el paquete.

Las botas no se alejaron. Estaban muy cerca.

—He dicho que tendría que esperar hasta que desate el paquete. ¿Ha entendido? ¿No ve que estoy ocupado con éste?

Una mano, el brillo de una hoja de acero y el nudo del paquete que estaba junto a él quedó cortado con un chasquido. Una moneda de un dólar sonó en el

piso frente a él. Un ejemplar intacto del *Tattler* sacado de la mitad del paquete de un tirón, hizo que se cayeran todos los de arriba sobre el suelo.

El vendedor de periódicos se puso de pie. Tenía las mejillas arrebatadas. El hombre se alejaba con el periódico bajo el brazo.

—Eh, eh, usted.

El hombre se dio vuelta y lo miró.

—¿Quién, yo?

—Sí, usted.

—¿Qué fue lo que me dijo? —Regresaba. Se paró demasiado cerca—. ¿Qué fue lo que me dijo?

Por lo general un comerciante chabacano puede apabullar a sus clientes. Pero había algo espantoso en la calma de éste.

El vendedor miró al piso.

—Tengo que darle veinticinco centavos de vuelta…

Dolarhyde dio media vuelta y se alejó. Al vendedor le ardieron las mejillas durante media hora. «Sí, ese tipo estuvo también la semana pasada. Si se presenta otra vez más le diré adónde mierda puede irse. Tengo una cosa debajo del mostrador para esa clase de avispados».

Dolarhyde no leyó el *Tattler* en el aeropuerto. El mensaje de Lecter del jueves anterior lo había dejado algo incómodo. El doctor Lecter había estado en lo cierto, por supuesto, al afirmar que él era hermoso y resultó muy emocionante leerlo. Él era hermoso. Sintió cierto desprecio ante el miedo del médico por el policía. Lecter no comprendía mucho más que el resto de la gente.

No obstante, estaba ansioso por saber si le había enviado otro mensaje. Esperaría hasta llegar a su casa para fijarse. Dolarhyde se sentía orgulloso de su autocontrol.

Mientras conducía el automóvil pensó en el vendedor de periódicos.

En una época anterior se habría disculpado por molestar al hombre y no habría vuelto a aparecer por allí. Durante años había tolerado que los demás lo insultaran. Pero eso se había acabado. El hombre podría insultar a Francis Dolarhyde, pero no podía hacerle frente al Dragón. Todo formaba parte de la Transformación.

La lámpara de su escritorio estaba todavía encendida a medianoche. El mensaje del *Tattler* había sido descifrado y estaba tirado por el piso hecho un rollo.

Pedazos del *Tattler* estaban desparramados en donde Dolarhyde lo había recortado para agregarlo a su diario. El enorme volumen estaba abierto bajo el grabado del Dragón, la goma de pegar fresca todavía en los bordes de los recortes recién agregados. Debajo de éstos, y recientemente incorporada, una pequeña bolsa de plástico todavía vacía.

Junto a ella podía leerse: «Con Esto Me Ofendió». Dolarhyde había abandonado su escritorio.

Estaba sentado en la escalera del sótano, cubierta por una fría capa de polvo y moho. El haz de luz de su linterna se movía sobre muebles tapados por géneros, los polvorientos dorsos de grandes espejos que en un tiempo colgaban de las paredes de la casa y ahora estaban apoyados contra ellas, y el baúl en que guardaba la caja con la dinamita.

El haz de luz se detuvo sobre una silueta alta y oculta por un lienzo, una entre varias que había en un rincón del sótano. Telas de araña rozaron su cara al acercarse allí. El polvo lo hizo estornudar cuando retiró el lienzo.

Retuvo unas lágrimas al iluminar la vieja silla de ruedas de roble que había destapado, una de las tres que había en el sótano, con su respaldo alto, pesada y sólida. El municipio se las había dado a su abuela en 1940 cuando convirtió su casa en un hogar de ancianos.

Las ruedas chirriaron al empujarla por el piso. La transportó fácilmente escaleras arriba a pesar de su peso. Una vez en la cocina, aceitó las ruedas. Las pequeñas de delante seguían chirriando, pero las de atrás tenían buenos rodamientos y giraron fácilmente al impulso de su dedo.

La creciente ira de Dolarhyde se aplacó por el zumbido de las ruedas al girar y comenzó a canturrear suavemente acompañando a ese sonido.

20

Freddy Lounds estaba cansado y animado al mismo tiempo cuando salió del *Tattler* el jueves al mediodía. En el término de treinta minutos había depositado el artículo en el avión rumbo a Chicago y lo había dejado en la oficina de compaginación.

El resto del tiempo lo había ocupado escribiendo su gacetilla, suspendiendo todas las llamadas. Era un buen organizador y contaba ya con un sólido respaldo de cincuenta mil palabras.

Escribiría un violento artículo y un relato de la captura cuando atraparan al Hada de los Dientes. El material que tenía les vendría de perillas. Había hecho los arreglos necesarios para que tres de los mejores reporteros del *Tattler* estuvieran preparados para entrar en acción rápidamente. A las pocas horas de la detención del Hada de los Dientes, estarían averiguando detalles donde fuera que éste viviera.

Su agente hablaba de cifras enormes. En honor a la verdad, el haber discutido el proyecto antes de tiempo con su agente, era violar el acuerdo que había hecho con Crawford. Todos los contratos y memorandos tendrían fecha posterior a la captura para disimularlo.

Crawford conservaba una gran carta de triunfo en la manga: la grabación de la amenaza de Lounds. La transmisión interestatal de una amenaza podía ser causa de un proceso, más allá de la protección que le brindaba a Lounds la Primera Enmienda. Lounds sabía además que a Crawford le bastaba solamente realizar una llamada telefónica para causarle un problema permanente con el Servicio de Impuestos Internos.

Lounds tenía ciertos resabios de honestidad; no se hacía demasiadas ilusiones respecto a la índole de su trabajo. Pero había sustentado una especie de fervor, casi religioso, por este proyecto.

Estaba henchido por una visión de una vida mejor, más allá del dinero. Cubiertas por toda la mugre que había acumulado, sus viejas esperanzas apuntaban todavía hacia el Este. En ese momento se estremecían y trataban de manifestarse.

Satisfecho al comprobar que sus cámaras y equipo de grabación estaban listos, empuñó el volante del automóvil, rumbo a su casa, para dormir durante tres horas antes de tomar el avión hacia Washington, donde debería encontrarse con Crawford, cerca de la emboscada.

Tropezó con un molesto inconveniente en el garaje del subsuelo. El furgón negro, estacionado en el espacio junto al suyo, estaba sobre la línea. Invadía el lugar asignado notoriamente al «señor Frederick Lounds».

Lounds abrió bruscamente la puerta de su automóvil, golpeando el costado del furgón y dejando una marca y una abolladura. Eso serviría de lección a ese atrevido.

Lounds estaba echando llave a la puerta de su automóvil, cuando se abrió la del furgón a espaldas de él. Estaba dándose vuelta, había dado casi media vuelta, cuando la cachiporra lo golpeó arriba de su oreja. Alzó las manos, pero sus rodillas se aflojaron y sintió una gran presión en el cuello que impidió la entrada de aire. Cuando su pecho oprimido pudo inspirar nuevamente, aspiró cloroformo.

Dolarhyde estacionó el furgón detrás de su casa, se bajó y se estiró. Había tenido viento cruzado desde que salió de Chicago y sus brazos estaban doloridos. Estudió el cielo nocturno. No faltaba mucho para la lluvia de meteoros de la constelación de Perseo y no debía perdérsela.

> *Revelación: «Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del firmamento y las arrojó a la tierra».*

Su obra de antaño. Tendría que observarla y recordar.

Dolarhyde abrió la puerta de atrás cerrada con llave y realizó su rutinaria revisión de la casa. Cuando salió nuevamente tenía la cara cubierta por una media.

Abrió el furgón y le adosó una pequeña rampa. Acto seguido deslizó por ella a Freddy Lounds. Éste, vestido solamente con sus calzoncillos tenía una mordaza y los ojos vendados. A pesar de estar solamente semiinconsciente no se inclinó hacia adelante. Permaneció sentado muy derecho, con la cabeza apoyada contra el alto respaldo de la vieja silla de ruedas de roble. Estaba pegado a la silla, de la cabeza a los pies, con un pegamento especial.

Dolarhyde lo empujó hasta la casa y lo instaló en un rincón del living, de espaldas al cuarto, como un chico en penitencia.

—¿Tiene frío? ¿Le gustaría una manta?

Dolarhyde despegó los apósitos que le cubrían los ojos y la boca a Lounds. Éste no respondió. Estaba impregnado por el olor a cloroformo.

—Le traeré una manta —Dolarhyde retiró una manta del sofá y cubrió con ella a Lounds y luego le acercó un frasquito de amoníaco a la nariz.

Lounds abrió bien grandes los ojos y contempló una borrosa imagen de dos paredes que se unían. Tosió y comenzó a hablar.

—¿Un accidente? ¿Estoy malherido?

La voz a espaldas de él respondió:

—No, señor Lounds. Se va a poner bien.

—Me duele la espalda. La piel. ¿Me quemé? Espero no haberme quemado.

—¿Quemado? Quemado. No. Descanse, no más. Estaré nuevamente con usted en un momento.

—Permítame acostarme. Oiga, quiero que llame a mi oficina. ¡Dios mío, estoy totalmente inmovilizado! ¡Tengo la columna rota, dígame la verdad!

Los pasos se alejaban.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Expiando, señor Lounds —llegó la respuesta desde una considerable distancia.

Lounds oyó pasos que subían una escalera. Escuchó el ruido de una ducha que corría. Su mente estaba más despejada. Recordó haber salido de la oficina y conducir su automóvil, pero después no se acordaba de nada más. Sentía unas pulsaciones en el costado de la cabeza y el olor a cloroformo le provocaba náuseas. Como estaba sentado exageradamente derecho, tenía miedo de vomitar y ahogarse. Abrió bien grande la boca y respiró hondo. Podía sentir su corazón.

Lounds esperaba que todo fuera un sueño. Trató de levantar el brazo del apoyabrazos, tironeando con fuerza hasta que el dolor en la palma de la mano y

en el brazo fue suficiente como para despertarlo de cualquier sueño. No estaba dormido. Su mente comenzó a agilizarse.

Haciendo un terrible esfuerzo pudo girar los ojos lo suficiente como para ver durante breves instantes su brazo. Advirtió cómo estaba sujeto. Ese no era un sistema para proteger espaldas rotas. Eso no era un hospital. Alguien lo tenía atrapado.

Le pareció oír ruido de pasos en el piso de arriba, pero quizás eran los latidos de su corazón. Trató de pensar. Se esforzó en pensar. «Mantén la calma y reflexiona», se dijo. Calma y reflexión. Las escaleras crujieron cuando bajó Dolarhyde.

Lounds sintió su peso en cada paso. En ese momento percibió una presencia detrás de él.

El periodista pronunció vanas palabras antes de poder ajustar el volumen de su voz.

—No he visto su cara. No podría identificarlo. No sé qué aspecto tiene. El *Tattler*, yo trabajo para el *National Tattler*, pagaría un rescate, un buen rescate por mí. Medio millón, quizás un millón. Un millón de dólares.

Silencio detrás de él. Luego el ruido del resorte de un sofá. Por lo visto se había sentado.

—¿Qué cree usted, señor Lounds?

«Haz a un lado el dolor y el miedo y piensa. Ahora. Justamente ahora y para siempre. Disponer de tiempo. Disponer de años. No ha decidido matarme. No me ha permitido ver su cara».

—¿Qué cree usted, señor Lounds?

—No sé lo que me ha pasado.

—¿Sabe usted Quién Soy Yo, señor Lounds?

—No. Y le aseguro que no quiero saberlo.

—Según usted, soy un pervertido y vicioso fracasado sexual. Un animal, según sus propias palabras. Probablemente rescatado de un manicomio por un juez indulgente —normalmente Dolarhyde habría evitado la «s» sibilante de sexual, pero ante este público, totalmente ajeno a la burla, no tenía inhibiciones —. Ahora lo sabe, ¿no es así?

«No mientas. Piensa rápido».

—Sí.

—¿Por qué escribe mentiras, señor Lounds? ¿Por qué dice que estoy loco? Contésteme.

—Cuando una persona… cuando una persona hace cosas que la mayoría de la gente no puede comprender, lo llaman…

—Loco.

—Lo mismo les dijeron a… los hermanos Wright. En toda la historia…

—Historia. ¿Usted comprende lo que estoy haciendo, señor Lounds?

«Comprender». Ahí estaba su oportunidad. «No la desperdicies».

—No, pero creo que tengo una oportunidad de comprender, y entonces todos mis lectores comprenderían también.

—¿Se siente privilegiado?

—Es un privilegio. Pero debo decirle, de hombre a hombre, que estoy asustado. Es difícil concentrarse cuando se está asustado. Si usted tiene una idea genial, no le sería necesario asustarme para impresionarme.

—De hombre a hombre. De hombre a hombre. Usted utiliza esa expresión para denotar franqueza, señor Lounds, y créame que lo aprecio. Pero verá usted, yo no soy un hombre. Empecé como tal, pero con la Gracia de Dios y mi propia Voluntad me he convertido en Algo Más que un hombre. Usted dice que está asustado. ¿Cree que Dios lo asistirá aquí, señor Lounds?

—No lo sé.

—¿Está rezándole en este momento?

—A veces rezo. Pero debo confesarle que por lo general solamente lo hago cuando estoy asustado.

—¿Y Dios lo ayuda?

—No lo sé. Después no pienso más. Debería pensar.

—Debería pensar. Ajá… Hay muchas cosas que debería comprender. Dentro de poco lo ayudaré a entender. ¿Me disculpa ahora un momento?

—Por supuesto.

Ruido de pasos que se alejaban del cuarto. Un cajón de la cocina que se abría. Lounds había escrito sobre numerosos crímenes perpetrados en cocinas donde las cosas están muy a mano. Un informe policial puede hacernos cambiar definitivamente nuestro concepto de una cocina. Ruido de agua que corre.

Lounds pensaba que debía ser de noche ya. Crawford y Graham estaban esperándolo. Con toda seguridad ya les habría llamado la atención su ausencia. Una tristeza profunda y hueca se mezcló brevemente con su miedo.

Sintió una respiración a espaldas de él y con el rabillo del ojo percibió algo blanco. Una mano, poderosa y pálida. Sujetaba una taza de té con miel. Lounds bebió con una pajita.

—Escribiré una gran crónica —dijo entre sorbo y sorbo—. Todo lo que usted quiera decir. Lo describiré en la forma que más le guste, o no haré descripción alguna, sin descripción.

—Shhh —el golpeteo de un dedo sobre su cabeza. Las luces se hicieron más brillantes. La silla empezó a girar.

—No. No quiero verlo.

—Ah, pero es preciso, señor Lounds. Usted es un periodista. Está aquí para hacer un reportaje. Cuando le dé vuelta, abra los ojos y míreme. Si no lo hace se los abriré yo, le pegaré los párpados a la frente.

El sonido de una boca húmeda, un clic y la silla giró. Lounds estaba de frente a la habitación con los ojos cerrados. Un dedo golpeó insistentemente su pecho. Un toque en los párpados. Abrió los ojos.

Al verlo desde la silla parado allí vestido con un kimono, Lounds tuvo la impresión de un hombre de gran estatura. Su cara estaba cubierta hasta la nariz por una media enrollada. Dio media vuelta y dejó caer su kimono. Los grandes músculos se flexionaron sobre el brillante tatuaje de la cola que corría por su nalga y se enroscaba en una pierna.

El Dragón dio vuelta lentamente su cabeza, miró por encima del hombro a Lounds y sonrió exhibiendo los inmensos dientes con manchas oscuras.

—Dios mío —musitó Lounds.

Lounds se encontró en el centro del cuarto desde donde podía ver la pantalla. Dolarhyde, parado detrás de la silla, se había puesto nuevamente el kimono y los dientes que le permitían hablar.

—¿Quiere saber Quién Soy?

Lounds trató de asentir con la cabeza; pero la silla le tironeó el cuero cabelludo.

—Más que cualquier otra cosa. Tenía miedo de preguntarle.

—Mire.

La primera diapositiva era el cuadro de Blake representando al gran Hombre-Dragón, con las alas desplegadas y la cola agitándose, suspendido sobre la Mujer Revestida del Sol.

—¿Ve ahora?

—Veo.

Dolarhyde pasó rápidamente las otras diapositivas. Clic. La señora Jacobi viva.

—¿Ve?

—Sí.

Clic. La señora Leeds viva.

—¿Ve?

—Sí.

Clic. Dolarhyde, el Dragón rampante, sus músculos flexionados y el tatuaje de la cola sobre la cama de los Jacobi.

—¿Ve?

—Sí.

Clic. La señora Jacobi esperando.

—¿Ve?

—Sí.

Clic. La señora Jacobi después.

—¿Ve?

—Sí.

Clic. El dragón rampante.

—¿Ve?

—Sí.

Clic. La señora Leeds esperando, su esposo tendido junto a ella.

—¿Ve?

—Sí.

Clic. La señora Leeds después, salpicada de sangre.

—¿Ve?

—Sí.

Clic. Una copia de una fotografía del *Tattler* de Freddy Lounds.

—¿Ve?

—¡Dios mío!

—¿Ve?

—¡Ay Dios mío! —Las palabras sonaron entrecortadas, como cuando un chico habla entre sollozos.

—¿Ve?

—Por favor, no…

—¿No qué?

—Yo no…

—¿No qué? Usted es un hombre, señor Lounds. ¿Es usted un hombre?

—Sí.

—¿Quiere dar usted a entender que yo soy un maricón?

—Dios, no.

—¿Es usted maricón, señor Lounds?

—No.

—¿Va a escribir más mentiras sobre mí, señor Lounds?

—Oh no, no.

—¿Por qué escribió mentiras, señor Lounds?

—La policía me dijo que lo hiciera. Fue lo que ellos dijeron.

—Usted citó a Will Graham.

—Graham me dijo las mentiras. Graham.

—¿Dirá ahora la verdad? Respecto a Mí. Mi Trabajo. Mi Transformación. Mi Arte, señor Lounds. ¿Es esto Arte?

—Arte.

El miedo reflejado en la cara de Lounds le permitía a Dolarhyde hablar sin cuidarse de pronunciar las «s»; sólo sus grandes alas con membranas podían ahora llamar la atención.

—Usted dijo que yo, que veo mucho más allá que usted, era loco. Yo, que impulso al mundo mucho más lejos que usted, soy un loco. He osado mucho más que usted, he presionado mi único sello mucho más profundamente en la tierra, donde durará mucho más tiempo que sus cenizas. Su vida en relación a la mía, es como la huella de una babosa sobre la piedra, una mucosidad delgada y plateada que entra y sale de las letras en mi monumento. —Dolarhyde repetía las palabras que había escrito en su diario.

»Yo soy el Dragón; ¿usted me califica de loco? Mis movimientos son seguidos y anotados tan detenidamente como los de una potente estrella fugaz. ¿Oyó hablar de la de 1054? Por supuesto que no. Sus lectores lo siguen como un niño al rastro de una babosa con su dedo, y con los mismos y fatigosos altibajos de la razón. Vuelta a su cabeza hueca y cara de batata, como una babosa que sigue su propio rastro de regreso a su morada.

»Ante Mí, usted es una babosa al sol. Es cómplice de una gran Transformación y no reconoce nada. Es una hormiga en la placenta.

»Está dentro de su naturaleza hacer algo correcto: temblar como se debe delante de Mí. Pero no es miedo lo que usted, Lounds y las otras hormigas deben sentir por Mí. Usted Me debe reverente temor».

Dolarhyde estaba parado con la cabeza agachada, el pulgar y el índice sobre el puente de su nariz. Acto seguido salió del cuarto.

«No se quitó la máscara», pensó Lounds. «No se quitó la máscara. Si vuelve

sin ella estoy perdido. Dios mío, estoy completamente empapado». Giró los ojos hacia la puerta y esperó auscultando los ruidos de la parte de atrás de la casa.

Cuando Dolarhyde regresó todavía tenía puesta la máscara. Traía una caja de viandas y dos termos.

—Para el viaje de vuelta a su casa —alzó un termo—. Hielo. Nos hará falta. Antes de partir grabaremos un poco.

Sujetó un micrófono a la manta cerca de la cara de Lounds.

—Repita lo que yo digo.

Grabaron durante media hora y finalmente le dijo:

—Eso es todo, señor Lounds. Lo hizo muy bien.

—¿Ahora me dejará volver?

—Lo haré. No obstante, hay una forma en que puedo ayudarlo a comprender y recordar mejor.

Dolarhyde se alejó.

—Yo quiero comprender. Quiero que sepa lo que le agradezco que me deje en libertad. De ahora en adelante voy a ser realmente justo, usted lo sabe.

Dolarhyde no podía contestarle. Había cambiado de dentadura.

El grabador funcionaba nuevamente.

Miró a Lounds sonriendo, con una sonrisa llena de manchas marrones. Apoyó su mano sobre el corazón de Lounds, e inclinándose hacia él, cariñosamente, como si fuera a besarlo, le arrancó los labios de un mordisco y los escupió en el piso.

21

Amanecía en Chicago, el aire estaba pesado y el cielo gris y bajo.

Un guardia de seguridad del edificio del *Tattler* salió del hall de entrada y se paró junto al cordón de la vereda, fumando un cigarrillo y restregándose la cintura. Estaba solo en la calle y el silencio le permitía oír el apagado sonido del semáforo ubicado arriba de la cuesta, a una cuadra larga de distancia, cada vez que cambiaba la luz.

Media cuadra al norte del semáforo y fuera del alcance de la vista del guardia, Francis Dolarhyde se acurrucó junto a Lounds en la parte de atrás del furgón. Acomodó la manta en forma de una profunda capucha que ocultaba la cabeza de Lounds.

El periodista sufría un dolor intenso. Parecía aletargado, pero su mente trabajaba sin descanso. Debía recordar unas cuantas cosas. Podía ver por debajo de la venda que le cubría los ojos y parte de la nariz, los dedos de Dolarhyde tanteando la mordaza ensangrentada.

Dolarhyde se colocó una chaqueta blanca de enfermero, depositó un termo sobre las faldas de Lounds y deslizó la silla fuera del furgón. Cuando puso el freno a la silla de ruedas y se dio vuelta para guardar la pequeña rampa dentro del vehículo, Lounds vio por debajo de la venda, la punta del parachoques posterior.

Lo dieron vuelta, vio el soporte del parachoques. ¡Sí! La chapa con el número de la patente. Solamente un segundo, pero quedó grabada en la memoria de Lounds.

La silla comenzó a moverse. Sintió las juntas de las baldosas.

Dieron vuelta a una esquina y bajaron de la vereda. Crujido de papeles bajo las ruedas.

Dolarhyde detuvo la silla de ruedas al llegar a un hueco cubierto de suciedad entre un vaciadero de basura y un camión estacionado. Le quitó la venda de los ojos. Lounds los cerró. Le colocó un frasco con amoníaco bajo la nariz.

Una voz suave le preguntó:

—¿Puede oírme? Está casi en su casa —tenía ya los ojos descubiertos—. Pestañee si me oye.

Dolarhyde le abrió un ojo con el pulgar y el índice. Lounds miró la cara de Dolarhyde.

—Le dije una mentirita —Dolarhyde golpeó suavemente el termo—. No guardé realmente sus labios en hielo —apartó la manta de un tirón y abrió el termo.

Lounds hizo un esfuerzo terrible al sentir el olor a nafta, arrancando la piel de sus antebrazos y haciendo crujir la pesada silla. El líquido frío se desparramó por todo su cuerpo, los efluvios le cerraron la garganta mientras la silla avanzaba hacia el medio de la calle.

—¿Le gusta ser el animalito preferido de Graham, Freeeeeedyyyy?

Hubo una sorda explosión al arder el combustible justo antes de que lo empujara y saliera rodando barranca abajo hacia el *Tattler*, en medio del chirrido de las ruedas.

El guardia levantó la vista al escuchar el alarido que hizo volar la mordaza en llamas. Vio acercarse esa bola de fuego, saltando por los baches, con una cola de humo y chispas y las llamas semejantes a unas alas, provocando distorsionados reflejos en las vidrieras de los negocios.

Desvió el rumbo, chocó contra un automóvil estacionado y se dio vuelta frente al edificio, una rueda girando en el aire, lenguas de fuego saliendo entre los rayos y brazos que se alzaban en la típica posición de defensa de los quemados.

El guardia corrió hacia el hall. Se preguntaba si estallaría y no sería mejor alejarse de las ventanas. Tiró de la alarma de incendio. ¿Qué más? Sacó el matafuego que colgaba de la pared y miró afuera. Todavía no había estallado.

Se acercó cuidadosamente en medio del humo grasiento que se desparramaba sobre el pavimento y, finalmente, arrojó la espuma sobre Freddy Lounds.

22

De acuerdo al plan preestablecido, Graham debía salir del departamento de Washington preparado como un cebo a las seis menos cuarto de la mañana, con la antelación suficiente para evitar el denso tráfico matinal.

Crawford lo llamó por teléfono mientras estaba afeitándose.

—Buenos días.

—No tan buenos —respondió Crawford—. El Hada de los Dientes atrapó a Lounds en Chicago.

—Caray, no.

—Todavía no ha muerto y pregunta por ti. No durará mucho.

—Allí voy.

—Nos encontraremos en el aeropuerto. Vuelo 245 de United. Sale dentro de cuarenta y cinco minutos. Podrás volver a tiempo para la emboscada, si es que todavía tiene sentido.

El agente especial Chester, de la oficina del FBI de Chicago, los esperaba en el aeropuerto O'Hare, en medio de un diluvio. Chicago es una ciudad acostumbrada a las sirenas. El tráfico se abrió de mala gana delante de ellos, al internarse Chester ululando en medio de la autopista, mientras la luz roja del patrullero lanzaba destellos rosados entre la cortina de agua. Tuvo que alzar la voz por el ruido de la sirena.

—La policía de Chicago dice que lo atacaron en su garaje. Mi versión es de segunda mano. No somos populares actualmente por aquí.

—¿Qué es lo que saben? —preguntó Crawford.

—Todo, la emboscada, absolutamente todo.

—¿Lounds lo pudo ver?

—No he escuchado ninguna descripción. La policía de Chicago transmitió un boletín solicitando informes sobre una placa alrededor de las seis y veinte.

—¿Conseguiste hablar con el doctor Bloom, como te pedí?

—Hablé con su esposa, Jack. Al doctor Bloom le extirparon la vesícula esta mañana.

—Fantástico —señaló Crawford.

Chester se detuvo bajo el pórtico del hospital al resguardo de la lluvia. Se dio vuelta en su asiento y dijo:

—Jack, Will, antes que suban. Tengo entendido que este chiflado se ensañó realmente con Lounds. Deben estar preparados para ello.

Graham asintió. Desde que partió rumbo a Chicago había luchado para ahogar las esperanzas de que Lounds muriera antes que él llegara, para no tener que verlo.

El corredor del Centro de Quemados Paege era un pasadizo cubierto por impecables azulejos. Un médico alto con una curiosa cara mezcla de joven y viejo les hizo señas a Graham y a Crawford y los condujo lejos de las otras personas apiñadas frente a la puerta de la habitación de Lounds.

—Las quemaduras del señor Lounds son mortales —dijo el doctor—. Yo puedo calmar su dolor y pienso hacerlo. Respiró fuego y tiene dañada la garganta y los pulmones. Tal vez no recupere el conocimiento. Dado su estado, eso sería una bendición.

»En el caso de que lo recupere, la policía de la ciudad me pidió que le quite el tubo de la garganta para que pueda contestar algunas preguntas. He dado mi consentimiento, pero parcialmente.

»Por el momento las terminales nerviosas están anestesiadas por el fuego. Sufrirá un gran dolor si vive mucho más tiempo. Le hice una clara advertencia a la policía que les repetiré a ustedes: interrumpiré cualquier interrogatorio para aplicarle un sedante si él me lo pide. ¿Comprenden?

—Sí —respondió Crawford.

Luego de hacerle una seña al agente que estaba parado frente a la puerta, el médico juntó sus manos en la espalda debajo del delantal blanco y se alejó caminando como una garza en medio de una laguna.

Crawford miró a Graham.

—¿Estás bien?

—Muy bien. Yo estaba custodiado por el equipo de SWAT.

Lounds tenía la cabeza en alto. Había desaparecido su pelo y sus orejas y las

compresas sobre sus ojos ciegos reemplazaban a los párpados quemados. Las encías estaban hinchadas y llenas de llagas.

La enfermera que estaba junto a él corrió el aparato que sujetaba el suero intravenoso para que Graham pudiera acercársele más. Lounds olía a paja quemada.

—Freddy, soy Will Graham.

Lounds arqueó el cuello contra la almohada.

—Es un movimiento reflejo, está inconsciente —aclaró la enfermera.

El tubo de plástico que mantenía abierta su garganta hinchada y quemada, silbaba al mismo tiempo que la cámara de oxígeno.

Un pálido detective con el grado de sargento estaba sentado en el rincón con una grabadora y un cuaderno en sus rodillas. Graham no lo vio hasta que habló.

—Lounds pronunció su nombre en la sala de emergencias antes de que le colocaran el tubo para respirar.

—¿Usted estaba allí?

—Llegué poco después. Pero tengo grabado todo lo que dijo. Al bombero que fue de los primeros en llegar, le dio el número de una placa de automóvil. Perdió el conocimiento y no lo recuperó mientras estuvo en la ambulancia, pero reaccionó durante un instante cuando le aplicaron una inyección en el pecho en la sala de emergencias. Algunos de los que trabajan en el *Tattler* lo siguieron y estaban presentes allí. Tengo una copia de su grabación.

—Permítame oírla.

El agente manipuló el grabador.

—Pienso que preferirá utilizar el audífono —manifestó evitando cuidadosamente que la expresión de su rostro permitiera traslucir algo. Oprimió la tecla.

Graham oyó voces, el ruido de rueditas, «llévenlo a la tres», el golpe de una camilla contra una puerta de vaivén, una tos seguida de una arcada, una voz que hablaba sin labios.

—Uende ientudo.

—¿Lo viste, Freddy? ¿Qué aspecto tenía, Freddy?

—¿Wendy? Or avor Wendy. Graham me odió. Ese mierda lo sabía. Graham me odió. Ese lerda uso la mano sobre mí en la otografía como si fuera su rotegido. ¿Wendy?

Un ruido como el de un desagüe. La voz de un médico:

—Eso es. Déjeme acercarme. Salgan del camino. Ahora.

Eso era todo.

Graham estaba parado junto a Lounds mientras Crawford escuchaba la grabación.

—Estamos buscando el automóvil con ese número de placa —dijo el agente —. ¿Pudo entender lo que decía?

—¿Quién es Wendy? —preguntó Crawford.

—Esa rubia pechugona que está en el pasillo. Ha tratado de verlo. No sabe nada.

—¿Por qué no la dejan entrar? —preguntó Graham que seguía junto a la cama de espaldas a ellos.

—No quieren visitas.

—El hombre se está muriendo.

—¿Cree que no lo sé? ¿Qué carajo cree que he estado haciendo desde las doce hasta las seis?

—Descanse un par de minutos —sugirió Crawford—. Vaya a tomar un café, lávese la cara. Él no puede decir nada. Si llegara a hacerlo, tengo la grabadora aquí al lado.

—De acuerdo. Me vendrá muy bien.

Cuando el agente salió, Graham dejó a Crawford junto al lecho del enfermo y se acercó a la mujer que esperaba en el pasillo.

—¿Wendy?

—Así es.

—Si de veras cree que quiere entrar allí, yo la acompañaré.

—Lo quiero. Tal vez sea mejor que me peine.

—No tiene importancia —respondió Graham.

El agente no trató de hacerla salir cuando volvió al cuarto.

Wendy, la de Wendy City, sujetaba la chamuscada garra de Lounds y tenía sus ojos fijos en él. Lounds se estremeció ligeramente, poco antes del mediodía.

—Todo va a andar bien, Roscoe —dijo ella—. Vamos a darnos la gran vida.

Lounds se estremeció nuevamente y murió.

23

El capitán Osborne, de la sección Homicidios de la policía de Chicago, tenía la cara gris y puntiaguda de un zorro de piedra. Por toda la comisaría se veían ejemplares del *Tattler*. Había uno sobre su escritorio.

No les ofreció sentarse a Graham y a Crawford.

—¿Tenían planeado algo con Lounds en Chicago?

—No, debía venir a Washington —respondió Crawford—. Había reservado un pasaje de avión. Estoy seguro que lo ha verificado.

—En efecto, así lo hice. Salió ayer de su oficina a la una y media. Fue atacado en el garaje de su departamento, posiblemente alrededor de las dos y diez.

—¿Encontraron algo en el garaje?

—Sus llaves fueron pateadas debajo de su automóvil. No hay ningún encargado del garaje. Tuvieron una puerta accionada por radio, pero cayó sobre un par de automóviles y la retiraron. Nadie lo presenció. Eso parece ser la cantilena actual. Estamos trabajando en su automóvil.

—¿Podríamos ayudarle?

—Les facilitaré los resultados cuando los tenga. No ha dicho gran cosa, Graham. Parecía mucho más comunicativo en el diario.

—Tampoco me he enterado de muchas cosas al escucharlo a usted.

—¿Está enfadado, capitán? —inquirió Crawford.

—¿Yo? ¿Y por qué? Localizamos una llamada telefónica a petición suya y atrapamos un maldito periodista. Luego nos comunican que no presentarán cargos en su contra. Hacen no sé qué clase de trato con él y aparece en primera plana de ese periódico. Los otros periódicos lo adoptan enseguida como si fuera de ellos.

»Y ahora tenemos el primer asesinato del Hada de los Dientes aquí, en Chicago. Qué maravilla. «El Hada de los Dientes en Chicago», fantástico. Antes de la medianoche tendremos seis tiroteos por accidente en casas de familia, un tipo borracho que trata de entrar desapercibidamente en su casa, la mujer lo oye y bang. Tal vez al Hada de los Dientes le agrade Chicago y decida quedarse y divertirse un rato.

—Podemos hacer lo siguiente —anunció Crawford—. Armar un gran alboroto, movilizar al jefe de policía y al fiscal federal, hacer correr a todo el mundo, incluidos usted y yo. O podemos tranquilizarnos y tratar de atrapar a ese degenerado. Esto fue ideado por mí y fue a parar al tacho, lo sé. ¿Le ha ocurrido alguna vez algo parecido en Chicago? No quiero pelear contra usted, capitán. Queremos agarrarlo y volver a nuestras casas. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Por el momento una taza de café. ¿Puedo ofrecerles una a ustedes también?

—Yo acepto —dijo Crawford.

—Y yo también —señaló Graham.

Osborne distribuyó las tazas de papel. Acto seguido los invitó a sentarse.

—El Hada de los Dientes debía de tener un furgón o una camioneta para poder trasladar a Lounds en esa silla de ruedas —manifestó Graham.

Osborne asintió.

—La placa que vio Lounds fue robada a un camión de un servicio de televisión en Oak Park. Robó una placa comercial, lo que indica que la quería para un camión o una furgoneta.

Reemplazó la del camión de TV con otra, también robada, para que no se dieran cuenta enseguida. Un muchacho muy astuto.

Hay algo que sabemos: robó la placa del camión de televisión poco después de las ocho y media de la mañana de ayer. El mecánico de televisión cargó nafta ayer a primera hora, y pagó con una tarjeta de crédito. El empleado copió el número correcto de la chapa en el recibo.

—¿Nadie vio ninguna clase de camión o furgón? —preguntó Crawford.

—Nada. El guardián del *Tattler* no vio absolutamente nada. A juzgar por lo que ve podría ser árbitro de lucha libre. El primero en acudir al *Tattler* fue el destacamento de bomberos. Iban solamente a apagar un incendio. Estamos interrogando a los que trabajan en el turno nocturno del *Tattler* y viven por allí y a los barrios a que concurrió el técnico de la televisión el martes por la mañana. Esperamos que alguien lo haya visto cambiar la chapa.

—Me gustaría ver nuevamente la silla —dijo Graham.

—Está en nuestro laboratorio. Los llamaré de parte de usted —Osborne hizo una pausa—. Tienen que reconocer que Lounds era un tipo corajudo. Recordar el número de la placa y decirlo en el estado en que estaba. ¿Escucharon la grabación de lo que dijo en el hospital?

Graham asintió.

—No quiero ser pesado, pero quiero saber si interpretamos la misma cosa. ¿Qué entendió usted?

Graham repitió en tono monótono:

—Hada de los Dientes. Graham me jodió. Ese mierda lo sabía. Graham me jodió. Ese mierda apoyó la mano sobre mí en la fotografía como si fuera su protegido.

Osborne no podía decir qué sentía Graham al respecto. Hizo otra pregunta.

—¿Se refería a la foto suya y de él en el *Tattler*?

—No puede ser otra cosa.

—¿Por qué se le habrá ocurrido esa idea?

—Lounds y yo tuvimos algunos encontronazos.

—Pero en la fotografía usted parecía muy amistoso. El Hada de los Dientes mata primero al animal favorito, ¿verdad?

—Eso es —«El zorro es bastante rápido», pensó Graham—. Qué pena que no lo utilizó como trampa.

Graham no dijo nada.

—¿Lo que dijo tiene algún otro significado para usted, algo que podamos utilizar?

Graham regresó de nadie sabe dónde y tuvo que repetir mentalmente la pregunta de Osborne antes de contestarle.

—Por lo que dijo Lounds sabemos que el Hada de los Dientes leyó el *Tattler* antes de atacarlo ¿verdad?

—Así es.

—Si usted parte de la idea de que el *Tattler* lo incentivó ¿no le parece que realizó todo esto con gran premura? El periódico salió de la imprenta el lunes por la noche, él aparece en Chicago robando las placas en algún momento del martes, posiblemente el martes por la mañana y ataca a Lounds el martes por la tarde. ¿Qué le sugiere eso?

—Que lo leyó con antelación o que no estaba muy lejos —dijo Crawford—. O lo leyó aquí, en Chicago, o en algún otro lugar el lunes por la noche.

Recuerden que estaba atento para ver qué aparecía en los avisos personales.

—Estaba ya aquí o vino manejando de bastante lejos —señaló Graham—. Atacó a Lounds demasiado rápido con una vieja e inmensa silla de ruedas que no se puede transportar en un avión ya que ni siquiera es plegable. No voló aquí, robó la furgoneta y las placas y salió en busca de una antigua silla de ruedas. Ya debía de tener una, las nuevas no servirían para su propósito. —Graham estaba parado jugando con el cordón de la persiana veneciana, mirando la pared de ladrillos del otro lado del patio de aire y luz—. O tal vez ya tenía la silla y lo había planeado con anticipación.

Osborne estuvo por hacer una pregunta pero la expresión de Crawford le aconsejó esperar. Graham hacía nudos en el cordón. Sus manos temblaban.

—Lo imaginó desde antes —le apuntó Crawford.

—Es posible —manifestó Graham—, pueden ver cómo la idea surge con la silla de ruedas. La visión y la idea de la silla de ruedas mientras piensa en qué puede hacerles a esos tipos molestos. Debe de haber sido todo un espectáculo ver a Freddy rodando por la calle envuelto en llamas.

—¿Cree usted que estaba observándolo?

—Quizá. Por cierto que lo vio mentalmente antes de hacerlo, cuando pensaba en qué represalias tomar.

Osborne observaba a Crawford. Crawford era sensato. Osborne sabía que era sensato y Crawford le seguía el juego.

—Si tenía una silla, o lo imaginó con antelación, podríamos investigar en las clínicas privadas, o la Administración de Veteranos —sugirió Osborne.

—Era perfecto para mantener inmóvil a Freddy —dijo Graham.

—Durante mucho tiempo. Desapareció quince horas y veinticinco minutos, aproximadamente —informó Osborne.

—Si sólo hubiera querido liquidar a Freddy, podría haberlo hecho igual en su garaje —prosiguió diciendo Graham—. Podía haberle prendido fuego dentro de su automóvil. Pero quería hablar con él y hacerle sufrir un rato.

—Lo hizo en la parte de atrás de su furgoneta o bien lo llevó a otra parte —manifestó Crawford—. A juzgar por el tiempo transcurrido, yo diría que lo llevó a otra parte.

—Debía de ser un lugar seguro. Bien arropado no llamaría demasiado la atención saliendo o entrando de una clínica —sugirió Osborne.

—No obstante está de por medio el ruido —observó Crawford—. Y bastante que limpiar. Supongamos que tiene la silla y acceso a la furgoneta y un lugar

seguro donde llevarlo para poder trabajar con él. ¿Les suena eso como su casa?

Sonó el teléfono de Osborne y lo atendió con un rugido.

—¿Qué? No, no quiero hablar con el *Tattler*. Bueno, pero mejor que no sea una tontería. Póngame con ella. Capitán Osborne, sí. ¿A qué hora? ¿Quién atendió inicialmente la llamada? ¿En el conmutador? Sáquela del conmutador, por favor. Repítame una vez más lo que dijo. Le enviaré un oficial dentro de cinco minutos.

Osborne miró pensativamente el teléfono después de colgar.

—La secretaria de Lounds recibió una llamada hace cinco minutos —dijo—. Jura que era la voz de Lounds. Decía algo que no comprendió. «La fuerza del Gran Dragón Rojo». Eso es lo que le pareció oírle decir.

24

El doctor Frederick Chilton estaba parado en el corredor junto a la celda de Hannibal Lecter. Lo acompañaban tres corpulentos ayudantes. Uno tenía un chaleco de fuerza y ataduras para las piernas y el otro un recipiente con Mace. El tercero introdujo un dardo tranquilizante en su rifle de aire comprimido.

Lecter estaba sentado frente a su mesa leyendo una tabla de estadísticas y tomando notas. Oyó los pasos que se acercaban. Escuchó el ruido del cerrojo del rifle muy cerca, a espaldas de él, pero continuó leyendo y no dejó entrever que sabía que Chilton estaba allí.

Chilton le había enviado los periódicos a mediodía y lo dejó esperar hasta la noche para enterarse del castigo que recibiría por ayudar al Dragón.

—Doctor Lecter —dijo Chilton.

—Buenas tardes, doctor Chilton —dijo Lecter dándose vuelta e ignorando la presencia de los guardias.

—He venido por sus libros. Todos sus libros.

—Entiendo. ¿Puedo saber cuánto tiempo piensa confiscarlos?

—Depende de su comportamiento.

—¿Tomó usted esta decisión?

—Yo decido los castigos que se aplican aquí.

—Por supuesto. No es el tipo de cosa que solicitaría Will Graham.

—Póngase de espaldas contra la pared y colóquese esto, doctor Lecter. No se lo pediré dos veces.

—Por supuesto, doctor Chilton. Espero que sea una treinta y nueve, las treinta y siete ajustan demasiado el pecho.

El doctor Lecter se colocó el chaleco como si estuviera poniéndose un smoking. Un ayudante pasó un brazo entre la red y se lo sujetó en la espalda.

—Ayúdenlo a acostarse en el catre —dijo Chilton.

Chilton limpiaba sus anteojos y revolvía los papeles personales de Lecter con un bolígrafo mientras los enfermeros vaciaban las estanterías.

Lecter lo observaba desde su rincón, sumido en la penumbra. Una curiosa gracia emanaba de su persona a pesar del chaleco y las correas.

—Debajo de la carpeta amarilla —dijo Lecter con voz calma—, encontrarán una nota de rechazo que envió el Archives. Me la trajeron por error junto con la correspondencia que me envía el Archives y temo que la abrí sin fijarme a quién estaba dirigido el sobre. Lo siento.

Chilton se sonrojó. Dirigiéndose a un ayudante le dijo:

—Será mejor que quiten el asiento del inodoro del doctor Lecter.

Chilton echó una mirada a la tabla de estadísticas. Lecter había escrito su edad arriba de todo: cuarenta y uno.

—¿Y qué es lo que tiene aquí? —preguntó Chilton.

—Tiempo —respondió Lecter.

El jefe de sección Brian Zeller tomó la caja del mensajero y las ruedas de la silla y se dirigió a Análisis Instrumental, caminando a una velocidad que hacía silbar sus pantalones de gabardina.

El personal del turno de día que no había podido retirarse todavía, conocía perfectamente bien el significado de ese sonido sibilante: Zeller estaba muy apurado.

Ya habían tenido demasiadas demoras. El fatigado correo, cuyo vuelo de Chicago había sido atrasado por el tiempo y luego desviado a Filadelfia, había alquilado un automóvil y se había dirigido al laboratorio del FBI en Washington.

El laboratorio del departamento de policía de Chicago era muy eficiente, pero no estaba equipado para realizar ciertas investigaciones. Zeller se dispuso a realizarlas ahora.

Dejó caer en el espectrómetro las partículas de pintura de la puerta del automóvil de Lounds.

Beverly Katz, de la sección Pelos y Fibras, recibió las ruedas para trabajar en ellas junto con otros de la sección.

La última parada de Zeller fue en el pequeño y caliente cuarto en el que Liza Lake estaba inclinada sobre su cromatógrafo de gases. Estaba verificando las cenizas de un incendio intencional en Florida, observando cómo la aguja trazaba una línea irregular sobre el papel que se deslizaba por el aparato.

—Líquido para encendedores Ace —dijo—. Eso fue lo que utilizó para encender el fuego —había visto tantas muestras que podía reconocer una marca sin tener que recurrir a los manuales.

Zeller apartó sus ojos de Liza Lake y se reprochó severamente por sentir placer en esa oficina. Carraspeó y levantó las dos relucientes latas de pintura.

—¿Chicago? —preguntó ella.

Zeller asintió.

La joven verificó el estado de las latas y el cierre de las tapas. Una lata contenía cenizas de la silla de ruedas; la otra, restos calcinados de Lounds.

—¿Cuánto tiempo ha estado en las latas?

—Seis horas aproximadamente —respondió Zeller.

—Lo revisaré.

Pinchó la tapa con una gruesa jeringa, extrajo el aire que había estado en contacto con las cenizas, y lo inyectó directamente en el cromatógrafo para gases. Realizó unos pocos ajustes. Mientras la muestra se movía en la columna de presión de la máquina, la aguja zigzagueaba en el amplio papel cuadriculado.

—Sin plomo —manifestó Liza Lake—. Es gasohol, gasohol sin plomo. No se ve mucho ese combustible —revisó rápidamente las páginas de un fichero con muestras de gráficos—. No puedo decirle qué marca es todavía. Permítame analizarlo con pentano y luego le avisaré.

—Bien —respondió Zeller.

El pentano disolvería los fluidos de las cenizas y luego se fraccionaría rápidamente en el cromatógrafo, dejando los fluidos para un análisis más preciso.

Para la una del mediodía Zeller tenía todo el material que fue posible obtener.

Liza Lake consiguió averiguar el nombre del gasohol: Freddy Lounds había sido quemado con una mezcla llamada «Servco Supreme».

Después de cepillar pacientemente las estrías de las llantas de las ruedas de la silla, aparecieron dos tipos de fibra de alfombra: una de lana y otra sintética. El moho en el polvo de las fibras indicaba que la silla había sido guardada en un lugar fresco y oscuro.

Los otros resultados eran menos satisfactorios. Las partículas de pintura resultaron no ser de una pintura original de fábrica. Luego de haber sido inyectadas en el espectrómetro y comparadas con los archivos de pintura de

automóviles de industria nacional, se comprobó que era un esmalte Duco de buena calidad, manufacturado en una partida de setecientos mil litros, durante el primer cuatrimestre de 1978 para ser vendido a varias firmas dedicadas a la pintura de automóviles.

Zeller esperaba descubrir una marca de automóvil y la fecha aproximada de fabricación.

Envió un télex a Chicago con los resultados obtenidos.

El Departamento de Policía de Chicago solicitaba la devolución de las ruedas. Resultó un incómodo envoltorio para el correo. Zeller le agregó a su cartera unos informes del laboratorio, junto con correspondencia y un paquete que había llegado dirigido a Graham.

—No soy el Experto Federal —afirmó el mensajero cuando tuvo la seguridad de que estaba fuera del alcance del oído de Zeller.

El Departamento de Justicia posee varios pequeños departamentos cerca del Tribunal del Séptimo Distrito de Chicago para uso de los juristas y testigos especiales cuando sesiona el tribunal. Graham se alojó en uno de ellos y Crawford en otro, del lado opuesto del pasillo.

Llegó a las nueve de la noche, cansado y mojado. No había comido desde que desayunó en el avión que lo trajo de Washington y la idea de comer le repugnaba.

Por fin terminaba ese lluvioso miércoles. Era uno de los peores días que recordaba.

Al haber sido eliminado Lounds, era probable que la próxima víctima fuera él y Chester le había cuidado su espalda el día entero, mientras estuvo en el garaje de Lounds y parado bajo la lluvia en el pavimento chamuscado donde Lounds se quemó. Blancos haces de luz iluminaron su cara mientras le manifestaba a la prensa que «estaba profundamente apenado por la pérdida de su amigo Freddy Lounds».

Pensaba asistir al funeral. Y también irían numerosos agentes federales y policiales con la esperanza de que el asesino fuera a ver llorar a Graham.

En ese momento no sentía nada que pudiera identificar, solamente una fría sensación de náusea y una ocasional oleada de angustiosa alegría por no haber sido él el que murió quemado en lugar de Lounds.

A Graham le parecía que no había aprendido nada en cuarenta años:

solamente había conseguido cansarse.

Se preparó un gran Martini y lo bebió mientras se desvestía. Bebió otro después de bañarse, mientras miraba el noticiero.

(Una emboscada del FBI para atrapar al Hada de los Dientes fracasa y muere un viejo periodista. Volveremos con más detalles en el Noticiero Testigo Ocular cuando finalice este programa).

Antes de finalizar la emisión, se referían al asesino como «El Dragón». El *Tattler* lo había repartido a todas las agencias noticiosas. Graham no se sorprendió. La edición del jueves se iba a vender muy bien.

Se preparó un tercer Martini y llamó a Molly.

Molly había visto el noticiero de la televisión de las seis y el de las diez y había leído el *Tattler*. Sabía que Graham había sido el cebo de una trampa.

—Deberías habérmelo dicho, Will.

—Quizá. Pero no estoy seguro.

—¿Y ahora tratará de matarte a ti?

—Tarde o temprano. Aunque ahora le resultará más difícil, ya que estoy de un lado para otro. Estoy protegido permanentemente, Molly, y él lo sabe. No me ocurrirá nada.

—Me parece que tienes la lengua un poco trabada ¿has hecho alguna visita a tu amigo de la nevera?

—Tomé un par de copas.

—¿Cómo te sientes?

—Bastante mal.

—El informativo dijo que el periodista no contaba con ninguna protección del FBI.

—Se suponía que debía estar con Crawford cuando el Hada de los Dientes recibiera el periódico.

—En el noticiero ahora lo llaman el Dragón.

—Así es como se llama a sí mismo.

—Will, hay una cosa que… quiero irme con Willy de aquí.

—¿Y adónde irías?

—A la casa de sus abuelos. Hace mucho que no lo ven y estarían encantados.

—Oh, um-hmmm.

Los abuelos paternos de Willy tenían una propiedad en la costa de Oregón.

—Este lugar es tétrico. Sé que se supone que es seguro, pero no logramos dormir muy bien. Tal vez la lección de tiro me asustó, no lo sé.

—Lo siento, Molly. Ojalá pudiera decirte cuánto lo siento.

—Te extrañaré. Ambos te extrañaremos.

Por lo visto estaba decidida.

—¿Cuándo te irás?

—Por la mañana.

—¿Y qué pasará con la tienda?

—Evelyn quiere hacerse cargo. Yo haré el pedido de la mercadería de otoño con los mayoristas, nada más que por el interés, y ella puede guardarse lo que gane.

—¿Y los perros?

—Le pedí que llamara a la municipalidad, Will. Lo siento, pero tal vez alguien se haga cargo de algunos.

—Molly, yo…

—Me quedaría aquí si así pudiera evitar que te ocurriera algo malo a ti. Pero tú no puedes salvar a nadie, Will, y yo no te puedo ayudar. Mientras que si vamos allí, tú puedes preocuparte sólo de cuidar de ti. No pienso tener que cargar con esta maldita pistola por el resto de mis días, Will.

—Tal vez puedas hacer una escapada a Oakland y asistir a un partido de los A's. —No era eso lo que quería decirle. Dios mío, qué silencio tan largo.

—Bien, te llamaré —dijo ella—, o más bien supongo que tendrás que llamarme tú allí.

Graham sintió que algo se quebraba. Le faltaba el aire.

—Permíteme que le pida a la oficina que se ocupe de los arreglos necesarios. ¿Has reservado ya pasaje?

—Pero no bajo mi nombre. Pensé que tal vez los periodistas…

—Bien. Bien. Permíteme que mande a alguien para que te acompañe hasta el avión. Así no tendrás que subir por la puerta de los pasajeros y bajarás en Washington sin problemas. ¿Puedo hacerlo? Déjame hacerlo. ¿A qué hora sale tu avión?

—Nueve y cuarenta. American 118.

—Muy bien, ocho y media, detrás del Smithsonian. Hay un estacionamiento de automóviles. Deja el tuyo allí. Alguien te buscará. Escuchará su reloj, lo acercará a su oreja cuando se baje del automóvil ¿de acuerdo?

—Muy bien.

—Oye, ¿cambias de avión en O'Hare? Podría ir.

—No. Cambio en Minneapolis.

—Oh, Molly. ¿Crees que cuando todo termine puedo ir allí a buscarte?

—Sería muy agradable.

Muy agradable.

—¿Tienes dinero suficiente?

—El banco me va a girar algo.

—¿Qué?

—A Barclay, en el aeropuerto. No te preocupes.

—Te extrañaré.

—Yo también, pero va a ser igual que ahora. La misma distancia por teléfono. Willy te manda decir hola.

—Saluda a Willy de mi parte.

—Ten cuidado, querido.

Nunca lo había llamado querido antes. No le importaba. No le importaban los nombres nuevos; querido, Dragón Rojo.

El oficial a cargo de la guardia nocturna en Washington se alegró de poder hacer los arreglos para Molly. Graham apoyó la cara contra la ventana fría y observó cómo caía la lluvia a torrentes sobre el tráfico allá abajo, y cómo el resplandor de los relámpagos coloreaba súbitamente la calle gris. Su cara dejó en el vidrio la marca de la frente, la nariz, los labios y el mentón.

Molly se había ido.

El día había terminado y debía enfrentarse solamente a la noche y a esa voz sin labios que lo acusaba.

La mujer de Lounds le había sujetado la mano hasta que todo terminó.

«Hola, habla Valerie Leeds. Siento no poder atender el teléfono en este momento…».

—Yo también lo siento —musitó Graham.

Llenó nuevamente su vaso y se sentó a la mesa junto a la ventana, mirando la silla vacía frente a él. Siguió mirando hasta que el espacio de la silla de enfrente adquirió la forma de un hombre, llena de manchas oscuras que se movían, una presencia como una sombra sobre el polvo en suspensión. Trató de que la imagen se detuviera, de ver una cara. Pero no se movía, no tenía semblante y, sin embargo, a pesar de la falta de rasgos lo miraba con una atención palpable.

—Sé que es duro —dijo Graham. Estaba completamente borracho—. Tienes que tratar de detenerte, esperar hasta que te encontremos. Si debes hacer algo, ¡qué joder!, ven por mí. No me importa. Será mejor después. Ahora tienen unas cuantas cosas como para detenerte. Para que no sigas teniendo tantas ganas de

hacerlo. Ayúdame, ayúdame un poco. Molly se ha ido, el viejo Freddy está muerto. Ahora quedamos tú y yo, compañero.

Se inclinó sobre la mesa con el brazo extendido para tocar y la presencia desapareció.

Graham apoyó la cabeza sobre la mesa y la mejilla contra su brazo. Podía ver la marca de su frente, nariz, boca, y mentón en la ventana al iluminarla la luz de un relámpago; una cara con gotas cayendo sobre ella por el vidrio. Sin ojos. Una cara llena de lluvia.

Graham había tratado desesperadamente de comprender al Dragón.

A veces, en el silencio de las casas de sus víctimas, quebrado sólo por el ruido de su respiración, el mismo espacio por el que había transitado el Dragón parecía querer hablarle.

A veces Graham se sentía muy cerca. Una sensación que recordaba de otras investigaciones se había apoderado de él en los últimos días: la desagradable impresión de que él y el Dragón estaban haciendo las mismas cosas en diferentes momentos del día, que existía un paralelo entre los detalles cotidianos de sus vidas. En algún lugar el Dragón estaba comiendo, o bañándose, o durmiendo al mismo tiempo que él lo hacía.

Graham se esforzó mucho para conocerlo. Trató de verlo más allá del cegador reflejo de diapositivas y frascos, debajo de las líneas de los informes policiales, trató de ver su cara entre los renglones de los periódicos. Trató con todas sus fuerzas.

Pero para poder empezar a comprender al Dragón, para escuchar el frío goteo en su oscuridad, para observar al mundo a través de su roja bruma, Graham tendría que ver cosas que nunca podría ver, y tendría que poder volar a través del tiempo.

25

SPRINGFIELD, MISSOURI, 14 de junio de 1938

Marian Dolarhyde Trevane, cansada y con dolores de parto se bajó del taxi al llegar al City Hospital. Una fina arenisca levantada por un viento cálido le castigó los tobillos al subir la escalinata. La valija que llevaba era mejor que su vestido suelto, así como también el elegante bolso de malla que apretaba contra su abultado vientre. Tenía dos monedas de veinticinco centavos y una de diez en la cartera. Y a Francis Dolarhyde en su vientre.

Le dijo al empleado de recepción que se llamaba Betty Johnson, lo que no era cierto. Que su esposo era un músico y que no sabía dónde estaba, y eso era verdad.

La instalaron en la sección de indigentes de la sala de maternidad. No miró a las pacientes que estaban a ambos lados de su cama. Miraba las plantas de los pies del otro lado del pasillo.

Al cabo de cuatro horas la llevaron a la sala de partos, donde nació Francis Dolarhyde. El obstetra dijo que parecía «más un murciélago de nariz aplastada que un bebé», otra verdad. Nació con cortes bilaterales en su labio superior y en la parte anterior y posterior del paladar. La parte central de su boca no estaba sujeta y sobresalía. Su nariz era chata.

Los médicos decidieron no mostrárselo inmediatamente a su madre. Querían esperar hasta ver si la criatura podía sobrevivir sin oxígeno. Lo colocaron en una cuna en la parte de atrás de la sala de lactantes, como para que no pudiera ser visto desde la vidriera. Respiraba, pero no podía alimentarse. Le era imposible succionar con ese paladar partido.

Su llanto durante el primer día no fue tan continuo como el de un bebé adicto a la heroína, pero igualmente penetrante.

En la mañana del segundo día todo lo que podía exteriorizar era un débil gemido.

A las tres de la tarde, cuando cambió el turno, una gran sombra cayó sobre su cuna. Prince Easter Mize, encargada de la limpieza y ayudante de la sala de lactantes, con casi cien kilos de peso, se paró a mirarlo, con los brazos cruzados sobre su pecho. En los veintiséis años que había trabajado en esa sala había visto alrededor de treinta y nueve mil bebés. Este viviría si lograba alimentarse.

Prince Easter no había recibido ninguna orden del Señor respecto de dejar morir a esta criatura. Y dudaba que el hospital hubiera recibido alguna. Sacó de su bolsillo un tapón de goma del que salía una pajita curva de vidrio para beber. Colocó el tapón en un frasco con leche. En una de sus grandes manazas sostenía al bebé y apoyaba sobre ella su cabeza. Lo recostó contra su pecho hasta saber que había escuchado los latidos de su corazón. Luego, con un rápido movimiento le dio la vuelta y le introdujo el tubo en la garganta. Tomó alrededor de sesenta gramos y se quedó dormido.

—Um-Hum —dijo depositándolo nuevamente en la cuna y reanudando sus tareas de limpieza.

Al cuarto día las enfermeras trasladaron a Marian Dolarhyde Trevane a una habitación privada. En el lavabo había una jarra enlozada con un ramo de flores dejado por el ocupante anterior. Se mantenían bastante bien.

Marian era una joven bonita y su cara había empezado ya a deshincharse. Miró al médico cuando comenzó a hablarle con la mano apoyada sobre su hombro. Aspiraba el penetrante olor a jabón de su mano y pensaba en las arrugas que tenía alrededor de los ojos hasta que cayó en cuenta de lo que le estaba diciendo. Cerró entonces los suyos y no los abrió cuando trajeron al bebé.

Finalmente lo miró. Cerraron la puerta cuando gritó. Y enseguida le aplicaron una inyección.

Al quinto día abandonó sola el hospital. No sabía dónde ir. Nunca más podría volver a su casa; su madre se lo había dicho claramente.

Marian Dolarhyde Trevane contó los pasos entre los faroles de luz. Cada tres faroles se sentaba sobre la valija para descansar. Por lo menos tenía la valija. En

todas las ciudades había una casa de empeño cerca de la estación de ómnibus. Lo había aprendido viajando con su esposo.

En 1938 Springfield no era un centro de cirugía plástica. En Springfield uno tenía la cara con la que había nacido.

Un cirujano del hospital municipal hizo todo lo que estaba dentro de sus posibilidades por Francis Dolarhyde, contrayendo en primer lugar la sección frontal de su boca con una banda elástica, luego cerrando las aberturas de su labio por medio de una técnica de superposición rectangular, hoy en día totalmente anticuada. El resultado de los cosméticos no fue satisfactorio.

El cirujano se había tomado el trabajo de buscar información sobre ese problema y decidió, acertadamente, que debía esperarse hasta que el niño tuviera cinco años para arreglarle el paladar. Una operación prematura podría distorsionar el desarrollo de su cara.

Un dentista local se ofreció para fabricar un obturador que cerrara el paladar del bebé, permitiéndole alimentarse sin que la comida pasara a la nariz.

El niño fue enviado al Hogar de Huérfanos de Springfield durante un año y medio y luego al Orfanato Morgan Lee Memorial.

El reverendo S. B. «Buddy» Lomax era el director del orfanato. El hermano Buddy convocó a los demás niños y niñas y les dijo que Francis tenía labio leporino pero que debían cuidarse muy bien de llamarlo alguna vez así.

El hermano Buddy les sugirió que rezaran por él.

La madre de Francis Dolarhyde aprendió a ganarse la vida durante los años siguientes al nacimiento de su hijo.

Marian Dolarhyde encontró primero un trabajo como dactilógrafa de un jefe de circunscripción del partido demócrata de St. Louis. Con su ayuda consiguió la anulación de su casamiento con el ausente Trevane.

En los documentos de anulación no se mencionaba para nada la existencia de un niño.

No tenía ninguna relación con su madre. («No te crie para que te acostaras con ese irlandés vagabundo», fueron las palabras con las que la señora Dolarhyde se despidió de Marian cuando ésta abandonó su hogar con Trevane).

El exmarido de Marian la llamó una vez a su trabajo. Sobrio y piadoso, le dijo que lo habían salvado y quería saber si él, Marian y el niño que «nunca tuvo

la dicha de conocer» podrían empezar una nueva vida juntos. Daba la impresión de estar sin un peso.

Marian le dijo que el niño había nacido muerto y cortó la comunicación.

Se presentó totalmente borracho y con una valija en la pensión de Marian. Cuando ella le dijo que no quería saber nada de él, Trevane le hizo notar que el matrimonio había fracasado por culpa de ella y que era la responsable de que el niño hubiera nacido muerto. Manifestó tener dudas de que se hubiese tratado de un hijo suyo.

En un arranque de ira Marian Dolarhyde le dijo a Michael Trevane exactamente qué clase de hijo había tenido, agregando que podía reclamarlo cuando quisiera. Le hizo recordar que en la familia Trevane había dos casos de paladar partido.

Lo echó a la calle, recomendándole que jamás volviera a llamarla. Él no lo hizo. Pero años después, borracho y meditando sobre el nuevo y rico marido de Marian y la buena vida que se daban, llamó a la madre de Marian.

Le contó a la señora Dolarhyde que tenía un nieto deforme y le dijo que sus dientes de conejo eran la prueba de que esa tara hereditaria se remontaba a los Dolarhyde.

Una semana después, un tranvía de Kansas City cortaba en dos a Michael Trevane.

La señora Dolarhyde no pudo dormir en toda la noche cuando Michael Trevane le dijo que Marian tenía un hijo oculto. Se quedó sentada en la silla hamaca contemplando el fuego de la chimenea. Al despuntar el alba empezó a mecerse lenta y deliberadamente.

En el piso de arriba de la gran casa una voz cascada llamó entre sueños. El piso del cuarto ubicado justo arriba de donde estaba sentada la señora Dolarhyde crujió al arrastrarse alguien hacia el baño.

Oyó un fuerte golpe en el techo —como si alguien hubiera caído— y la voz cascada gimió de dolor.

La señora Dolarhyde no apartó en ningún momento su vista del fuego. Se hamacó más rápidamente y al cabo de un rato los gemidos cesaron.

Próximo ya a cumplir seis años, Francis Dolarhyde recibió su primera y única visita en el orfanato.

Estaba sentado en la cafetería cuando un muchacho más grande vino a

buscarlo, sacándolo de ese ambiente sofocante para conducirlo a la oficina del Hermano Buddy.

La señora que estaba esperando allí era alta y de edad madura, muy empolvada y con el pelo sujeto en un apretado rodete. Su cara era increíblemente pálida. Tenía unas manchas amarillentas en su pelo gris, en los ojos y en sus dientes.

Lo que le llamó la atención a Francis, lo que siempre recordaría, fue que sonrió complacida al ver su cara. Eso jamás le había pasado. Y nadie volvería a hacerlo.

—Esta es tu abuela —le dijo el Hermano Buddy.

—Hola —dijo ella.

El Hermano Buddy se secó la boca con una gran manaza.

—Vamos, di «hola».

Francis había aprendido a decir algunas cosas con mucho esfuerzo pero no había tenido muchas oportunidades de decir «hola».

—Llha —fue lo mejor que pudo vocalizar.

Su abuela pareció más contenta aún con él.

—¿Puedes decir «abuela»?

—Trata de decir «abuela» —insistió el Hermano Buddy.

Por más que se esforzó le resultó imposible y se puso a llorar. Una avispa colorada zumbaba revoloteando contra el techo.

—No importa —dijo su abuela—. Apuesto a que sabes decir tu nombre. Un chico grande como tú tiene que saber decir cómo se llama. Hazme el favor de decirlo.

La cara del niño se iluminó. Los chicos mayores le habían ayudado a decirlo. Quería darle el gusto. Hizo un esfuerzo.

—Cara de culo —respondió.

Tres días después la señora Dolarhyde buscaba a Francis en el orfanato para llevárselo a vivir con ella. Comenzó enseguida a ayudarlo a hablar. Se concentraron en una única palabra. Mamá.

Al cabo de dos años de la anulación, Marian Dolarhyde conoció y se casó con Howard Vogt, un exitoso abogado relacionado sólidamente con el partido de St.

Louis y lo que quedaba del viejo Pendergast en Kansas.

Vogt era un viudo con tres niños chicos, un hombre agradable y ambicioso, quince años mayor que Marian Dolarhyde. Lo único que detestaba en el mundo era el *Post Dispatch*, de St. Louis, que había sacado sus trapitos al sol durante el escándalo del registro de votantes en 1936 y arruinado el intento del partido en 1940 por apoderarse de la gobernación.

Pero en 1943 la estrella de Vogt estaba surgiendo nuevamente. Era candidato para la legislatura estatal y se le mencionaba como posible delegado para la próxima convención constitucional.

Marian era una atractiva y hábil dueña de casa y Vogt le compró una bonita mansión con revestimiento de madera en la calle Olive, especial para recibir a mucha gente.

Francis Dolarhyde había vivido una semana con su abuela cuando lo llevó allí.

La señora Dolarhyde no había visto nunca la casa de su hija. La mucama que le abrió la puerta no la conocía.

—Soy la señora Dolarhyde —dijo haciendo a un lado a la sirvienta. La enagua asomaba como diez centímetros por debajo de la parte de atrás de su vestido. Hizo pasar a Francis a un gran living en cuya chimenea ardía un fuego acogedor.

—¿Quién es, Viola? —inquirió desde el piso de arriba una voz femenina.

La señora Dolarhyde cubrió la cara de Francis con su mano. El chico aspiró el olor a cuero de su guante. Y enseguida le susurró:

—Ve a ver a tu madre, Francis. Ve a ver a tu madre. ¡Corre!

El niño se acobardó y trató de retroceder.

—Ve a ver a tu madre. ¡Corre! —Lo tomó de los hombros y lo condujo hasta la escalera. Subió trotando hasta el rellano y se dio vuelta para mirarla. Ella lo alentó con un gesto del mentón.

Llegó hasta ese desconocido pasillo y a la puerta abierta del dormitorio.

Su madre estaba sentada frente a la mesa del tocador, verificando su maquillaje en un espejo rodeado de luces. Se preparaba para una reunión política y no era aconsejable un exceso de rouge. Estaba de espaldas a la puerta.

—Ahá —musitó Francis, tal como le habían enseñado. Trató con toda su alma de decirlo bien—. Ahá.

Entonces ella lo vio en el espejo.

—Si buscas a Ned, todavía no ha vuelto del…

—Ahá —repitió acercándose a la despiadada luz.

Marian oyó la voz de su madre abajo pidiendo té. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y permaneció sentada inmóvil. No se dio vuelta. Apagó las luces del espejo y su imagen desapareció de él. En la oscuridad del cuarto dejó escapar un bajo y único gemido que terminó en un sollozo. Podría haber sido por ella, o quizá por el niño.

Después de esa visita, la señora Dolarhyde llevó a Francis a todos los mítines políticos y explicaba quién era y de dónde venía. Le hacía decir «hola» a todo el mundo. Pero no ensayaron el «hola» en su casa.

El señor Vogt perdió la elección por mil ochocientos votos.

26

El nuevo mundo que descubrió Francis Dolarhyde en casa de su abuela era una jungla de piernas con venas azuladas.

Hacía tres años que la señora Dolarhyde estaba a cargo de su hogar de ancianos cuando Francis fue a vivir con ella. El dinero había constituido un problema desde que murió su marido en 1936; había sido educada como una dama y no poseía habilidades redituables.

Todo lo que tenía era una casa grande y las deudas de su marido. Convertirla en una pensión era imposible. El lugar estaba demasiado aislado para poder conseguir muchos pensionistas. La amenazaron con desalojarla.

La señora Dolarhyde sintió que Dios la tomaba de la mano al leer en el periódico el anuncio de la boda de Marian con el influyente señor Howard Vogt. Escribió varias veces a su hija solicitándole ayuda, pero nunca recibió contestación. Cada vez que la llamaba por teléfono la mucama le decía que la señora Vogt había salido.

Finalmente, y con gran amargura, la señora Dolarhyde hizo un arreglo con el condado y comenzó a recibir personas mayores indigentes. El gobierno le pagaba una suma por cada pensionista y de tanto en tanto una remuneración, cuando conseguían localizar algún pariente. Fue muy duro hasta que empezó a recibir algunos pacientes particulares provenientes de familias de la clase media.

No contó con ninguna clase de ayuda de parte de Marian durante todo ese tiempo, aunque Marian podría haberla ayudado bastante.

Francis Dolarhyde jugaba en ese momento en el suelo, rodeado por ese bosque de piernas. Jugaba a los autitos con las piezas del Mahjong de su abuela, empujándolas entre pies retorcidos como raíces nudosas.

La señora Dolarhyde conseguía que sus huéspedes lucieran limpios guardapolvos, pero le resultaba imposible convencerlos de que no debían

quitarse los zapatos.

Los viejos pasaban el día entero sentados en el living escuchando la radio. La señora Dolarhyde había instalado un pequeño acuario para que se entretuvieran mirándolo y un benefactor particular contribuyó para poder cubrir el piso de parquet con linóleo solucionando las molestias de la inevitable incontinencia.

Se sentaban uno al lado del otro en los sofás y sillas de ruedas y escuchaban la radio fijando sus ojos desteñidos en los peces, o en nada, o en algo que habían visto muchos años atrás.

Francis recordaría siempre el ruido de pies que se arrastraban por el linóleo entre los zumbidos de los días calurosos y el olor a guiso de tomates y repollo proveniente de la cocina, y el olor de esos viejos semejante al de carne secándose al sol y la sempiterna radio.

Rinso white, Rinso bright
Happy little washday song.

Francis pasaba el mayor tiempo posible en la cocina, porque su amiga estaba allí. Queen Mother Bailey, la cocinera, se había criado al servicio de la familia del abuelo Dolarhyde. A veces le traía a Francis una ciruela en el bolsillo de su delantal y lo llamaba: «Pichón de comadreja, siempre soñando». La cocina era abrigada y segura. Pero Queen Mother Bailey regresaba a su casa por las noches.

Diciembre, 1943

Francis Dolarhyde, que tenía entonces cinco años, estaba acostado en su dormitorio del primer piso en casa de su abuela. El cuarto estaba totalmente a oscuras pues estaban corridas las cortinas negras contra los bombardeos de los japoneses. No podía decir «japonés». Tenía necesidad de orinar. Pero le daba miedo levantarse a oscuras.

Llamó a su abuela que dormía en el piso de abajo.

—Aela. Aela —parecía un cabrito balando. Llamó hasta el cansancio—. O aor, Aela.

Y entonces se le escapó, corriendo caliente entre sus piernas y bajo el trasero y luego frío, pegándole el camisón al cuerpo. No sabía qué hacer. Inspiró hondo

y se dio vuelta hacia la puerta. No pasó nada. Apoyó un pie en el piso. Se paró en la oscuridad, el camisón adherido a sus piernas, el rostro arrebatado. Corrió hacia la puerta. La manija le golpeó en la ceja y cayó sentado sobre la ropa empapada, se levantó de un salto y se lanzó escaleras abajo, deslizando los dedos sobre la baranda. Hacia el cuarto de su abuela. Pasando por encima de ella en la oscuridad, metiéndose bajo las cobijas, calentándose contra su cuerpo.

Su abuela se movió, se estiró, la espalda rígida contra su mejilla y con voz sibilante dijo:

—Jamásh he vishto. —Un golpeteo en la mesa de luz hasta que encontró los dientes postizos y un chasquido cuando se los colocó—. Jamás he visto un chico tan desagradable y sucio como tú. Sal de aquí, bájate de esta cama.

Encendió la lámpara de la mesa de noche. El niño estaba parado sobre la alfombra temblando. Ella pasó el dedo pulgar sobre su ceja y lo retiró manchado de sangre.

—¿Rompiste algo?

Francis sacudió tan rápido la cabeza, que unas gotitas de sangre salpicaron el camisón de su abuela.

—Arriba. Rápido.

La oscuridad cayó sobre él mientras subía la escalera. No podía encender la luz porque su abuela había cortado los cables bien alto, como para que sólo ella pudiera alcanzarlos. No quería volver a meterse en la cama mojada. Se quedó un buen rato parado en el cuarto oscuro, agarrado a los pies de la cama. Pensó que su abuela no subiría nunca. Los oscuros rincones de su dormitorio sabían que no subiría.

Pero por fin apareció, llevando un montón de sábanas bajo el brazo y oprimió la perilla de la luz del techo que colgaba de un cable corto. No le dirigió la palabra mientras cambiaba la ropa de cama.

Lo agarró del brazo y lo empujó por el pasillo hacia el baño. La luz estaba sobre el espejo y tuvo que pararse en puntas de pie para alcanzarla. Le dio un guante de toalla, mojado y frío.

—Quítate el camisón y límpiate.

Sintió el olor a tela adhesiva y vio el brillo de las tijeras de costurero. Cortó un trozo de tela adhesiva, lo hizo pararse sobre la tapa del inodoro y le cubrió el corte de la ceja.

—Muy bien —dijo su abuela.

Francis sintió el frío de la tijera que había apoyado contra su bajo vientre.

—Mira —le ordenó. Agarrándolo por la nuca, le hizo agachar la cabeza hasta que vio su pequeño pene sobre la hoja inferior de la tijera abierta. La abuela comenzó a cerrar la tijera hasta que sintió un pinchazo.

—¿Quieres que te lo corte?

Trató de mirarla pero lo tenía sujeto por la cabeza. Sollozó y la saliva cayó sobre su estómago.

—¿Quieres que te lo corte?

—No, Aela. No, Aela.

—Palabra de honor que te lo cortaré si vuelves a mojar la cama. ¿Comprendes?

—Sí, Aela.

—Puedes llegar al baño sin encender la luz y sentarte como un niño bueno. No debes pararte. Ahora vuelve a la cama.

A las dos de la mañana se levantó viento, trayendo una cálida ráfaga del sudeste, que hizo sacudirse a las ramas de los manzanos secos y susurrar a las hojas de los manzanos verdes. La lluvia arrastrada por el viento azotó el costado de la casa en la que Francis Dolarhyde, de cuarenta y dos años de edad, dormía plácidamente.

Estaba acostado de lado, con el pulgar en la boca, su pelo húmedo pegoteado a la frente y el cuello.

De repente se despertó. Escuchó el ruido de su respiración en la oscuridad y el débil sonido del parpadeo de sus ojos. Sus dedos tenían un leve olor a nafta. Su vejiga estaba llena.

Tanteó la mesa de luz hasta encontrar el vaso en que estaban sus dientes.

Dolarhyde se coloca siempre los dientes antes de levantarse. Se dirigió entonces al baño. No encendió la luz. Encontró el inodoro en la oscuridad y se sentó como un niño bueno.

27

El cambio de la señora Dolarhyde se hizo evidente por primera vez durante el invierno de 1947, cuando Francis tenía ocho años.

Suspendió las comidas que compartía con Francis en su dormitorio. Ambos se trasladaron a la mesa general del comedor, la que presidía frente a sus ancianos huéspedes.

La señora Dolarhyde, que había sido entrenada de niña para convertirse en una deliciosa ama de casa, sacó de un ropero y lustró la campanita de plata y la colocó junto a su plato.

Organizar una comida, escalonando los platos que se sirven, dirigiendo la conversación, desviando las trivialidades hacia temas interesantes, poniendo de relieve las mejores facetas de los más capaces y atrayendo la atención de los otros comensales, es un arte difícil que lamentablemente hoy está en franca decadencia.

La señora Dolarhyde había sido muy buena para ello en su momento. Sus esfuerzos en esa mesa animaron al principio las comidas de los dos o tres huéspedes capaces de mantener una conversación corrida.

Francis ocupaba el lugar del dueño de casa, en el otro extremo de esa avenida de cabezas que se sacudían, mientras su abuela sacaba a la luz recuerdos de aquéllos que podían recordar. Demostró marcado interés por el viaje de luna de miel a Kansas City de la señora Flodder, repasó varias veces la epidemia de fiebre amarilla con el señor Eaton y escuchó atentamente los vagos e ininteligibles sonidos de los demás.

—¿No te parece interesante, Francis? —preguntaba mientras hacía sonar la campanita para que sirvieran otro plato. La comida consistía en una variedad de legumbres y papillas de carne, pero la dividía en varios platos, dificultando sobremanera el trabajo en la cocina.

Jamás se mencionaban los accidentes que ocurrían en la mesa. Un toque de campana y un gesto en la mitad de una frase, eran suficientes para solucionar el problema de los que habían derramado comida, o se habían dormido u olvidado qué estaban haciendo en la mesa. La señora Dolarhyde mantuvo siempre un personal tan numeroso como sus finanzas le permitían pagar.

A medida que su salud declinó, perdió peso y pudo usar vestidos que habían estado guardados muchos años. Algunos eran realmente elegantes. Sus rasgos y su peinado le brindaban cierto parecido con la imagen de George Washington reproducida en los billetes de un dólar.

Sus modales se deterioraron un poco al llegar la primavera. Presidía la mesa sin permitir que nadie la interrumpiera cuando contaba episodios de su juventud en St. Charles, inclusive algunos detalles personales para inspirar e instruir a Francis y los demás.

Es verdad que la señora Dolarhyde había sido una niña con mucho éxito durante la temporada de 1907 en St. Charles y fue invitada a los mejores bailes del otro lado del río, en St. Louis.

Había una lección especial en esto para todos, manifestó, mirando fijamente a Francis, que cruzó las piernas debajo de la mesa.

—Yo salí en sociedad en una época en que la medicina no tenía muchos recursos para combatir las pequeñas fallas de la naturaleza —manifestó—. Tenía una piel y un pelo preciosos y saqué el mayor partido posible de ellos. Superé mis dientes con mi fuerte personalidad y vivo ingenio, a tal punto, que se convirtieron en mi «rasgo atractivo». Creo que inclusive podrían llamarlos mi «rasgo encantador». No los habría cambiado por nada del mundo.

Desconfiaba de los médicos, explicó finalmente, pero cuando resultó evidente que su problema con las encías entrañaría la pérdida de sus dientes, buscó uno de los más famosos dentistas del Medio Oeste, el doctor Félix Bertl, un suizo. «Los dientes suizos del doctor Bertl eran muy conocidos entre cierta clase de gente», dijo la señora Dolarhyde, «y además tenía una gran experiencia».

Cantantes de ópera temerosos de que nuevas formas en sus bocas modificaran su voz, actores y otras personas de actuación pública, venían inclusive desde San Francisco para consultarlo.

El doctor Bertl podía reproducir exactamente los dientes naturales de un paciente y había experimentado con varios materiales y sus efectos en la resonancia.

Cuando el doctor Bertl terminó la prótesis, sus dientes parecían exactamente los mismos de antes. Los dominó gracias a su fuerte personalidad y no perdió un ápice de su peculiar encanto, manifestó con una erizada sonrisa.

Si toda esa perorata encerraba una lección especial, para Francis pasó desapercibida y sólo la apreció años después; no se le haría ninguna clase de cirugía hasta que él estuviera en condiciones de pagarla de su propio bolsillo.

Francis lograba resistir esas comidas porque había algo que le interesaba después.

El marido de Queen Mother Bailey venía a buscarla todas las tardes en un carro que utilizaba para transportar leña, tirado por dos mulas. Si su abuela estaba ocupada con sus huéspedes, Francis se subía al carro con ellos y los acompañaba por el camino de entrada hasta llegar a la ruta.

Esperaba ansioso durante el día entero el momento del paseo vespertino, para poder sentarse junto a Queen Mother, cuyo alto, delgado y silencioso esposo era casi invisible en la oscuridad y escuchar el ruido que hacían las llantas de goma de la carreta sobre la grava del camino, mezclado al tintinear de las cabezadas. Dos mulas marrones, a veces cubiertas de barro, con las crines cortadas como un cepillo, sacudiendo las colas sobre sus ancas. El olor a sudor y a tela de algodón hervida, a tabaco y arneses sobados. Cuando el señor Bailey había estado trabajando limpiando un campo, había a veces olor a fogata y otras, cuando llevaba su escopeta a terrenos nuevos, veía un par de conejos o ardillas tirados en la parte de atrás del carro, con las patas estiradas como si estuvieran corriendo.

No conversaban durante el recorrido. El señor Bailey se dirigía solamente a las mulas. El movimiento del carromato sacudía alegremente al muchacho contra los Bailey. Al llegar al final del camino se bajaba, les prometía regresar directamente a la casa y se quedaba mirando alejarse el farol de la carreta. Podía oírlos hablar mientras avanzaban por la ruta. A veces Queen Mother hacía reír a su marido y ella compartía también su risa. Era tan agradable escucharlos, parado en medio de la oscuridad, sabiendo que no se reían de él.

Pero más adelante cambiaría de opinión al respecto…

La ocasional compañera de juegos de Francis Dolarhyde era la hija de un colono que vivía en una chacra vecina. La señora Dolarhyde le permitía venir a jugar

porque le divertía vestir de vez en cuando a la niña con los vestidos que Marian había usado en su infancia.

Era una pelirroja desaliñada que casi siempre estaba demasiado cansada para jugar.

Una calurosa tarde de junio, aburrida de buscar escarabajos con una pajita en el gallinero, le pidió a Francis que le mostrara sus partes íntimas.

Accedió a su pedido en un rincón entre la casa del gallinero y un cerco que los ocultaba de las ventanas de la planta baja de la casa. Ella se lo retribuyó mostrándole las propias, bajándose su raída ropa interior hasta los tobillos. Cuando Francis se agachó para mirar, un pollo sin cabeza se precipitó al rincón, sacudiendo la tierra con sus alas mientras caía sobre su dorso. La niña, enredada en su ropa, dio un respingo hacia atrás al sentir la salpicadura de la sangre contra sus piernas y pies.

Francis se incorporó de un salto, sin tener tiempo de subirse los pantalones, justo cuando Queen Mother aparecía en busca del animal, sorprendiéndolos.

—Oye, muchacho —dijo tranquilamente—, tú querías ver cómo era el asunto, pues ahora que lo has visto busca algo distinto que hacer. Ocúpense con cosas de chicos y no se quiten la ropa. Ayúdame tú y tu amiguita a agarrar ese pollo.

La turbación de los niños pasó tan rápidamente como el pollo que se escapaba. Pero la señora Dolarhyde los observaba desde la ventana del primer piso.

La señora Dolarhyde esperó hasta que Queen Mother entró a la casa. Los chicos se dirigieron entonces a la casa del gallinero. La señora Dolarhyde esperó cinco minutos y se acercó a ellos silenciosamente. Abrió la puerta de golpe y los encontró juntando plumas para hacerse un tocado.

Envió a la chica de regreso a su casa y condujo a Francis adentro de la suya.

Le dijo que lo mandaría nuevamente al orfanato del Hermano Buddy después de haberlo castigado.

—Sube a tu cuarto. Quítate los pantalones y espérame allí hasta que encuentre mis tijeras.

Esperó horas en el cuarto, acostado en la cama sin los pantalones, agarrando fuertemente la colcha y esperando las tijeras. Esperó hasta oír el ruido de la

comida que se servía en la planta baja y escuchar el crujido del carro de leña y el resoplido de las mulas cuando el marido de Queen Mother vino a buscarla.

Se durmió recién al amanecer y varias veces se despertó sobresaltado esperando verla aparecer. Pero su abuela nunca llegó. Tal vez lo había olvidado.

Esperó durante la rutina diaria de los días subsiguientes, recordando varias veces en el transcurso de las horas con un terror que le hacía helar la sangre. Jamás dejaría de esperar.

Esquivó a Queen Mother Bailey, no quiso hablar más con ella y se negó a decirle por qué: creía, equivocadamente, que ella le había contado a su abuela lo que había visto en el gallinero. Se convenció entonces de que él era el motivo de las risas que había oído mientras contemplaba alejarse la luz del farol a lo largo del camino. Evidentemente, no podía confiar en nadie.

Era difícil permanecer acostado quieto y dormir cuando allí estaba para alimentar sus pensamientos. Era difícil permanecer acostado quieto en esa luminosa noche.

Francis sabía que su abuela tenía razón. La había herido mucho. La había hecho sentir vergüenza. Todo el mundo debía haberse enterado de lo que había hecho, hasta en St. Charles debían saberlo. No estaba enojado con su abuela. Sabía que la quería mucho. Quería actuar correctamente.

Imaginó que entraban ladrones a la casa y que él protegía a su abuela y que ella se retractaba de lo dicho anteriormente.

—Después de todo no eres un hijo del Demonio, Francis. Eres mi niño bueno.

Imaginó que entraba un ladrón. Se metía en la casa decidido a mostrarle a su abuela sus partes íntimas.

¿Cómo podría protegerla Francis? Era muy pequeño para pelear contra un ladrón.

Reflexionó sobre el asunto. En la despensa estaba el hacha de Queen Mother. La limpiaba con un periódico después de matar un pollo. Se ocuparía del hacha. Era su responsabilidad. Lucharía contra su miedo a la oscuridad. Si realmente quería a su abuela, él debería ser al que temieran en la oscuridad. A lo que el ladrón debía realmente temer.

Bajó silenciosamente a la planta baja y encontró el hacha colgando del clavo. Tenía un olor extraño, parecido al de la pileta donde ahogaban a los pollos. Estaba afilada y su peso inspiraba confianza.

Agarró el hacha y se dirigió al cuarto de su abuela para asegurarse de que no

había ningún ladrón.

La señora Dolarhyde dormía. Estaba muy oscuro, pero él sabía exactamente en qué parte estaba. Si hubiera un ladrón lo oiría respirar igual que oía la respiración de su abuela. Sabría dónde estaba su cuello tan bien como sabía dónde estaba el de su abuela. Justo debajo de donde se oía la respiración.

Si hubiera un ladrón él se acercaría silenciosamente como lo estaba haciendo ahora. Levantaría el hacha con ambas manos sobre su cabeza de esa forma.

Francis tropezó con la pantufla de su abuela que estaba al lado de la cama. El hacha se balanceó en la oscuridad y golpeó contra la pantalla metálica de la lámpara de su mesa de luz.

La señora Dolarhyde se dio vuelta hacia un costado y su boca emitió un ruido húmedo. Francis permaneció inmóvil. Le temblaban los brazos por el esfuerzo que hacía al sujetar el hacha. Su abuela empezó a roncar.

El amor que embargaba a Francis estuvo a punto de estallar. Salió silenciosamente de la habitación. Sentía unas ansias frenéticas por estar listo para protegerla. Debía hacer algo. No tenía ya miedo de la oscuridad de la casa pero la sensación lo asfixiaba.

Salió por la puerta de atrás y se paró con el rostro vuelto hacia el cielo contemplando esa noche radiante; jadeando como si pudiera respirar la luz. El pequeño disco de la luna apareció distorsionado en el blanco de sus ojos que miraban hacia arriba, redondeado al bajarlos, y centrado finalmente en sus pupilas.

El Amor que lo había invadido crecía sofocándolo y no podía liberarlo. Caminó en dirección al gallinero, con paso rápido, sintiendo el suelo frío bajo sus pies, el hacha golpeando helada contra su pierna, corriendo antes de estallar…

Francis, junto a la bomba de agua del gallinero, no había sentido nunca una sensación tan dulce de paz. Tanteó cuidadosamente sus dimensiones y descubrió que la paz era infinita y que lo rodeaba por completo.

Lo que su abuela consideradamente no le había cortado estaba todavía allí como si fuera un premio, cuando se lavó la sangre de la barriga y las piernas. Su mente estaba lúcida y tranquila.

Tendría que hacer algo con el camisón. Sería mejor esconderlo bajo las bolsas en el cuarto utilizado para ahumar.

El descubrimiento del pollo muerto intrigó a su abuela. Dijo que no parecía obra de un zorro.

Al mes siguiente Queen Mother encontró otro cuando fue a juntar huevos. Esa vez le faltaba la cabeza.

La señora Dolarhyde manifestó durante la comida que estaba convencida de que había sido hecho por despecho por «alguna sirvientita que despedí». Dijo que se lo había notificado al comisario.

Francis permanecía sentado en silencio, abriendo y cerrando su mano, recordando el ojo que pestañeaba en su palma. Algunas veces mientras estaba acostado se tanteaba asegurándose de que no se lo habían cortado. A veces cuando se palpaba le parecía sentir un pestañeo.

La señora Dolarhyde estaba cambiando muy rápidamente. Se había vuelto muy discutidora y no podía mantener durante mucho tiempo al servicio doméstico. A pesar de la falta de personal, el lugar donde le gustaba sentar sus reales era la cocina, dando directivas a Queen Mother Bailey, en detrimento de la comida. Queen Mother, que había trabajado toda su vida para la familia Dolarhyde, era el único miembro del personal que no había cambiado.

Con la cara arrebatada por el calor de las hornallas, la señora Dolarhyde pasaba nerviosamente de una a otra tarea, dejando a menudo platos a medio cocinar y que nunca se servirían. Preparaba enormes fuentes con restos, mientras las legumbres frescas se pudrían en la despensa.

Al mismo tiempo se enfurecía por los gastos. Disminuyó la cantidad de jabón y lejía utilizados para el lavado, hasta que las sábanas adquirieron un color grisáceo.

Durante el mes de noviembre contrató a cinco mucamas de color para ayudarla en las tareas de la casa. Pero ninguna se quedó.

La señora Dolarhyde estaba furibunda la tarde en que la última mucama se fue. Circuló por toda la casa gritando y al entrar a la cocina vio que Queen Mother Bailey había dejado una cucharita de harina sobre la tabla después de haber amasado.

En medio del vapor y calor de la cocina y cuando faltaba solamente media hora para que se sirviera la comida, se acercó a Queen Mother y le dio una

cachetada.

Queen Mother dejó caer el cucharón, indignada. Sus ojos se llenaron de lágrimas. La señora Dolarhyde estiró nuevamente la mano. Una palma grande y rosada se la apartó.

—No se le ocurra volver a hacer eso. Usted ya no es la misma, señora Dolarhyde, pero no se le ocurra volver a hacer eso.

Profiriendo toda clase de insultos, la señora mayor golpeó con su mano libre una olla de sopa que se desparramó siseando por todas las hornallas. Se dirigió enseguida a su cuarto y se encerró en él dando un fuerte portazo. Francis la oyó maldecir y arrojar objetos contra las paredes. No salió en toda la tarde.

Queen Mother limpió el líquido derramado y les dio de comer a los ancianos. Juntó sus pocas pertenencias en una canasta y se puso su viejo suéter y el gorro tejido. Buscó a Francis pero no pudo encontrarlo.

Estaba ya instalada en el carro cuando vio al niño sentado en un ángulo del porche. La vio bajarse pesadamente y acercarse hacia donde estaba él.

—Me voy, pichón de comadreja. Y no volveré. Sironia, la del almacén, se encargará de llamar a tu madre por mí. Me necesitarás antes de que venga, acompáñame a mi casa.

Él retrocedió al sentir la mano sobre su mejilla.

El señor Bailey chasqueó la lengua para que se movieran las mulas. Francis observó alejarse el farol del carro. Lo había observado antes, con una sensación de tristeza y vacío al comprender que Queen Mother lo había traicionado. Pero ahora no le importaba. Estaba contento. La débil luz del farol de kerosene se alejaba por el sendero. No tenía nada que hacer con la luna.

Se preguntó qué se sentiría al matar una mula.

Marian Dolarhyde Vogt no fue cuando Queen Mother Bailey la llamó.

Se presentó dos semanas más tarde, después de haber recibido una llamada del comisario de St. Charles. Llegó a media tarde, conduciendo personalmente un Packard de antes de la guerra. Se había puesto guantes y un sombrero.

El agente que la recibió al final del sendero se agachó para hablar por la ventanilla del automóvil.

—Señora Vogt, su madre llamó a la oficina alrededor del mediodía, diciendo que la mucama le había robado. Cuando llegué aquí, no lo tome a mal, pero estaba diciendo disparates y me pareció que estaba todo un poco descuidado. El

comisario pensó que sería mejor hablar primero con usted, ¿comprende? Como el señor Vogt tiene un cargo público y demás.

Marian comprendía. El señor Vogt era comisionado de Obras Públicas en St. Louis y había caído un poco en desgracia con el partido.

—Nadie más ha visto el lugar que yo sepa —manifestó el agente.

Marian encontró a su madre dormida. Dos de los viejos estaban todavía sentados a la mesa esperando el almuerzo. Una mujer estaba en el patio de atrás vestida únicamente con una enagua.

Marian llamó por teléfono a su marido.

—¿Con qué frecuencia inspeccionan estas casas? No deben de haber visto nada. No sé si los parientes se han quejado, no creo que estas personas tengan parientes. No. No se te ocurra venir. Necesito unos negros. Consígueme unos negros, y al doctor Waters. Yo me haré cargo de esto.

A los cuarenta y cinco minutos llegó el médico acompañado por un asistente y seguido por una camioneta en la que venían la mucama de Marian y otros cinco sirvientes.

Marian, el médico y el ayudante estaban en el cuarto de la señora Dolarhyde cuando Francis volvió del colegio. Francis podía oír maldecir a su abuela. Cuando la sacaron en la silla de ruedas tenía la mirada vidriosa y un trozo de algodón sujeto al brazo con tela adhesiva. Como le habían quitado la dentadura su cara estaba hundida y desfigurada. Marian tenía también un brazo vendado; había sido mordida.

Se llevaron a su abuela en el automóvil del médico; estaba sentada en el asiento de atrás junto al ayudante. Francis los miró alejarse. Comenzó a agitar la mano para despedirse, pero luego la dejó caer a un costado.

El equipo de limpieza de Marian fregó y ventiló la casa, lavaron toneladas de ropa y bañaron a los ancianos. Marian trabajaba junto a ellos y supervisó la frugal comida.

Le habló a Francis únicamente para saber dónde estaban las cosas.

Luego despachó a las mucamas y llamó a las autoridades locales. Les explicó que la señora Dolarhyde había sufrido un ataque.

Había oscurecido ya cuando llegaron los asistentes sociales en un ómnibus colegial para buscar a los ancianos. Francis pensó que lo llevarían también a él. Pero estaba fuera de discusión.

En la casa quedaron solamente Marian y Francis. Ella se sentó a la mesa del comedor con la cabeza entre sus manos. El niño salió afuera y se trepó a un

manzano silvestre.

Finalmente Marian lo llamó. Le había preparado una pequeña valija con su ropa.

—Tendrás que venir conmigo —le dijo caminando hacia el automóvil—. Entra. No pongas los pies sobre el asiento.

Se alejaron en el Packard dejando la silla de ruedas vacía esperando en el jardín.

No hubo escándalo. Las autoridades locales dijeron que era una pena lo que le había pasado a la señora Dolarhyde, indudablemente cuidaba muy bien de todo. Los Vogt no fueron mancillados.

La señora Dolarhyde fue internada en una clínica neurológica particular. Transcurrirían catorce años hasta que Francis volviera a su casa con ella.

—Francis, éstas son tus medio hermanas y tu medio hermano —le dijo su madre. Estaban en la biblioteca de los Vogt.

Ned Vogt tenía doce, Victoria trece y Margaret nueve años. Ned y Victoria intercambiaron una mirada. Margaret fijó su vista en el piso.

Le asignaron a Francis un cuarto arriba de la escalera de servicio. Los Vogt ya no tenían una mucama viviendo en la casa desde la desastrosa elección de 1944.

Lo inscribieron en la Escuela Elemental Potter Gerard, a pocas cuadras de la casa y lejos del colegio Episcopal privado al que concurrían los otros chicos.

Durante los primeros días los hijos de Vogt lo ignoraron lo más que pudieron, pero al final de la primera semana, Ned y Victoria subieron a su cuarto.

Francis los oyó susurrar durante unos minutos antes de hacer girar la manija de su puerta. No golpearon al descubrir que estaba cerrada con llave.

—Abre la puerta —dijo Ned.

Francis la abrió. No le dirigieron la palabra mientras revisaron su ropa y el armario. Ned Vogt abrió el cajón de la pequeña mesa de luz y sacó el contenido sujetándolo con dos dedos: pañuelos de cumpleaños con letras F. D. bordadas, el estuche de una guitarra, un frasquito de pastillas conteniendo un escarabajo de colores, un ejemplar de *Baseball Joe* en la Serie Mundial que una vez debía haberse mojado, y una tarjeta impresa deseándole pronta mejoría y firmada «Tu compañera, Sarah Hughes».

—¿Qué es esto? —preguntó Ned.

—Un estuche.

—¿Para qué sirve?

—Para una guitarra.

—¿Tienes una guitarra?

—No.

—¿Y entonces de qué te sirve?

—Era de mi padre.

—No te entiendo. ¿Qué dijiste? Dile que lo repita, Ned.

—Dijo que pertenecía a su padre —Ned se limpió la nariz con uno de los pañuelos y lo guardó nuevamente en el cajón.

—Hoy se llevaron los ponis —dijo Victoria sentándose sobre la cama angosta. Ned la imitó, recostándose contra la pared, poniendo los pies sobre la colcha.

—No tenemos más ponis —dijo Ned—. Se acabó el veraneo en la casa del lago. ¿Y sabes por qué? Contesta, tarado.

—Papá se siente muy mal y no gana ya tanto dinero —manifestó Victoria—. A veces ni siquiera va a la oficina.

—¿Sabes por qué está enfermo, tarado? —preguntó Ned—. Y habla como para que pueda entenderte.

—Mi abuela dijo que era un borracho. ¿Entendiste?

—Está enfermo por culpa de tu horrible cara —afirmó Ned.

—Y ésa fue además la razón por la que la gente no votó por él —dijo Victoria.

—Salgan de aquí —contestó Francis. Al darse vuelta para cerrar la puerta Ned lo pateó en la espalda. Francis trató de agarrarse los riñones con ambas manos y así salvó sus dedos al patearlo nuevamente Ned en el estómago.

—Oh, Ned —dijo Victoria—. Oh, Ned.

Ned agarró a Francis de las orejas y lo acercó al espejo que colgaba sobre la mesa.

—¡Por eso está enfermo! —Ned sacudió su cara contra el espejo—. ¡Por eso está enfermo! —Paf—. ¡Por eso está enfermo! —Paf.

El espejo estaba salpicado de sangre y mocos. Ned lo soltó y él se sentó en el piso. Victoria lo miraba con ojos muy abiertos, mordiéndose el labio inferior. Lo dejaron allí. Su cara estaba mojada con sangre y saliva. Se le llenaron los ojos de lágrimas por el dolor pero no lloró.

28

La lluvia golpea toda la noche el doselete sobre la tumba abierta de Freddy Lounds en Chicago.

El trueno retumba en la dolorida cabeza de Will Graham mientras avanza zigzagueando desde una mesa hasta la cama bajo cuya almohada se oculta el sueño.

La vieja casa situada más arriba de St. Charles azotada por el viento, repite su largo ulular por encima del tableteo de la lluvia contra las ventanas y el rugir de los truenos.

La escalera cruje en la oscuridad. El señor Dolarhyde comienza a bajar, cada uno de sus pasos acompañado por un susurro de su kimono y en sus ojos la inconfundible marca de un reciente despertar.

Tiene el pelo mojado y prolijamente peinado. Se ha cepillado las uñas. Se mueve lenta y suavemente, transportando su concentración como una taza llena.

La película está junto al proyector. Dos temas. Otros rollos están apilados en el cesto de papeles para ser quemados. Quedan dos, elegidos entre las docenas de películas familiares que ha copiado en el laboratorio y llevado luego a su casa para mirarlas.

Instalado confortablemente en su asiento de respaldo reclinable, con una bandeja con queso y fruta, Dolarhyde se dispone a disfrutar de la sesión.

Las imágenes de la primera película reproducen un picnic familiar realizado el fin de semana correspondiente al 4 de julio. Una linda familia; tres chicos, el padre, de cuello ancho, metiendo los dedos en el frasco de pickles. La madre… La mejor toma de ella es durante el partido de softball con los hijos de los vecinos. Dura sólo quince segundos; está parada en la segunda base, frente al lanzador y junto a la marca, con los pies separados lista para salir en cualquier dirección, sus pechos balanceándose bajo el suéter al inclinar su cuerpo hacia

adelante. Una molesta interrupción al revolear un niño su bate. Otra vez la mujer, retrocediendo para tocar la base. Apoya un pie sobre el almohadón que utilizan como base y se para moviendo la cadera, tensionando el músculo del muslo de la pierna trabada.

Una y otra vez Dolarhyde observa las tomas de la mujer. Pies en la base, la pelvis ladeada, los músculos de los muslos tensos bajo los pantalones cortos.

Fija la última toma. La mujer y sus niños. Están sucios y cansados. Se abrazan y un perro mueve la cola entre sus piernas.

El terrible estampido de un trueno hace sonar las copas de cristal en la vitrina de su abuela. Dolarhyde agarra una pera.

La segunda película está dividida en varias partes. El título, La Casa Nueva, está escrito con monedas en una caja de cartón junto a una alcancía rota. Comienza con una toma del padre arrancando el cartel clavado en el jardín con la leyenda «En Venta». Lo levanta y enfrenta la cámara con una tímida sonrisa. Los bolsillos de su pantalón están vueltos hacia afuera.

Una larga y temblorosa toma de la madre y los tres niños en la escalinata del frente. Es una linda casa. Un corte para mostrar la piscina. Un chico pequeño con el pelo pegoteado por el agua se acerca al trampolín dejando en las baldosas las huellas de sus pies mojados. Se ven unas cuantas cabezas en la superficie del agua. Un pequeño perro nada hacia la niña, con las orejas echadas hacia atrás, el mentón levantado y mostrando el blanco de sus ojos.

La madre en el agua, sujetándose a la escalerilla y mirando hacia la cámara. Su pelo negro ondulado tiene el lustre del cuero y su busto brillante y mojado asoma sobre su traje de baño, mientras las piernas, que aparecen onduladas bajo la superficie, se mueven como tijeras.

Es de noche. Una toma con mala exposición sacada del otro lado de la piscina hacia la casa iluminada, y las luces reflejándose en el agua.

El interior de la casa y la algarabía familiar. Cajas por todos lados y restos de material de embalaje. Un viejo baúl que todavía no ha sido guardado en el altillo.

Una niña pequeña se prueba los vestidos de su abuela. Se ha colocado un gran sombrero de fiesta. El padre está en el sofá. Parece un poco achispado. Ahora debe de sujetar él la cámara; no se mantiene muy firme. La madre está junto al espejo con el sombrero.

Los chicos se agrupan junto a ella, los varones ríen y tironean el viejo vestido. La niña observa cuidadosamente a su madre, como si estuviera estudiándose a ella misma en un futuro.

Un primer plano. La madre se da vuelta y asume una pose para la cámara, sonriendo y apoyando una mano en la nuca. Es muy bonita. Un camafeo adorna su cuello.

Dolarhyde fija la imagen. Hace retroceder la película. Una y otra vez, la mujer se da vuelta y sonríe.

Dolarhyde toma distraídamente la película del partido de softball y la tira al canasto de papeles.

Saca el rollo del proyector y mira la etiqueta de Gateway y pegada a la caja Bob Sherman, Star Route 7, Casilla de Correo 603, Tulsa, Oklahoma.

Fácil de llegar, además.

Dolarhyde sostiene la película en la palma de su mano y la cubre con la otra, como si fuera un pequeño ser viviente que pudiera tratar de escapar. Le parece que salta dentro de sus manos como si fuera un grillo.

Recuerda la agitación y el apuro en casa de los Leeds cuando se encendieron las luces. Tuvo que dar cuenta del señor Leeds antes de encender las luces para filmar.

Desea una progresión más lenta para esta vez. Sería maravilloso poder deslizarse entre la pareja dormida mientras la cámara funciona y estar apretados durante un rato. Luego podría atacar en la oscuridad y sentarse entre ellos gozando alegremente.

Podría hacerlo con una película infrarroja y él sabe dónde conseguirla.

El proyector sigue funcionando. Dolarhyde permanece sentado, sin soltar la película, mientras otras imágenes aparecen ante su vista en la pantalla iluminada, estremeciéndose con el prolongado ulular del viento.

No anida en él ningún sentimiento de venganza, sino Amor y pensamientos de la Gloria venidera; corazones que se debilitan y laten rápidamente como pisadas que huyen en medio del silencio.

El rampante. El rampante, lleno de Amor, los Sherman brindándose a él.

No piensa para nada en el pasado; sólo en la Gloria venidera. No piensa en la casa de su madre. En realidad los recuerdos conscientes de esa época son increíblemente pocos y vagos.

En un momento dado, cuando tenía veinte años, los recuerdos de la casa de su madre se borraron de la memoria de Dolarhyde, dejando solamente un rastro huidizo en su mente.

Sabía que había vivido allí sólo un mes. No recordaba que lo habían echado, cuando tenía nueve años, por ahorcar al gato de Victoria.

Una de las pocas imágenes que retenía era la de la casa iluminada, vista desde la calle en un atardecer de invierno cuando pasaba frente a ella volviendo de la Escuela Elemental Potter Gerard hacia la casa donde se alojaba, a un kilómetro de distancia.

Recordaba el olor de la biblioteca de Vogt, parecido al de un piano que recién se abre, cuando su madre lo recibió allí para entregarle unos regalos para las vacaciones. No recordaba las caras pegadas a las ventanas del primer piso al alejarse por la vereda helada con los prácticos obsequios bajo el brazo, tan detestables como si fueran carbones ardientes; apurándose en volver a su casa, a un lugar en su cabeza muy diferente de St. Louis.

A los once años su vida de ficción era activa e intensa y cuando la presión de su amor era demasiado grande, la descargaba. Asesinaba a los animales domésticos cuidadosamente, contemplando fríamente las consecuencias. Eran tan mansos que resultaba muy fácil hacerlo. Las autoridades nunca lo relacionaron con las pequeñas manchas de sangre en los sucios pisos de los garajes.

A los cuarenta y dos años no lo recordaba. Ni pensaba jamás en las personas que vivían en la casa materna: su madre, sus medio hermanas, su medio hermano.

A veces los veía cuando dormía, en los brillantes fragmentos de un afiebrado sueño; deformados y altos, caras y cuerpos con colores brillantes como los de un papagayo, adoptando la postura de una mantis.

Cuando decidía recordar, cosa que difícilmente ocurría, tenía numerosas reminiscencias agradables. Relacionadas con el servicio militar.

Sorprendido a los diecisiete años cuando intentaba entrar por la ventana a la casa de una mujer con un propósito nunca aclarado, se le brindó la opción entre alistarse en el ejército o afrontar cargos criminales. Eligió el ejército.

Luego de recibir el entrenamiento básico, fue enviado a una escuela especializada en operaciones de revelado y de ahí trasladado a San Antonio donde trabajó con películas de entrenamiento médico en el Hospital Militar de Brooke.

Los cirujanos del hospital se interesaron por él y decidieron mejorar el aspecto de su cara.

Realizaron una z-plastia en su nariz, utilizando cartílagos de la oreja para alargar el tabique y le rectificaron el labio por medio de un interesante método de Abbé, que atrajo a un gran número de médicos al anfiteatro del quirófano.

Los cirujanos estaban orgullosos por el resultado obtenido. Dolarhyde rechazó el espejo y miró por la ventana hacia el exterior.

El fichero de la filmoteca indicaba que Dolarhyde sacaba muchas películas, casi todas relacionadas con traumas, y que las devolvía al día siguiente.

Se alistó nuevamente en 1958 y en su segundo enganche descubrió Hong Kong. Establecido en Seúl, Corea, revelando películas tomadas por los pequeños aviones de reconocimiento que el ejército enviaba a fines de 1950 más allá del paralelo 38, tuvo oportunidad de ir dos veces a Hong Kong durante sus licencias. Hong Kong y Kowloon podían satisfacer cualquier necesidad en 1959.

La señora Dolarhyde salió del sanatorio en 1961 gozando de una indefinida paz atribuible a la dosis de Thoranzina. Dolarhyde solicitó y obtuvo una licencia dos meses antes de la fecha en que debían darle la baja definitiva y regresó a su casa para cuidar de ella. Fue un período curiosamente pacífico para él también. Gracias a su nuevo trabajo en Gateway, Dolarhyde podía pagar a una mujer para que se quedara con su abuela durante el día. Por las noches se sentaban juntos en el living sin hablar. El tictac del reloj y sus campanadas eran los únicos sonidos que quebraban el silencio.

Vio a su madre en una oportunidad, durante el entierro de su abuela. La miró, atravesándola con la mirada, fijándola más allá de ella, con sus ojos amarillos tan parecidos a los de su mamá. Lo mismo podría haber sido una desconocida.

Su aspecto sorprendió a su madre. Tenía pecho ancho y figura delgada, su misma tez y un bigote prolijo que sospechó era el resultado de un trasplante de pelo de la cabeza.

Lo llamó por teléfono la semana siguiente y oyó cómo él colgaba lentamente el auricular.

Durante los nueve años subsiguientes a la muerte de su abuela, Dolarhyde permaneció tranquilo sin molestar a nadie. Su frente estaba tersa como una semilla. Sabía que estaba esperando. Pero no sabía qué esperaba.

Un pequeño acontecimiento, como puede ocurrirle a cualquiera, le indicó a la semilla plantada en su mente que ya era Tiempo: parado junto a una ventana que daba al norte, examinando una película, se dio cuenta de que sus manos estaban empezando a envejecer. Era como si las viera por primera vez; al tomar la película y gracias a la intensa luz del norte advirtió que la piel que cubría sus huesos y tendones se había aflojado y que sus manos estaban marcadas por

estrías que formaban unos rombos tan pequeños como las escamas de una lagartija.

Un intenso olor a repollo y tomates guisados lo inundó al darles vuelta bajo la luz. Se estremeció a pesar de que hacía calor en el cuarto. Esa tarde trabajó más que nunca.

Un espejo de cuerpo entero colgaba de la pared del gimnasio de Dolarhyde instalado en el altillo, junto a las barras y al banco con las pesas. Era el único espejo de cuerpo entero en toda la casa y en él podía admirar sin problemas su cuerpo ya que siempre trabajaba con una máscara.

Se examinó detenidamente mientras ejercitaba su musculatura. A pesar de sus cuarenta años podía haber participado exitosamente en una competición de desarrollo muscular. Pero no estaba satisfecho.

En el curso de esa semana tropezó con la pintura de Blake. Lo impactó instantáneamente.

La vio en una fotografía grande y a todo color en la revista Time, ilustrando un artículo sobre una exposición retrospectiva de Blake en la Galería Tate de Londres. El Museo de Brooklyn había contribuido con El Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol a la exposición londinense.

El crítico de Time decía «pocas imágenes demoníacas del arte occidental irradian una carga tan angustiosa de energía sexual». Dolarhyde no necesitaba leer el texto para darse cuenta.

No se separó de la imagen en varios días y, entrada la noche, la fotografiaba y agrandaba en el cuarto oscuro. La mayor parte del tiempo estaba muy agitado. Colocó una de estas fotografías junto al espejo en el cuarto de gimnasia y la miraba fijamente mientras ejercitaba sus músculos. Lograba dormir solamente después de haber trabajado hasta quedar exhausto y de mirar las películas médicas que le brindaban alivio sexual.

A los nueve años había comprendido que estaba esencialmente solo y que siempre lo estaría, una conclusión más lógica de alcanzar a los cuarenta.

Ahora, a los cuarenta años, había sido subyugado por una vida de fantasía con un brillo, frescura y vivacidad propios de la niñez, lo que le condujo un paso más adelante de la Soledad.

En una época en que otros hombres por primera vez ven y temen su aislamiento, a Dolarhyde le resultó perfectamente comprensible el suyo: estaba solo porque era Único. Con el fervor de la conversión advirtió que si se empeñaba en ello, si cumplía con las verdaderas necesidades que había sofocado

durante tanto tiempo, cultivándolas como las fuentes de inspiración que eran en realidad, podría Transformarse.

En el cuadro no se podía apreciar la cara del Dragón, pero a medida que pasaba el tiempo, Dolarhy llegó a saber cómo era.

Mientras contemplaba las películas de medicina en la sala de estar, sus músculos abultados después de levantar pesas, abría mucho la boca para colocarse los dientes de su abuela. No encajaban bien en sus encías deformadas, y al poco rato se le acalambraban las mandíbulas.

Se ejercitaba a veces, mordiendo un duro pedazo de goma hasta que los músculos de sus mejillas sobresalían como un par de avellanas.

En el otoño de 1979, Francis Dolarhyde retiró parte de sus abundantes ahorros y se tomó una licencia de tres meses de Gateway. Fue a Hong Kong y llevó los dientes de su abuela.

Cuando volvió, la pelirroja Eileen y sus otros compañeros de trabajo estuvieron de acuerdo en afirmar que las vacaciones le habían sentado muy bien. Estaba tranquilo. Casi ni se dieron cuenta de que nunca utilizaba el vestuario de los empleados ni se duchaba. En realidad casi nunca lo había utilizado antes.

Los dientes de su abuela estaban nuevamente colocados dentro del vaso junto a la cama de ella. Los nuevos de él estaban guardados bajo llave en su escritorio del primer piso.

Si Eileen lo hubiera visto parado frente al espejo, con los dientes colocados y el nuevo tatuaje brillando por la fuerte luz del gimnasio, habría gritado. Una sola vez.

Dolarhyde sentía que disponía de tiempo: no necesitaba apurarse. Tenía la eternidad por delante. Transcurrieron cinco meses hasta que eligió a los Jacobi.

Los Jacobi fueron los primeros que lo ayudaron, los primeros en elevarlo hacia la Gloria de su Transformación. Los Jacobi eran mejor que cualquier otra cosa que había conocido.

Hasta los Leeds.

Y, al aumentar su fuerza y su Gloria, lo esperaban los Sherman y la intimidad de los infrarrojos. Muy prometedor.

29

Francis Dolarhyde tuvo que abandonar su territorio en el taller de revelado de Gateway para buscar lo que precisaba.

Dolarhyde era jefe de producción de la sección más importante de Gateway —la de revelado de películas familiares— pero existían otras cuatro más.

Las retracciones de 1970 incidieron considerablemente en la filmación de películas familiares y el sistema de la videograbación era una competencia en constante aumento. Gateway tuvo que diversificarse.

La compañía agregó secciones que transferían las películas al videotape, imprimían mapas de reconocimiento aéreo y ofrecían servicios de aduana a productores de películas comerciales de pequeño formato.

En 1979, Gateway recibió un regalo del cielo. La compañía firmó un contrato junto con el Departamento de Defensa y el Departamento de Energía para perfeccionar y probar nuevas emulsiones para fotografía con infrarrojos.

El Departamento de Defensa quería películas sensibles infrarrojas para sus estudios de almacenamiento de calor. Defensa las precisaba para reconocimientos nocturnos.

Gateway compró, a fines de 1979, una pequeña compañía vecina —la Química Baeder— e instaló allí el proyecto.

Dolarhyde caminó hasta Baeder durante la hora del almuerzo, bajo un límpido cielo azul, evitando cuidadosamente los charcos de agua en el asfalto que reflejaban su imagen. La muerte de Lounds lo había dejado de muy buen humor.

Parecía que en Baeder todos habían salido para almorzar.

Encontró la puerta que buscaba al final del laberinto de pasillos. El cartel decía: «Materiales Sensibles Infrarrojos en Uso. No Encender la Luz. No Fumar. Prohibidas las Bebidas Calientes». La luz roja estaba encendida sobre el cartel.

Dolarhyde oprimió un botón y al cabo de un momento la luz se puso verde. Entró a la pequeña antesala y golpeó la puerta interior.

—Adelante —respondió una voz de mujer.

Un ambiente fresco y oscuridad total. Ruido a agua que corre y el conocido olor del producto utilizado para revelados; un dejo de perfume además.

—Soy Francis Dolarhyde. Vine por el secador.

—Oh, bien. Discúlpeme, tengo la boca llena.

Estaba terminando de almorzar. Oyó el ruido de papeles estrujados y arrojados a un cesto.

—En realidad, Ferguson quería el secador —dijo la voz en la oscuridad—. Está de vacaciones pero sé dónde encontrarlo. ¿Tiene uno en Gateway?

—Tengo dos. Uno es más grande.

Él no dijo cuánto espacio tenía. Dolarhyde había leído semanas antes un memorando sobre el secador.

—Se lo mostraré si no le importa esperar un momento.

—No hay problema.

—Apoye su espalda contra la puerta —su voz adquirió un tono similar al de un guía—, dé tres pasos hacia adelante, hasta sentir la baldosa bajo sus pies, y encontrará un banquito a su izquierda.

Lo encontró. Estaba más cerca de ella ahora. Podía oír el crujido de su guardapolvo.

—Gracias por venir —dijo la mujer, con voz clara y un dejo metálico—. Usted es el jefe de la sección revelado en el edificio grande ¿verdad?

—Así es.

—¿El mismo «señor D» que se enfurece cuando se archivan mal las solicitudes?

—El mismísimo.

—Yo soy Reba McClane. Espero que no haya nada mal aquí.

—Ya no es más asunto mío. Yo sólo planeé la construcción del cuarto oscuro cuando compramos este lugar. Hace más de seis meses que no vengo —Un larguísimo discurso para él, pero mucho más fácil en la oscuridad.

—Un minuto más y encenderé la luz. ¿Necesita medir?

—Tengo con qué hacerlo.

A Dolarhyde le resultaba bastante agradable conversar con esta mujer en la oscuridad. Oyó el ruido de una cartera que se abría y el clic de una polvera.

Sintió pena cuando sonó el despertador.

—Listo. Guardaré este material en el Agujero Negro —dijo ella.

Sintió una ráfaga de aire fresco, oyó que se cerraba la puerta de un armario provista de burletes de goma y el silbido de una cerradura al vacío. Un soplo de aire y una estela perfumada lo rozó al pasar ella.

Dolarhyde apoyó el nudillo del dedo bajo su nariz, resumió su expresión pensativa y esperó a que se encendiera la luz.

El cuarto se iluminó. Ella estaba parada junto a la puerta sonriendo en una dirección aproximada hacia donde él estaba. Sus ojos se movían inquietos bajo sus párpados cerrados.

Vio el bastón blanco apoyado en un rincón. Se quitó la mano de la cara y sonrió.

—¿Podría comer una ciruela? —preguntó él. Había varias en el mostrador sobre el cual ella había estado sentada.

—Por supuesto, son muy ricas.

Reba McClane tendría alrededor de treinta años y una cara de campesina enmarcada por finos rasgos y firme determinación. En el puente de la nariz tenía una pequeña cicatriz en forma de estrella. Su pelo era una mezcla de trigo y oro colorado, peinado en un estilo paje un poco pasado de moda y la cara y las manos estaban salpicadas por pecas del sol. Contra las baldosas y el acero inoxidable del cuarto oscuro, su silueta tenía el resplandor del otoño.

Dolarhyde podía observarla a su gusto y antojo. Su mirada podía pasearse tan libremente como el aire. Ella no tenía posibilidades de detener sus ojos.

Dolarhyde sentía a menudo manchones calientes y urticantes en su piel cuando hablaba con una mujer. Se movían por dondequiera que pensara que la mujer lo miraba. Aun cuando ella apartara la vista, sospechaba que veía su reflejo. Siempre estaba atento a las superficies reflejantes y se cuidaba de evitarlas.

Su piel estaba fría en ese momento. La de ella, cubierta de pecas, con gotitas de transpiración en el cuello y la parte interior de las muñecas.

—Le mostraré el cuarto donde quiere instalarlo —dijo Reba—. Allí podremos medirlo.

—Quiero pedirle un favor —dijo Dolarhyde cuando terminaron.

—Diga.

—Necesito película infrarroja para filmar. Película cálida, sensible alrededor de los mil nanómetros.

—Tendrá que conservarla en el congelador y guardarla nuevamente en la

nevera después de usarla.

—Lo sé.

—Si me pudiera dar una idea de las condiciones, tal vez yo…

—Tomas a dos metros y medio, con un par de filtros Wratten sobre las luces —sonaba demasiado como un mecanismo de vigilancia—. En el zoológico —aclaró—. En el Mundo de la Oscuridad. Quieren fotografiar los animales nocturnos.

—Deben de ser realmente asustadizos si no pueden usar la película comercial.

—Ajá.

—Estoy segura de que podremos suministrárselo. Pero hay un detalle. Usted sabe que mucho material que utilizamos aquí está bajo el contrato de DD. Va a tener que firmar si quiere sacar algo.

—Correcto.

—¿Cuándo lo necesita?

—Alrededor del 20. Pero no más tarde.

—No necesito decirle que cuanto más sensible es, más cuidado hay que tener al manipularla. Tiene que trabajar con enfriadores, hielo seco y demás. A las cuatro de la tarde proyectarán unas muestras. Tal vez le interese verlas. Podrá elegir la emulsión más inocua que sirva para lo que usted quiere.

—Vendré luego.

Reba McClane contó las ciruelas después que Dolarhyde se fue. Se había llevado una.

Qué hombre raro, ese señor Dolarhyde. Su voz no había reflejado ninguna extraña pausa de simpatía y preocupación cuando encendió las luces. Tal vez ya sabía que era ciega. O mejor aún, no le importaba un comino.

Eso sí que sería agradable.

30

En Chicago se realizaba el entierro de Freddy Lounds. El *National Tattler* pagó por la complicada ceremonia, apurando los arreglos para que pudiera realizarse el jueves, al día siguiente de la muerte de Lounds. Así las fotografías estarían listas para la edición que publicaría el *Tattler* esa misma noche.

La ceremonia en la capilla fue larga y larga también la del cementerio. Un sacerdote pronunció un interminable panegírico. Graham luchaba contra las consecuencias de su borrachera y trataba de estudiar al público.

El coro contratado, parado junto a la tumba, hizo honor al dinero que había cobrado, acompañado por el zumbido de las cámaras motorizadas de los fotógrafos del *Tattler*. Estaban presentes dos equipos de televisión con cámaras fijas y otras portátiles. Fotógrafos policiales, provistos de credenciales de periodistas, sacaban fotos a la gente.

Graham reconoció a varios agentes de la Sección Homicidios de Chicago, vestidos de civil. Sus caras eran las únicas que tenían algún significado para él.

Y estaba Wendy, de Wendy City, la amiga de Lounds. Sentada junto al doselete, cerca del féretro. A Graham le costó reconocerla. Su peluca rubia estaba sujeta en la nuca con un rodete y lucía un traje sastre negro.

Se puso de pie cuando cantaron el último himno, dio unos pasos hacia adelante algo titubeante, se arrodilló y apoyó su cabeza contra el ataúd, abrazando la corona de crisantemos mientras centelleaban las luces de los fotógrafos.

El público hizo poco ruido al avanzar sobre el pasto mullido hacia las puertas del cementerio.

Graham caminaba junto a Wendy. Un numeroso grupo que no había sido invitado los observaba del otro lado de los barrotes de la alta reja de hierro.

—¿Está bien? —preguntó Graham.

Se detuvieron junto a unas tumbas. Sus ojos estaban secos y su mirada era serena.

—Mejor que usted —contestó—. Se emborrachó ¿verdad?

—Así es. ¿Tiene alguien que la vigile?

—La comisaría envió a unas personas. En el club están vestidos de civil. Hay mucho movimiento, ahora. Más tipos raros que lo usual.

—Siento mucho lo ocurrido. Usted, me pareció que se portó admirablemente bien en el hospital. Sentí verdadera admiración por usted.

Ella asintió.

—Freddy era un buen amigo. No debería haber tenido ese final tan horrible. Gracias por dejarme entrar al cuarto. —Miró a lo lejos, pestañeando, pensando, como si la gruesa capa de sombra que cubría sus párpados fuera pesada como polvo de una roca. Levantó su vista hacia Graham—. Oiga, el *Tattler* me ha dado dinero. Lo suponía ¿verdad? Por una entrevista y por mi actuación junto a la tumba. No creo que a Freddy le hubiera importado.

—Se habría enojado muchísimo si no lo hubiera hecho.

—Es lo que pensé. Son unos truhanes, pero pagan. Trataron de hacerme decir que yo pensaba que usted había planeado intencionalmente todo esto al pararse con la mano sobre el hombro de Freddy para que le tomaran esa foto. Pero yo no lo dije. Si lo publican es pura mentira.

Graham guardó silencio mientras ella lo escrutaba con su mirada.

—Tal vez usted no lo quería, pero no importa. Pero si pensaba que iba a pasar lo que pasó no habría perdido la oportunidad de encajarle un balazo al Hada de los Dientes ¿verdad?

—Así es, Wendy, habría estado acechándolo.

—¿Tiene alguna pista? Todo lo que sé es lo que dice esta gente.

—No muy buena. Unas cuantas cosas en el laboratorio que estamos estudiando. Fue un trabajo limpio y tuvo suerte. ¿Usted la tiene?

—¿Qué cosa?

—Suerte.

—A veces sí y a veces no. Freddy nunca tuvo suerte. Me dijo que después de esto iba a trabajar limpiamente. Con grandes negocios por todas partes.

—Posiblemente lo hubiera hecho.

—Bueno, Graham, si alguna vez, bueno, usted sabe, si alguna vez tiene ganas de tomar una copa, yo puedo ofrecérsela.

—Gracias.

—Pero no se emborrache por las calles.

—No se preocupe.

Dos policías le abrieron camino a Wendy entre el grupo de curiosos agolpados fuera de la puerta. Uno de los mirones tenía una camiseta en la que estaba impreso: «El Hada de los Dientes es el show de una noche». Cuando Wendy pasó dejó escapar un silbido. La mujer que estaba parada al lado de él le dio una cachetada.

Un policía fornido se introdujo en el 280ZX junto a Wendy y se perdieron en el tráfico. Otro policía los seguía en un automóvil sin identificación.

Un olor a cohete quemado impregnaba la atmósfera de Chicago esa calurosa tarde.

Graham se sentía solo, y sabía por qué; los entierros a menudo nos dan ganas de hacer el amor, una forma de desquitarse de la muerte.

El viento sacudía los tallos secos de una corona mortuoria junto a sus pies. Durante un segundo recordó el ruido de las palmeras agitadas por el viento del mar. Tenía muchas ganas de volver a su hogar y sabía que no lo haría, que no podría hacerlo, hasta que muriera el Dragón.

31

La sala de proyecciones de la Química Baeder era pequeña; cabían cinco filas de sillas plegables con un pasillo intermedio.

Dolarhyde llegó tarde. Se quedó parado atrás, con los brazos cruzados, mientras proyectaban tarjetas grises, tarjetas de color y cubos iluminados de diferentes formas, filmados con una variedad de emulsiones infrarrojas.

Su presencia perturbó a Dandridge, el joven que estaba a cargo. Dolarhyde poseía cierto aire de autoridad. Era el reconocido experto del cuarto oscuro de la compañía vecina y tenía fama de perfeccionista.

Dandridge no lo había consultado desde hacía varios meses, de resultas de una mezquina rivalidad suscitada cuando Gateway compró la Química Baeder.

—Reba, descríbenos los detalles del revelado de la copia ocho —dijo Dandridge.

Reba McClane estaba sentada al final de una fila con un anotador en sus faldas. Sus dedos se movían sobre la pizarrita mientras relataba con voz clara los pasos del revelado: reactivos, temperatura y tiempo, y técnicas de almacenaje anterior y posterior a la filmación.

Las películas sensibles infrarrojas deben ser manipuladas en una oscuridad total. Ella había realizado todo el trabajo del cuarto oscuro, manteniendo en orden las diversas muestras por medio del tacto y llevando un registro en la penumbra. Era fácil comprender lo valiosa que era para Baeder.

La proyección se prolongó durante un buen rato.

Reba McClane permaneció en su asiento mientras los demás salían. Dolarhyde se le acercó cuidadosamente. Le habló desde cierta distancia, cuando quedaban todavía algunos en el cuarto. No quería que ella se sintiera observada.

—Pensé que no había podido venir —dijo Reba.

—Tuve problemas con una máquina y por eso me demoré.

Las luces estaban encendidas. Parado junto a ella, pudo apreciar el brillo de su cuero cabelludo en la raya que dividía su peinado.

—¿Puedo ver la muestra de 1000C?

—Sí.

—Dijeron que quedó muy bien. Es mucho más fácil de manejar que la serie 1200. ¿Le parece que servirá?

—Estoy seguro.

Reba tenía su cartera y un impermeable liviano. Dolarhyde retrocedió cuando ella salió al pasillo y buscó su bastón. No parecía esperar que la ayudaran. Y él tampoco se ofreció a hacerlo.

Dandridge asomó la cabeza nuevamente en el cuarto.

—Reba querida, Marcia tuvo que salir volando. ¿Podrás arreglártelas?

—Gracias, Danny, no será ningún problema —contestó mientras ligeras manchas de rubor teñían sus mejillas.

—Te dejaría en tu casa, querida, pero ya estoy retrasado. Oiga, señor Dolarhyde, si no fuera demasiada molestia tal vez usted podría.

—Danny, todo lo que tengo que hacer es tomar un ómnibus —respondió conteniendo su ira. Sin reflejar matices de expresión, su cara permaneció impasible. Pero no le era posible controlar el rubor.

Dolarhyde comprendía perfectamente bien su furia mientras la observaba con sus fríos ojos amarillos; sabía que la endeble compasión de Dandridge era para ella como una escupida en su mejilla.

—Yo la llevaré —dijo un poco tarde.

—No, gracias de todos modos.

Reba había pensado que se ofrecería a hacerlo y estaba dispuesta a aceptar. Pero no quería que nadie se viera obligado. Al cuerno con Dandridge, al cuerno con su torpeza, tomaría el maldito ómnibus. Tenía el cambio para el boleto, conocía el camino y podía ir donde le diera la gana.

Se quedó en el aseo de damas el tiempo suficiente como para que los demás salieran del edificio. El portero la acompañó hasta la puerta.

Siguió el cordón de una vereda angosta que dividía la playa de estacionamiento en dirección a la parada de ómnibus, con el impermeable sobre sus hombros, golpeando el borde del cordón con su bastón y tanteando con él la profundidad de los charcos de agua de lluvia.

Dolarhyde la observaba desde su furgoneta. Sus sentimientos le producían cierto malestar; a la luz del día eran peligrosos.

Durante un instante, el parabrisas, los charcos de agua, los cables de acero iluminados por el sol poniente provocaron un reflejo semejante al de una tijera.

El bastón blanco lo tranquilizó. Barrió de su mente la imagen de la tijera y su siniestro reflejo y el pensamiento de la inocencia de Reba lo serenó. Puso en marcha el motor.

Reba McClane oyó a espaldas de ella el ruido de la furgoneta. En ese momento se adelantaba hasta quedar junto a ella.

—Gracias por la invitación.

Ella asintió, sonrió y siguió golpeando con el bastón.

—Acompáñeme.

—Gracias, estoy acostumbrada a tomar el ómnibus.

—Dandridge es un tonto. Acompáñeme… —¿qué diría otra persona?—, me dará un gran gusto.

Reba se detuvo. Lo oyó bajarse del automóvil.

Por lo general casi todas las personas, sin saber muy bien qué hacer, la agarraban por la parte superior de su brazo. A los ciegos no les gusta quedar desequilibrados por una firme presión en su tríceps. Les resulta tan desagradable como pararse en el vacilante platillo de una balanza. Como cualquier otra persona, no les gusta que los empujen.

Dolarhyde no la tocó. Al cabo de un instante ella dijo:

—Será mejor si lo tomo del brazo.

Tenía una larga experiencia con antebrazos, pero cuando sus dedos lo tocaron no pudo evitar sorprenderse. Era tan duro como una baranda de roble.

No podía suponer el terrible esfuerzo que le había significado a él permitir que lo tocara.

El vehículo parecía alto y grande. Rodeada por resonancias y ecos diferentes a los de un automóvil, se sujetó a los rebordes del asiento mientras Dolarhyde le colocaba el cinturón de seguridad. La tira que partía en diagonal desde el hombro le oprimía uno de los pechos. La corrió hasta que quedó en el medio de ellos.

Hablaron poco durante el trayecto. Él podía observarla con toda tranquilidad cuando se detenían ante la luz roja de un semáforo.

Reba vivía en el lado izquierdo de un dúplex ubicado en una tranquila calle cerca de la Universidad de Washington.

—Entre y lo convidaré a una copa.

En toda su vida Dolarhyde no había entrado ni siquiera a una docena de

casas particulares. Durante los últimos diez años había estado en cuatro; la suya, la de Eileen por un breve momento, la de los Leeds y la de los Jacobi. Las casas de otras personas eran para él algo exótico.

Reba sintió mecerse la camioneta cuando él se bajó. Su puerta se abrió. Desde su asiento hasta la vereda había que dar un largo paso. Tropezó ligeramente contra él. Era como chocar contra un árbol. Era mucho más pesado y macizo de lo que había imaginado a juzgar por su voz y sus pisadas. Fuerte y ágil. En Denver conoció en una oportunidad a un zaguero de un equipo de fútbol que vino a filmar una campaña de ayuda en compañía de unos niños ciegos…

Una vez que traspuso la puerta de su casa, Reba McClane dejó el bastón en un rincón y pareció totalmente liberada. Se movía sin problemas de un lado a otro, poniendo música y colgando su abrigo.

Dolarhyde tuvo que hacer un esfuerzo para convencerse de que era ciega. Lo excitaba el estar dentro de una casa.

—¿Qué le parece un gin tonic?

—Suficiente con el agua tónica.

—¿Prefiere un jugo de frutas?

—Agua tónica.

—No le gusta beber ¿verdad?

—No.

—Venga a la cocina —abrió la nevera—. ¿Qué le parece —realizó un pequeño inventario con sus manos— un pedazo de tarta? De nuez con crema, deliciosa.

—Perfecto.

Sacó una tarta sin empezar de la nevera y la puso sobre la mesa.

Poniendo las manos hacia abajo abrió los dedos y los deslizó sobre el borde de la torta hasta que su circunferencia le indicó que los dedos mayores estaban en el lugar de las nueve y las tres. Luego juntó los pulgares y los acercó a la superficie para ubicar el centro exacto, que enseguida marcó con un escarbadientes.

Dolarhyde trató de iniciar una conversación para que ella no se percatase de que la observaba detenidamente.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja en Baeder? —Ninguna «s» en esa pregunta.

—Tres meses. ¿No lo sabía?

—Me dicen lo mínimo posible.

Ella sonrió.

—Probablemente hirió algunas susceptibilidades cuando planeó los cuartos oscuros. Pero los técnicos se lo agradecen. Los grifos funcionan y hay muchísimas piletas y desagües.

Apoyó el dedo mayor de su mano izquierda sobre el mondadientes, el pulgar sobre el borde de la tartera y le cortó una porción, guiando el cuchillo con el índice de la mano izquierda.

La miró manipular el reluciente cuchillo. Qué raro poder observar tanto como se le antojara el pecho de una mujer. Cuando se está en compañía de alguien ¿cuántas oportunidades se tiene de mirar lo que a uno le interesa?

Reba se preparó un gin tonic con bastante gin y pasaron a la sala de estar. Ella deslizó su mano sobre una lámpara de pie y al no sentir calor la encendió.

Dolarhyde se comió la torta en tres bocados y se quedó sentado muy tieso en el sofá, su cabello prolijamente peinado reluciente bajo la luz de la lámpara, sus manos vigorosas apoyadas sobre sus rodillas.

Reba apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla y apoyó los pies sobre el diván.

—¿Cuándo harán la filmación en el zoológico?

—Tal vez la semana próxima.

Se alegraba de haber llamado al zoológico ofreciendo la filmación con película infrarroja pues Dandridge era capaz de verificarlo.

—Es un gran zoológico. Acompañé a mi hermano y a mi sobrina cuando vinieron aquí para ayudarme con la mudanza. Tienen una sección donde se puede tocar a los animales. Abracé fuerte a la llama. Era una sensación agradable, pero el olor, Dios mío. Hasta que no me cambié la camisa tuve la impresión de que me seguía una llama.

Eso era mantener una conversación. Tenía que decir algo o mandarse mudar.

—¿Cómo llegó a Baeder?

—Pusieron un aviso en el Instituto Reiker en Denver donde trabajaba yo. Un día que inspeccionaba la pizarra de noticias tropecé con él. Lo que en realidad ocurrió es que Baeder tenía que acomodar su sistema de empleos para cumplir con el contrato de Defensa. Consiguieron meter a seis mujeres, dos negras, dos mejicanas, una oriental, parapléjica y a mí en un total de ocho solicitudes. Estábamos todas incluidas en por lo menos dos categorías, ¿comprende?

—Usted resultó una buena adquisición para Baeder.

—Y las otras también. Baeder no hace obras de caridad.

—¿Y antes de eso? —Estaba traspirando un poco. La conversación se hacía difícil. Pero en cambio era muy agradable poder mirarla. Tenía buenas piernas. Se había cortado un tobillo al afeitarse. Sintió en sus brazos el peso de sus piernas inertes.

—Durante diez años después de terminar el colegio, entrenaba a personas que acababan de quedarse ciegas, en el Instituto Reiker de Denver. Este es mi primer trabajo afuera.

—¿Afuera de qué?

—Afuera en el ancho mundo. En Reiker era todo muy insular. Lo que quiero decir es que preparábamos a personas para vivir en el mundo de los que ven y nosotros no pertenecíamos a él. Hablábamos demasiado unos con otros. Me dieron ganas de salir y probar durante un tiempo cómo me las arreglaba afuera. En realidad, lo que tenía pensado era dedicarme a terapia del habla, trabajar con niños que tuvieran problemas de habla y audición. Supongo que uno de estos días reconsideraré esa idea —vació el contenido de su vaso—. Qué tonta, había olvidado que tengo unos bocaditos de cangrejo que preparó la señora Paul. Son muy ricos. Debería habérselos ofrecido antes que el postre. ¿Quiere probarlos?

—Ajá.

—¿Usted cocina?

Una pequeña arruga apareció en su frente. Se dirigió a la cocina.

—¿Qué le parece un poco de café?

—Ajá.

Comentó los precios de la comida pero no obtuvo respuesta. Volvió al living, se sentó en el diván y apoyó los codos sobre sus rodillas.

—¿Qué le parece si discutimos algo brevemente, así nos lo sacamos de encima?

Silencio.

—Hace rato que no dice nada. En realidad, no ha dicho nada desde que mencioné la terapia del habla —su voz era suave pero firme, no reflejaba ningún dejo de compasión—. Lo entiendo perfectamente bien porque usted habla muy bien y porque yo escucho. La gente no pone atención. Me preguntan todo el tiempo ¿qué?, ¿qué? Si no quiere hablar no importa. Pero espero que lo haga. Porque puede hacerlo y me interesa lo que tenga que decir.

—Ajá. Eso es bueno —dijo Dolarhyde suavemente. Evidentemente este pequeño discurso era sumamente importante para ella. ¿Estaría invitándolo a

unirse a ella y a la china parapléjica en el club de las dos categorías? Se preguntó para sus adentros cuál sería la segunda categoría en la que él estaba incluido.

Su próxima frase le resultó increíble.

—¿Puedo tocarle la cara? Quiero saber si sonríe o si ha fruncido el ceño —irónicamente agregó—: Quiero saber si debo callarme la boca o seguir hablando.

Levantó la mano y esperó.

«¿Cómo se las arreglaría si le arrancara los dedos de un mordisco?», pensó Dolarhyde. Aun con su dentadura de todos los días podría hacerlo con la misma facilidad que si mordiera una galleta. Si se apoyaba fuertemente sobre los talones, recostándose con todo su peso contra el respaldo del sofá y la sujetaba con ambas manos de la muñeca, le sería imposible separarse de él a tiempo. Crunch, crunch, crunch, crunch, tal vez le dejaría el pulgar. Para medir las tortas.

Sujetó la muñeca de Reba con el pulgar y el índice y dio vuelta su bonita y estropeada mano a la luz. Tenía muchas cicatrices pequeñas y varios raspones y rasguños. Una pequeña cicatriz en el dorso, tal vez de una quemadura.

Demasiado cerca de su propia casa. Muy al principio de su Transformación. No estaría más allí para que él pudiera mirarla.

No debía de saber nada sobre él puesto que le había hecho ese pedido. No debía de haber andado chismorreando.

—Debe aceptar mi palabra de que estoy sonriendo —le dijo. Sin problemas con la «s». Y era cierto que esbozaba una especie de sonrisa que permitía apreciar su perfecta dentadura para uso diario.

Dejó caer la mano de Reba sobre sus faldas. La mano se apoyó sobre el muslo entrecerrada, los dedos se deslizaron sobre la tela como una mirada esquiva.

—Creo que el café está listo —dijo Reba.

—Me voy —tenía que irse, a su casa, para desahogarse.

Ella asintió.

—No quise ofenderlo.

—No.

No se movió del diván y esperó hasta oír el ruido de la cerradura para tener la certeza de que se había marchado.

Reba McClane se preparó otro gin tonic. Puso unos discos de Segovia y se acurrucó en el sofá. El cuerpo de Dolarhyde había dejado una marca profunda y tibia en el almohadón. Rastros de su persona impregnaban el aire: la cera de los zapatos, un cinturón nuevo de cuero, una buena loción para después de afeitarse.

Qué hombre tan impenetrable. Había oído solamente unos pocos comentarios sobre él en la oficina. Dandridge, conversando con uno de sus adulones y refiriéndose a él como «ese hijo de puta».

Para Reba era muy importante la intimidad. Nunca había gozado de intimidad de niña al aprender a desenvolverse después de haber perdido la vista.

Y ahora, en público, jamás podía tener la certeza de que no la estaban observando. Por eso le atraía en Dolarhyde su celo por lo privado. Ella no había sentido el menor indicio de simpatía por parte de él y eso era bueno.

Como lo era también el gin.

De repente la música de Segovia resultó pesada. Puso los cantos de las ballenas.

Tres duros meses en una ciudad nueva. El invierno por delante, tratando de encontrar el cordón de la vereda cubierto por la nieve. Reba McClane, de piernas esbeltas y valiente, execraba la autocompasión. No la toleraba. Tenía conciencia de una faceta de resentimiento por su invalidez y, al no poder librarse de ella, trataba de utilizarla, para impulsar sus ansias de independencia, reforzar su determinación de obtener lo más posible de cada día.

A su modo, era muy dura. Sabía que tener fe en cualquier clase de justicia natural era una quimera. Hiciera lo que hiciera acabaría igual que todo el mundo: de espaldas en la cama con un tubo en la nariz preguntándose «¿Será esto todo?».

Sabía que nunca podría ver la luz, pero podía tener otras cosas. Había otras cosas para disfrutar. Había gozado ayudando a sus alumnos, un goce intensificado por la certeza de que no se la recompensaría ni castigaría por ayudarlos.

Al hacer amigos, siempre se cuidaba de la gente que fomenta la dependencia y se nutre de ella. Se había relacionado con alguna gente así: los ciegos los atraen y ellos son sus enemigos.

Relaciones. Reba tenía conciencia de que era físicamente atractiva para los hombres. Dios bien sabía que muchos de ellos arriesgaban un toqueteo cuando la tomaban por el brazo.

Le gustaba mucho hacer el amor, pero años atrás había aprendido algo fundamental sobre los hombres; la mayoría de ellos tienen pánico de acarrear con un lastre. Y en su caso esa aprensión se veía aumentada.

No le gustaba que un hombre entrara y saliera de su cama como si estuviera robando pollos.

Ralph Mandy vendría a buscarla para llevarla a comer. Le encantaba lamentarse cobardemente de que estaba tan castigado por la vida que era incapaz de amar. El precavido Ralph se lo repetía demasiado a menudo y eso la irritaba. Ralph era divertido, pero ella no quería sentirse su dueña.

No quería ver a Ralph. No tenía ganas de conversar ni de oír las pausas en las conversaciones de los que estaban junto a ellos mientras la observaban comer.

Sería tan lindo ser deseada por alguien que tuviera el coraje de ponerse el sombrero y marcharse o quedarse si se le daba la gana y que le reconociera a ella el mismo derecho. Alguien que no se preocupara por ella.

Francis Dolarhyde, tímido, con el cuerpo de un atleta y nada de tonterías.

Nunca había visto ni tocado un labio partido y no tenía asociaciones visuales con el sonido. Se preguntaba si Dolarhyde pensaría que ella lo comprendía fácilmente porque «los ciegos oyen mucho mejor que nosotros». Esa era una creencia generalizada. Tal vez debería haberle explicado que no era cierto, que los ciegos sencillamente ponen más atención a lo que escuchan.

Había tantos conceptos erróneos respecto de los ciegos. Se preguntaba si Dolarhyde compartía la creencia popular de que los ciegos tienen «un espíritu más puro» que el resto de las personas, que en cierta forma están santificados por su mal. Sonrió para sus adentros. Eso tampoco era cierto.

32

La policía de Chicago trabajaba bajo una presión del periodismo, un «conteo regresivo» en las noticias nocturnas hasta la próxima luna llena. Faltaban once días.

Las familias de Chicago estaban asustadas.

Al mismo tiempo, había aumentado la concurrencia de espectadores a los autocines donde se proyectaban películas de terror que no deberían haber estado en la cartelera más de una semana. Fascinación y horror. El fabricante que tanto éxito obtuvo entre el público del mercado punk y rock con las camisetas que ostentaban la inscripción «Hada de los Dientes», sacó otro modelo con la frase «El Dragón Rojo es el show de una noche». Las ventas se repartían por igual entre ambas.

El propio Jack Crawford tuvo que aparecer en una conferencia de prensa con oficiales de la policía después del entierro. Había recibido órdenes de Arriba de hacer más visible la presencia de los federales; no la hizo más audible ya que no abrió la boca.

Cuando en investigaciones en las que interviene mucho personal no se cuenta con muchos datos, tienden a volverse sobre ellas mismas, repasando sin cesar lugares ya vistos. Adquieren la forma circular de un huracán o de un cero.

Adondequiera que iba, Graham se encontraba con detectives, cámaras, corridas de personal uniformado y el incesante parloteo de las radios. Necesitaba estar tranquilo.

Crawford, irritado por la conferencia de prensa, encontró a Graham esa tarde en el silencio de un salón vacío destinado a un jurado, ubicado en el piso de arriba de la oficina del Fiscal del Estado.

Unas luces fuertes y bajas iluminaban la tapa de fieltro verde de la mesa del jurado sobre la cual Graham había desparramado sus papeles y fotografías. Se

había quitado la chaqueta y la corbata y estaba hundido en una silla estudiando dos fotos. El retrato enmarcado de la familia Leeds estaba frente a él y junto a éste, sujeto a una pizarrita y apoyado contra un botellón, el de la familia Jacobi.

Las fotografías de Graham le hicieron pensar a Crawford en el altar plegadizo de los toreros, listo para instalar en cualquier cuarto de hotel. No había ninguna fotografía de Lounds. Sospechó que Graham no había pensado en absoluto en el episodio de Lounds. No necesitaba preocuparse por Graham.

—Este cuarto parece una sala de billar —dijo Crawford.

—¿Los liquidaste? —Graham estaba pálido pero sobrio. Tenía en su mano un vaso con zumo de naranja.

—Dios —Crawford se dejó caer sobre una silla—. Tratar de pensar allí es como tratar de hacerse entender en un manicomio.

—¿Alguna novedad?

—El comisionado sudaba tinta y se rascaba las pelotas por una pregunta que le hicieron los de la televisión, es lo único interesante que vi. Si no me crees mira el programa de las seis y el de las once.

—¿Quieres zumo de naranja?

—Tanto como comer alambre de púa.

—Qué suerte. Así queda más para mí. —Graham parecía cansado, sus ojos estaban demasiado brillantes—. ¿Qué pasó con el combustible?

—Dios bendiga a Liz Lake. Hay cuarenta y una estaciones de Servco Supreme en el Gran Chicago. Los muchachos del capitán Osborne las revisaron, investigando ventas en bidones a conductores de furgones y camiones. Todavía nada, pero no han revisado todos los turnos. Servco tiene otras ciento ochenta y seis estaciones desparramadas en ocho estados. Hemos solicitado ayuda a las jurisdicciones locales. Tomará cierto tiempo. Dios quiera que haya utilizado una tarjeta de crédito. Existe una posibilidad.

—Si es capaz de chupar una manguera no tienes ninguna posibilidad.

—Le pedí al comisionado que no comentara que el Hada de los Dientes tal vez vive por los alrededores. Esta gente ya está bastante aterrada. Si les llegara a decir eso, a la noche cuando los borrachos vuelvan a sus casas esta ciudad va a convertirse en una segunda Corea.

—¿Sigues pensando que no está lejos?

—¿Y tú no? Sería posible, Will.

Crawford tomó el informe de la autopsia de Lounds y lo leyó a través de sus pequeños anteojos.

—El golpe de la cabeza databa de más tiempo que las heridas de la boca. De cinco a ocho horas más, no están seguros. Ahora bien, las heridas de la boca se habían producido con bastantes horas de antelación a la llegada de Lounds al hospital. Estaban quemadas además, pero pudieron determinarlo por las interiores. Retuvo cierta cantidad de cloroformo en sus cuernos, en no sé qué parte de su nariz. ¿Crees que estaba inconsciente cuando el Hada de los Dientes lo mordió?

—No. Debe de haber querido tenerlo despierto.

—Era lo que pensaba. Muy bien, empieza pegándole un golpe en la cabeza cuando llegó al garaje. Tiene que mantenerlo dormido con cloroformo hasta llegar a algún lugar donde el ruido no sea advertido. Lo trae de vuelta aquí horas después de haberlo mordido.

—Podía haberlo hecho en la parte posterior del furgón, haber estacionado en algún lugar alejado —replicó Graham.

Crawford se masajeó los costados de la nariz con sus dedos, provocando en su voz un tono similar al de un megáfono.

—Olvidas las ruedas de la silla. Bev encontró dos tipos de pelusa de alfombra, una de lana y otra sintética. La sintética puede pertenecer quizás a la de una furgoneta, pero ¿cuándo has visto una alfombra de lana en una furgoneta? ¿Cuántas alfombras de lana has visto en lugares que puedan alquilarse? Muy pocas. Alfombras de lana se ven en las casas particulares, Will. Y la tierra y el moho provenían de un lugar oscuro en el que debía haber estado guardada la silla de ruedas, un sótano sucio.

—Quizás.

—Y ahora echa una mirada a esto.

Crawford sacó de su portafolio un atlas Rand McNally de la red caminera. Había trazado un círculo en el mapa correspondiente a «kilometraje y distancia horaria de los Estados Unidos».

—Freddy desapareció durante un lapso de poco más de quince horas y sus heridas están distribuidas en ese tiempo. Voy a suponer un par de cosas. No me gusta hacerlo, pero veamos. ¿De qué te ríes?

—Recordaba esa vez que enseñabas unos ejercicios prácticos en Quantico, cuando uno de tus alumnos te dijo que él suponía algo.

—No lo recuerdo. Aquí.

—Le hiciste escribir la palabra «suponer» en el pizarrón. Agarraste la tiza y empezaste a subrayar y a gritar: «¡Usted no tiene que suponer nada!», eso fue lo

que le dijiste, según recuerdo.

—Le hacía falta una patada en el trasero. Pero ahora mira bien esto. Debes tener en cuenta el tráfico de Chicago un martes por la noche cuando salió de la ciudad llevándose a Lounds. Déjale un par de horas para divertirse con Lounds en el lugar al que lo condujo y luego el tiempo de regresar en su automóvil. No puede haberse alejado mucho más de seis horas de manejo desde Chicago. Pues bien, este círculo abarca seis horas de conducir alrededor de Chicago. Como verás es algo desparejo pues hay caminos de tráfico más rápido que otros.

—A lo mejor no se movió de allí.

—Por supuesto, pero esto es lo más lejos que pudo haber llegado.

—De modo que lo has circunscrito a Chicago o a un círculo que incluye Milwaukee, Madison, Dubuque, Peoria, St. Louis, Indianápolis, Cincinnati, Toledo y Detroit, para citar sólo unos cuantos nombres.

—Algo mejor que eso. Sabemos que recibió el *Tattler* muy rápido. Posiblemente el lunes por la noche.

—Pudo haberlo comprado en Chicago.

—Lo sé, pero también es posible conseguirlo el lunes por la noche en otras partes. Aquí tengo una lista de la distribución del *Tattler*, lugares en los que se recibe, dentro de este círculo, el lunes por la noche, por vía aérea o por camión. Mira, eso deja solamente a Milwaukee, St. Louis, Cincinnati, Indianápolis y Detroit. Los llevan a los aeropuertos y tal vez a noventa puestos que están abiertos toda la noche, sin contar los de Chicago. Estoy utilizando a las agencias locales para verificarlo. Tal vez un vendedor recuerde haber atendido a algún cliente fuera de lo común el lunes por la noche.

—Tal vez. Buena idea, Jack.

Evidentemente Graham estaba pensando en otra cosa.

Si Graham hubiera sido un agente cualquiera, Crawford lo habría amenazado con destinarlo durante toda su vida a las Aleutianas. Pero en cambio le dijo:

—Me llamó mi hermano esta tarde. Dijo que Molly se había ido.

—Sí.

—¿Supongo que a algún lugar seguro?

Graham tenía el convencimiento de que Crawford sabía exactamente a dónde había ido:

—A casa de los abuelos de Willy.

—Bueno, van a alegrarse al ver al niño —Crawford hizo una pausa. Graham no hizo ningún comentario—. Espero que todo esté bien.

—Estoy trabajando, Jack. No te preocupes por ello. No, lo que ocurrió es que allí estaba con los nervios de punta.

Graham sacó de abajo de un montón de fotografías del entierro un paquete chato atado con un cordel y comenzó a desatar el nudo.

—¿Qué es eso?

—Lo mandó Byron Metcalf, el abogado de los Jacobi. Me lo envió Brian Zeller. Está en orden.

—Espera un momento, déjame ver —Crawford dio vuelta al paquete entre sus dedos velludos hasta encontrar el sello y la firma S. F. «Semper Fidelis», Aynesworth, jefe de la sección explosivos del FBI, certificando que el paquete había pasado por la prueba fluoroscópica.

—Debes revisar siempre. Siempre.

—Siempre lo reviso, Jack.

—¿Te lo trajo Chester?

—Sí.

—¿Te mostró el sello antes de entregártelo?

—Lo verificó y me lo mostró.

—Son copias de toda la testamentaria de los Jacobi. Le pedí a Metcalf que me las enviara, podremos compararlas con las de los Leeds cuando lleguen —dijo Graham cortando el cordel.

—Tenemos un abogado revisándolo.

—Yo las preciso. No conozco a los Jacobi, Jack. Eran nuevos en la ciudad. Llegué a Birmingham con un mes de retraso y sus pertenencias estaban desparramadas o desaparecidas. Siento algo por los Leeds. Pero nada por los Jacobi. Preciso conocerlos. Quiero hablar con la gente que conocían en Detroit y necesito unos días más en Birmingham.

—Yo te necesito aquí.

—Oye, el de Lounds fue un crimen sin vueltas. Lo hicimos enojarse con Lounds. La única conexión con Freddy la provocamos nosotros. Existen unas pocas pruebas con Lounds y la policía está trabajando en ellas. Lounds era simplemente alguien molesto para él, pero los Leeds y los Jacobi eran lo que él precisa. Debemos encontrar la conexión entre ellos. Esa será la única forma de poder atraparlo.

—De modo que tienes ahora los papeles de los Jacobi y vas a trabajar aquí con eso —dijo Crawford—. ¿Qué estás buscando? ¿Qué tipo de información?

—Cualquier cosa, Jack. En este momento una deducción médica —Graham

sacó un formulario de declaración de impuestos del paquete—. Lounds estaba en una silla de ruedas. Medicina. Valerie Leeds fue operada seis meses antes de morir; ¿recuerdas lo que decía en su diario? Un pequeño quiste en el pecho. Otra vez medicina. Me preguntaba si la señora Jacobi habría pasado también por alguna operación quirúrgica.

—No recuerdo haber leído nada sobre cirugía en el informe de su autopsia.

—No, pero tal vez era algo que no se veía. Su historia médica estaba dividida entre Detroit y Birmingham. Puede ser que se haya perdido en el ínterin un informe. Pero si fue operada, con toda seguridad debe figurar entre las deducciones o quizás en el seguro.

—¿Un enfermero ambulante, eso es lo que piensas? ¿Trabajando en ambos lugares, en Detroit o Birmingham y Atlanta?

—Cuando has pasado un tiempo en un hospital psiquiátrico puedes aprender perfectamente bien la rutina. Y cuando sales de allí hacerte pasar por un asistente y conseguir trabajo —afirmó Graham.

—¿Quieres comer algo?

—Esperaré hasta un poco más tarde. Me siento muy torpe después de la comida.

Cuando llegó a la penumbra de la puerta, Crawford se dio vuelta para mirar a Graham. No le importaba lo que veía. Las luces suspendidas cerca de la mesa acentuaban las arrugas que surcaban la cara de Graham mientras estudiaba bajo las miradas de las víctimas desde las fotografías. El cuarto estaba impregnado de desesperanza.

¿Sería mejor para el caso hacer que Graham volviera otra vez a la calle? Crawford no podía darse el lujo de dejarlo consumirse ahí dentro para nada. ¿Pero y si fuera para algo?

Los excelentes instintos administrativos de Crawford no estaban atemperados por la misericordia. Y le aconsejaron dejar solo a Graham.

33

Dolarhyde trabajó con las pesas hasta las diez de la noche, miró sus películas, trató de satisfacerse y quedó agotado. Pero no obstante estaba inquieto.

Al pensar en Reba McClane su pecho se estremecía por una tremenda excitación. No debía pensar en ella.

Recostado en el sillón, su torso hinchado y enrojecido por la gimnasia, miraba un noticiero en la televisión para ver cómo andaba la policía con el asunto de Freddy Lounds.

Ahí estaba Will Graham parado junto al féretro mientras el coro ululaba a lo lejos. Graham era delgado. Sería fácil romperle la espalda. Mejor que matarlo. Romperle la espalda y retorcerla sólo para estar bien seguro. Entonces podría ser el tema de la próxima investigación.

No había apuro. Era mejor dejar que Graham siguiera con miedo.

En la actualidad, Dolarhyde experimentaba permanentemente una tranquila sensación de poder.

El Departamento de Policía de Chicago hizo un poco de alboroto durante una conferencia de prensa. Pero detrás de esa pantalla sobre lo duro que estaban trabajando, la verdad era que no habían realizado ningún progreso con Freddy. Jack Crawford integraba el grupo parado detrás de los micrófonos. Dolarhyde lo reconoció por haber visto su fotografía en un *Tattler*.

Un vocero del *Tattler* flanqueado por dos guardaespaldas manifestó: «Este acto salvaje e insensato sólo servirá para que la voz del *Tattler* resuene con más potencia».

Dolarhyde lanzó un resoplido. Quizás. Pero por cierto que había servido para silenciar a Freddy.

Los locutores de los noticieros lo llamaban ahora «el Dragón». Sus actos eran lo que la policía había calificado como «los asesinatos del Hada de los

Dientes».

Franco progreso.

Ahora sólo pasaban noticias locales. Un idiota de mandíbula prominente estaba realizando un reportaje en el zoológico. Era evidente que lo mandarían a cualquier parte con tal de mantenerlo alejado de la oficina.

Dolarhyde estaba buscando su control remoto cuando vio en la pantalla a alguien con quien había hablado por teléfono pocas horas antes. El doctor Frank Warfield, director del Zoológico, que se había mostrado encantado ante la propuesta de la filmación que le había hecho Dolarhyde.

El doctor Warfield y un dentista trabajaban en un tigre que tenía un diente roto. Dolarhyde quería ver el animal, pero el reportero se lo tapaba. Finalmente el periodista se corrió hacia un lado.

Recostado en su sillón de respaldo reclinable, mirando la pantalla por encima de su poderoso torso, Dolarhyde vio el gran tigre tirado inconsciente sobre una pesada mesa de trabajo.

El locutor anunció que ese día estaban preparando el diente y que más adelante le colocarían la corona.

Dolarhyde los observaba trabajar tranquilamente entre las mandíbulas de la terrible cabeza rayada del tigre.

«¿Puedo tocarle la cara?».

Quería decirle algo a Reba McClane. Deseaba que tuviera aunque tan sólo fuera una leve sospecha de lo que casi había hecho. Deseaba que pudiera percibir aunque sólo fuera un breve destello de su Gloria. Pero no podía tenerlo y seguir viviendo. Debía vivir: lo habían visto en compañía de ella y vivía bastante cerca de su casa.

Había tratado de compartir con Lecter, pero Lecter lo había traicionado.

No obstante, le gustaría compartir. Y le gustaría poder compartir un poquito con ella, en una forma que le permitiera sobrevivir.

34

—Yo sé que es una medida política, tú lo sabes pero de todas formas es prácticamente lo mismo que estás haciendo ahora —le dijo Crawford a Graham mientras caminaban al filo de la tarde por State Street Mall rumbo a las oficinas de la agencia federal—. Sigue con lo que estás haciendo, limítate a escribir los paralelos y yo me encargaré del resto.

El Departamento de Policía de Chicago le había pedido a la sección Ciencia del Comportamiento del FBI un perfil detallado de las víctimas. Los oficiales policiales dijeron que lo utilizarían para planificar la distribución de patrullas extraordinarias durante el período de luna llena.

—Lo que están haciendo es cuidarse el trasero —afirmó Crawford sacudiendo la bolsa de papas fritas—. Las víctimas eran personas en muy buena posición, tendrán que enviar patrullas a los barrios donde vive gente de buena posición. Ellos saben que eso va a ocasionar un cúmulo de protestas: los jefes de distrito han alzado sus voces pidiendo el empleo de personal extra desde que Freddy se quemó. Dios se apiade de los ediles de la ciudad si patrullan los barrios de la alta clase media y el Hada ataca en un barrio pobre. Pero si llegara a ocurrir, podrían echarle el fardo al maldito FBI. Me parece estar oyéndolos decir: «Ellos nos indicaron que lo hiciéramos de esa forma. Eso fue lo que nos dijeron que debíamos hacer».

—Yo no creo que existan mayores probabilidades de que su próximo golpe sea en Chicago más que en otra parte —dijo Graham—. No existe razón para pensar así. Es una pérdida de tiempo. ¿Por qué no puede hacer Bloom el perfil? Es consultor de Ciencia del Comportamiento.

—No quieren que provenga de Bloom sino de nosotros. No les serviría de nada echarle la culpa a Bloom. Además, todavía está en el hospital. Yo he

recibido instrucciones de hacerlo. Alguien de la Cúpula se ha comunicado con la Justicia. Los de Arriba dicen «Hágalo». ¿Lo harás?

—Lo haré. De todos modos en eso estoy.

—Lo sé —replicó Crawford—. Sigue adelante.

—Preferiría volver a Birmingham.

—No. Quédate conmigo en esto.

Las últimas luces del viernes desaparecían por el oeste. Faltaban diez días.

35

—¿Está listo para decirme qué clase de «paseo» es éste? —le preguntó Reba McClane a Dolarhyde el sábado por la mañana luego de haber viajado en silencio durante diez minutos. Esperaba que se tratara de un picnic.

La furgoneta se detuvo. Oyó que Dolarhyde abría la ventanilla.

—Dolarhyde —dijo—. El doctor Warfield debe de haber dejado mi nombre.

—Sí, señor. ¿Puede colocar esto bajo el limpiaparabrisas cuando estacione el vehículo?

Avanzaron lentamente. Reba sintió que el camino hacía una curva. Olores extraños y pesados en el viento. Un elefante barritó.

—El zoológico —señaló ella—. Fantástico.

Habría preferido un picnic. Pero qué demonios, era un buen programa.

—¿Quién es el doctor Warfield?

—El director del zoológico.

—¿Es amigo suyo?

—No. Le hicimos un favor al zoológico con una película y nos lo retribuyen.

—¿En qué forma?

—Usted podrá tocar un tigre.

—¡No me diga!

—¿Vio alguna vez un tigre?

Se alegró de que pudiera hacerle la pregunta.

—No. Recuerdo un puma que vi cuando era muy pequeña. Era todo lo que había en el zoológico de Red Deer. Creo que será mejor que conversemos un poco sobre esto.

—Están trabajando en el diente del tigre. Tienen que anestesiarlo. Si lo desea puede tocarlo.

—¿Habrá mucha gente, haciendo cola?

—No, nada de público. Warfield, yo y un par de personas. Los de la televisión llegarán después que hayamos salido nosotros. ¿Quiere hacerlo? —Había cierto apremio en la pregunta.

—¡Ya lo creo! Muchas gracias… es una sorpresa magnífica.

El vehículo se detuvo.

—Eh… ¿cómo sabré que está totalmente dormido?

—Hágale cosquillas. Si se ríe, salga corriendo.

El piso del cuarto de curaciones parecía de linóleo. Era una habitación fresca con muchos ecos. Del extremo más alejado llegaba un calor irradiado.

Un rítmico arrastrar de pesados pies y Dolarhyde la guió hacia un costado hasta que Reba sintió la presión bifurcada de un rincón.

Estaba ya allí, podía olerlo.

Una voz dijo:

—Arriba, ahora. Despacito. Bájenlo. ¿Podemos dejar la camilla debajo de él, doctor Warfield?

—Sí, envuelvan ese almohadón en una de esas toallas verdes y colóquenlo debajo de la cabeza. Le pediré a John que los busque una vez que hayamos terminado.

Los pasos se alejaron.

Esperó que Dolarhyde le dijera algo pero no lo hizo.

—Ya está aquí —comentó Reba.

—Lo trajeron diez hombres en una camilla. Es grande. Tres metros. El doctor Warfield está auscultando su corazón. Ahora le levanta un párpado. Aquí viene.

Un cuerpo amortiguó el ruido que oía delante de ella.

—Doctor Warfield, Reba McClane —dijo Dolarhyde.

Reba estiró su mano. Una mano grande y suave la agarró.

—Gracias por permitirme venir —dijo ella—. Es un lujo.

—Me alegro que haya podido venir. Me alegra el día. A propósito, agradecemos la película.

La voz del doctor Warfield era profunda, de alguien culto y de edad madura y negro. Suponía que de Virginia.

—Estamos esperando hasta tener la seguridad de que su respiración y latidos sean suficientemente fuertes y firmes para que empiece el doctor Hassler. El doctor Hassler está un poco más lejos colocándose el espejo en la frente. Acá

entre nosotros le confiaré que se lo pone solamente para evitar que se le caiga la peluca. Venga que se lo presentaré. ¿Señor Dolarhyde?

—Lo seguiremos.

Ella le tendió la mano a Dolarhyde. Se demoró en agarrarla pero lo hizo suavemente. Su palma dejó unas marcas de transpiración en los nudillos de Reba.

El doctor Warfield le colocó la mano sobre el brazo y avanzaron lentamente.

—Está profundamente dormido. ¿Tiene una impresión general? Le describiré todo lo que quiera. —Se interrumpió sin saber bien cómo expresarse.

—Recuerdo dibujos que vi en libros cuando era chiquita y una vez vi un puma en el zoológico que había cerca de mi casa.

—El tigre es un gran puma —dijo Warfield—. Pecho más amplio, cabeza más grande y estructura y musculatura más pesadas. Es un macho de Bengala de cuatro años. Mide casi tres metros de largo desde el hocico hasta la punta de la cola y pesa trescientos tres kilos. Está acostado sobre su lado derecho bajo fuertes focos.

—Puedo sentir los focos.

—Es muy llamativo, con rayas de color anaranjado y negro, el anaranjado es tan fuerte que parece colorear el aire que lo rodea.

De repente, al doctor Warfield le pareció que era muy cruel hablar sobre colores. Una mirada a la cara de Reba lo tranquilizó.

—Está a casi dos metros de distancia. ¿Puede olerlo?

—Sí.

—El señor Dolarhyde le habrá contado que un tonto lo golpeó entre las rejas con la pala de un jardinero. Le rompió el gran colmillo superior izquierdo con el filo de la pala. ¿Todo en orden, doctor Hassler?

—Está bien. Le daremos uno o dos minutos más.

Warfield le presentó el dentista a Reba.

—Querida, es usted la primera sorpresa agradable que me ha brindado Frank Warfield —manifestó Hassler—. Tal vez le interese examinar esto. Es un diente de oro, un colmillo en realidad —Lo puso sobre la mano de Reba—. Es pesado ¿verdad? Limpié el diente roto y le tomé una impresión nueva hace ya unos cuantos días y hoy le colocaré esta corona. Podría haberla hecho en blanco, por supuesto, pero pensé que así quedaría más divertido. El doctor Warfield le contará que nunca dejo escapar una oportunidad para llamar la atención. Es muy poco considerado y no me permite colocar un aviso en la jaula.

Pasó sus dedos sensibles y curtidos siguiendo la forma ahusada y curva hasta tocar la punta.

—¡Qué buen trabajo! —Sintió una respiración profunda y pausada junto a ella.

—Los chicos se van a llevar una sorpresa cuando lo vean bostezar —señaló Hassler—. Y no creo que tiente a los ladrones. Y ahora, el programa. Usted no es aprensiva, ¿verdad? Su fornido amigo nos está observando como un hurón. No la ha obligado a hacer esto, ¿verdad?

—¡No! No, yo quiero hacerlo.

—Estamos mirando la espalda del tigre —dijo el doctor Warfield—. Está dormido a menos de ochenta centímetros de distancia, sobre una mesa a la altura de su cintura. Haremos lo siguiente: pondré su mano izquierda —usted es diestra ¿verdad?—, pondré su mano izquierda en el borde de la mesa y así podrá tantear con la derecha. No se apure. Yo estaré acá al lado de usted.

—Y yo también —anunció el doctor Hassler.

Ambos disfrutaban con la experiencia. El cabello de Reba olía a aserrín fresco bajo el sol por el calor de las luces.

Los fuertes focos sobre su cabeza le hacían cosquillear el cuero cabelludo. Podía oler su pelo caliente, el jabón de Warfield, alcohol y desinfectante y el olor del felino. Sintió un pequeño mareo que rápidamente se desvaneció.

Agarró el borde de la mesa y estiró su mano hasta que los dedos tocaron las puntas de los pelos de la piel, calientes por la luz, luego una zona más fría y enseguida un calor intenso y profundo que brotaba de adentro. Apoyó toda la mano contra el tupido manto y la movió suavemente, sintiendo deslizarse la piel contra su palma, a favor y en contra del pelo, comprobando cómo resbalaba el pellejo sobre las anchas costillas cuando éstas subían y bajaban.

Agarró con fuerza la piel y los pelos asomaron entre sus dedos. Su rostro se arrebató ante la verdadera presencia del tigre y no pudo evitar realizar típicos y desordenados gestos en su cara, a pesar de que durante años había conseguido evitarlos.

Warfield y Hassler se alegraron al advertir que había hecho a un lado su autocontrol. La veían a través de una nueva perspectiva, como si apoyara su cara contra una vidriera empapada en flamantes sensaciones.

Los fuertes músculos de Dolarhyde se estremecieron mientras la observaba desde la sombra. Una gota de sudor corrió por sus costillas.

—El otro lado es más interesante —dijo el doctor Warfield junto a su oído.

La condujo al otro lado de la mesa, mientras ella pasaba su mano todo a lo largo de la cola.

Dolarhyde sintió una pequeña opresión en el pecho cuando los dedos se deslizaron sobre los velludos testículos. Los encontró en su mano y prosiguió su tanteo.

Warfield levantó una pesada mano y la puso sobre la de ella. Reba palpó la aspereza de la planta y percibió débilmente el olor al piso de la jaula. Warfield presionó un dedo para hacer salir la garra. Los pesados y flexibles músculos de las paletas rebasaban las manos de Reba.

Palpó las orejas del tigre, el ancho de su cabeza y, cuidadosamente, guiada por el veterinario, tocó la rugosa lengua. Un aliento cálido estremeció el vello de sus antebrazos.

Finalmente, el doctor Warfield le colocó el estetoscopio. Mientras su cara miraba hacia lo alto y sus manos sentían el rítmico movimiento del pecho, el poderoso latido del corazón del tigre resonó en todo el cuerpo de Reba.

Reba McClane, sonrojada y exaltada, guardó silencio mientras emprendieron el camino de regreso. Solamente una vez se dio vuelta hacia Dolarhyde para decirle lentamente:

—Gracias, muchas gracias. Si no le importa, me encantaría tomar un Martini.

—Espere un momento aquí —le dijo Dolarhyde cuando estacionó en su jardín.

Reba se alegraba de que no hubieran ido a su departamento. Era viejo y seguro.

—No se ponga a hacer orden. Acompáñeme adentro y dígame que está todo ordenado.

—Espere aquí.

Llevó el paquete con las botellas y realizó una rápida inspección. Se detuvo en la cocina y permaneció un momento cubriéndose la cara con las manos. No estaba seguro de lo que hacía. Olía peligro, pero no por parte de la mujer. No pudo mirar arriba de la escalera. Tenía que hacer algo y no sabía cómo. Debería llevarla de vuelta a su casa.

No se habría animado a hacer nada de esto antes de su Transformación. Y

ahora comprendía que podía hacer cualquier cosa. Cualquier cosa.

La alargada sombra azulada de la furgoneta caía sobre el jardín iluminado por el sol poniente cuando Dolarhyde salió de la casa. Reba McClane se apoyó sobre sus hombros hasta que tocó el suelo con sus pies.

Sintió la presencia de la casa. Percibió su altura por el eco de la puerta de la furgoneta al cerrarse.

—Cuatro pasos sobre el pasto. Luego hay una rampa —dijo él.

Ella lo tomó del brazo. Sintió un estremecimiento y la tela de algodón mojada por la transpiración.

—Hay de veras una rampa. ¿Para qué?

—Vivían unos viejos.

—Pero ahora no están más.

—No.

—Parece fresca y alta —dijo cuando entró a la sala. Aire de museo. ¿Podría ser incienso lo que olía? El tic tac de un reloj a lo lejos—. Es una casa grande ¿verdad? ¿Cuántos cuartos tiene?

—Catorce.

—Es vieja. Las casas que hay aquí son viejas —rozó una pantalla con fleco y la tocó con los dedos.

El tímido señor Dolarhyde. Se había dado cuenta perfectamente bien que al verla con el tigre lo había excitado; se había estremecido como un caballo cuando lo tomó del brazo al salir del cuarto de curaciones.

La idea de arreglar todo eso había sido un gesto elegante de su parte. Y quizás aunque no estaba muy segura, elocuente.

—¿Martini?

—Déjeme acompañarlo y lo prepararé —dijo Reba quitándose los zapatos.

Dejó caer en el vaso unas gotas de vermut de su dedo. Dos medidas y media de gin y dos aceitunas. Buscó rápidamente puntos de referencia en la casa: el tic tac del reloj, el zumbido de un equipo de aire acondicionado en una ventana. Había un manchón caliente en el piso cerca de la cocina donde había caído el sol durante la tarde.

Dolarhyde la condujo a su gran sillón y él se instaló en el sofá.

El aire estaba cargado. Como ocurre con la fosforescencia en el mar, iluminaba el movimiento; encontró un lugar para depositar su vaso en una mesita junto a ella mientras él ponía música.

A Dolarhyde le parecía que el cuarto había cambiado. Era la primera persona

que lo había acompañado voluntariamente a su casa y el cuarto estaba como dividido en dos panes, la de Reba y la de él.

La música de Debussy resonaba mientras afuera oscurecía.

Le preguntó sobre Denver y ella le contó algunas cosas, algo ausente, como si estuviera pensando en algo diferente. Él le describió la casa y el gran jardín rodeado por un cerco de plantas. No había mayor necesidad de hablar.

En medio del silencio y mientras él cambiaba un disco ella dijo:

—Ese maravilloso tigre, esta casa, usted está lleno de sorpresas, D. Creo que nadie lo conoce de veras.

—¿Les preguntó?

—¿A quién?

—A cualquiera.

—No.

—¿Y entonces cómo sabe que nadie sabe cómo soy? —Su esfuerzo por pronunciar bien las palabras hizo que el tono de su voz se mantuviera neutro.

—Oh, algunas empleadas de Gateway nos vieron el otro día cuando subíamos a su furgoneta. No se imagina lo curiosas que estaban. De repente tuve mucha compañía en la máquina de Coca.

—¿Qué querían saber?

—Querían chismes jugosos. Cuando descubrieron que no había ninguno, siguieron su camino. Estaban sondeándome.

—¿Y qué dijeron?

Ella había pensado convertir la ávida curiosidad de las mujeres en humor dirigido hacia ella misma. Pero no resultó así.

—Están intrigadas por todo —manifestó—. Usted les parece muy misterioso e interesante. Vamos, es un cumplido.

—¿Le dijeron qué aspecto tengo?

La pregunta fue hecha ligeramente, como al pasar, con gran habilidad, pero Reba sabía que nadie bromea jamás. La enfrentó directamente.

—No se lo pregunté. Pero, sí, me contaron cómo creen que es usted. ¿Quiere que se lo diga? ¿Palabra por palabra? No me lo pida si no quiere —estaba segura de que se lo pediría.

Ninguna contestación.

De repente Reba tuvo la sensación de que estaba sola en el cuarto, que el lugar que él había ocupado estaba más vacío que el vacío, que era un agujero

oscuro que aspiraba todo y que no arrojaba nada. Sabía que no podía haberse ido sin que ella lo oyera.

—Creo que se lo diré —anunció—. Usted posee una especie de consistente y limpia pulcritud que les gusta. Dicen que tiene un cuerpo extraordinario —evidentemente no podía frenar ahí sin más—. Que es muy sensible respecto de su cara y que no debería serlo. Muy bien, está la loquita esa que mencionó su boca. ¿Puede ser Eileen?

—Eileen.

Ah, una señal de rebote. Se sentía como un radio astrónomo.

Reba era excelente para las imitaciones. Podía haber reproducido el comentario de Eileen con sorprendente fidelidad, pero era lo suficientemente astuta como para no copiar el modo de hablar de alguien frente a Dolarhyde. Repitió las palabras de Eileen romo si hubiera estado leyendo una transcripción.

—«No es mal parecido. Te juro por Dios que he salido con otros que son mucho más feos. Una vez salí con un jugador de hockey que tenía una pequeña hendidura sobre el labio, cerca de la nariz. Todos los jugadores de hockey tienen esa marca. Es algo, ¿sabes?, muy macho. El señor D. tiene una piel magnífica y qué no daría yo por tener su pelo». ¿Contento? Ah, me preguntó también si era tan fuerte como parecía.

—¿Y?

—Le contesté que no sabía —vació el contenido de su copa y se puso de pie —. ¿Dónde diablos se ha metido, D.? —lo comprobó al moverse él entre un parlante del equipo estereofónico y ella—. Ajá. Aquí está. ¿Quiere saber qué pienso al respecto?

Encontró la boca de Dolarhyde con sus dedos y la besó, oprimiendo ligeramente sus labios contra los dientes apretados de él. Se dio cuenta inmediatamente de que la causa de su rigidez era timidez y no rechazo hacia su persona.

Él estaba absorto.

—¿Podría mostrarme ahora dónde queda el baño?

Lo tomó del brazo y lo siguió por el pasillo.

—Yo puedo volver sola.

Una vez en el baño se retocó el peinado y pasó los dedos por el lavabo en busca de pasta dentífrica o algún desinfectante bucal. Trató de buscar la puerta del botiquín de remedios y descubrió que no tenía puerta, solamente bisagras y estantes. Tocó cuidadosamente los objetos alineados sobre los estantes, temerosa

de tropezar con una navaja, hasta que encontró un frasco. Le quitó el tapón y olió para verificar el contenido y procedió a hacer un buche.

Oyó un ruido conocido cuando volvió a la sala, el zumbido de un proyector rebobinando una película.

—Tengo que trabajar un poco —dijo Dolarhyde mientras le alcanzaba un Martini.

—Por supuesto —respondió Reba. No sabía cómo interpretarlo—. Me iré si le impido trabajar. ¿Vendrá hasta aquí un taxi?

—No. Quiero que se quede. De veras. Se trata solamente de unas películas que tengo que revisar. No me demoraré mucho.

Dolarhyde se dispuso a guiarla hasta el sillón. Ella sabía dónde estaba el sofá y se dirigió allí.

—¿Son sonoras?

—No.

—¿Puedo dejar la música?

Ella percibió su atención. Quería que se quedara, estaba simplemente asustado. No debería estarlo. Muy bien. Se sentó.

El Martini estaba deliciosamente helado y seco.

Él se sentó en el otro extremo del sofá y al hacerlo, su peso hizo tintinear los cubitos de hielo en su copa. El proyector seguía rebobinando.

—Creo que me recostaré un ratito, si no le importa —dijo Reba—. No, no se corra, tengo espacio de sobra. Por favor despiérteme si me quedo dormida.

Se reclinó en el sofá apoyando la copa sobre su estómago; las puntas de su pelo rozaban apenas la mano de Dolarhyde apoyada contra su muslo.

Oprimió el botón del control remoto y se inició la proyección de la película.

Dolarhyde quería ver en ese ambiente y en compañía de esa mujer, las películas de los Leeds y Jacobi. Quería mirar alternativamente la pantalla y a Reba. Sabía que ella nunca sobreviviría a ello. Las mujeres la vieron subir a su furgoneta. Más valía no pensar en eso. Las mujeres la vieron subir a su furgoneta.

Miraría la película de los Sherman, la familia a quien pensaba visitar próximamente. Vería la promesa de su futuro alivio y lo haría en presencia de Reba, mirándola todo lo que le diera la gana.

En la pantalla apareció el título La Casa Nueva escrito con monedas sobre una caja de cartón. Una larga toma de la señora Sherman y sus hijos. Juegos en la piscina. La señora Sherman sosteniéndose de la escalera, su busto generoso y

reluciente asomando sobre su traje de baño mojado, sus piernas pálidas moviéndose como tijeras.

Dolarhyde estaba orgulloso del control que tenía sobre sí mismo. Pensaría en esa película, no en la otra. Pero mentalmente comenzó a hablarle a la señora Sherman tal como lo había hecho con Valeria Leeds en Atlanta.

Ahora me ve, sí.

Así es como se siente al verme, sí.

Juegos con los vestidos antiguos. La señora Sherman con el gran sombrero. Parada frente al espejo. Se da vuelta sonriendo y adopta una pose para la cámara, llevando su mano a la nuca. Tiene un camafeo en el cuello.

Reba McClane se mueve en el sofá. Deja la copa en el piso. Dolarhyde siente un peso y calor. Reba ha apoyado la cabeza sobre su muslo. Las luces de la película juguetean sobre su nuca pálida.

Dolarhyde permanece muy quieto, mueve únicamente el pulgar para parar la película y repetir una secuencia. En la pantalla la señora Sherman se para frente al espejo luciendo el gran sombrero. Se da vuelta hacia la cámara y sonríe.

Ahora me ve, sí.

Así es como se siente al verme, sí.

¿Me siente ahora? Sí.

Dolarhyde está temblando. Los pantalones lo están torturando. Tiene calor. Siente un aliento cálido a través de la tela. Reba ha hecho un descubrimiento.

Su pulgar acciona temblorosamente el interruptor.

Ahora me ve, sí.

Así es como se siente al verme, sí.

¿Siento esto? Sí.

Reba abre el cierre de los pantalones.

Una oleada de miedo: jamás había tenido antes una erección en presencia de una mujer viva. Él es el Dragón, no debe sentir miedo.

Unos dedos nerviosos lo liberan.

¡OH!

¿Me siente ahora? Sí.

Siente esto, sí.

Sabe lo que es, sí.

Su corazón late con fuerza, sí.

Debe apartar sus manos del cuello de Reba. Apartarlas. Las mujeres los vieron en la furgoneta. Su mano estruja el brazo del sofá. Sus dedos rompen el tapizado.

Su corazón late con fuerza, sí.

Y ahora late rápidamente.

Late rápidamente.

Parece que va a reventar, sí.

Y ahora su ritmo es veloz y liviano más rápido y liviano y…

Silencio.

Oh, silencio.

Reba apoya la cabeza sobre su muslo y da vuelta sus mejillas relucientes hacia él. Desliza la mano adentro de la camisa y la apoya contra su pecho.

—Espero no haberte chocado —dice.

Lo que le chocó fue oír el sonido de su voz y apoyó su mano sobre el pecho de Reba para comprobar si su corazón seguía latiendo. Ella se la retuvo suavemente allí.

—Dios mío, todavía no se te ha pasado ¿verdad?

Una mujer viva. Qué extraño. Lleno de poder, del Dragón o suyo propio, la levantó fácilmente del sofá. No pesaba nada, era mucho más fácil de transportar porque no era un cuerpo inerte. Arriba no. Arriba no. Debía apurarse. A

cualquier parte. Rápido. La cama de su abuela, la colcha de raso resbaló bajo sus cuerpos.

—Oh, espera, me la quitaré. Oh, se rompió. No importa. Dios mío, qué hombre. Qué placer. No, por favor no, de espaldas no, déjame a mí.

Fue con Reba, su única mujer viva, inmerso con ella en ese intervalo en el tiempo, que por primera vez sintió que todo estaba bien: lo que liberaba era su vida, su propio ser, más allá de su calidad de mortal, entregándola a esa magnífica oscuridad, lejos de este mundo de lágrimas, recorriendo sonoras y armoniosas distancias en busca de la promesa de reposo y paz.

Acostado junto a Reba en la oscuridad, apoyó su mano sobre ella y la apretó suavemente como si quisiera sellar esa unión. Mientras ella dormía, Dolarhyde, maldito asesino de once personas, escuchó una y otra vez los latidos de su corazón.

Imágenes. Perlas barrocas volando en la apacible oscuridad. Una verdadera pistola que había disparado contra la luna. Un enorme fuego artificial que había visto en Hong Kong titulado «El Dragón Siembra Sus Perlas».

El Dragón.

Se sentía aturdido, desconcertado. Y pasó toda esa larga noche acostado junto a ella, temiendo oír el ruido de sus pasos bajando la escalera vestido con su kimono.

Reba se movió solamente una vez, tanteando medio dormida, la mesa de luz, hasta que encontró el vaso. Los dientes de la abuela resonaron en su interior.

Dolarhyde le trajo agua. Ella lo estrechó en la oscuridad. Cuando volvió a dormirse, él le retiro la mano apoyada sobre el gran tatuaje y la puso sobre su cara.

Se quedó dormido profundamente al amanecer.

Reba se despertó a las nueve y oyó su rítmica respiración. Se estiró perezosamente en la amplia cama. Él no se movió. Repasó la distribución de la casa, la ubicación de las alfombras y el piso, la dirección del tic tac del reloj. Una vez que terminó la reconstrucción se levantó silenciosamente y se dirigió al baño.

Dolarhyde seguía dormido cuando dio por finalizada su larga ducha. Su

pantaloncillo roto estaba tirado en el piso. Lo encontró con los pies y lo metió dentro de su cartera. Se puso el vestido de algodón, aferró el bastón y salió.

Él le había contado que el jardín era grande y parejo, rodeado por cercos vivos, pero al principio circuló con mucha precaución.

La brisa de la mañana era fresca y el sol caliente. Se paró en el jardín dejando que el viento arrojara las semillas de los saúcos contra sus manos. El viento recorrió los pliegues de su cuerpo fresco por el baño. Alzó los brazos dejando pasar la fresca brisa bajo sus pechos y brazos y entre sus piernas. Las abejas revoloteaban. No les temía y la dejaron tranquila.

Dolarhyde se despertó y se quedó durante un instante algo desconcertado al constatar que no estaba en su dormitorio del primer piso. Sus ojos amarillos se abrieron bien grandes al recordar. Dio vuelta rápidamente la cabeza como una lechuza para mirar la otra almohada. Estaba vacía.

¿Estaría dando vueltas por la casa? ¿Qué encontraría? ¿O habría ocurrido algo durante la noche? Algo que tendría que limpiar. Sospecharían de él. Tendría que escapar.

Buscó en el baño y en la cocina. En el sótano donde quedaba todavía una silla de ruedas. En el primer piso. No quería subir al primer piso. Tenía que revisar. Su tatuaje se flexionó al subir la escalera. El Dragón lo miró furibundo desde la pared del dormitorio. No podía quedarse en el cuarto con el Dragón.

Desde una ventana del primer piso la vio en el jardín.

«FRANCIS».

Sabía que la voz provenía de su cuarto. Sabía que era la voz del Dragón. Esta duplicidad con el Dragón lo desorientaba. La sintió por primera vez cuando apoyó su mano sobre el corazón de Reba.

El Dragón nunca había hablado antes con él. Era aterrador.

«FRANCIS VEN AQUÍ».

Trató de ahogar la voz que lo llamaba insistentemente mientras bajaba la escalera corriendo.

¿Qué podría haber encontrado Reba? Los dientes de su abuela habían resonado en el vaso, pero él los guardó cuando le llevó agua. No podía ver nada.

La grabación de Freddy. Estaba en el grabador de la sala. Lo revisó. La cinta estaba rebobinada hasta el principio. No podía recordar si él la había rebobinado luego de haberla transmitido al *Tattler* por teléfono.

Reba no debía entrar nuevamente a la casa. No sabía qué podía ocurrirle en la casa. Podría recibir una sorpresa. Tal vez al Dragón se le ocurría bajar. Sabía

con qué facilidad la destrozaría.

Las mujeres la vieron subir a su furgoneta. Warfield recordaría haberlos visto juntos. Se vistió presurosamente.

Reba McClane sintió la franja fresca de la sombra proyectada por el tronco de un árbol y luego nuevamente el sol que caía sobre el jardín. Sabía siempre dónde estaba guiándose por el calor del sol y el zumbido del aparato de aire acondicionado instalado en una ventana. Orientarse, el pilar de su vida, era muy fácil allí. Dio vueltas y vueltas, deslizando las manos sobre los arbustos y flores.

Una nube ocultó el sol y entonces se detuvo, sin saber hacia dónde apuntaba. Trató de oír el ruido del aire acondicionado. Lo habían apagado. Durante un instante sintió cierta inquietud, pero enseguida golpeó sus manos y escuchó el tranquilizador eco de la casa. Reba pasó el dedo por su reloj para averiguar la hora. Dentro de poco tendría que despertar a D. Debía volver a su casa.

La puerta de alambre tejido se cerró de golpe.

—Buenos días —dijo Reba.

Oyó el tintineo de las llaves mientras Dolarhyde se acercaba por el pasto.

Se le acercó cuidadosamente, como si el impulso de su movimiento pudiera derribarla y vio que no estaba asustada.

No parecía molesta ni avergonzada por lo que habían hecho la noche anterior. No parecía enojada. No se abalanzó contra él ni lo amenazó. Se preguntó para sus adentros si no se debía eso a que no había visto sus partes íntimas.

Reba pasó los brazos alrededor de su cuello y apoyó la cabeza contra su pecho fornido. Su corazón latía agitadamente.

Se las arregló para decirle buenos días.

—Fue realmente maravilloso, D.

«¿De veras? ¿Qué debía contestar?».

—Me alegro. Para mí también —eso sonaba bastante bien.

«Sácala de aquí».

—Pero ahora debo volver a casa —decía Reba—. Mi hermana va a venir a buscarme para llevarme a almorzar. Puedes venir también si lo deseas.

—Tengo que volver a la oficina —contestó modificando la mentira que ya tenía preparada.

—Buscaré mi cartera.

«Oh, no».

—Yo te la traeré.

Casi imposibilitado de discernir sus propios y verdaderos sentimientos, tan incapaz de expresarlos como una cicatriz de sonrojarse, Dolarhyde no sabía lo que le había pasado con Reba McClane, ni por qué. Estaba confundido, acuciado por esa nueva y terrorífica sensación de ser Dos.

Ella lo amenazaba y no lo amenazaba.

Estaba el asunto de los sorprendentes y vivos movimientos de aceptación de Reba en la cama de la abuela.

A veces Dolarhyde no sabía lo que sentía hasta que actuaba. No sabía qué sentía por Reba McClane.

Un incidente molesto cuando la condujo de vuelta a su casa lo ilustró someramente.

Dolarhyde se detuvo en una estación de servicio Servco Supreme para llenar el tanque de la furgoneta justo después de la salida de la Interestatal 70 al Boulevard Lindbergh.

El empleado era un hombre corpulento y hosco que olía a vino. Hizo una mueca cuando Dolarhyde le pidió que revisara el aceite.

Le faltaba un cuarto. El empleado enroscó el pico en la lata de aceite y lo introdujo en el motor. Dolarhyde se bajó para pagar.

El empleado estaba muy entusiasmado limpiando el parabrisas, del lado del acompañante. Limpiaba y limpiaba.

Reba McClane estaba sentada en el alto asiento de la cabina, con las piernas cruzadas y la falda por encima de la rodilla. El bastón blanco estaba entre los dos asientos.

El hombre repasó nuevamente el parabrisas. Estaba mirando atentamente el vestido.

Dolarhyde le sorprendió al levantar la vista de su billetera. Metió la mano por la ventanilla del automóvil y puso en funcionamiento los limpiaparabrisas a su máxima velocidad, los que golpearon fuertemente los dedos del dependiente.

—¡Epa, cuidado! —El empleado se dedicó entonces a retirar la lata de aceite del motor. Sabía que lo habían pescado y sonrió a hurtadillas hasta que se le acercó Dolarhyde después de dar la vuelta a la furgoneta.

—Hijo de puta.

—¿Qué diablos le pasa? —Su altura y peso eran similares a los de Dolarhyde pero su musculatura era muy inferior. Era joven para tener dientes postizos y no parecía cuidarlos demasiado.

A Dolarhyde le disgustó su color verdoso.

—¿Qué les pasó a sus dientes? —preguntó suavemente.

—¿Y a usted qué le importa?

—¿Se los arrancó a su amiguito, cerdo de mierda? —Dolarhyde estaba muy cerca.

—Apártese de mí.

—Cerdo. Idiota. Basura. Estúpido —agregó tranquilamente.

Dolarhyde lo arrojó de un manotazo contra la furgoneta. La lata de aceite y el pico vertedor cayeron sobre el pavimento.

Dolarhyde los recogió.

—No corra. Puedo alcanzarlo —sacó el pico de la lata y miró su extremo puntiagudo.

El otro hombre se puso pálido. Había algo en la cara de Dolarhyde que jamás había visto, en ningún lado.

Durante un cruento instante Dolarhyde vio el pico incrustado en el pecho del dependiente, vaciándole el corazón. Divisó la cara de Reba a través del parabrisas. Meneaba la cabeza y murmuraba algo. Estaba buscando la manija para bajar el vidrio.

—¿Alguna vez le han roto algo, idiota?

El hombre meneó rápidamente la cabeza.

—No quise ofenderlo. Se lo juro.

Dolarhyde acercó el pico metálico a la cara del empleado. Los músculos de su pecho se hincharon mientras lo doblaba sujetándolo con ambas manos. Tiró del cinturón del hombre y dejó caer el pico dentro de sus pantalones.

—No apartes la vista de tu roñoso cuerpo.

Metió el dinero de la nafta en el bolsillo de la camisa.

—Y ahora corre —agregó—. Pero recuerda que puedo alcanzarte si me da la gana.

36

El sábado llegó un pequeño paquete dirigido a Will Graham al Cuartel General del FBI, Washington, conteniendo la grabación. Había sido enviado desde Chicago el mismo día en que fue asesinado Lounds.

Ni el laboratorio ni la sección Impresiones Digitales encontraron nada útil en el estuche del cassette ni en la envoltura.

Una copia de la grabación partió rumbo a Chicago en el correo de esa tarde. El agente especial Chester se la entregó a Graham en el salón del jurado a mediados de la tarde. Tenía adjunto un memorando de Lloyd Bowman:

> *Las pruebas de la voz confirman que se trata de Lounds. Evidentemente repetía lo que le dictaban. Es un cassette nuevo, fabricada durante los últimos tres meses y no ha sido utilizada anteriormente. Su contenido está siendo analizado por la sección Ciencia del Comportamiento. El doctor Bloom debería escucharlo cuando esté suficientemente recuperado. Usted lo decidirá.*
>
> *Evidentemente el criminal está tratando de fastidiarlo.*
>
> *Creo que lo hará más de una vez.*

Un estricto voto de confianza, muy apreciado.

Graham sabía que debía escuchar la grabación. Esperó hasta que se fuera Chester.

No quería quedarse encerrado en el cuarto del jurado con ella. Sería mejor el juzgado desierto, por lo menos entraba un poco de sol por las ventanas. Las encargadas de la limpieza habían pasado por allí y en los rayos de luz podían verse todavía partículas de polvo.

El grabador era pequeño y de color gris. Graham lo depositó sobre el escritorio de los abogados defensores y oprimió la tecla.

Se oyó la monótona voz de un técnico que decía:

«Caja número 426238, ítem 814, etiquetado y archivado, una cassette. Es una grabación de la grabación original».

Un cambio en la calidad del sonido.

Graham se agarró con ambas manos de la baranda del palco del jurado. Freddy Lounds parecía cansado y asustado.

«He tenido un gran privilegio. He visto, he visto con asombro, con asombro y reverente temor, reverente temor, la fuerza del Gran Dragón Rojo».

La grabación original había sido interrumpida frecuentemente a medida que se realizaba. El aparato registró todas las veces el chasquido de la tecla de stop. A Graham le pareció ver el dedo sobre la tecla. El dedo del Dragón.

«Mentí respecto a Él. Todo lo que escribí fueron mentiras que me dijo Will Graham. Él me obligó a escribirlas. Yo he, he blasfemado contra el Dragón. No obstante. El Dragón es misericordioso. Ahora quiero servirle. Él me ha ayudado a comprender Su Esplendor y lo alabaré. Cuando los periódicos publiquen esto, deberán escribir siempre con mayúsculas la E de Él.

»Él sabe que usted me hizo mentir, Will Graham. Pero porque me vi obligado a hacerlo. Él será más misericordioso conmigo que con usted, Will Graham.

»Lleve las manos a su espalda, Will Graham, y busque las pequeñas protuberancias encima de la pelvis. Tantee la columna vertebral entre ellas. Ése es el lugar preciso en que el Dragón le quebrará la espalda».

Graham mantuvo las manos sobre la baranda. «No pienso hacerlo». ¿No conocía acaso el Dragón el nombre de la región ilíaca o prefería no utilizarlo?

«Hay muchas cosas que debe temer. De… de mis propios labios aprenderá a temer algo más».

Una pausa antes del horrible alarido. Peor aún, ese gemido emitido por una boca sin labios musitando: «Aldito siergüenza usted rometió».

Graham metió la cabeza entre sus rodillas hasta que las manchas brillantes dejaron de agitarse ante sus ojos. Abrió la boca y respiró hondo.

Transcurrió una hora antes de que pudiera volver a oírla.

Llevó el grabador al cuarto del jurado y trató de escuchar la grabación allí. Estaba demasiado cerca. Dejó el grabador funcionando y se dirigió a la sala del tribunal. Podía oírla a través de la puerta abierta.

«He tenido un gran privilegio».

Había alguien en la puerta del salón. Graham reconoció al joven empleado de la oficina del FBI en Chicago y le hizo señas para que se acercara.

—Llegó una carta para usted —dijo el joven—. El señor Chester me encargó que se la entregara. Me dijo que la revisara y que le dijera que el inspector de correspondencia la pasó por la pantalla fluoroscópica.

El mensajero sacó la carta del bolsillo de su saco. El sobre era de color violeta. Graham esperaba que fuera de Molly.

—Como puede ver está sellada.

—Gracias.

—Además es día de paga.

El joven le entregó el cheque.

El alarido de Freddy resonó en el grabador y el empleado dio un respingo.

—Lo siento —dijo Graham.

—No sé cómo puede aguantarlo.

—Vuelva a su casa —insinuó Graham.

Se sentó en el palco del jurado para leer la carta. Ansiaba un respiro. La carta era del doctor Hannibal Lecter.

Querido Will:

Unas pocas líneas para felicitarlo por el trabajo que hizo con el señor Lounds. Merece toda mi admiración. ¡Qué muchacho inteligente es usted!

El señor Lounds me ofendió a menudo con su cháchara ignorante, pero me ilustró respecto a una cosa: la temporada que pasó usted en la clínica psiquiátrica. Si mi abogado no hubiera sido tan inepto, debería haberlo mencionado durante el juicio, pero no importa ya.

Me parece, Will, que usted se preocupa demasiado. Se sentiría mucho más cómodo si no se controlara tanto.

Nosotros no inventamos nuestros temperamentos, Will; los recibimos junto con los pulmones, páncreas y todo lo demás. ¿Por qué combatirlo, entonces?

Quiero ayudarlo, Will, y me gustaría empezar preguntándole lo siguiente: Esa depresión tan grande que experimentó luego de haber

matado al señor Garren Jacob Hobbs, no se debió al acto en sí ¿verdad? ¿No se debió realmente al hecho de que al matarlo experimentara un gran placer?

Recapacite, pero no se preocupe. ¿Por qué no podría sentir un gran placer? A Dios debe gustarle. Él lo hace todo el tiempo ¿y acaso no estamos hechos a su imagen y semejanza?

Tal vez en el periódico de ayer leyó que Dios hizo caer el miércoles por la noche el techo de una iglesia de Tejas sobre treinta y cuatro feligreses, justo en el momento en que entonaban un himno de alabanzas a ÉL ¿No le parece que debe de haberle gustado?

Treinta y cuatro. ¡Cómo no iba a dejarle a Hobbs para usted!

La semana anterior ciento sesenta filipinos murieron en un accidente aéreo. ¿Cómo no iba a permitirle matar a ese despreciable Hobbs? No le repugnaría un crimen insignificante. Ahora son dos. Está bien.

No se pierda los periódicos. Dios siempre toma la delantera.

Saludos.

Hannibal Lecter, M. D.

Graham sabía que Lecter estaba totalmente equivocado respecto a Hobbs, pero durante una fracción de segundo se preguntó si no tendría un poco de razón en el caso de Freddy Lounds. El enemigo que albergaba Graham en su interior estaba de acuerdo con cualquier acusación.

Había apoyado su mano sobre el hombro de Freddy en la fotografía del *Tattler* para mostrar que él había dicho realmente a Freddy todos esos conceptos insultantes sobre el Dragón. ¿O habría querido exponer peligrosamente a Freddy, aunque sólo fuera un poquito? Eso era lo que se preguntaba a sí mismo.

Lo frenaba la absoluta certeza de que no perdería a sabiendas una oportunidad de liquidar al Dragón.

—Lo que pasa es que estoy prácticamente agotado por todos ustedes, locos hijos de puta —dijo Graham en voz alta.

Quería un respiro. Llamó a Molly pero nadie contestó el teléfono de la casa de los abuelos de Willy.

—Seguro que han salido en la maldita casa rodante —musitó.

Salió para tomar un café, en parte para asegurarse a sí mismo que no se estaba escondiendo en el cuarto del jurado.

En la vidriera de una joyería vio una fina y antigua pulsera de oro. Le costó buena parte de su sueldo. La hizo envolver y poner el franqueo para enviarla por correo. Pero sólo cuando tuvo la seguridad de que no había nadie cerca del buzón, escribió la dirección de Molly en Oregón. Graham no se daba cuenta como en cambio lo notaba Molly, que hacía regalos cuando estaba enojado.

No quería volver al cuarto del jurado para seguir trabajando, pero debía hacerlo. El recuerdo de Valerie Leeds le dio bríos.

«Siento no poder atender ahora su llamada», había dicho Valerie Leeds. Deseaba haber podido conocerla. Deseaba. Inútil, pensamiento infantil.

Graham estaba cansado, herido en su amor propio, resentido, reducido a un estado de mentalidad infantil en el que los patrones de sus medidas eran los primeros que había aprendido; en el que la dirección «norte» equivalía a la autopista 61 y un metro ochenta era sempiternamente la altura de su padre.

Se obligó a concentrarse en el minuciosamente detallado perfil de las víctimas que estaba armando sobre la base de una pila de informes y sus propias observaciones.

Buena posición. Ese constituía un paralelo. Ambas familias gozaban de buena posición. Qué curioso que Valerie Leeds ahorrara dinero con las medias.

Graham pensó si habría sido pobre en su niñez. Así lo creía; los hijos del matrimonio estaban, tal vez, demasiado bien vestidos.

Graham había sido un niño pobre, que tuvo que seguir a su padre desde los astilleros de Biloxi y Greenville hasta los botes del lago Erie. Siempre el alumno nuevo en el colegio, siempre el forastero. Tenía un semioculto resentimiento contra los ricos.

Tal vez Valerie Leeds había sido una niña pobre. Estuvo tentado de ver nuevamente la película que tenía de ella. Podría hacerlo en la sala del tribunal. No. Los Leeds no eran su problema inmediato. Conocía a los Leeds. Pero no conocía a los Jacobi.

Le desesperaba la falta de conocimiento de las intimidades de los Jacobi. El incendio de su casa de Detroit había dado cuenta de todo, álbumes de familia, probablemente sus diarios también.

Graham trataba de conocerlos a través de los objetos que querían, compraban y usaban. Era todo lo que tenía.

El expediente de la testamentaría de los Jacobi tenía siete centímetros de

grosor y la mayoría consistía en listas de sus pertenencias —un nuevo hogar como consecuencia del traslado de Birmingham—. «Miren toda esta basura». Todo estaba asegurado, identificado con números correlativos como lo exigían las compañías de seguros. Quién dudará que un hombre al que se le quemó toda la casa, asegurará en la nueva hasta el último alfiler.

El abogado, Byron Metcalf, le había enviado copias carbónicas en lugar de fotocopias, de las declaraciones del seguro. Las copias al carbón estaban borroneadas y su lectura era difícil.

Jacobi tenía una lancha para hacer esquí, Leeds tenía una lancha para hacer esquí. Jacobi tenía un triciclo con motor, Leeds tenía otro similar. Graham se pasó el pulgar por la lengua y dio vuelta la hoja.

El cuarto ítem de la segunda página era un proyector de cine Chinon Pacific.

Graham se detuvo. ¿Cómo se le había pasado? Había revisado todas las cajas y cajones guardados en el depósito buscando algo que pudiera brindarle algún dato sobre la vida cotidiana de los Jacobi.

¿Dónde estaba el proyector? Podía verificar la declaración del seguro con el inventario que Byron Metcalf había hecho en calidad de albacea al mandar a depósito las pertenencias de los Jacobi. Los ítems habían sido verificados y marcados por el supervisor del guardamuebles que firmó la boleta de depósito.

Se demoró quince minutos en revisar la lista de los artículos almacenados. Ningún proyector, ninguna fumadora, ninguna película.

Graham se recostó contra el respaldo de su silla y miró a los Jacobi que le sonreían desde la fotografía ubicada frente a él.

«¿Qué demonios hicieron con eso?».

«¿Fue robado?».

«¿Lo robó el asesino?».

«¿Si el asesino lo robó, lo vendió y a quién?».

«Dios mío, haz que pueda encontrar al que lo compró».

A Graham se le había pasado ya el cansancio. Quería saber si faltaba algo más. Buscó durante una hora, comparando el inventario del guardamuebles con la declaración del seguro. Todo concordaba excepto esos preciosos ítems. Deberían de estar en la lista de objetos guardados por Byron Metcalf en la caja de seguridad del banco de Birmingham.

Estaban todos en la lista. Excepto dos.

Pequeña caja de cristal de 10×7 cm; tapa de plata sellada. Figuraba en la lista del seguro pero no estaba en la caja de seguridad. Marco de plata sellada de

23×27 cm, grabado con flores y motivos de la vid. Tampoco figuraba en el inventario.

¿Robados? ¿Extraviados? Eran objetos pequeños, fáciles de ocultar. Por lo general la plata que es robada y vendida se funde inmediatamente. Sería difícil rastrearlos. Pero los equipos de filmación tenían números de identificación grabados en la parte interior y exterior. Podrían ubicarse.

¿Los habría robado el asesino?

Mientras contemplaba la fotografía manchada de los Jacobi, Graham sintió el suave estímulo de una nueva conexión. Pero la solución se presentaba áspera, desilusionante y mínima.

Había un teléfono en el cuarto del jurado. Graham se comunicó con la sección de Homicidios de Birmingham. Habló con el jefe a cargo de la guardia.

—Tengo entendido que usted tiene anotadas las personas que entraron y salieron de la casa de los Jacobi luego que fue sellada ¿verdad?

—Espere que mande a alguien a buscarlo —dijo el jefe de la guardia.

Graham sabía que tenían un registro. Era una medida muy acertada tomar nota de todas las personas que entraban o salían del lugar donde se había cometido un crimen y a Graham le complació enterarse que lo habían hecho en Birmingham. Esperó cinco minutos hasta que un empleado se comunicó con él.

—Aquí está. ¿Qué quiere saber?

—Quiero saber si figura Niles Jacobi, hijo del muerto.

—Veamos… sí. El 2 de julio a las siete de la tarde. Estaba autorizado a buscar objetos personales.

—¿No dice por casualidad si llevaba una valija?

—No. Lo siento.

Cuando Byron Metcalf contestó el teléfono su voz era ronca y su respiración agitada. Graham se preguntó qué estaría haciendo.

—Espero no haberlo molestado.

—¿En qué puedo ayudarlo, Will?

—Necesito que me eche una mano con Niles Jacobi.

—¿Y ahora qué ha hecho?

—Creo que se llevó unas cuantas cosas de la casa de sus padres después que los mataron. Falta un marco de plata en su lista de la caja de seguridad. Cuando estuve en Birmingham encontré una fotografía suelta de la familia en el dormitorio de Niles. Debía de haber estado enmarcada; es evidente pues tiene la marca del passepartout.

—Maldito mocoso. Le di permiso para que buscara su ropa y unos libros que precisaba —dijo Metcalf.

—Niles tiene amistades muy costosas. Pero lo que más me interesa es lo siguiente, un proyector de cine y una máquina fumadora que también faltan. Quiero saber si se los llevó. Probablemente lo hizo, pero de lo contrario, puede haber sido el asesino. En ese caso necesito tener los números de serie para pasárselos a las casas de empeño. Tenemos que incorporarlos a la lista nacional de objetos robados. Posiblemente el marco ya esté fundido.

—Fundido va a quedar cuando acabe con él.

—Otra cosa más, si Niles se llevó el proyector, tal vez haya conservado las películas. No le darían ni un céntimo por ellas. Yo quiero esas películas. Necesito verlas. Si usted lo encara directamente va a negar absolutamente todo y tirará las películas a la basura, si es que las tiene.

—De acuerdo —contestó Metcalf—. El título de su automóvil pasó al estado. Yo soy albacea de modo que no preciso orden judicial para entrar. A mi amigo el juez no le va a importar empapelarle el cuarto por mí. Lo llamaré cuando sepa algo.

Graham reanudó su trabajo.

Buena posición. Poner buena posición en el perfil que va a utilizar la policía.

Graham se preguntó si la señora Leeds y la señora Jacobi hacían las compras del mercado con ropa de tenis. En ciertos barrios se consideraba como algo elegante. Era una tontería hacerlo en otros, puesto que era doblemente provocativo ya que suscitaba al mismo tiempo resentimiento de clases y lujuria.

Graham las imaginó empujando los carritos con verduras, las cortas faldas plisadas rozándoles los muslos tostados, los pequeños pompones de sus medias de toalla sacudiéndose, pasando junto al hombre corpulento de mirada aviesa que estaba comprando el fiambre para comer un emparedado en su automóvil.

¿Cuántas familias había que tuvieran tres hijos y un animal doméstico y a las que mientras dormían las separaba solamente del Hada de los Dientes una cerradura común y corriente?

Mientras Graham imaginaba las futuras víctimas, visualizaba personas inteligentes y exitosas en simpáticas casas.

Pero la siguiente persona que debería enfrentarse con el Dragón no tenía hijos ni animalitos y su casa no era por cierto simpática. La próxima persona que debía hacer frente al Dragón era Francis Dolarhyde.

37

El ruido de las pesas en el piso del altillo resonó por toda la casa.

Dolarhyde levantaba más peso del que nunca había alzado. Su atuendo era diferente; unos pantalones de gimnasia cubrían el tatuaje. La camiseta colgaba sobre el grabado del Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol. El kimono, como si fuera la piel de una víbora, cubría el espejo.

Dolarhyde no se había puesto la máscara.

Arriba. Doscientos kilos desde el piso hasta su pecho con un solo movimiento, y después sobre la cabeza.

—¿EN QUIÉN ESTÁS PENSANDO?

Sorprendido por la voz, casi dejó caer las pesas, vacilando bajo su peso. Abajo. Los discos golpearon y estremecieron el piso.

Se dio la vuelta, con sus largos brazos colgando, en dirección adonde había sonado la voz.

—¿EN QUIÉN ESTÁS PENSANDO?

Parecía provenir de atrás de la camiseta, pero su tono y volumen le hicieron doler la garganta.

—¿EN QUIÉN ESTÁS PENSANDO?

Sabía quién hablaba y estaba asustado. Desde el principio, él y el Dragón habían sido uno solo. Él se estaba Transformando y el Dragón era su ser superior. Sus cuerpos, voces y voluntades eran una sola.

Pero ahora no. Después de Reba no. No debía pensar en Reba.

—¿QUIÉN ES AGRADABLE? —preguntó el Dragón.

—La señora. Sherman, Sherman —le costaba mucho trabajo decirlo.

—REPITE, NO TE ENTIENDO. ¿EN QUIÉN ESTÁS PENSANDO?

Dolarhyde, con cara seria, agarró las pesas. Arriba. Sobre la cabeza. Mucho más difícil esta vez.

—La señora Erhman, saliendo del agua.

—ESTÁS PENSANDO EN TU AMIGUITA, ¿NO ES VERDAD? TÚ QUIERES QUE SE CONVIERTA EN TU AMIGUITA, ¿NO ES ASÍ?

Las pesas cayeron con un golpe seco.

—No tengo ninguna ami'ita —El miedo le entorpecía el habla.

—UNA ESTÚPIDA MENTIRA.

La voz del Dragón era fuerte y clara. Pronunciaba las «s» sin ningún esfuerzo.

—OLVIDAS LA TRANSFORMACIÓN. PREPÁRATE PARA LOS SHERMAN. LEVANTA LAS PESAS.

Dolarhyde aferró la barra haciendo un gran esfuerzo. Su mente se esforzaba tanto como su cuerpo. Trató desesperadamente de pensar en los Sherman. Se obligó a pensar en el peso de la señora Sherman en sus brazos. La señora Sherman era la próxima víctima. Era la señora Sherman. Luchaba contra el señor Sherman en la oscuridad, sujetándolo cabeza abajo hasta que la pérdida de sangre hacía trepidar su corazón como el de un pajarito. Era el único corazón que escuchaba. No escuchaba el corazón de Reba. En absoluto.

El miedo disminuía su fuerza. Levantó las pesas hasta los pulmones, no pudo llegar hasta el pecho. Pensó en los Sherman alineados alrededor de él, sus ojos bien abiertos, mientras se cobraba la parte del Dragón. No servía de nada. Era hueco, vacío. Las pesas golpearon contra el piso.

—INACEPTABLE.

—La señora.

—NI SIQUIERA PUEDES DECIR LA SEÑORA SHERMAN. NUNCA PENSASTE TOMAR A LOS SHERMAN. QUERÍAS A REBA McCLANE. QUERÍAS QUE FUERA TU COMPAÑERITA, ¿VERDAD? QUERÍAS SER SU AMIGO.

—No.

—¡MENTIRA!

—Olamente or un oquito.

—¿SOLAMENTE POR UN POQUITO? LABIOHENDIDO Y LLORÓN ¿QUIÉN PUEDE QUERER SER AMIGO TUYO? VEN AQUÍ. TE MOSTRARÉ LO QUE ERES.

Dolarhyde no se movió.

—NUNCA HE VISTO UN CHICO TAN ASQUEROSO Y SUCIO COMO TÚ. VEN AQUÍ.

Dolarhyde se acercó.

—RETIRA LA CAMISETA.

La retiró.

—MÍRAME.

El Dragón lo miraba amenazadoramente desde la pared.

—RETIRA EL KIMONO. MÍRATE EN EL ESPEJO.

Dolarhyde miró. No podía evitarlo ni apartar su cara de la intensa luz. Vio que estaba babeando.

—MÍRATE. VOY A DARTE UNA SORPRESA PARA TU AMIGUITA. QUÍTATE ESOS TRAPOS.

Las manos de Dolarhyde lucharon entre ellas en el cinturón del pantalón de gimnasia. Los pantalones se rompieron. Se los quitó con la mano derecha, mientras con la izquierda seguía sujetando lo que quedaba de ellos.

La mano derecha le arrebató los pedazos a su temblorosa y debilitada izquierda. Los arrojó a un rincón y cayó sobre la alfombra, retorciéndose como una víbora. Abrazó su cuerpo gimiendo, jadeando, mientras su tatuaje resplandecía por la fuerte luz del gimnasio.

—NUNCA HE VISTO UN CHICO TAN ASQUEROSO Y SUCIO COMO TÚ. VE A BUSCARLOS.

—Aela.

—VE A BUSCARLOS.

Salió penosamente del cuarto y regresó trayendo los dientes del Dragón.

—SUJÉTALOS ENTRE LAS PALMAS. ENLAZA LOS DEDOS Y APRIETA MIS DIENTES CON FUERZA.

Los músculos pectorales de Dolarhyde se hincharon.

—TÚ SABES CON QUÉ FACILIDAD MUERDEN. COLÓCALOS AHORA BAJO TU VIENTRE. SUJÉTATE CON ELLOS.

—No.

—HAZLO. Y AHORA MIRA.

Los dientes empezaban a lastimarlo. Saliva y lágrimas cayeron sobre su pecho.

—Por favor.

—ERES UNA BASURA DEJADA A UN LADO DURANTE LA TRANSFORMACIÓN. ERES UNA BASURA Y TE DIRÉ CÓMO TE LLAMAS. CARA DE CULO. REPÍTELO.

—Yo soy cara de culo —se esforzó para pronunciar bien las palabras.

—DENTRO DE POCO ESTARÉ LIBERADO DE TI —dijo el Dragón sin esfuerzo—. ¿SERÁ ESO BUENO?

—Bueno.

—¿QUIÉN SERÁ LA PRÓXIMA CUANDO LLEGUE EL MOMENTO?

—La eñora… herman.

Dolarhyde experimentó un dolor agudo y un miedo terrible.

—TE LO ARRANCARÉ.

—Reba. Reba. Te entregaré a Reba —su habla había mejorado ya.

—NO ME DARÁS NADA. ELLA ES MÍA. TODAS SON MÍAS. REBA McCLANE Y LOS SHERMAN.

—Reba y luego los Sherman. La ley se enterará.

—YA HE TOMADO MEDIDAS PARA ESE DÍA. ¿ACASO LO DUDAS?

—No.

—¿TÚ QUIÉN ERES?

—Cara de culo.

—PUEDES GUARDAR NUEVAMENTE MIS DIENTES, LAMENTABLE LABIOHENDIDO, QUERÍAS OCULTARME TU COMPAÑERITA, ¿VERDAD? LA DESTROZARÉ Y REFREGARÉ SUS RESTOS EN TU CARA FEA. TE COLGARÉ JUNTO CON SU INTESTINO SI TE OPONES. SABES QUE PUEDO HACERLO. COLOCA CIEN KILOS EN LA BARRA.

Dolarhyde agregó otros discos a la barra. Hasta ese día lo más que había levantado eran noventa kilos.

—LEVÁNTALA.

Reba moriría si sus fuerzas no eran iguales a las del Dragón. Lo sabía. Comenzó a levantar el peso hasta que el cuarto pareció teñirse de rojo.

—No puedo.

—TÚ NO PUEDES. PERO YO SÍ PUEDO.

Dolarhyde aferró la barra. Se arqueó al levantar las pesas a la altura de sus hombros. ARRIBA. Fácilmente llegó encima de su cabeza.

—ADIÓS, CARA DE CULO —dijo el orgulloso Dragón estremeciéndose bajo la luz.

38

Francis Dolarhyde no llegó a su trabajo el lunes por la mañana.

Salió de su casa exactamente a tiempo, como siempre lo hacía. Su aspecto era impecable, su conducción, precisa. Se puso las gafas oscuras cuando dio la curva anterior al río Missouri y avanzó bajo el sol de la mañana.

La conservadora de hielo de poliestireno expandido chirrió al rozar el asiento del acompañante. Se inclinó hacia un lado y la depositó sobre el piso, recordando que debía buscar el hielo seco y recoger la película en…

En ese momento cruzaba el canal del Missouri cuya correntada se deslizaba bajo el puente. Miró las pequeñas crestas de las olitas del turbulento río y de repente tuvo la sensación de que él se deslizaba y el río permanecía inmóvil. Lo invadió una extraña, desconcertante y aplastante sensación. Aflojó el acelerador.

La furgoneta aminoró su marcha y se detuvo en el carril exterior. El tráfico empezó a atascarse detrás de su vehículo, haciendo sonar las bocinas. Pero él no oía nada.

Permanecía sentado, deslizándose lentamente hacia el norte sobre el río inmóvil, enfrentando el sol matinal. Unas lágrimas rodaron bajo sus anteojos oscuros y cayeron como gotas calientes sobre sus antebrazos.

Alguien golpeaba la ventanilla. Un conductor con la cara pálida por el madrugón e hinchada por el sueño, le gritaba algo del otro lado de la ventanilla.

Dolarhyde miró al hombre. Unas intermitentes y fuertes luces azules avanzaban desde el otro extremo del puente. Sabía que debía reanudar la marcha. Le pidió a su cuerpo que apretara el acelerador y le obedeció. El hombre que estaba parado junto a la furgoneta tuvo que dar un salto hacia atrás para salvar sus pies.

Dolarhyde se detuvo en la playa de estacionamiento de un gran motel situado cerca de la ruta nacional 270. Un ómnibus de escolares estaba estacionado en la

playa y contra el vidrio de su ventanilla posterior descansaba el pabellón de una tuba.

Dolarhyde se preguntó si tendría que subir a ese ómnibus junto con todos los ancianos.

No, no era eso. Buscó con su mirada el Packard de su madre. «Entra. No pongas los pies sobre el asiento», dijo su madre. No era eso tampoco.

Estaba en la playa de estacionamiento de un motel en el lado oeste de St. Louis y quería poder Elegir, pero no lo lograba.

Dentro de seis días, si es que podía esperar tanto, mataría a Reba McClane. Dejó escapar súbitamente un agudo sonido por su nariz.

Tal vez el Dragón estaría dispuesto a tomar primero a los Sherman y esperar hasta la otra luna. No. No lo haría.

Reba McClane no conocía al Dragón. Creía que estaba en compañía de Francis Dolarhyde. Quería recostar su cuerpo contra el de Francis Dolarhyde. Aceptó gustosa a Francis Dolarhyde en la cama de su abuela.

«Ha sido realmente maravilloso, D», dijo Reba McClane en el jardín.

A lo mejor le gustaba Francis Dolarhyde. Para una mujer eso era algo despreciable y pervertido. Comprendió que debería despreciarla por ello, pero oh, Dios, qué lindo era.

Reba McClane era culpable por haberle gustado Francis Dolarhyde. Manifiestamente culpable.

Si no fuera por el poder de su Transformación y si no fuera por el Dragón, jamás la habría llevado a su casa. No hubiera sido capaz de hacer el amor. ¿O estaba equivocado?

«Ay, Dios mío, qué hombre. Qué placer».

Eso fue lo que dijo. Había dicho «hombre».

Finalizado el desayuno, el grupo se retiraba del motel, pasando junto a su furgoneta. Sus miradas vagas pasaron sobre él dejando leves y numerosas impresiones.

Necesitaba pensar. No podía volver a su casa. Se registró en el motel, llamó por teléfono a su trabajo y dijo que estaba enfermo. Le dieron un cuarto agradable y tranquilo. El único motivo decorativo eran unos pésimos grabados de barcos. Nada más brillaba en las paredes.

Dolarhyde se recostó sin quitarse la ropa. Unas manchas de luz salpicaban el cielo raso de yeso. Cada cinco minutos tenía que levantarse para orinar. Durante un momento tembló de frío y luego comenzó a transpirar. Transcurrió una hora.

No quería entregarle al Dragón a Reba McClane. Pensaba en lo que haría el Dragón si no lo complacía.

El miedo intenso se manifiesta en oleadas; el cuerpo no puede soportarlo durante mucho tiempo. Dolarhyde podía pensar durante la pesada calma entre cada oleada.

¿Cómo podría evitar entregársela al Dragón? Una solución lo atosigaba insistentemente. Se levantó.

El interruptor de la luz resonó fuertemente en el baño recubierto de azulejos. Dolarhyde echó un vistazo al caño de la cortina de la ducha, un sólido caño de una pulgada asegurado a dos paredes del baño. Quitó la cortina y la colgó sobre el espejo.

Se agarró del caño con una mano, dejando que sus pies rozaran el borde de la bañera. Era lo suficientemente fuerte. Y su cinturón también era fuerte. Podía hacerlo. No tenía miedo a eso.

Anudó la punta de su cinturón al caño con un nudo marinero. El extremo de la hebilla formaba un nudo corredizo. El grueso cinturón no se hamacaba, colgaba hacia abajo como un rígido dogal.

Se sentó sobre la tapa del inodoro y se quedó mirándolo. No habría caída, pero podría soportarlo. Podía mantener las manos apartadas del lazo hasta estar lo suficientemente débil para alzar los brazos.

¿Pero cómo estar seguro de que su muerte podía afectar al Dragón, ahora que él y el Dragón se habían desdoblado? Quizá no lo afectaría. ¿Y entonces cómo saber que el Dragón dejaría en paz a Reba?

Tal vez transcurrirían varios días hasta que encontraran su cuerpo. Ella se preguntaría dónde se había metido. ¿Y durante ese lapso no se le ocurriría a lo mejor ir a su casa y buscarlo por allí? ¿Subiría al primer piso en busca de él y recibiría una sorpresa?

El Gran Dragón Rojo demoraría una hora en escupir sus pedazos por la escalera.

¿Debería llamarla y advertírselo? ¿Pero qué podría hacer contra Él por más que estuviera prevenida? Nada. Sólo podría esperar morir lo más rápidamente posible, esperar que en Su ira mordiera bien profundamente.

En el primer piso de la casa de Dolarhyde el Dragón esperaba en las fotografías que había enmarcado con sus propias manos. El Dragón esperaba en los numerosos libros de arte y revistas, renaciendo cada vez que un fotógrafo ¿hacía qué?

Dolarhyde podía oír en su mente la poderosa voz del Dragón maldiciendo a Reba. La maldeciría primero y luego la mordería. Maldeciría a Dolarhyde también, explicándole a ella que no valía nada.

—No hagas eso. No hagas eso —La voz de Dolarhyde retumbó en los azulejos. Escuchó su voz, la voz de Francis Dolarhyde, la voz que Reba McClane entendía sin dificultad, su propia voz. Había tenido vergüenza de su voz toda su vida; les había dicho a otras personas cosas amargas y horribles con esa voz.

Pero nunca había oído la voz de Francis Dolarhyde maldiciéndolo.

—No hagas eso.

La voz que escuchaba ahora nunca jamás lo había maldecido. Había repetido los insultos del Dragón. El recuerdo lo avergonzaba.

Pensó que probablemente no era muy hombre. Se le ocurrió pensar que realmente nunca lo había descubierto y ahora sentía cierta curiosidad.

Reba McClane le había proporcionado un leve dejo de orgullo. Y éste le decía que morir en un cuarto de baño era un final muy mediocre.

¿Y qué otra cosa? ¿Qué otra forma había?

Existía una forma, pero para él equivalía a una blasfemia. Pero era una salida.

Caminó de una punta a la otra del cuarto del motel, entre las camas y de la puerta a la ventana. Mientras caminaba practicaba lo que diría. Las palabras salían perfectamente bien si respiraba hondo entre cada frase y no se apuraba.

Podía hablar con toda corrección entre cada oleada de miedo. En ese momento sentía una muy fuerte, tanto que tuvo una arcada. Luego vendría un momento de calma. Lo esperó y cuando llegó agarró el teléfono e hizo una llamada a Brooklyn.

Los integrantes de la banda juvenil de un colegio se disponían a subir al ómnibus que los esperaba en la playa de estacionamiento del motel. Los chicos vieron acercarse a Dolarhyde. Tenía que cruzar entre ellos para llegar a su furgoneta.

Un chico gordito y de cara redonda frunció el ceño, hinchó su pecho y flexionó sus bíceps después que pasó Dolarhyde. Dos chicas soltaron una risita. Dolarhyde no llegó a oírla, pues la tuba apoyada contra la ventanilla del ómnibus resonó a su paso.

A los veinte minutos detenía la furgoneta en el callejón, a trescientos metros

de la casa de su abuela.

Se secó la cara con un pañuelo, y respiró hondo un par de veces. Sujetó con fuerza en la mano izquierda la llave de su casa, mientras empuñaba el volante con la derecha.

Un sonido agudo brotó de su nariz. Se repitió un poco más fuerte. Más y más fuerte todavía. «Ponte en marcha».

El vehículo avanzó velozmente, lanzando una lluvia de grava a su paso a medida que la silueta de la mansión se agrandaba a través del parabrisas. La furgoneta entró al jardín inclinada sobre dos de sus ruedas, Dolarhyde bajó y se echó a correr hacia la casa.

Entró, sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda, bajó presurosamente la escalera que conducía al sótano, y buscó en su llavero la llave del candado del baúl.

Las llaves estaban arriba. No perdió tiempo en reflexionar. Emitió un agudo sonido por la nariz, lo más fuerte que pudo para anular cualquier pensamiento y ahogar las voces a medida que corría escaleras arriba.

Abrió el escritorio y revisó los cajones en busca de la llave, sin mirar el grabado del Dragón que colgaba frente a la cama.

—¿QUÉ ESTAS HACIENDO?

¿Dónde estaban las llaves, dónde se habían metido las llaves?

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? DETENTE. NUNCA HE VISTO UN CHICO TAN ASQUEROSO Y SUCIO COMO TÚ. DETENTE.

Sus manos inquietas se movieron con más lentitud.

—MÍRAME. MÍRAME.

Aferró el borde del escritorio, tratando de no darse vuelta hacia la pared. Apartó penosamente su mirada cuando, a pesar de todos sus esfuerzos, su cabeza giró.

—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?

—Nada.

El teléfono sonaba, el teléfono sonaba, el teléfono sonaba. Lo atendió dando la espalda al cuadro.

—Hola, D. ¿Cómo te sientes? —era la voz de Reba McClane.

Carraspeó.

—Muy bien —fue casi un susurro.

—Traté de comunicarme con tu oficina. Me dijeron que estabas enfermo, no pareces estar muy bien a juzgar por tu voz.

—Conversa un poco conmigo.

—Por supuesto que conversaré contigo. ¿Para qué crees que te llamé? ¿Qué es lo que te pasa?

—Gripe —respondió.

—¿Vas a ver a un médico?… Hola, te preguntaba si irías a ver a un médico.

—Habla fuerte —buscó dentro de un cajón y luego en el de al lado.

—¿Qué pasa, estamos lados? D., no deberías estar solo si te sientes mal.

—DILE QUE VENGA ESTA NOCHE A CUIDARTE.

Estuvo a punto de cubrir la bocina del teléfono a tiempo.

—Dios mío ¿qué fue eso? ¿Hay alguien contigo?

—La radio, moví la otra perilla.

—Oye, D., ¿no quieres que te envíe a alguien? No pareces estar en muy buen estado. Iré yo misma. Le pediré a Marcia que me lleve durante la hora del almuerzo.

—No.

Las llaves estaban bajo un cinturón enrollado dentro del cajón. Ya las tenía en su mano. Retrocedió hacia el pasillo sin soltar el teléfono.

—Estoy bien. Dentro de poco te veré.

Bajó la escalera corriendo. Arrancó el cable telefónico de la pared y el aparato cayó rodando detrás de él.

Un feroz alarido de furia.

—VEN AQUÍ, CARA DE CULO.

Otra vez bajó al sótano. Dentro del baúl y junto a la caja de dinamita había una pequeña valija que contenía dinero, tarjetas de crédito y permisos de conducir extendidos a diferentes nombres, su pistola, el cuchillo y la navaja.

Agarró la valija y corrió hasta la planta baja, pasando rápidamente frente a la escalera, dispuesto a luchar si el Dragón bajaba. Se metió en la furgoneta y salió a toda velocidad, haciéndola colear sobre el sendero de grava.

Aminoró la marcha al llegar a la ruta y se inclinó hacia un lado para vomitar bilis. El miedo había disminuido un poco.

Avanzando a la velocidad reglamentaria, utilizando las luces intermitentes con suficiente antelación a los giros, se dirigió cuidadosamente hacia el aeropuerto.

39

Dolarhyde pagó el taxi cuando se detuvo frente a una casa de departamentos en Eastern Parkway, a dos cuadras del Museo de Brooklyn. Caminó el resto del trayecto. Aficionados al *jogging* pasaron junto a él, rumbo a Prospect Park.

Desde el refugio donde estaba parado, junto a la boca del subterráneo, tenía una buena perspectiva del edificio de estilo renacentista griego. No conocía el museo de Brooklyn, pero había leído su guía, porque la encargó después de ver escrito en pequeñas letras «Brooklyn Museum» debajo de reproducciones del Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol.

Los nombres de grandes pensadores, desde Confucio hasta Demóstenes, estaban grabados sobre la piedra en la entrada. Era un edificio imponente, rodeado de jardines con variadas plantas, una morada apropiada para el Dragón.

El subterráneo rugió bajo la calle y su trepidación le hizo cosquillear las plantas de los pies. Aire viciado salía de las rejillas y se mezclaba con el olor a tintura de su bigote.

Faltaba solamente una hora para que cerrara. Cruzó la calle y entró. La encargada del guardarropa le tomó su valija.

—¿Estará mañana abierto el guardarropa? —preguntó.

—El museo estará cerrado mañana —contestó antes de alejarse la encargada, una mujer ya marchita vestida con un guardapolvo azul.

—¿Las personas que vendrán mañana no podrán utilizar el guardarropa?

—No. El museo estará cerrado y el guardarropa también.

—Gracias. Qué suerte.

—No hay de qué.

Dolarhyde circuló entre las grandes cajas de vidrio del Hall Oceánico y el Hall de las Américas, ubicados en la planta baja, que contenían cerámicas de los

Andes, armas primitivas e impresionantes máscaras de los indios de la costa noroeste.

Faltaban ya sólo cuarenta minutos para que cerraran. No tenía más tiempo para estudiar la planta baja. Sabía dónde estaban ubicados los ascensores para el público y las salidas.

Subió al quinto piso. Se sentía ya más cerca del Dragón, pero no importaba, sabía que no daría la vuelta a un pasillo y tropezaría con Él. El Dragón no estaba en exhibición para el público; el cuadro se encontraba encerrado a oscuras, bajo llave, desde que volviera de la Tate Gallery de Londres.

Dolarhyde se había enterado telefónicamente de que el Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol rara vez se mostraba al público. Tenía casi doscientos años de antigüedad y era una acuarela, la luz podría desteñirla.

Dolarhyde se detuvo frente al cuadro de Albert Bienstadt, Una Tormenta en las Montañas Rocosas —Mte. Rosalie 1866—. Desde allí podía ver las puertas cerradas del Departamento de Cuadros y el Depósito de Cuadros. Ahí era donde estaba el Dragón. No una copia ni una fotografía: el Dragón. Allí se dirigiría el día siguiente cuando concertara la cita.

Recorrió todo el perímetro del quinto piso, pasando por el corredor de los retratos, sin ver para nada los cuadros. Lo que le interesaba eran las salidas. Encontró la salida de incendio y la escalera principal y verificó la ubicación de los ascensores para el público.

Los guardias eran unos amables hombres de edad madura, con zapatos de suelas gruesas y años de estar parados. Dolarhyde advirtió que ninguno estaba armado a excepción de uno en el hall de entrada. A lo mejor era un policía que quería ganarse unas horas extras.

Por la red de altoparlantes se anunció que ya era hora de cerrar.

Dolarhyde se paró en la calle bajo la figura alegórica de Brooklyn y observó a la gente que salía del museo y se internaba en esa agradable tarde estival.

Los aficionados al *jogging* saltaban en el mismo lugar, esperando que la marea humana cruzara hacia la otra vereda rumbo al subterráneo.

Dolarhyde pasó un rato recorriendo los jardines. Luego llamó a un taxi y le dio al chófer la dirección de una tienda que había encontrado en las Páginas Amarillas.

40

Graham depositó su portafolio sobre el piso del rellano del departamento que ocupaba en Chicago el lunes por la mañana y metió la mano en el bolsillo buscando las llaves.

Había pasado todo el día en Detroit entrevistando personal y revisando los ficheros de empleados de un hospital en el que había trabajado la señora Jacobi como voluntaria antes de mudarse a Birmingham. Buscaba a alguien que hubiera trabajado en Detroit y Atlanta o en Birmingham y Atlanta; alguien que pudiera tener acceso a una furgoneta y una silla de ruedas y que hubiera visto a la señora Jacobi y a la señora Leeds antes de irrumpir en sus casas.

A Crawford le pareció que el viaje era una pérdida de tiempo, pero no se opuso. Crawford tenía razón. Maldito Crawford. Tenía muchísima razón.

Graham oía sonar el teléfono en su departamento. Las llaves se engancharon en el forro de su bolsillo. Dio un tirón y salieron junto con una larga hebra de hilo. Varias monedas cayeron por la pierna del pantalón y se desparramaron sobre el suelo.

—Hijo de puta.

Había atravesado la mitad del cuarto cuando el teléfono dejó de sonar. Tal vez era Molly que quería hablar con él.

La llamó a Oregón.

El abuelo de Willy contestó al teléfono con la boca llena. Era la hora de cenar en Oregón.

—Dígale a Molly que me llame cuando termine de comer —le indicó Graham.

Estaba en la ducha con los ojos llenos de champú cuando sonó nuevamente el teléfono. Se enjuagó la cabeza y salió del baño chorreando para contestar la llamada.

—Hola, mi amor.

—Siento desilusionarlo pero soy Byron Metcalf y estoy en Birmingham.

—Disculpe.

—Tengo noticias buenas y malas. Acertó respecto a Niles Jacobi. Él sacó las cosas de la casa. Las liquidó, pero lo exprimí gracias a un poco de hachís que encontré en su cuarto y confesó. Eso es lo malo, sé que usted esperaba que el Hada de los Dientes las hubiera robado y vendido a reducidores. Las noticias buenas son que hay unas películas. Todavía no las tengo. Niles dice que escondió dos rollos bajo el asiento de su automóvil. ¿Siguen interesándole?

—Por supuesto, es claro que me interesan.

—Pues bien, Randy, su íntimo amigo, está usando el automóvil y todavía no lo hemos encontrado, pero no nos demoraremos mucho. ¿Quiere que le mande la película en el primer avión que salga para Chicago y le avise cuando llegara?

—Por favor. Qué suerte, Byron, muchas gracias.

—No hay de qué.

Molly llamó justo cuando Graham estaba por dormirse. Luego de haberse asegurado mutuamente que ambos estaban bien, no les quedaba mucho por decirse.

Molly dijo que Willy se estaba divirtiendo mucho. Se lo pasaría para que le dijera buenas noches.

Willy tenía mucho más que decirle; le contó a Will una interesante novedad: su abuelo le había regalado un poni.

Molly no lo había mencionado.

41

El Museo de Brooklyn está cerrado al público los martes, pero se permite el acceso a los estudiantes de arte e investigadores.

El museo es un gran recurso para los que realizan estudios serios. Su personal está bien preparado y es muy solícito; a menudo los martes conceden citas a investigadores para que puedan revisar objetos que no están en exhibición.

Francis Dolarhyde salió del subterráneo poco después de las dos de la tarde del martes, llevando sus materiales de estudio. Tenía bajo el brazo una libreta, el catálogo de la Tate Gallery y una biografía de William Blake.

Dentro de la camisa guardaba una pistola de 9 mm, una cachiporra de cuero y su filoso cuchillo. Una venda elástica sujetaba esas armas contra su vientre chato. Podría abrocharse sin dificultad su chaqueta sport. En uno de los bolsillos guardaba una bolsa de plástico herméticamente cerrada, con un trapo empapado en cloroformo.

En la mano llevaba el flamante estuche de una guitarra.

Había tres teléfonos públicos junto a la salida del subterráneo en Eastern Parkway. Uno de los aparatos había sido arrancado. Uno de los otros dos funcionaba.

Dolarhyde introdujo la cantidad de monedas necesarias para oír en el otro extremo la voz de Reba diciendo:

—Hola.

Escuchó los ruidos del cuarto oscuro por encima de su voz.

—Hola, Reba —dijo.

—Hola, D. ¿Cómo te sientes?

Era difícil escuchar lo que decía por el ruido del tráfico que circulaba por la avenida.

—Muy bien.

—Parece que hablas desde un teléfono público. Yo pensaba que estabas enfermo en tu casa.

—Quiero hablar contigo más tarde.

—De acuerdo. Llámame después.

—Tengo… necesito verte.

—Yo quiero verte pero esta noche es imposible. Tengo que trabajar. ¿Me llamarás?

—Sí. Si no…

—¿Cómo dices?

—Te llamaré.

—Quiero que vengas pronto, D.

—Sí. Adiós, Reba.

Bien. Una oleada de miedo bajó de su pecho hasta su vientre. Lo sofocó y cruzó la calle.

Los días martes, el único acceso al Museo de Brooklyn es una única puerta ubicada hacia la derecha del edificio. Dolarhyde entró detrás de cuatro estudiantes de arte. Los jóvenes apoyaron las mochilas y valijas contra la pared y exhibieron sus pases. El guardia que estaba detrás del escritorio los verificó.

Luego le tocó el turno a Dolarhyde.

—¿Tiene una cita? —Dolarhyde asintió.

—Sección cuadros, con la señorita Harper.

—Firme el registro, por favor.

El guardia le tendió un bolígrafo. Dolarhyde tenía ya preparado el suyo. Firmó «Paul Grane».

El guardia marcó el número de un piso superior. Dolarhyde se paró de espaldas al escritorio y contempló *La Fiesta de la Vendimia*, de Roben Blum, que colgaba sobre la entrada, mientras el guardia confirmaba su cita. Por el rabillo del ojo pudo ver al otro guardia en el hall de entrada. Sí, ése era el que estaba armado.

—Al fondo del hall y al lado de la tienda hay un banco cerca de los ascensores principales —dijo el empleado—. Espere allí. La señorita Harper bajará a buscarlo.

Le entregó enseguida a Dolarhyde un distintivo de plástico de color rosa y blanco.

—¿Puedo dejar aquí la guitarra?

—Yo la cuidaré.

El museo parecía distinto con esa media luz. Una penumbra rodeaba las grandes vitrinas.

Dolarhyde esperó tres minutos en el banco hasta que la señorita Harper salió del ascensor destinado al público.

—¿El señor Grane? Soy Paula Harper.

Era más joven de lo que le había parecido cuando llamó por teléfono desde St. Louis; parecía muy correcta y era realmente bonita. Lucía su falda y su blusa como si fuera un uniforme.

—Usted me llamó por la acuarela de Blake —dijo—. Vayamos arriba y se la mostraré. Tomaremos el ascensor reservado para el personal, acompáñeme por aquí.

Lo condujo más allá de la oscura tienda del museo y a través de un pequeño cuarto tapizado con armas primitivas. Echó una rápida mirada alrededor de él para conservar la orientación. En un rincón de la sección americana salía un pasillo que conducía al pequeño ascensor.

La señorita Harper oprimió el botón. Los claros ojos azules se posaron sobre el pase, rosa y blanco, pinchado en la solapa de Dolarhyde.

—Le dieron un pase para el sexto piso —dijo la joven—. Pero no importa. Hoy no hay guardias en el quinto. ¿Qué clase de investigación está haciendo?

Hasta ese momento Dolarhyde se las había arreglado con sonrisas y movimientos de cabeza.

—Un trabajo sobre Butts —respondió.

—¿Sobre William Butts?

Asintió.

—No he leído mucho sobre él. Se lo ve solamente en notas como patrocinador de Blake. ¿Es interesante?

—Apenas estoy empezando. Tendré que viajar a Inglaterra.

—Creo que en la National Gallery hay dos acuarelas que pintó para Butts. ¿Todavía no las ha visto?

—Todavía no.

—Mejor será que escriba con tiempo.

Dolarhyde asintió. El ascensor llegó.

Quinto piso. Sentía un cosquilleo, pero la sangre fluía por sus brazos y piernas. En contados momentos sería solamente sí o no. Si fracasaba no permitiría que lo atraparan.

Lo condujo por el corredor de los retratos norteamericanos. Por ahí no había pasado el día anterior. De todos modos, sabía dónde estaba. No debía preocuparse.

Pero algo lo esperaba en el corredor y al tropezar con él se quedó inmóvil como una estatua. Paula Harper advirtió que no la seguía y se dio vuelta.

Estaba parado tieso frente a un nicho en la pared de la que colgaban varios retratos. La joven se acercó a él y vio qué era lo que miraba con tanta atención.

—Es un retrato de George Washington pintado por Gilbert Stuart —le dijo.

«No, de ningún modo».

—Es el mismo que está reproducido en los billetes de un dólar. Lo llaman el retrato de Lansdowne porque Stuart pintó uno para el Marqués de Lansdowne en agradecimiento por su apoyo a la revolución americana. ¿Se siente bien, señor Grane?

Dolarhyde estaba pálido. Eso era peor que todos los billetes de un dólar que había visto. Washington lo miraba desde la tela con sus ojos encapotados y su pésima dentadura postiza. Dios mío, era igual a su abuela. Dolarhyde se sintió igual a un niño con un cuchillo de goma.

—¿Se siente bien, señor Grane?

«Si no contestas echas a perder todo. Supera esto. “Dios mío, qué hombre, qué placer”».

—ERES LO MÁS ASQUEROSO.

«Di algo».

—Estoy en tratamiento con cobalto —explicó.

—¿Quiere sentarse un momento? —Un débil olor a remedio emanaba de él.

—No. Siga adelante. Enseguida iré.

«Y no vas a cortarme, abuela. Maldita seas, te mataría si no estuvieras ya muerta. Ya estás muerta. Ya estás muerta». ¡Su abuela ya estaba muerta! Muerta ahora, muerta para siempre. «Dios mío, qué placer».

No obstante, Él no había muerto y Dolarhyde lo sabía. Siguió a la señorita Harper en medio de una maraña de miedo.

Transpusieron la puerta doble y entraron al Departamento de Cuadros y Depósito. Dolarhyde miró rápidamente alrededor. Era un cuarto largo y silencioso, bien iluminado y lleno de estanterías giratorias en las que se alineaban cuadros cubiertos por lienzos. Una hilera de pequeños cubículos utilizados como oficinas se extendía a lo largo de una pared. La puerta del

cubículo situado en el extremo más alejado estaba abierta y oyó el ruido de una máquina de escribir.

No vio a nadie más que a Paula Harper.

Lo condujo hacia una mesa de trabajo alta como un mostrador y le acercó un taburete.

—Espere aquí. Le traeré el cuadro.

Desapareció entre las estanterías.

Dolarhyde se desabrochó un botón del pantalón.

La señorita Harper regresaba. Llevaba una caja chata del tamaño de un portafolio. Estaba allí dentro. ¿De dónde sacaba fuerzas para cargar con el cuadro? Jamás lo había imaginado como algo chato. Había visto sus dimensiones en los catálogos 46 cm por 37 cm pero no había prestado atención. Esperaba ver algo inmenso. Pero era pequeño. Era pequeño y estaba allí, en ese silencioso ambiente. Nunca se había dado cuenta de la fuerza que obtenía el Dragón de la vieja casa con su huerto.

La señorita Harper decía algo:

—… hay que guardarlo dentro de esta caja porque la luz lo desteñiría. Por eso raras veces se exhibe al público.

Depositó la caja sobre la mesa y la abrió. Se oyó un ruido en la puerta doble.

—Discúlpeme, tengo que abrirle la puerta a Julio.

Cerró nuevamente la caja y la llevó hasta la puerta de vidrio. Un hombre con un carrito esperaba del otro lado. Abrió las puertas y lo dejó entrar.

—¿Por aquí está bien?

—Sí, gracias, Julio.

El hombre salió.

La señorita Harper se acercaba llevando la caja.

—Lo siento, señor Grane. Julio está limpiando y repasando los marcos —abrió la caja y sacó una carpeta de cartulina blanca—. Comprenderá que no le permita tocarlo. Yo se lo mostraré, así es la regla. ¿De acuerdo?

Dolarhyde asintió. No podía hablar.

Abrió la carpeta y sacó la hoja protectora de plástico y el passepartout.

Ahí estaba. El Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol —el Hombre —. Dragón rampante sobre la mujer postrada y suplicante, atrapada por una vuelta de su cola.

Indudablemente era pequeño, pero vigoroso. Sorprendente. Las mejores reproducciones no hacían justicia a los detalles y colores.

Dolarhyde lo vio claramente, vio todo en un santiamén: la caligrafía de Blake en los bordes, dos manchas marrones en el costado derecho del papel. Fue una impresión terrible. Muy violenta, los colores eran tanto más fuertes.

«Mira la mujer atrapada por la cola del Dragón. Mírala».

Advirtió que su pelo era exactamente del mismo color que el de Reba McClane. Vio que estaba a seis metros de la puerta. Oyó unas voces.

«Espero no haberlo escandalizado», había dicho Reba.

—Parece ser que utilizó pastel además de acuarela —explicaba Paula Harper. Estaba parada de forma de poder ver qué hacía él. Sus ojos no se apartaban para nada del cuadro.

Dolarhyde metió la mano dentro de su camisa.

Un teléfono sonaba. El ruido de la máquina de escribir cesó. Una mujer asomó la cabeza por la puerta del último cubículo.

—Paula, te llaman por teléfono. Es tu madre.

La señorita Harper no dio vuelta la cabeza. Sus ojos no se apartaban de Dolarhyde y la pintura.

—¿Puedes darle un mensaje? Dile que la llamaré enseguida.

La mujer desapareció nuevamente dentro de su oficina. Al cabo de un instante se oyó otra vez el tableteo de la máquina de escribir.

Dolarhyde no aguantaba más. «Muévete de una vez, ahora mismo».

Pero el Dragón se le adelantó.

—JAMÁS HE VISTO.…

—¿Cómo? —Los ojos de la señorita Harper se abrieron desmesuradamente.

—¡… una rata tan grande! —dijo Dolarhyde señalando—. ¡Trepa por ese marco!

La señorita Harper se dio vuelta.

—¿Dónde?

Sacó la cachiporra de la camisa. Le golpeó la parte posterior de la cabeza con la muñeca más que con el brazo. Se desplomó mientras Dolarhyde la sujetaba por la blusa y apretaba el paño embebido en cloroformo contra su cara. La joven dejó escapar un gemido agudo pero no muy fuerte y se desvaneció.

La depositó en el piso entre la mesa y las estanterías con los cuadros, tiró la carpeta con la acuarela al piso y se puso en cuclillas sobre ella, ruido de papel rasgado, enrollado, agitada respiración y un teléfono que sonaba.

Salió la mujer de la apartada oficina.

—¿Paula? —llamó mirando alrededor del cuarto—. Es tu madre, tiene que hablar inmediatamente contigo.

Se acercó a la mesa.

—Yo cuidaré de la visita si tú…

Y entonces los vio. Paula Harper tirada sobre el piso, el pelo sobre la cara, y en cuclillas sobre ella, esgrimiendo una pistola, Dolarhyde metiéndose en la boca el último bocado de la acuarela. Se levantó, masticó y corrió hacia ella.

La mujer corrió hacia su oficina, cerró de un golpe la débil puerta, agarró el teléfono y se le cayó al piso, manoteó de rodillas tratando de marcar pero la puerta se abrió. El disco del teléfono se iluminó con brillantes colores al recibir el impacto detrás de su oreja. El tubo cayó al piso.

Dolarhyde observaba en el ascensor para uso del personal, las luces del indicador que se encendían a medida que bajaba, sujetando la pistola contra su estómago y tapándola con los libros.

Primer piso.

Salió al pasillo desierto. Caminaba rápido, y sus gruesas zapatillas susurraban contra el revestimiento del piso. Un giro equivocado y se encontró entre las máscaras de ballena, la gran máscara de Sisuit, perdiendo segundos, corriendo entonces hasta enfrentarse a los altísimos tótems de Haida, habiendo perdido el rumbo. Corrió hacia los tótems, miró hacia la izquierda y al ver las armas primitivas adivinó enseguida dónde estaba.

Desde un ángulo del pasillo echó un vistazo al hall de entrada.

El empleado de la recepción se encontraba frente al tablero de comunicaciones, a diez metros del escritorio.

El guardia armado estaba más cerca de la puerta. Su cartuchera crujió cuando se agachó para refregar una mancha en la punta de su zapato.

«Si te atacan, liquídalo a él primero». Dolarhyde metió su arma dentro del cinturón y se abrochó la chaqueta. Atravesó el hall con paso más lento.

El guardia del mostrador de recepción se dio vuelta al oír sus pasos.

—Gracias —dijo Dolarhyde sujetando su pase por los bordes y dejándolo caer sobre el escritorio. El guardia asintió.

—¿Le molestaría meterlo en esta ranura?

El teléfono del mostrador de recepción empezó a sonar. Le costó trabajo recoger el pase sobre la tapa de vidrio. El teléfono seguía sonando. Debía apurarse.

Dolarhyde consiguió agarrar el pase y lo dejó caer en la ranura. Recogió la

caja de su guitarra de entre la pila de mochilas.

El guardia se acercaba al teléfono.

Traspuso la puerta y caminaba rápidamente por los jardines, dispuesto para darse vuelta y disparar si oía que lo perseguían.

Ya en el jardín, giró hacia la izquierda y se detuvo en un hueco entre un pequeño cobertizo y un cerco. Abrió la caja de la guitarra y sacó una raqueta de tenis, una pelota de tenis, una toalla, una bolsa de mercado vacía y una gran planta de apio.

Los botones saltaron al quitarse de un tirón la chaqueta, y la camisa y los pantalones. Debajo tenía una camiseta con una inscripción del Colegio de Brooklyn y pantalones de gimnasia. Metió los libros y la ropa dentro de la bolsa del mercado y puso encima las armas. El apio sobresalía por encima de todo. Limpió la manija y los cierres del estuche de la guitarra y lo empujó debajo del cerco.

Atravesó los jardines en dirección a Prospect Park, con la toalla enroscada al cuello, hasta llegar al Empire Boulevard. Un grupo de aficionados al *jogging* trotaba adelante de él. Cuando los siguió rumbo al parque oyó las sirenas de los patrulleros que se acercaban. Ninguno de los deportistas les prestó atención. Y Dolarhyde tampoco.

Alternaba trote con caminata, sujetando la bolsa del mercado y la raqueta y haciendo rebotar la pelota de tenis, como si fuera un hombre cualquiera de regreso de una jornada gimnástica que se había detenido a hacer unas compras en la verdulería.

Aminoró su marcha; no debía correr con el estómago lleno. Pero ya podía elegir tranquilamente el paso que le convenía.

Podía elegir cualquier cosa.

42

Crawford estaba sentado en la fila de atrás del estrado del jurado comiendo maníes mientras Graham cerraba las ventanas de la sala del tribunal.

—Supongo que para esta tarde ya tendrás listo el perfil —dijo Crawford—. Me dijiste que esperara hasta el martes y hoy es martes.

—Lo terminaré después de mirar esto.

Graham abrió el sobre enviado por Byron Metcalf por correo expreso y volcó su contenido: dos polvorientos rollos de películas hogareñas, envuelto cada uno en una bolsita de plástico para sándwich.

—¿Presentará Metcalf cargos contra Niles Jacobi?

—Por robo no, de todos modos probablemente heredarán él y el hermano de Jacobi —respondió Graham—. Respecto al hachís no estoy seguro. El fiscal del estado de Birmingham tiene ganas de romperle las costillas.

—Bien —contestó Crawford.

La pantalla cinematográfica se deslizó desde el techo del cuarto hasta quedar frente al estrado del jurado, lo que facilitaba enormemente la exhibición a sus miembros de testimonios filmados.

Graham colocó la película en el proyector.

—He recibido informes de Cincinnati, Detroit y unos cuantos de Chicago al revisar los puestos de venta de periódicos en los que el Hada de los Dientes podría haber conseguido tan rápidamente un ejemplar del *Tattler* —manifestó Crawford—. Hay varios candidatos extraños que investigar.

Graham puso en funcionamiento el proyector. El tema de la película era una excursión de pesca.

Los niños Jacobi estaban acuclillados junto al borde de una laguna, armados de cañas de pescar y sus correspondientes líneas.

Graham trató de no pensar en ellos, metidos dentro de los pequeños ataúdes bajo tierra. Trató de pensar en ellos pescando.

El corcho de la niña se sacudió y desapareció bajo la superficie. Tenía un pescado. Crawford estrujó la bolsa de maníes.

—Los de Indianápolis están un poco lentos en el interrogatorio de los vendedores de periódicos y los expendedores de las estaciones de Servco Supreme —señaló.

—¿Te interesa o no mirar esta película? —preguntó Graham.

Crawford guardó silencio durante los dos minutos que duró la película.

—Qué emocionante, pescó una perca —dijo—. Y respecto al perfil…

—Jack, tú estuviste en Birmingham justo después del crimen. Yo llegué sólo un mes más tarde. Viste la casa mientras seguía siendo la casa de los Jacobi. Pero yo no. Estaba vacía y refaccionada cuando entré. Y ahora, por el amor de Dios, déjame mirar a esa gente y después terminaré el perfil.

Puso el segundo rollo.

Una fiesta de cumpleaños apareció en la pantalla de la sala del tribunal. Los Jacobi estaban sentados alrededor de una mesa de comedor. Todos cantaban.

Graham leyó en sus labios «Que los cumplas feliz».

La cámara enfocó a Donald Jacobi que cumplía once años. Estaba sentado en un extremo de la mesa frente a la torta. Las velitas se reflejaban en sus anteojos.

Su hermana y su hermano, sentados uno al lado del otro en el costado de la mesa, lo observaban mientras soplaba las velitas.

Graham se movió en su asiento.

El pelo negro de la señora Jacobi se sacudió al inclinarse hacia adelante para levantar al gato y sacarlo de la mesa.

La señora Jacobi le entregaba en ese momento un gran sobre a su hijo. Una larga cinta salía del sobre. Donald Jacobi lo abría y sacaba una tarjeta de felicitación. Miraba a la cámara y daba vuelta a la tarjeta. Podía leerse en ella «Feliz Cumpleaños. Sigue la cinta».

La cámara se sacudió levemente al seguir a la procesión hasta la cocina. Una puerta asegurada con un gancho. Bajaron al sótano encabezados por Donald, siguiendo la cinta por los escalones. El extremo de la cinta estaba atado al manubrio de una bicicleta con cambios.

Graham se preguntó por qué no le habrían entregado la bicicleta en el jardín.

Un corte hasta la próxima escena y su pregunta tuvo contestación. Estaban todos afuera y evidentemente había llovido mucho. Había charcos de agua en el

jardín. La casa parecía muy distinta. Geehan, el de la inmobiliaria, le había cambiado el color cuando la refaccionó después de los crímenes. La puerta del sótano que daba al jardín estaba abierta y por ella salió el señor Jacobi llevando la bicicleta. Era la primera vez que aparecía en la película. Una brisa sacudió el mechón de pelo con el que cubría su calva. Depositó ceremoniosamente la bicicleta sobre el suelo.

La película terminaba con la primera y cuidadosa vuelta de Donald en su bicicleta.

—Triste espectáculo —dijo Crawford—. Pero conocido por todos.

Graham procedió a proyectar por segunda vez la película del cumpleaños.

Crawford meneó la cabeza y se dispuso a leer algo de su portafolio con la ayuda de una pequeña linterna.

En la pantalla apareció el señor Jacobi sacando la bicicleta del sótano. La puerta se cerró a su paso. De ella colgaba un candado.

Graham detuvo la proyección en esa imagen.

—Ahí está. Para eso quería el cortafrío, Jack. Para cortar el candado y entrar por el sótano. ¿Y por qué no lo hizo?

Crawford apagó la linterna y miró por encima de sus anteojos a la pantalla.

—¿Qué pasa?

—Sé que tenía un cortafrío; lo utilizó para cortar esa rama mientras observaba desde el bosque. ¿Pero por qué no lo empleó para entrar por la puerta del sótano?

—No podía —Crawford esperó sonriendo maliciosamente. Le encantaba sorprender a la gente realizando conjeturas.

—¿Trató de hacerlo? ¿Dejó alguna marca? No tuve siquiera la oportunidad de ver esa puerta; cuando llegué allí Geehan había colocado otra de acero con cerrojos.

—Tú supones que Geehan la colocó —respondió Crawford—. Pero no fue así. La puerta estaba allí cuando los mataron. Debió de haberla hecho colocar el propio Jacobi, era un tipo de Detroit, seguramente apreciaba los cerrojos.

—¿*Cuándo* la hizo instalar Jacobi?

—No lo sé. Evidentemente después del cumpleaños del niño. ¿Qué día era? Si tienes la autopsia debería figurar allí.

—Su cumpleaños era el 14 de abril, un lunes —contestó Graham mirando la pantalla y agarrándose el mentón—. Quiero saber cuándo cambiaron la puerta los Jacobi.

Unas arrugas aparecieron en la calva de Crawford, pero rápidamente se desvanecieron al captar la idea de Graham.

—Piensas que el Hada de los Dientes planeó el ataque a la casa mientras estaba todavía la puerta vieja con el candado —señaló.

—Tenía un cortafrío, ¿no es así? ¿Cómo entras a un lugar con un cortafrío? —preguntó Graham—. Cortando candados, barrotes o cadenas. Jacobi no tenía barrotes ni puertas con cadenas ¿verdad?

—No.

—Entonces esperaba encontrar un candado. Un cortafrío es bastante pesado y largo. Él se puso en marcha durante el día y tenía una buena caminata desde donde estacionó hasta la casa de los Jacobi. No podía estar seguro de no tener que salir corriendo si algo fracasaba. No habría llevado el cortafrío si no hubiera estado seguro de necesitarlo. Esperaba encontrar un candado.

—Tú piensas que él estudió la casa antes que Jacobi cambiara la puerta. Luego se acerca para matarlos, espera en el bosque…

—No se puede ver este lado de la casa desde el bosque.

Crawford asintió.

—Espera en el bosque. Los Jacobi se meten en cama y él se acerca llevando el cortafrío y se encuentra con la puerta nueva que tiene cerraduras contra ladrones.

—Digamos que se encontró con una puerta nueva. Lo tenía todo planeado y de repente ¡zas! —dijo Graham alzando las manos—. Lo han reventado, se siente frustrado, está desesperado por entrar. Entonces hace un trabajo ruidoso, rápido y burdo en la puerta del patio. Su modo de entrar no fue depurado, despertó a Jacobi y tuvo que liquidarlo en la escalera. Eso no es típico del Dragón. No es chabacano. Es cuidadoso y no deja rastros. Hizo un trabajo muy prolijo al entrar a casa de los Leeds.

—De acuerdo, tienes razón —respondió Crawford—. Si descubrimos cuándo cambió la puerta Jacobi tal vez podamos establecer el intervalo durante el cual los estudió y planeó el crimen y el día en que lo realizó. Es decir, el tiempo mínimo que transcurrió. Sería un dato útil. A lo mejor coincide con una fecha que pueda suministrarnos la oficina de convenciones y visitas de Birmingham. Podremos revisar nuevamente los alquileres de automóviles. Y también los de furgonetas. Hablaré dos palabras con la oficina de Birmingham.

Las palabras de Crawford debieron ser muy enfáticas: exactamente cuarenta minutos después un agente del FBI de Birmingham, arrastrando a Geehan,

mantenía una conversación a gritos con un carpintero que colocaba las vigas en el techo de una casa. Los datos del carpintero fueron transmitidos a Chicago por radio.

—La última semana de abril —dijo Crawford colgando el auricular—. En esos días los Jacobi hicieron instalar la puerta nueva. Dios mío, eso es dos meses antes de que los mataran. ¿Por qué los habría estudiado con tanta anticipación?

—No lo sé, pero te aseguro que vio a la señora Jacobi o tal vez a toda la familia antes de estudiar la casa. A no ser que los hubiera seguido allí desde Detroit, vio a la señora Jacobi en algún momento entre el 10 de abril, cuando se mudaron a Birmingham y fines del mismo mes, cuando cambiaron la puerta. Durante ese intervalo estuvo en alguna oportunidad en Birmingham. ¿La oficina de allí sigue trabajando en eso?

—La policía también —respondió Crawford—. Dime una cosa: ¿cómo supo que el sótano tenía una puerta que daba al interior de la casa? No es algo común en el sur.

—No cabe duda que vio el interior de la casa.

—¿Tu amigo Metcalf tiene las chequeras de los Jacobi?

—Con toda seguridad.

—Veamos qué cuentas por visitas de mecánicos pagaron desde el 10 de abril hasta fin del mismo mes. Sé que se investigaron las reparaciones que solicitaron durante las dos semanas anteriores al crimen, pero quizá deberíamos buscar más atrás. Lo mismo respecto a los Leeds.

—Siempre pensamos que miró desde afuera el interior de la casa de los Leeds —dijo Graham—. Pero desde el callejón no podría haber visto el vidrio en la puerta de la cocina. Allí hay un porche con persianas. Sin embargo llevaba un cortavidrios. Y no hicieron hacer ningún tipo de reparación durante los tres meses anteriores al crimen.

—Quiere decir que si planea sus ataques con tanta anticipación, tal vez no hayamos retrocedido bastante en el tiempo al hacer las averiguaciones. Ahora lo haremos. Sin embargo, cuando estuvo en el callejón verificando el medidor de luz de los Leeds dos días antes de matarlos, puede haberlos visto entrar a la casa. Quizá pudo echar un vistazo al interior mientras estaba la puerta abierta.

—No, esas puertas no están alineadas ¿recuerdas? Te lo mostraré.

Graham colocó en el proyector la película de los Leeds.

El perrito gris paró las orejas y corrió hacia la puerta de la cocina. Valerie Leeds y los niños entraron con las compras del mercado. Lo único que se veía

por la puerta de la cocina eran las persianas del porche.

—De acuerdo, ¿quieres que Byron Metcalf revise la chequera del mes de abril? Cualquier arreglo que les hayan hecho o cualquier cosa que hayan podido comprar a uno de esos vendedores que van de puerta en puerta. No, yo me encargaré de eso mientras tú sigues trabajando con el perfil. ¿Tienes el número de Metcalf?

Una gran preocupación embargaba a Graham al ver nuevamente a los Leeds. Le transmitió distraídamente a Crawford los tres números de Byron Metcalf.

Proyectó nuevamente las películas mientras Crawford utilizaba el teléfono en el recinto del jurado. La película de los Leeds en primer término.

Ahí estaba el perro de los Leeds. No tenía collar y en el vecindario abundaban los perros, pero el Dragón sabía cuál era el de ellos.

Allí estaba Valerie Leeds. Graham sintió un nudo en el estómago al verla. Detrás de ella estaba la puerta con el gran recuadro de vidrio que la hacía tan vulnerable. Los chicos jugaban en la pantalla de la sala del tribunal.

Graham no se había sentido nunca tan próximo a los Jacobi como se sentía respecto de los Leeds. El verlos en la película lo perturbó. Le preocupaba haber pensado en los Jacobi como marcas de tiza sobre un piso cubierto de manchas de sangre.

Ahora aparecían los chicos de los Jacobi, rodeando la mesa, el destello de las velitas de cumpleaños reflejándose en sus caras.

Graham vio durante una fracción de segundo el gotón de cera de una vela en la mesa de luz de los Jacobi, las manchas de sangre en el rincón del dormitorio de los Leeds. Algo…

Crawford regresaba.

—Metcalf me dijo que te preguntara…

—¡No me interrumpas!

Crawford no se enojó. Esperó, quieto como una estatua y sus ojitos pequeños se fruncieron y adquirieron un nuevo brillo.

La proyección de la película continuaba, y sus luces y sombras se agitaban sobre la cara de Graham. El gato de los Jacobi. El Dragón sabía que ese gato pertenecía a los Jacobi. La puerta del sótano que comunicaba con el interior de la casa. La puerta exterior del sótano con el candado. El Dragón había llevado un cortafrío.

La película terminó. Finalmente la punta se soltó de la bobina y siguió girando y golpeando, girando y golpeando.

Todo lo que el Dragón precisaba saber estaba en las dos películas.

No habían sido exhibidas en público, no existía ningún club de películas, ni festi…

Graham miró la caja de cartón verde en que estaban guardadas las películas de los Leeds. En ella figuraban su nombre y dirección. Y Laboratorio Fotográfico Gateway. St. Louis, No. 63102.

Su mente rescató «St. Louis» lo mismo que rescataría cualquier número telefónico que hubiera conocido. ¿Qué pasaba con St. Louis? Era uno de los lugares donde podía conseguirse el *Tattler* los lunes por la noche, el mismo día en que se imprimía, el día anterior al secuestro de Lounds.

—Ay, Dios —dijo Graham—. Dios mío.

Se apretó las sienes con las manos como si tratara de impedir que la idea se escapara de su cabeza.

—¿Metcalf sigue en el teléfono?

Crawford le entregó el auricular.

—Byron, soy Graham. Escuche, las películas de los Jacobi que me envió ¿estaban guardadas en alguna caja? Por supuesto, sé que me las habría enviado. Necesito que me ayude. ¿Tiene ahí las chequeras de los Jacobi? Bien, quiero saber dónde hicieron revelar las películas. Probablemente un negocio se encargó de mandarlas. Si encuentra un cheque para alguna farmacia o comercio que venda artículos fotográficos, podríamos averiguar adónde las envían para su revelado. Es urgente, Byron. Se lo explicaré no bien tenga tiempo. El FBI de Birmingham empezará inmediatamente a averiguar en las tiendas. Si usted encuentra algo transmítaselo directamente a ellos y luego a nosotros. ¿Puedo contar con usted? Fantástico. ¿Qué? No, no le diré quién es mi amor.

Los agentes del FBI de Birmingham revisaron cuatro comercios de artículos fotográficos antes de encontrar el frecuentado por los Jacobi. El gerente dijo que todas las películas de sus clientes se mandaban a revelar a un mismo lugar.

Crawford había visto ya doce veces las películas cuando recibieron la contestación de Birmingham. Él atendió la llamada.

Le tendió la mano a Graham muy ceremoniosamente.

—Es Gateway —le anunció.

43

Crawford revolvía un Alka-Seltzer en un vaso de plástico cuando se oyó la voz de la azafata por el micrófono del 727.

—¿El pasajero Crawford, por favor?

La azafata se le acercó cuando le hizo señas con la mano desde su asiento.

—¿Podría pasar a la cabina de pilotaje, señor Crawford?

Crawford estuvo ausente durante cuatro minutos.

—El Hada de los Dientes estuvo hoy en Nueva York —le anunció a Graham instalándose nuevamente junto a él.

Graham frunció el ceño y apretó los dientes sonoramente.

—No. Solamente golpeó en la cabeza a un par de mujeres en el Museo de Brooklyn, pero no te pierdas esto: se comió un cuadro.

—¿Lo comió?

—Lo que oyes. El Escuadrón de Arte de Nueva York ató cabos cuando descubrieron lo que había comido. Consiguieron dos impresiones parciales en el distintivo de plástico que utilizó y las enviaron rápidamente a Price. Cuando éste las puso sobre la pantalla, casi se muere de emoción. No sirven como identificación, pero coinciden con las del pulgar que había en el ojo del niño de los Leeds.

—Nueva York —musitó Graham.

—No quiere decir nada que haya estado hoy en Nueva York. Igual puede trabajar en Gateway. Si es así, hoy no fue a su oficina. Todo es más fácil.

—¿Qué fue lo que se comió?

—Un cuadro titulado El Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol. Me dijeron que era una obra de William Blake.

—¿Qué les pasó a las mujeres?

—Es muy suave con la cachiporra. La más joven está en el hospital en observación. A la más vieja tuvieron que darle cuatro puntos. Tiene una pequeña conmoción.

—¿Pudieron dar alguna descripción?

—La más joven. Callado, corpulento, bigote y pelo negro, supongo que será una peluca. El guardia de la entrada dijo lo mismo. La mujer mayor no pudo ver nada.

—Pero no mató a nadie.

—Qué raro —comentó Crawford—. Le habría convenido más liquidarlas a las dos. Así habría tenido más tranquilidad al salir y evitarse una o dos descripciones. La sección Ciencia del Comportamiento llamó al hospital para pedirle a Bloom una opinión. ¿Sabes lo que dijo? Que a lo mejor está tratando de detenerse.

44

Dolarhyde oyó el chirrido de los alerones al bajar. Las luces de St. Louis se deslizaban lentamente bajo el ala negra. El tren de aterrizaje retumbó por la fuerza del viento hasta quedar fijo con un golpe seco.

Movió la cabeza hacia uno y otro lado para aflojar la tensión de su fornido cuello. Volvía a su casa.

Había corrido un gran riesgo y el premio que había obtenido era el derecho a elegir. Podía elegir que Reba McClane siguiera viviendo. Podía conservarla para conversar con ella y podía gozar de sus sorprendentes e inofensivos movimientos en la cama.

No tendría que temer más a su casa. El Dragón estaba ahora en su vientre.

Podía entrar a su casa, dirigirse hacia donde colgaba de una pared una copia del Dragón y romperlo si le daba la gana.

No debía preocuparse ya más por sentir Amor por Reba. Si sentía Amor por ella podría arrojarle los Sherman al Dragón y tranquilizarlo de esa forma, y entonces volver a Reba sosegado y sereno y tratarla bien.

Dolarhyde llamó desde la terminal a su departamento. No había llegado todavía. Probó entonces con Baeder Chemical. La línea estaba ocupada. Pensó en Reba caminando después de trabajar hacia la parada de ómnibus, golpeando la pared con el bastón, y el impermeable sobre sus hombros.

Al volante de su furgoneta y avanzando velozmente entre el escaso tráfico de la tarde, llegó al laboratorio en menos de quince minutos.

No estaba en la parada de ómnibus. Estacionó en la calle detrás de Baeder Chemical, cerca de la entrada más próxima a los cuartos oscuros. Le diría que estaba allí, esperaría hasta que terminara de trabajar y la llevaría a su casa. Estaba orgulloso por su nuevo poder de elección. Quería utilizarlo.

Podía adelantar algunas cosas en su oficina mientras la esperaba.

En Baeder Chemical había solamente unas pocas luces encendidas.

El cuarto oscuro de Reba estaba cerrado con llave. La luz encima de la puerta no estaba verde ni colorada. Estaba desconectada. Oprimió el timbre. Nadie contestó.

A lo mejor le había dejado un mensaje en su oficina.

Oyó pasos en el pasillo.

Dandridge, el supervisor de Baeder, pasó junto al cuarto oscuro sin levantar la vista. Caminaba rápido y llevaba una pila de fichas de personal bajo el brazo.

Una pequeña arruga se dibujó en la frente de Dolarhyde.

Dandridge había cruzado la mitad de la playa de estacionamiento, dirigiéndose hacia la compañía Gateway, cuando Dolarhyde salió del edificio de Baeder en pos de él.

Dos camionetas de reparto y media docena de automóviles estaban estacionados en la playa. Ese Buick pertenecía a Fisk, el jefe de personal de Gateway. ¿Qué estarían haciendo?

Gateway no tenía un turno nocturno. La mayor parte del edificio estaba a oscuras. Las luces coloradas en el corredor que indicaban las salidas, iluminaron el trayecto que recorrió Dolarhyde hasta llegar a su oficina. A través del vidrio esmerilado de la puerta, pudo ver las luces encendidas en la oficina de personal. Dolarhyde oyó voces adentro, la de Dandridge y la de Fisk.

Pasos de mujer que se acercaban. La secretaria de Fisk apareció en un ángulo del corredor, un poco más adelante de Dolarhyde. Se había colocado un pañuelo sobre los rulos y llevaba unos libros de la contaduría. Estaba apurada. Los libros eran pesados, voluminosos. Golpeó la puerta de Fisk con la punta del pie.

Will Graham la abrió.

Dolarhyde se quedó petrificado. Había dejado el revólver en su furgoneta.

La puerta de la oficina se cerró nuevamente.

Dolarhyde se movió rápidamente, su paso amortiguado por la suela de goma de sus zapatillas. Acercó la cara al vidrio de la puerta de salida e inspeccionó la playa de estacionamiento. Había cierto movimiento bajo los focos. Un hombre andaba por allí. Se detuvo junto a una de las furgonetas utilizadas para realizar entregas y encendió una linterna. Sacudía algo. Estaba salpicando con polvo el espejo retrovisor exterior en busca de impresiones digitales.

Un hombre caminaba, detrás de Dolarhyde, por el pasillo. Debía apartarse de la puerta. Se escabulló por un ángulo del corredor y bajó las escaleras que conducían al sótano y al cuarto de la caldera, del otro lado del edificio.

Parado sobre una mesa, consiguió llegar hasta las altas ventanas que se abrían a la altura del suelo, detrás de los arbustos. Se encaramó hasta el antepecho y cayó sobre sus rodillas y manos entre los arbustos, listo para correr o pelear.

No había ninguna clase de movimiento en esa parte del edificio. Se paró, metió una mano en el bolsillo y caminó hacia la calle. Corría en las partes oscuras del camino. Caminaba cuando un automóvil pasaba junto a él, y dio una larga vuelta por atrás de Gateway para llegar a Chemical Baeder.

Su furgoneta estaba estacionada contra la acera detrás del edificio de Baeder. No había ningún lugar para esconderse cerca. Muy bien. Atravesó la calle a toda carrera, se metió adentro de un salto y agarró la valija.

Colocó un cargador en la pistola. Introdujo una bala en la recámara y depositó el arma sobre la guantera, cubriéndola con una camiseta.

Se puso en marcha lentamente, cuidando de no coincidir con la luz roja, dio vuelta a la esquina lentamente y se internó en el fluido tráfico.

Tenía que pensar, pero era muy difícil pensar.

Debía tratarse de las películas. Graham se había enterado, no sabía cómo, de las películas. Graham sabía *dónde*. Pero no sabía *quién*. Si supiera quién, no necesitaría revisar las fichas de personal. ¿Y por qué los libros de contaduría? Por las ausencias. Confrontar ausencias con las fechas en que había atacado el Dragón. No, eso ocurrió los sábados, excepto con Lounds. Ausencias en los días anteriores a los sábados: eso era lo que buscaba. Pero no tenía posibilidades en ese renglón, ya que a cierta clase de empleados no se les anotaban las ausencias en las fichas.

Dolarhyde avanzó lentamente por el Boulevard Bindbergh, gesticulando con su mano libre al eliminar posibilidades.

Buscaban impresiones digitales. No les había proporcionado ninguna, a excepción quizá de la tarjeta plástica de identificación del Museo de Brooklyn. La había tocado muy poco y sólo en los bordes.

Debían de tener una huella. ¿Por qué impresiones digitales si no tenían con qué compararlas?

Estaban revisando esa furgoneta en busca de impresiones digitales. No tenía tiempo de verificar si revisaban también los automóviles.

Furgoneta. Es claro, lo que les hizo pensar en una furgoneta fue la silla de ruedas con Lounds. O tal vez en Chicago alguien vio la furgoneta. En Gateway había muchas, particulares, para distribuir mercadería.

No, Graham sabía solamente que tenía una furgoneta. Graham sabía por qué lo sabía. Graham lo sabía. Ese hijo de puta era un monstruo.

Les tomarían las impresiones digitales a todos los que trabajaban en Gateway y en Baeder también. Si no lo localizaban esa noche, lo descubrirían el día siguiente. Tendría que escapar siempre y su cara figuraría en todas las pizarras de noticias de todas las oficinas de correos y comisarías. Todo se desmoronaba. Frente a ellos parecía pequeño y mezquino.

—Reba —dijo en voz alta. Pero Reba no podía salvarlo en ese momento. Estaban cercándolo y él era solamente un diminuto labi…

—¿TE ARREPIENTES AHORA DE HABERME TRAICIONADO?

La voz del Dragón resonó desde lo más hondo de su ser, tan hondo como los pedazos del cuadro dentro de sus intestinos.

—Yo no lo hice. Sólo quería elegir. Tú me llamaste.

—DAME LO QUE QUIERO Y TE SALVARÉ.

—No. Huiré.

—DAME LO QUE QUIERO Y ESCUCHARÁS EL RUIDO DE LA ESPINA DORSAL DE GRAHAM AL QUEBRARSE.

—No.

—ADMIRA AHORA LO QUE HICISTE HOY. ESTAMOS CERCA. AHORA PODEMOS SER UNO SOLO OTRA VEZ. ¿ME SIENTES EN TU INTERIOR? ME SIENTES, ¿VERDAD?

—Sí.

—Y SABES QUE PUEDO SALVARTE, SABES QUE TE MANDARÁN A UN LUGAR PEOR AÚN QUE EL DEL HERMANO BUDDY. DAME LO QUE QUIERO Y QUEDARÁS LIBRE.

—No.

—TE MATARÁN. TE RETORCERÁS EN EL SUELO.

—No.

—CUANDO YA NO ESTÉS MÁS, ELLA HARÁ EL AMOR CON OTROS, ELLA…

—¡No! Cállate.

—HARÁ EL AMOR CON OTROS, CON HOMBRES APUESTOS, PONDRÁ SUS…

—Basta. Cállate.

—AMINORA LA VELOCIDAD Y NO LO DIRÉ.

Dolarhyde levantó el pie del acelerador.

—ASÍ ME GUSTA, DAME LO QUE QUIERO Y NO OCURRIRÁ. DÁMELA Y ENTONCES SIEMPRE TE PERMITIRÉ ELEGIR, PODRÁS ELEGIR SIEMPRE Y HABLARÁS BIEN, QUIERO

QUE HABLES BIEN, REDUCE LA VELOCIDAD, ESO ES. ¿VES ESA ESTACIÓN DE SERVICIO? DETENTE ALLÍ Y DÉJAME CONVERSAR CONTIGO.

45

Graham salió de la oficina y descansó un instante su vista en la penumbra del pasillo. Estaba inquieto, molesto. Todo el asunto se estaba demorando demasiado.

Crawford estaba inspeccionando las fichas de los trescientos ochenta empleados de Gateway y Baeder lo más rápido y mejor que podía, y había que reconocer que era maravilloso para esa clase de trabajo, pero el tiempo transcurría y cada vez se hacía más difícil mantener el secreto del operativo.

Crawford había reducido al mínimo indispensable el número de personas que trabajaban en Gateway. «Queremos encontrarlo, no asustarlo», les había dicho Crawford. «Si lo descubrimos esta noche tal vez podamos apresarlo fuera de la planta, tal vez en su casa o en los alrededores».

El Departamento de Policía de St. Louis cooperaba también en la operación. El teniente Fogel, de Homicidios, y un sargento, se presentaron muy discretamente en un automóvil particular trayendo un Datafax.

Minutos después de haber sido conectado al teléfono de Gateway, el Datafax transmitía simultáneamente la lista de empleados a la sección Identificación del FBI en Washington y al Departamento de Vehículos de Missouri.

En Washington esos nombres se confrontarían con las fichas de impresiones digitales de civiles y criminales. Los nombres de los empleados de Baeder que estaban libres de toda sospecha fueron apartados para agilizar el trámite.

El Departamento de Vehículos Automotores verificaría los de los dueños de furgonetas.

Llamaron solamente a cuatro empleados: Fisk, jefe de personal; su secretaria; Dandridge de Chemical Baeder y el jefe de contaduría de Gateway.

No se utilizó el teléfono para convocar a los empleados a esa tardía reunión en la planta. Varios agentes fueron a sus casas y les explicaron en privado lo

ocurrido. («Examínenlos cuidadosamente antes de decirles para qué los precisan», les recomendó Crawford. «Y no les permitan utilizar después el teléfono. Esta clase de noticias se propala con gran rapidez»).

Habían contado con obtener una rápida identificación por los dientes. Pero ninguno de los cuatro empleados los reconoció.

Graham echó un vistazo a los largos corredores iluminados por la luz roja que indicaba las salidas. Todo estaba en orden.

¿Qué otra cosa podrían hacer esa noche?

Crawford había solicitado que la mujer que había sido atacada en el Museo de Brooklyn, la señorita Harper, fuera enviada allí no bien estuviera en condiciones de viajar. Eso probablemente sería posible por la mañana. Graham no se engañaba, con suerte dispondrían de un día entero para trabajar antes de que se corriera la voz por Gateway. El Dragón estaría atento a cualquier cosa sospechosa. Y escaparía.

46

No le había parecido mal una comida tardía con Ralph Mandy. Reba McLane sabía que tendría que decírselo tarde o temprano y prefería hacerlo pronto, no le gustaba tener preocupaciones pendientes.

En honor a la verdad, le pareció que Mandy adivinó lo que estaba por ocurrir cuando ella insistió en que cada uno pagara su comida.

Se lo dijo en el automóvil cuando la acompañó a su casa; le explicó que no era algo definitivo, lo había pasado muy bien con él y quería seguir siendo su amiga, pero en ese momento estaba entusiasmada con otra persona.

Tal vez le dolió un poco, pero ella sabía que al mismo tiempo había sentido cierto alivio. Pensó que lo había tomado muy bien.

La acompañó hasta la puerta pero no le pidió entrar. Le pidió en cambio permiso para besarla y ella accedió de buena gana. Le abrió la puerta y le entregó las llaves. Esperó hasta que ella entró y corrió el cerrojo.

Cuando se dio vuelta, Dolarhyde le disparó a la garganta y dos veces en el pecho. Tres disparos de la pistola con silenciador. Una motocicleta hubiera hecho más ruido.

Dolarhyde levantó fácilmente el cuerpo de Mandy, lo depositó entre los arbustos y la casa y lo dejó allí.

Sintió una puñalada al ver a Reba besando a Mandy. Pero luego el dolor pasó.

Seguía pareciendo y sonando como Francis Dolarhyde; el Dragón era un excelente actor; representaba a las mil maravillas el papel de Dolarhyde.

Reba estaba lavándose la cara cuando oyó el timbre de la puerta. Sonó cuatro veces hasta que llegó allí. Tocó la cadena pero no la quitó.

—¿Quién es?

—Francis Dolarhyde.

Abrió la puerta sin quitar la cadena.

—Repítalo otra vez.

—Dolarhyde. Soy yo.

Ella lo sabía. Quitó entonces la cadena. A Reba no le gustaban las sorpresas.

—Creí haber comprendido que me llamarías, D.

—Lo hubiera hecho. Pero te aseguro que ésta es una emergencia —manifestó mientras apretaba contra su cara el paño embebido en cloroformo.

La calle estaba desierta. La mayoría de las casas estaban a oscuras. La llevó hasta la furgoneta. Los pies de Ralph Mandy salían entre los arbustos. Dolarhyde no debía preocuparse ya por él.

Se despertó en el trayecto. Estaba de costado, su mejilla apoyada contra la polvorienta alfombra de la furgoneta y la vibración del eje de transmisión resonaba fuertemente en su oreja.

Trató de tocarse la cara con las manos. El movimiento le aplastó el pecho. Sus antebrazos estaban atados entre sí.

Los tanteó con la cara. Estaban atados desde los codos hasta las muñecas con algo que parecía ser tiras de un género suave. Sus piernas estaban atadas en idéntica forma desde las rodillas hasta los tobillos. Tenía algo sobre la boca.

¿Qué… qué…? D. estaba en la puerta y luego… Recordó haber hecho su cara a un lado y la terrible fuerza de él. Oh, Dios… ¿qué era…? D. estaba en la puerta y enseguida ella sintió algo frío que la ahogaba y trató de apartar la cara pero algo le sujetaba fuertemente la cabeza.

Estaba en la furgoneta de D. Reconocía los ruidos. La furgoneta estaba en movimiento. Su temor aumentó. El instinto le aconsejaba quedarse quieta pero en su garganta se mezclaban las emanaciones de la nafta con el cloroformo. Hizo una arcada a pesar de la mordaza.

—Falta poco ya —dijo la voz de D.

Sintió una curva y un camino de grava, cuyas piedritas rebotaban contra los guardabarros y el piso.

«Está loco. Muy bien. Eso es: Loco».

«Loco» es una palabra peligrosa.

¿Qué había ocurrido? Ralph Mandy. Los había visto en la entrada de su casa. Y eso lo enloqueció.

«Ay Dios, debo tener todo listo». Un hombre había tratado de cachetearla una vez en el Instituto Reiker. Ella se quedó quieta y no la pudo encontrar, él tampoco podía ver. Pero Dolarhyde veía muy bien. Debía tener todo listo. Estar

preparada para hablar. «Dios mío, podría matarme con esta mordaza puesta. Podría matarme y no comprender lo que le digo».

«Debo estar preparada. Estar bien preparada y no mostrarme demasiado sorprendida. Explicarle que si quiere puede dar marcha atrás sin ningún problema. Yo no contaré. Debo mantenerme quieta lo más posible. De lo contrario esperar hasta encontrar sus ojos».

La furgoneta se detuvo. Se hamacó ligeramente cuando él bajó. La puerta lateral se abrió. Olor a pasto y a neumáticos calientes. Grillos. Dolarhyde entró a la furgoneta.

No pudo evitar lanzar un grito a pesar de la mordaza y dar vuelta la cara cuando la tocó.

Unas suaves palmadas en su hombro no impidieron que siguiera retorciéndose. Más efectiva resultó una fuerte cachetada.

A pesar de la mordaza trató de hablar. La levantó y la transportó. Sus pasos resonaron sobre la rampa hueca. Ahora sí sabía dónde estaba. En la casa de él. ¿En qué parte de la casa? El tic tac del reloj provenía de la derecha. Alfombra, luego piso. El dormitorio donde hicieron el amor. Sintió que se deslizaba de sus brazos y cayó sobre la cama.

Trató de hablar. Él se alejaba. Se oía ruido afuera. La puerta de la furgoneta que se cerraba. Aquí viene. Dejó algo sobre el piso, unas latas.

Reba percibió el olor a nafta.

—Reba —la voz de D. pero muy tranquila. Demasiado tranquila y rara—. Reba, no sé qué… qué decirte. Fue tan bonito lo que hicimos y no imaginas qué otra cosa hice por ti. Yo estaba equivocado, Reba. Minaste mis fuerzas y luego me heriste.

Ella trató nuevamente de hablar.

—¿Te portarás bien si te desato y te permito sentarte? No trates de correr. Puedo alcanzarte. ¿Te portarás bien?

Dio vuelta la cabeza hacia donde provenía la voz y asintió.

Sintió el frío del acero contra su piel y el rasgado de un género al ser cortado y sus brazos quedaron libres. Después sus piernas. Tenía las mejillas mojadas cuando le quitó la mordaza.

Se sentó en la cama lenta y cuidadosamente. Debía actuar con toda diplomacia.

—D. —le dijo—. No sabía que yo te importaba tanto. Me alegro de que sea así, pero me asustaste con todo esto.

Ninguna respuesta, pero sabía que estaba allí.

—¿Fue el viejo y tonto Ralph Mandy el causante de tu ira? ¿Lo viste en mi casa? Es eso ¿verdad? Estaba diciéndole que no quería verlo más. Porque ahora quería verte sólo a ti. Nunca más veré a Ralph.

—Ralph murió —manifestó Dolarhyde—. No creo que le haya gustado mucho.

«Fantasías. Espero que sólo sea un invento».

—Nunca te he lastimado, D. Jamás quise hacerlo. Volvamos a ser amigos, hagamos el amor y olvidemos todo esto.

—Cállate —le dijo con gran calma—. Te diré una cosa. Lo más importante que has oído en tu vida. Importante como el Sermón de la Montaña. Importante como los Diez Mandamientos. ¿Entendiste?

—Sí, D., yo…

—Cállate. Reba, en Atlanta y Birmingham han ocurrido unos acontecimientos extraordinarios. ¿Sabes a lo que me refiero?

Ella meneó la cabeza.

—Ha salido muchas veces en los informativos. Dos grupos de personas fueron transformados. Leeds y Jacobi. La policía piensa que fueron asesinados. ¿Sabes ahora a qué me refiero?

Ella comenzó a menear la cabeza negativamente, pero luego recordó y lentamente asintió.

—¿Sabes cómo llaman al Ser que visitó a esa gente? Puedes decirlo.

—El Had…

Una mano le agarró la cara ahogando sus palabras.

—Piensa cuidadosamente y contesta correctamente.

—El Dragón no sé cuánto. Dragón… El Dragón Rojo.

Estaba cerca de ella. Podía sentir su aliento sobre su cara.

—YO SOY EL DRAGÓN.

Al dar un respingo hacia atrás impulsada por el volumen y el terrible timbre de la voz, golpeó su cabeza contra el respaldo de la cama.

—El Dragón te quiere, Reba. Siempre te ha querido. Yo no quería entregarte a Él. Hoy hice algo para que no pudiera tenerte. Y me equivoqué.

Este era D., ella podía hablar con D.

—Por favor. Por favor no permitas que me agarre. Tú no lo dejarás, por favor no lo permitas, tú no lo dejarás… sabes que yo soy para ti. Consérvame para ti.

Te gusto, sé que te gusto.

—Todavía no estoy decidido. Quizá no pueda evitar entregarte a Él. No lo sé. Voy a ver si tú haces lo que yo te digo. ¿Lo harás?

—Trataré. Trataré de veras. No me asustes demasiado pues entonces me resultará imposible.

—Ponte de pie, Reba. Párate junto a la cama. ¿Sabes en qué parte del cuarto estás?

Ella asintió.

—Sabes en qué parte de la casa estás ¿verdad? Diste vueltas por la casa mientras yo dormía, ¿no es así?

—¿Dormías?

—No seas tonta. Cuando pasamos la noche aquí. Diste vueltas por la casa ¿verdad? ¿Encontraste algo raro? ¿Lo agarraste y se lo mostraste a alguien? ¿Hiciste eso, Reba?

—Solamente salí al jardín. Tú dormías y yo salí al jardín. Te lo aseguro.

—Entonces sabes dónde está la puerta principal ¿verdad?

Ella asintió.

—Reba, quiero que toques mi pecho. Levanta lentamente las manos.

¿Y si trataba de hundirle los ojos?

El pulgar y los dedos de Dolarhyde se apoyaron suavemente a ambos lados de su tráquea.

—No hagas lo que estás pensando hacer o apretaré. Tantea mi pecho. Cerca del cuello. ¿Sientes la llave que cuelga de la cadena? Quítala por encima de mi cabeza. Con cuidado… eso es. Ahora veré si puedo confiar en ti. Ve a cerrar la puerta del frente, échale llave y luego tráeme la llave. Ve adelante. Te esperaré aquí mismo. No trates de correr. Te alcanzaría.

Ella sujetaba la llave en su mano mientras la cadena golpeaba suavemente su muslo. Era más difícil orientarse con los zapatos puestos, pero prefirió no sacárselos. El tic tac del reloj le servía de guía.

Alfombra, luego piso, alfombra otra vez. Por ahí estaba el sofá. Debía doblar a la derecha.

¿Qué sería mejor? ¿Seguirle la corriente o tratar de escapar? ¿Le habrán seguido la corriente los otros? Se sentía mareada de tanto respirar hondo. No debía marearse. No debía morir.

Todo dependía de que la puerta estuviera abierta. Averigua dónde está.

—¿Voy bien? —sabía que sí.

—Faltan unos cinco pasos —la voz provenía del dormitorio.

Sintió una ráfaga de aire en la cara. La puerta estaba entreabierta. Mantuvo su cuerpo entre la puerta y la voz a espaldas de ella. Introdujo la llave en la cerradura debajo de la manija. Del lado de afuera.

¡Ya! Pasó rápidamente al exterior tirando de la puerta y girando la llave en la cerradura. Bajó la rampa, sin bastón, tratando de recordar dónde estaba la furgoneta, echó a correr. Corrió. Tropezó con un arbusto y gritó. Siguió gritando.

—Socorro, ayúdenme. Socorro, ayúdenme.

Corrió por el camino de grava. Oyó a lo lejos la bocina de un camión. Por allí quedaba la ruta, un paso rápido, luego trotó y después corrió, lo más rápido que podía, doblando cuando sentía pasto en vez de grava, zigzagueando por el callejón.

Oyó a espaldas de ella el ruido de fuertes pisadas que se acercaban rápidamente por el camino de grava. Se detuvo, agarró un puñado de piedritas y esperó hasta que estuvo cerca para arrojárselas y las oyó golpear contra él.

Un empellón sobre su hombro la hizo dar vuelta, un brazo ancho la agarró por debajo del mentón, rodeando su cuello, apretando, apretando, hasta sentir el golpeteo de la sangre en sus oídos. Pateó hacia atrás, golpeó una pierna, y todo… se volvió… sumamente… silencioso.

47

La lista de empleados de raza blanca y sexo masculino entre veinte y cincuenta años que poseían una furgoneta se completó al cabo de dos horas. Incluía veintiséis nombres.

La Dirección de Vehículos Automotores de Missouri informó el color del pelo según lo que figuraba en el registro de conductor, pero no se utilizó como elemento excluyente ya que tal vez el Dragón usaba una peluca.

La señorita Trillman, secretaria de Fisk, hizo copias de la lista y las distribuyó.

El teniente Fogel estaba leyendo los nombres cuando sonó su radio llamada.

Fogel se comunicó telefónicamente con el Departamento de Policía y al cabo de un instante cubrió la bocina con la mano y llamó a Crawford.

—Señor Crawford, Jack, un tal Ralph Mandy, blanco, sexo masculino, treinta y ocho años, fue encontrado muerto de un disparo hace pocos minutos en la Ciudad Universitaria, en el centro de la ciudad cerca de la Universidad de Washington. Estaba tirado en el jardín del frente de una casa en la que vive una mujer llamada Reba McClane. Los vecinos dicen que trabaja en Baeder. La puerta está abierta y ella no está en la casa.

—¡Dandridge! —llamó Crawford—. ¿Qué puede decirnos sobre Reba McClane?

—Trabaja en el cuarto oscuro. Es ciega. Es de no sé qué parte de Colorado.

—¿Conoce a Ralph Mandy?

—¿Mandy? —preguntó Dandridge—. ¿Randy Mandy?

—Ralph Mandy. ¿Trabaja aquí?

Un vistazo al registro de personal indicó que no.

—Coincidencia, quizás —señaló Fogel.

—Quizás —respondió Crawford.

—Espero que no le haya pasado nada a Reba —dijo la señorita Trillman.

—¿La conoce? —le preguntó Graham.

—He hablado varias veces con ella.

—¿Qué sabe de Mandy?

—No lo conozco. La única vez que la vi con un hombre era cuando subía con el señor Dolarhyde a su furgoneta.

—¿Ha dicho la furgoneta del señor Dolarhyde, señorita Trillman? ¿De qué color es la furgoneta del señor Dolarhyde?

—Déjeme pensar. Marrón oscuro, o tal vez negra.

—¿Dónde trabaja el señor Dolarhyde? —preguntó Crawford.

—Es supervisor de producción —contestó Fisk.

—¿Dónde queda su oficina?

—Al fondo del pasillo.

Crawford se dio vuelta para hablar con Graham pero éste ya se había puesto en movimiento.

La oficina del señor Dolarhyde estaba cerrada con llave. Una llave maestra del servicio de Mantenimiento funcionó exitosamente.

Graham entró y encendió la luz. Se quedó parado junto a la puerta mientras sus ojos escudriñaban el cuarto. Estaba todo muy ordenado. No se veían por ninguna parte objetos personales. En un estante se apilaban exclusivamente manuales técnicos.

La lámpara del escritorio estaba a la izquierda de la silla, por lo tanto era diestro. Necesitaba urgentemente una impresión digital del pulgar izquierdo de un hombre diestro.

—Probemos con una de las pizarras, con gancho —le dijo a Crawford que estaba parado detrás de él en el pasillo—. Utilizaría el pulgar izquierdo para apretar el gancho.

Estaban revisando los cajones cuando Graham advirtió la agenda que tenía sobre el escritorio. Pasó las hojas hasta llegar al sábado 28 de junio, la fecha en que habían sido asesinados los Jacobi.

El viernes y jueves anteriores no estaban marcados en el calendario.

Buscó después el mes de julio. El jueves y viernes de la última semana estaban en blanco. El miércoles tenía una anotación: «Am 552 3:45-6:15».

Graham copió los datos.

—Quiero averiguar a dónde va este vuelo.

—Permíteme hacerlo mientras tú sigues aquí —le dijo Crawford y acto

seguido se dirigió a un teléfono que había en el pasillo.

Graham estaba inspeccionando un tubo de adhesivo para dentaduras postizas que estaba en el último cajón del escritorio cuando lo llamó Crawford desde la puerta.

—Es un vuelo a Atlanta, Will. Vayamos a detenerlo.

48

El agua fría chorreaba por la cara de Reba mojándole el pelo. Estaba mareada. Sentía algo duro e inclinado bajo su espalda. Dio vuelta la cabeza. Era madera. Una toalla fría y húmeda le secó la cara.

—¿Te sientes bien, Reba? —preguntó Dolarhyde con voz tranquila.

Se sobresaltó al oír la voz.

—Uhhhh.

—Respira hondo.

Transcurrió un minuto.

—¿Crees que podrás pararte? Trata de ponerte en pie.

Podía pararse si la sujetaba con su brazo. Sintió náuseas. Él esperó hasta que pasara el espasmo.

—Sube la rampa. ¿Recuerdas dónde estás?

Reba asintió.

—Saca la llave de la cerradura, Reba. Pasa adentro. Ahora échale la llave y cuélgala en mi cuello. Cuélgala de mi cuello. Bien. Fijémonos si quedó bien cerrada.

Ella escuchó el ruido de la manilla.

—Perfecto. Ahora ve al dormitorio, tú conoces el camino.

Tropezó y cayó de rodillas, con la cabeza inclinada. La levantó tomándola de los brazos y la ayudó a llegar al dormitorio.

—Siéntate en esta silla.

Ella se sentó.

—ENTRÉGAMELA AHORA.

Reba trató de pararse pero unas grandes manos se apoyaron sobre sus hombros y se lo impidieron.

—Quédate sentada sin moverte pues de lo contrario no podré impedir que se te acerque —dijo Dolarhyde.

Estaba recuperando la memoria. Pero muy a pesar suyo.

—Por favor, trata de impedirlo.

—Reba, todo ha terminado para mí.

Estaba de pie, haciendo algo. Reba sintió un fuerte olor a nafta.

—Estira la mano. Toca esto. No lo agarres, tócalo sin más.

Ella sintió algo semejante a los orificios de la nariz, muy lisos en su interior. Era el cañón de un arma.

—Es una escopeta; Reba. De calibre doce. ¿Sabes lo que puede hacer?

Reba asintió.

—Retira la mano. —El caño frío se apoyó contra el hueco de su cuello—. Reba, cómo me habría gustado haber podido confiar en ti. Yo quería confiar en ti.

Parecía estar llorando.

—Fue tan lindo.

Estaba llorando.

—Tú me gustaste mucho, D. Me encantó. Por favor no me hagas daño ahora.

—Para mí todo acabó. No puedo entregarte a Él. ¿Sabes lo que te haría? —Lloraba a moco tendido—. ¿Sabes lo que te haría? Te mordería hasta matarte. Será mejor que mueras conmigo.

Oyó el ruido de un fósforo que se encendía, sintió olor a azufre seguido por un siseo. Hacía calor en el cuarto. Había humo. Fuego. Lo que más temía en el mundo. Fuego. Cualquier cosa era mejor. Esperaba morir con el primer disparo. Tensó los músculos de las piernas para correr.

Gimoteaba.

—Oh, Reba, no puedo ver cómo te quemarás.

El caño del arma se apartó de su garganta.

Uno después de otro sonaron los disparos de la escopeta mientras ella se paraba.

Los oídos le zumbaban, creyó que le había disparado, que estaba muerta y más que escuchar sintió el ruido de algo que caía sobre el piso.

Olió el humo y oyó el crepitar de llamas. Fuego. El fuego la hizo reaccionar. Sintió el calor en sus brazos y en la cara. Tenía que salir. Tropezó con unas piernas y cayó contra los pies de la cama.

Dicen que hay que agacharse lo más posible cuando hay humo. No se debe

correr, pues se puede tropezar con algo y morir.

Estaba encerrada bajo llave. Encerrada bajo llave. Caminó, agachándose lo más posible, pasando los dedos por el piso y encontró unas piernas, siguió hasta tocar pelo, un colchón de pelo y palpó algo blando debajo. Solamente carne, unos huesos astillados y un ojo.

La llave en su cuello… rápido. Agarró la cadena con ambas manos, inclinada sobre las piernas, y pegó un tirón. La cadena se rompió y ella cayó hacia atrás, pero enseguida se enderezó. Se dio vuelta totalmente confundida. Trataba de sentir, de escuchar por encima del ruido de las llamas. El costado de la cama… ¿qué costado? Tropezó contra el cuerpo y trató de escuchar.

BONG, BONG, la campana del reloj. BONG, BONG, llegó al living. BONG, BONG, dobló hacia la derecha.

El humo le hacía picar la garganta. BONG, BONG. Ahí estaba la puerta. Bajó la manija. No debía dejarla caer. Metió la llave en la cerradura y la hizo girar. Abrió la puerta. Sintió una ráfaga de aire. Bajó la rampa. Aire. Se cayó en el pasto. Se incorporó otra vez apoyándose en las rodillas y en las manos y empezó a arrastrarse.

Se puso de rodillas y golpeó las manos, escuchó el eco de la casa y se alejó arrastrándose, respirando hondo, hasta que pudo pararse, caminar, correr, tropezar nuevamente con algo y seguir corriendo.

49

No fue sencillo localizar la casa de Francis Dolarhyde. La dirección que tenían en Gateway era simplemente la de una casilla de correo en St. Charles.

Inclusive el propio alguacil de St. Charles tuvo que revisar un plano de la compañía eléctrica para estar seguro.

Los representantes del alguacil le dieron la bienvenida al equipo de SWAT de St. Louis y los escoltaron hasta el otro lado del río y la caravana avanzó tranquilamente por la ruta estatal 94. Un agente sentado al lado de Graham en el primer automóvil indicaba el camino. Crawford, ubicado en el asiento de atrás y reclinado entre los dos, chupaba algo que tenía entre los dientes. Encontraron muy poco tráfico en el extremo norte de St. Charles, solamente una camioneta llena de chicos, un micro de la compañía Greyhound y un camión de remolque.

Vieron el resplandor no bien traspusieron los límites de la ciudad.

—¡Eso es! —dijo el agente—. ¡Allí está!

Graham apretó el acelerador a fondo. El resplandor aumentaba a medida que avanzaban por la ruta. Crawford chasqueó los dedos indicando que quería el micrófono.

—Atención, todas las unidades, la casa se está incendiando. Vigílenla. Tal vez está saliendo de allí. Alguacil, ordene un bloqueo de las calles, por favor.

Una gruesa columna de chispas y humo se inclinaba en dirección sudeste sobre el campo, y en ese momento sobre sus cabezas.

—Aquí —dijo el agente—. Doble por este camino de grava.

En ese momento vieron a la mujer, su silueta recortada contra el fuego, al mismo tiempo que ella alzaba los brazos al oírlos aproximarse.

Y en ese instante la casa en llamas pareció explotar hacia arriba y hacia afuera, las vigas ardientes y los marcos de las ventanas volaron por los aires, describiendo lentos y brillantes arcos en el cielo nocturno, al mismo tiempo que

la furgoneta presa del fuego caía hacia un costado y las siluetas anaranjadas de los árboles, convertidos en teas, se desleían y opacaban. El suelo se estremeció y la explosión sacudió a los automóviles de la policía.

La mujer había caído de boca sobre el camino. Crawford y Graham y los agentes corrieron hacia ella bajo esa lluvia ardiente, y algunos se adelantaron un poco más esgrimiendo sus armas.

Crawford rescató a Reba de brazos de un agente que sacudía las brasas de su pelo.

La tomó de los brazos, acercando su cara a la de ella, arrebatada por el fuego.

—Francis Dolarhyde —le dijo sacudiéndola suavemente—. ¿Dónde está Francis Dolarhyde?

—Está allí adentro —respondió alzando su mano tiznada hacia el incendio y dejándola caer—. Está muerto allí dentro.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Crawford indagando sus ojos ciegos.

—Estaba con él.

—Cuénteme, por favor.

—Se disparó un tiro en la cara. Yo puse mi mano sobre ella. Incendió la casa. Se mató de un tiro. Yo puse mi mano sobre él. Estaba en el piso. Yo puse mi mano sobre él. ¿Puedo sentarme?

—Sí —contestó Crawford. Se metió en el asiento de atrás de un automóvil policial con ella. La rodeó con sus brazos y la dejó llorar.

Graham, parado en el camino, contemplaba las llamas hasta que sintió que su cara ardía también. Los vientos de altura empujaron el humo contra la faz de la luna.

50

El viento matinal era cálido y húmedo. Empujaba unas nubes deshilachadas sobre los ennegrecidos restos que quedaban en el lugar donde se había alzado la casa de Dolarhyde. Un tenue manto de humo se desplazaba sobre la campiña.

Las intermitentes gotas de lluvia se transformaban en pequeñas burbujas de vapor y cenizas al caer sobre las brasas.

Una autobomba estaba estacionada allí con su luz giratoria encendida.

S. F. Aynesworth, jefe de la sección Explosivos del FBI estaba parado junto a Graham, de espaldas al viento y cerca de las ruinas, sirviendo café de un termo.

Aynesworth frunció el ceño al ver que el jefe de los bomberos revolvía las cenizas con un rastrillo.

—Gracias a Dios que allí dentro hace tanto calor que no puede acercarse —musitó por el costado de la boca. Se había mostrado sumamente cordial con las autoridades locales, pero se franqueó con Graham—. No tengo más remedio que poner manos a la obra. Este lugar se va a llenar de gente en cuanto todos los policías y vigilantes terminen de desayunar y vengan a echar un vistazo. Todos se ofrecerán para ayudarnos.

Aynesworth tuvo que arreglárselas con lo que había podido traer en el avión hasta que llegara su idolatrada furgoneta desde Washington. Sacó del baúl de un patrullero una desteñida bolsa de marinero y extrajo de su interior sus botas y traje especial para resistir altas temperaturas.

—¿Podrías describirme cómo era el incendio, Will?

—Como un fogonazo de una luz fuertísima que luego perdía intensidad. Al ratito parecía más oscuro abajo. Una cantidad de cosas volaban por los aires, marcos de ventanas, listones del techo y otros pedazos más chicos, que caían por el terreno. Se sintió una onda expansiva y después el golpe de aire. Sopló hacia

afuera y enseguida succionó para adentro. Por un momento pareció que había extinguido el fuego.

—¿El fuego ardía bien cuando sopló?

—En efecto, ya había llegado al techo y las llamaradas salían por las ventanas de la planta baja y el primer piso. Los árboles se quemaban también.

Aynesworth reclutó a dos bomberos locales para que estuvieran listos con una manguera y a un tercero vestido con ropa ignífuga y provisto de una grúa por si algo se derrumbaba.

Bajó por la escalera del sótano que ahora se abría al cielo y se internó en una maraña de maderas negras. Pudo quedarse solamente unos pocos minutos cada vez. Hizo ocho viajes.

El único resultado de tanto esfuerzo fue un pedazo chato de pieza metálica, pero pareció brindarle mucha satisfacción.

Su cara estaba arrebatada y transpiraba copiosamente cuando se quitó el traje especial y se sentó en la rampa de la autobomba con el saco impermeable de un bombero sobre los hombros.

Depositó el trozo de metal sobre el suelo y de un soplido le quitó la capa de ceniza que lo cubría.

—Dinamita —le informó a Graham—. Acérquese. ¿Ve el dibujo en el metal? Esto es el tamaño indicado para un baúl o un cofre para equipo militar. Seguramente debe ser eso. Dinamita en un cofre militar. Pero no estalló en el sótano. Me parece que fue en la planta baja. ¿Ve el corte que tiene ese árbol, donde lo golpeó la tapa de mármol de una mesa? Estalló hacia los lados. La dinamita estaba dentro de algo que la aisló durante un tiempo del fuego.

—¿Qué me dice de los restos?

—Tal vez no quede mucho, pero siempre se encuentra algo. Tenemos para rato con el trabajo de tamizar. Lo encontraremos. Se lo entregaré en una bolsita.

Sólo poco después del amanecer le hizo efecto a Reba el sedante que le aplicaron en el hospital DePaul. Quería que el agente femenino de policía estuviera sentada bien cerca de la cama. Se despertó varías veces durante la mañana y tendió su mano en busca de la de su acompañante.

Graham fue el que le llevó el desayuno cuando lo pidió.

¿Cómo conducirse? A veces les resultaba más fácil si uno actuaba de modo impersonal. Pero no creía que ese fuera el caso de Reba McClane.

Le dijo quién era.

—¿Lo conoce? —le preguntó Reba al agente.

Graham le pasó a la oficial sus credenciales. Ella no las precisaba.

—Sé que es un oficial federal, señorita McClane.

Finalmente le contó todo. Todo lo que había ocurrido con Francis Dolarhyde la noche que pasó en su casa. Tenía la garganta irritada y se interrumpió varias veces para chupar pedacitos de hielo.

Él le formuló las preguntas desagradables y ella le respondió detalladamente, pero en un momento le hizo señas de que saliera del cuarto mientras la acompañante le alcanzaba una palangana para recibir el desayuno.

Estaba pálida y su cara limpia y reluciente cuando Graham entró nuevamente al cuarto. Le hizo unas últimas preguntas y cerró su agenda.

—No le haré repetir todo esto otra vez —le dijo—, pero me gustaría volver. Nada más que para saludarla y saber cómo sigue.

—Me parece lógico tratándose de una belleza como yo.

Por primera vez vio lágrimas y comprendió qué era lo que más le dolía.

—¿Puede dejarnos un momento solos, oficial? —preguntó Graham.

—Escúcheme un momento —dijo tomándole la mano a Reba—. Dolarhyde tenía muchas taras, pero usted no tiene ninguna. Acaba de decirme que fue bueno y considerado con usted. Lo creo. Eso es lo que usted logró que aflorara en él. Al final no pudo matarla y no pudo soportar verla morir. Las personas que estudian este caso dicen que estaba tratando de detenerse. ¿Por qué? Porque usted lo ayudó. Eso posiblemente haya salvado unas cuantas vidas. Usted no atrajo a un tarado. Usted atrajo a un hombre que cargaba con una tara. No hay nada malo en usted, jovencita. Si no quiere creerlo es una tonta. Volveré a visitarla dentro de uno o dos días. Tengo que mirar constantemente las caras de cantidad de policías, necesito algo mejor para recrear mi vista. Trate de hacer algo con su pelo.

Ella meneó la cabeza y le hizo señas de que se fuera. Tal vez sonrió un poquito, pero no estaba muy seguro.

Graham llamó a Molly desde la oficina del FBI en St. Louis. El abuelo de Willy atendió el teléfono.

—Es Will Graham, mamá —dijo—. Hola, señor Graham.

Los abuelos de Willy lo llamaban siempre «señor Graham».

—Mamá dijo que se mató. Estaba mirando una novela y la interrumpieron para dar la noticia. Qué suerte. Les evitó a ustedes un buen trabajo. Y a nosotros, los contribuyentes, unos cuantos dólares ahorrados. ¿Era de veras blanco?

—Sí, señor. Rubio. Parecía escandinavo.

Los abuelos de Willy eran escandinavos.

—¿Puedo hablar con Molly, por favor?

—¿Piensa volver ahora a Florida?

—Dentro de poco. ¿Está Molly?

—Mamá, quiere hablar con Molly. Está en el baño, señor Graham. Mi nieto ha vuelto a tomar el desayuno. Se lo pasa cabalgando; el día entero está afuera. Debería verlo comer. Apuesto a que ha engordado como cuatro kilos. Aquí está.

—Hola.

—Hola, preciosa.

—¿Buenas noticias, eh?

—Así parece.

—Estaba afuera en el jardín. Mamama salió a avisarme cuando lo vio por televisión. ¿Cuándo lo descubrieron?

—Anoche a última hora.

—¿Por qué no me llamaste?

—Probablemente Mamama estaba durmiendo.

—No, estaba mirando el programa de Johnny Carson. No puedo explicarte, Will, lo contenta que estoy de que no tuvieras que atraparlo.

—Me quedaré aquí unos días más.

—¿Cuatro o cinco días?

—No estoy seguro. A lo mejor menos. Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también tengo ganas de verte, cuando termines con todo lo que tengas que hacer.

—Hoy es miércoles. El viernes podría.

—Will, Mamama ha invitado a todos los tíos y tías de Willy para que vengan desde Seattle la semana próxima y…

—Al cuerno con Mamama. ¿Y qué es este nuevo invento de «Mamama», además?

—Cuando Willy era muy pequeño no podía decir…

—Ven a casa conmigo.

—Will, yo te he esperado a ti. Ellos no ven casi nunca a Willy y unos pocos días más…

—Ven tú sola. Deja a Willy allí y tu exsuegra se encargará de meterlo en un avión la semana próxima. Se me ocurre una cosa. Podemos parar en Nueva Orleans. Hay un lugar que se llama…

—No lo creo. He trabajado durante este tiempo en un negocio de la ciudad, medio día solamente, pero tengo que avisarles con un poco de anticipación que me iré.

—¿Qué pasa, Molly?

—Nada. No pasa nada… estuve tan triste, Will. Tú sabes que vine aquí después que murió el padre de Willy —siempre decía «el padre de Willy» como si fuera una cosa. Jamás utilizaba su nombre—. Y estábamos todos juntos y conseguí serenarme, tranquilizarme. Ahora también me he tranquilizado y…

—Hay una pequeña diferencia: no estoy muerto.

—No seas así.

—¿Cómo? ¿Que no sea cómo?

—Estás furioso.

Graham cerró los ojos durante un instante.

—Hola.

—No estoy furioso, Molly. Haz lo que quieras. Te llamaré cuando termine aquí.

—Podrías venir aquí.

—No me parece.

—¿Por qué no? Hay lugar de sobra. A Mamama le…

—Molly, no me quieren y sabes por qué. Cada vez que me miran les recuerdo a su hijo.

—Eso no es justo y tampoco es cierto.

Graham estaba muy cansado.

—Está bien, son insoportables y me enferman. ¿Lo prefieres así?

—No digas eso.

—Quieren al chico. Tal vez te quieran a ti, probablemente te quieren, si es que alguna vez se detienen a pensarlo. Pero quieren al chico y te lo quitarán. A mí no me quieren y me importa un comino. Yo te quiero a ti. En Florida. Y a Willy también, cuando se aburra del poni.

—Te sentirás mejor cuando duermas un poco.

—Lo dudo. Oye, te llamaré cuando sepa algo más.

—De acuerdo —contestó ella y colgó.

—Mierda —dijo Graham—. Mierda.

—¿Te he escuchado decir «mierda»? —preguntó Crawford asomando la cabeza por la puerta.

—En efecto.

—Pues alégrate. Aynesworth llamó desde allí. Tiene algo para ti. Dice que será mejor que vayamos nosotros pues tiene mucha estática con las transmisoras locales.

51

Aynesworth volcaba cuidadosamente ceniza en unas latas nuevas cuando llegaron Graham y Crawford a las carbonizadas ruinas que habían sido antes la casa de Dolarhyde.

Estaba cubierto de hollín y tenía un raspón bastante grande bajo la oreja. El agente especial Janowitz de la sección Explosivos trabajaba en ese momento en el sótano.

Un hombre alto se movía nerviosamente junto a un polvoriento Oldsmobile estacionado en el camino de entrada. Interceptó a Crawford y Graham cuando cruzaban el jardín.

—¿Es usted Crawford?

—En efecto.

—Soy Robert L. Dulaney. Soy el médico forense y ésta es mi jurisdicción.

Les mostró su tarjeta en la que podía leerse «Vote por Robert L. Dulaney». Crawford esperó.

—Su agente tiene unas pruebas que debió haberme entregado a mí. Hace casi una hora que me tiene esperando.

—Disculpe la molestia, señor Dulaney. Obedecía mis órdenes. ¿Por qué no espera en su automóvil mientras soluciono todo esto?

Dulaney los siguió. Crawford dio media vuelta y le dijo:

—Discúlpenos un momento, señor Dulaney. Espere en su automóvil.

El jefe de sección Aynesworth sonreía y sus dientes blancos resaltaban en su cara teñida por el hollín. Había pasado la mañana entera revisando cenizas.

—Como jefe de sección tengo un gran placer en…

—Siempre la misma pavada —dijo Janowitz apareciendo desde las maderas carbonizadas del sótano.

—Silencio en la barra, Indio Janowitz. Busque los objetos de interés.

Le arrojó a Janowitz las llaves del automóvil.

Janowitz sacó del baúl de un sedán del FBI una larga caja de cartón. En el fondo de la caja y sujeta por unos alambres, había una escopeta cuya culata estaba carbonizada y sus caños retorcidos por el calor. Una caja más pequeña contenía una ennegrecida pistola automática.

—La pistola está en mejores condiciones —manifestó Aynesworth—. La sección Balística podrá compararla con el resto. Vamos, Janowitz, muévase.

Aynesworth agarró las tres bolsas plásticas que le entregó.

—Frente y centro, Graham.

Durante un instante el rostro de Aynesworth perdió su expresión risueña. Esto parecía el ritual del cazador, como si estuviera salpicando la frente de Graham con sangre.

—Debe de haber sido una función muy agradable —Aynesworth depositó las bolsas en las manos de Graham.

Una bolsa contenía quince centímetros de un fémur humano carbonizado y un pedazo del hueso ilíaco. Otra un reloj pulsera. La tercera los dientes.

Era solamente la mitad del paladar, negra y rota, pero en esa mitad estaba el puntiagudo e inconfundible incisivo lateral.

A Graham le pareció que debía decir algo.

—Gracias. Muchas gracias.

Durante un instante sintió que la cabeza le daba vueltas, pero enseguida se sintió invadido por una gran calma y tranquilidad.

—… una pieza de museo —decía Aynesworth—. Tendremos que entregársela a ese aprendiz ¿verdad, Jack?

—Así es. Pero hay unos cuantos profesionales en la oficina forense de St. Louis. Ellos se encargarán de tomar unas buenas impresiones. Guardaremos ésas.

Crawford y los demás se dirigieron al automóvil donde esperaba el forense.

Graham quedó parado solo frente a la casa. Escuchó el ruido del viento en las chimeneas. Esperaba que Bloom viniera a ese lugar cuando se repusiera. Probablemente lo haría.

Graham quería saber más cosas sobre Dolarhyde. Quería saber qué había ocurrido allí, cómo se había originado el Dragón. Pero por el momento ya tenía bastante.

Un pajarito se paró sobre los restos de una chimenea y silbó.

Graham le contestó el silbido.

Ahora volvería a su casa.

52

Graham sonrió al sentir el rugido de los motores del jet mientras se elevaba sobre la pista, dejando atrás a St. Louis, virando al sur en dirección al sol y finalmente hacia el este, rumbo a su casa.

Molly y Willy estaban allí.

—No perdamos tiempo diciendo quién se arrepiente de qué. Te buscaré en Marathon, muchacho —le dijo Molly por teléfono.

Esperaba que con el correr del tiempo podría recordar los pocos buenos momentos, la satisfacción de ver trabajar a esas personas con tanta dedicación en sus respectivas especialidades. Suponía que eso podría encontrarse en cualquier parte siempre que uno tuviera los conocimientos suficientes como para saber qué era lo que estaba observando.

Hubiera sido presuntuoso agradecerles a Lloyd Bowman y a Beverly Katz, por lo tanto se limitó a decirles por teléfono lo agradable que había sido trabajar nuevamente con ellos.

Pero algo le preocupaba un poco: cómo se había sentido cuando Crawford se dio vuelta del teléfono en Chicago para decirle «Es Gateway».

Probablemente ésa fue la alegría más intensa y salvaje que jamás había experimentado. Era inquietante saber que el momento más feliz de su vida había ocurrido entonces, en ese sofocante recinto del jurado en la ciudad de Chicago. Cuando inclusive antes lo sabía, lo sabía.

No le dijo a Lloyd Bowman cómo se sentía; no era necesario.

—Sabe usted, cuando Pitágoras confirmó la exactitud de su teorema, ofrendó cien bueyes a la Musa —dijo Bowman—. No existe una sensación más linda ¿verdad? No me conteste… dura más si no se desperdicia hablando.

La impaciencia de Graham iba en aumento a medida que se acercaba a su casa y a Molly. Cuando llegara a Miami tendría que ir a la plataforma de

embarque para subir a Aunt Lula, el viejo DC-3 que volaba a Marathon.

Le gustaban los DC-3. Ese día le gustaba cualquier cosa.

Aunt Lula había sido fabricado cuando Graham tenía cinco años y sus alas estaban siempre sucias con una capa de aceite que salpicaba los motores. Tenía gran confianza en el avión. Corrió hacia él como si hubiera aterrizado para rescatarlo en medio de la selva.

Vio las luces de Islamorada cuando la isla pasó bajo el ala del DC-3. Todavía eran visibles las crestas blancas de las olas del Atlántico. En contados minutos aterrizaron en Marathon.

Fue como la primera vez que llegó allí. En esa oportunidad había volado también en el Aunt Lula y a menudo volvió al aeropuerto al atardecer para verlo llegar, lento y estable, los alerones bajos, lanzando chispas por los caños de escape y todos los pasajeros tranquilamente instalados detrás de las ventanillas iluminadas.

Era bonito también observar los despegues, pero se quedaba algo triste y vacío cuando el viejo avión realizaba el gran giro hacia el norte, dejando el aire impregnado de unos amargos adioses. Aprendió a mirar solamente los aterrizajes y los saludos de bienvenida.

Eso fue antes que Molly.

El avión giró hacia la plataforma de embarque con un chirrido final. Graham vio a Molly y Willy parados bajo los focos, detrás de la valla.

Willy estaba plantado firmemente delante de ella. Se quedaría allí hasta que Graham se les reuniera. Sólo entonces daría alguna vuelta por allí, para examinar algo que le interesara. Eso le gustaba mucho a Graham.

Molly era casi tan alta como Graham. Eso también le gustaba; cada vez que se besaban era como si estuvieran en la cama, los dos a la misma altura.

Willy le ofreció llevarle la valija. Pero Graham le dio en cambio la bolsa con sus trajes.

Molly condujo el automóvil cuando se dirigieron al cayo Sugarloaf. Graham reconocía los objetos iluminados por los faros e imaginaba los demás.

Oyó el ruido del mar cuando abrió la puerta al llegar al jardín de su casa.

Willy entró a la casa llevando la bolsa de los trajes sobre la cabeza mientras la otra punta golpeaba la parte posterior de las pantorrillas.

Graham se quedó parado en el jardín, espantando distraídamente los mosquitos. Molly puso su mano sobre la cara de él.

—Deberías entrar a la casa antes de que te coman entero.

Él asintió. Sus ojos estaban húmedos.

Molly esperó un poco más, agachó la cabeza y mientras lo miraba subiendo y bajando las cejas le dijo:

—Martinis, bistecs, abrazos y demás. Por aquí derecho… y la cuenta de la luz, la del agua e interminables conversaciones con mi hijo —agregó torciendo la boca hacia un lado.

53

Tanto Molly como Graham deseaban que todo volviera a ser entre ellos como antes, y continuar como lo habían hecho hasta entonces.

Al advertir que ya no era igual, ese tácito conocimiento se instaló en ellos como un huésped indeseable en la casa. Las mutuas manifestaciones que intercambiaban en la oscuridad y durante el día, pasaban bajo cierta refracción que les hacía perder su objetivo.

Molly no le había parecido nunca tan atractiva como entonces. Admiraba su natural encanto desde una penosa distancia.

Ella trató de ser buena con él, pero había estado en Oregón y refrescado el recuerdo de un muerto.

Willy lo sentía y demostraba cierta frialdad hacia Graham mezclada con una insoportable amabilidad.

Llegó una carta de Crawford. Molly la trajo con el resto de la correspondencia y no hizo comentario alguno.

Contenía una fotografía de la familia Sherman sacada de una película cinematográfica. No se había quemado absolutamente todo, explicaba Crawford en la carta. Al revisar los terrenos aledaños a la casa se había encontrado esa película junto con otras cuantas cosas que la explosión había alejado del incendio.

—Posiblemente estas personas figuraban en su próximo itinerario —escribía Crawford—. Ahora están a salvo. Pensé que te gustaría saberlo.

Graham se la mostró a Molly.

—¿Ves? Esta es la razón —dijo—. Esta es la razón por la que valía la pena.

—Lo sé —contestó ella—. De veras lo comprendo.

Los peces azules nadaban bajo la luz de la luna. Molly preparó bocadillos y pescaron y encendieron fogatas, pero nada resultaba muy convincente.

Los abuelos de Willy le enviaron una fotografía del poni y él la clavó en la pared de su cuarto.

Habían transcurrido cinco días desde que volvió a su casa y ése sería el último que pasarían Molly y Graham allí antes de volver a sus trabajos en Marathon. Pescaron en la rompiente, en un lugar donde habían tenido suerte otra vez y al que se llegaba luego de caminar cuatrocientos metros por la playa, que en esa parte hacía una profunda curva.

Graham había decidido hablar al mismo tiempo con ambos.

La expedición tuvo un mal comienzo. Willy hizo deliberadamente a un lado la caña que Graham le había preparado y llevó la nueva caña de lanzar que le había dado su abuelo.

Pescaron en silencio durante tres horas. Graham abrió la boca en tres oportunidades para hablar, pero no se decidió.

Estaba cansado de sentir que no les agradaba.

Graham sacó cuatro pescados utilizando unos crustáceos como carnada. Willy no pescó nada. Utilizaba una larga caña con tres anzuelos pequeños que también le había dado su abuelo. Pescaba demasiado rápido, lanzando una y otra vez, recogiendo apresuradamente, hasta que su cara se puso colorada como un tomate y su camiseta se le pegoteó a la espalda.

Graham se metió en el agua, agarró un puñado de arena detrás de la rompiente y sacó dos crustáceos.

—¿Qué te parece si pruebas con uno de éstos, compañero? —Le tendió un crustáceo a Willy.

—Seguiré con esta caña. Era de mi padre ¿sabes?

—No —contestó Graham mirando a Molly.

Ella se agarró las rodillas y contempló el vuelo de una gaviota.

De repente se paró y se sacudió la arena.

—Voy a preparar unos bocadillos —anunció.

Graham estuvo tentado de hablar con el chico cuando Molly se fue. Pero recapacitó. Willy debería sentir exactamente lo mismo que sentía su madre. Esperaría hasta que ella volviera para encararlos. Esta vez estaba decidido.

Molly regresó casi enseguida sin los bocadillos, caminando rápidamente sobre la arena mojada.

—Jack Crawford, por teléfono. Le dije que lo llamarías después pero parece que es urgente —anunció Molly mientras se examinaba una uña—. Será mejor que te apures.

Graham se sonrojó. Clavó la caña en la arena y salió al trote hacia los médanos. Era más rápido que dar la vuelta a la playa, siempre y cuando no se llevara por delante algo que pudiera engancharse en los matorrales.

Escuchó un sordo zumbido transmitido por el viento, y temeroso de tropezar con una serpiente cascabel escrutó el suelo al internarse entre los achaparrados arbustos.

Vio un par de botas bajo unas plantas, el reflejo de unos cristales y una silueta de color caqui que se incorporaba.

Su corazón latió fuertemente al fijar la vista en los ojos amarillos de Francis Dolarhyde.

El ruido de los diferentes seguros de una pistola, el arma apuntando hacia Graham, una patada de éste haciéndola volar hacia los arbustos al mismo tiempo que un destello amarillento salía de la boca del cañón. Graham cayó de espaldas sobre la arena, apuntando con la cabeza hacia la playa, sintiendo un intenso ardor en el costado izquierdo de su pecho.

Dolarhyde pegó un salto y cayó sobre el estómago de Graham con ambos pies esgrimiendo un cuchillo y sin prestar atención al alarido que provenía del borde del agua. Sujetó a Graham con las rodillas, levantó alto el cuchillo y lanzó un rugido al dejarlo caer. La hoja se incrustó profundamente en la mejilla a escasa distancia del ojo.

Dolarhyde se inclinó hacia adelante apoyándose contra el mango del cuchillo para atravesarle la cabeza a Graham.

La caña silbó cuando Molly la lanzó violentamente contra la cara de Dolarhyde. Los anzuelos se incrustaron firmemente en su mejilla y el carrete chirrió al aflojar más hilo cuando Molly tiró hacia atrás para golpear otra vez.

Dolarhyde gruñó y se agarró la cara y los anzuelos triples se incrustaron también en su mano. Con una mano libre y otra sujeta a la cara por los anzuelos, tironeó del cuchillo y salió en pos de ella.

Graham rodó hacia un costado, se puso de rodillas, consiguió pararse y corrió con ojos desorbitados escupiendo sangre; corrió escapando de Dolarhyde, corrió hasta desplomarse.

Molly partió a la carrera hacia los médanos con Willy a la delantera. Dolarhyde los seguía, arrastrando la caña. Esta se enganchó en un arbusto y lo tironeó obligándolo a detenerse lanzando un grito, hasta que se le ocurrió cortar el hilo.

—¡Corre niño, corre niño, corre niño! No mires hacia atrás —exclamó

Molly. Sus piernas eran largas y empujaba al chico hacia adelante al escuchar cada vez más cerca el ruido de los arbustos que se quebraban.

Tenían noventa metros de ventaja cuando salieron de los médanos, sesenta cuando entraron a la casa. Corrió escaleras arriba. Se zambulló en el ropero de Will.

—Quédate aquí —le dijo a Willy.

Bajó para hacerle frente. Entró a la cocina luchando por poner el cargador.

Olvidó la posición de tiro y olvidó la mira, pero aferró con ambas manos la pistola y cuando la puerta se abrió violentamente le descerrajó un disparo en el muslo y le disparó a la cara cuando Dolarhyde resbaló hacia el piso mirándola y le disparó a la cara mientras estaba sentado sobre el piso y corrió hacia él y le disparó dos veces más en la cara mientras se desplomaba contra la pared. Con la cabeza caída y el pelo ardiendo.

Willy rompió una sábana y fue en busca de Will. Le temblaban las piernas y se cayó varias veces al atravesar el jardín.

Los agentes del alguacil y las ambulancias llegaron antes de que Molly pensara en llamarlos. Estaba dándose una ducha cuando entraron a la casa amparándose en sus armas. Se estaba refregando vehementemente las manchas de sangre y las astillas de hueso que tenía en la cara y en el pelo y no pudo contestar cuando un agente trató de hablar con ella a través de la cortina de la ducha.

Uno de los agentes recogió por fin el tubo del teléfono que seguía colgando y habló con Crawford que desde Washington había oído los disparos y los había llamado para que fueran allí.

—No sé, en este momento lo traen —dijo el agente. Miró por la ventana al ver pasar la camilla—. No me gusta mucho —agregó.

54

En la pared frente a los pies de la cama había un reloj con números lo suficientemente grandes como para poder ver la hora a pesar de los calmantes y el dolor.

Cuando Will Graham pudo abrir su ojo derecho vio el reloj y supo enseguida dónde estaba: en una sala de terapia intensiva. Sabía que debía observar el reloj. Su movimiento le indicaba que todo estaba pasando, que pasaría.

Para eso lo habían puesto allí.

Las agujas indicaban las cuatro. No tenía la menor idea si eran las cuatro de la mañana o las cuatro de la tarde, pero no le importaba siempre y cuando las agujas siguieran moviéndose. Cayó nuevamente en un profundo sopor.

El reloj indicaba las ocho cuando abrió nuevamente el ojo.

Había alguien junto a él. Giró cuidadosamente el ojo y vio a Molly mirando por la ventana. Estaba delgada. Trató de hablar, pero sintió un terrible dolor en el costado izquierdo de su cabeza al mover la mandíbula. Su cabeza y su pecho no palpitaban al unísono. Era más bien un ritmo sincopado. Hizo un ruido cuando ella salió del cuarto.

Se veía cierta claridad por la ventana cuando lo incorporaron, lo tironearon y le efectuaron unas curaciones que por poco le hacen estallar los tendones del cuello.

La luz era amarilla cuando vio la cara de Crawford observándolo.

Graham consiguió guiñar el ojo. Cuando Crawford sonrió pudo ver un pedacito de espinaca entre sus dientes.

Qué raro. Crawford rara vez comía verduras.

Graham movió su mano sobre la sábana indicando que quería escribir. Crawford le deslizó su agenda bajo la mano y le colocó un lápiz entre los dedos.

«¿Cómo está Willy?» —escribió.

—Muy bien —contestó Crawford—. Y Molly también. Estuvo aquí mientras dormías. Dolarhyde está muerto, Will. Te lo juro. Está muerto. Yo mismo tomé sus huellas y Price las comparó. No cabe la menor duda. Está muerto.

Graham dibujó un signo de interrogación en la página.

—Ya te lo contaré. Estaré por aquí y te contaré todo con lujo de detalles cuando te sientas bien. Sólo puedo verte cinco minutos.

«Ahora» —escribió Graham.

—¿El médico habló contigo? ¿No? Pues te contaré sobre ti en primer lugar… quedarás perfectamente bien. Tienes el ojo cerrado por un gran edema que se formó al recibir la puñalada en la mejilla. Te lo arreglaron pero demorará un tiempo en quedar bien. Te extirparon el bazo. Pero ¿quién precisa un bazo? Price dejó el suyo en Birmania en 1941.

Una enfermera golpeó el vidrio.

—Debo irme. Aquí no respetan credenciales ni nada. Te echan a patadas cuando pasa la hora. Te veré luego.

Molly estaba en la sala de espera de la unidad de terapia intensiva, donde aguardaban además numerosas personas con caras de cansancio.

Crawford se acercó a ella.

—Molly.

—Hola Jack —dijo ella—. Tú sí tienes buen aspecto. ¿Quieres darle un trasplante de cara?

—Por favor, Molly.

—¿Lo miraste?

—Sí.

—Yo creí que no iba a poder mirarlo, pero lo hice.

—Va a quedar bien. El médico lo dijo. Pueden hacerlo. ¿Quieres que alguien te acompañe, Molly? Vine con Phyllis, ella…

—No. No hagas nada más por mí.

Buscó un pañuelo de papel. Crawford vio la carta cuando abrió la cartera: un elegante sobre violeta igual al que había visto en otra oportunidad.

A Crawford no le gustaba nada lo que debía hacer, pero no podía evitarlo.

—Molly.

—¿Qué pasa?

—¿Will recibió una carta?

—Sí.

—¿Te la entregó la enfermera?

—Sí, ella me la dio. Tienen además unas flores que le enviaron desde Washington sus amigos.

—¿Puedo ver la carta?

—Se la entregaré a él cuando se sienta con ganas de leerla.

—Déjame verla, por favor.

—¿Por qué?

—Porque no le conviene recibir noticias de esa persona.

Había algo extraño en la expresión de su cara, miró nuevamente la carta y la dejó caer junto con la cartera y todo su contenido. Un lápiz de labios rodó por el piso.

Al agacharse a recoger las cosas de Molly, Crawford oyó el ruido de sus tacones al alejarse ella apresuradamente, abandonando la cartera.

Crawford le entregó la cartera a la enfermera de turno. Sabía que era prácticamente imposible que Lecter consiguiera lo que precisaba, pero no quería correr riesgo alguno con él.

Logró que un médico interno hiciera una revisión fluoroscópica de la carta en la sala de rayos. Crawford cortó el sobre en sus cuatro costados con un cortaplumas y revisó la superficie interior y la de la carta en busca de alguna mancha o polvillo. En el Chesapeake Hospital probablemente utilizaban lavandina para limpiar y había además una farmacia.

Sólo cuando quedó satisfecho de la inspección procedió a leerla.

Querido Will:

Aquí estamos, usted y yo, padeciendo en nuestros respectivos hospitales. Usted con su dolor y yo sin mis libros… el inteligente doctor Chilton se encargó de ellos.

¿No le parece Will que vivimos en una época primitiva? Ni salvaje ni erudita. Y su maldición son las medias tintas. En cualquier sociedad racional me matarían o me devolverían los libros.

Le deseo una rápida convalecencia y espero que no quede muy feo. Pienso a menudo en usted.

Hannibal Lecter

El médico interno miró su reloj.

—¿Me necesita para algo más?

—No —contestó Crawford—. ¿Dónde está el incinerador?

Molly no estaba en la sala de espera ni dentro de la sala de terapia intensiva cuando Crawford volvió a las cuatro horas para el siguiente período de visitas.

Graham estaba despierto. Dibujó enseguida un signo de interrogación en el bloc y debajo escribió:

«¿Cómo murió Dolarhyde?».

Crawford le contó. Graham permaneció inmóvil durante un minuto. Luego escribió:

«¿Cómo huyó?».

—Bien —respondió Crawford—. Volvamos a St. Louis. Dolarhyde debe de haber ido a buscar a Reba McClane. Entró al laboratorio mientras estábamos nosotros allí y debe de habernos visto. Sus huellas quedaron en una ventana abierta del cuarto de la caldera según me informaron ayer.

Graham garabateó nuevamente en el papel.

«¿Y de quién era el cadáver?».

—Pensamos que era un sujeto llamado Arnold Lang; ha desaparecido. Encontraron su automóvil en Memphis. Había sido robado. Me queda sólo un minuto antes de que me echen. Permíteme que te lo cuente en orden.

»Dolarhyde advirtió nuestra presencia allí. Se escabulló del laboratorio y se dirigió a una estación de servicio de Servco Supreme ubicada en Lindberg y la ruta 270. Arnold Lang trabajaba allí.

»Reba McClane nos contó que Dolarhyde tuvo una discusión con un empleado de una estación de servicio el sábado anterior. Suponemos que era Lang.

»Liquidó a Lang y llevó el cadáver a su casa. Entonces fue en busca de Reba McClane. En ese momento estaba parada en la puerta de su casa besando a Ralph Mandy. Le descerrajó un tiro a Mandy y lo arrastró hasta el cerco.

La enfermera entró.

—Por el amor de Dios, es un asunto policial —dijo Crawford. Siguió hablando rápidamente mientras la enfermera lo tironeaba de la manga de la chaqueta hacia la puerta—. Cloroformo a Reba McClane y la llevó a la casa. El cadáver ya estaba allí —agregó Crawford desde el pasillo.

Graham tuvo que esperar cuatro horas para saber la continuación.

—La entretuvo un rato, ¿sabes? «Te mataré o no te mataré», ese tipo de cosas —dijo Crawford al trasponer la puerta.

»Ya conoces el cuento de la llave que colgaba de su cuello… eso era para asegurarse de que ella tocaría el cadáver. Así podría contarnos que realmente lo había tocado. Muy bien, él sigue hablando hasta que por fin le dice «No puedo tolerar verte morir quemada» y entonces le revienta la cabeza a Lang con una escopeta de calibre doce.

»Lang era mandado hacer. No tenía dientes además. Tal vez Dolarhyde sabía que el arco maxilar resiste muchas veces el fuego, nadie puede decirnos lo que sabía. De todos modos, Lang no tenía mandíbula alguna cuando Dolarhyde terminó con él. El disparo separó la cabeza del cuerpo y debe de haber tirado una silla y otra cosa al piso para simular el impacto de un cuerpo que caía. Y colgó la llave del cuello de Lang.

»Reba comenzó entonces a dar vueltas en busca de la llave. Dolarhyde la observaba desde un rincón. Ella estaba ensordecida por el disparo de la escopeta. No podía oír los pequeños ruidos que hacía Dolarhyde.

»Encendió un fuego pero esperó hasta acercarle la nafta. Tenía un recipiente con nafta en el cuarto. Reba consiguió salir sin problemas de la casa. Si el miedo la hubiera inmovilizado o si hubiera tropezado con una pared u otra cosa, pienso que él la habría dormido de un golpe y arrastrado afuera. Ella nunca habría sabido cómo consiguió salir. Pero tenía que salir para que el plan de Dolarhyde funcionara. Oh, diablos, ya viene otra vez la enfermera.

—«¿En qué vehículo?» —escribió rápidamente Graham.

—Esto es digno de admiración —señaló Crawford—. Sabía que debía dejar su furgoneta en la casa. No podía tampoco llegar allí conduciendo dos automóviles al mismo tiempo y precisaba uno para escapar. Entonces hizo lo siguiente: obligó a Lang a enganchar su furgoneta al remolque de la estación de servicio. Mató a Lang, cerró la estación de servicio y remolcó su automóvil hasta la casa. Dejó el remolque en un camino de tierra que pasa por detrás de la casa, se metió en su furgoneta y partió en busca de Reba. Cuando vio que Reba conseguía salir de la casa, buscó la caja con la dinamita, acercó el bidón de nafta al fuego y huyó por la parte de atrás, condujo otra vez el remolque hasta la estación de servicio, lo dejó y partió en el automóvil de Lang. Como verás, ningún cabo suelto.

»Casi me vuelvo loco tratando de pensar cómo había ocurrido. Pero sé que es así porque dejó unas huellas en la barra de remolque.

»Posiblemente nos cruzamos con él en el camino cuando nos dirigíamos a la casa. Sí, señorita. Ya voy. Sí, señorita.

Graham quiso preguntarle una cosa pero ya fue demasiado tarde.

Molly entró durante el próximo turno de visitas.

Graham escribió «Te quiero», en la agenda de Crawford.

Ella asintió y le tomó la mano.

Un minuto después escribió nuevamente:

«¿Está bien Willy?».

Molly movió afirmativamente la cabeza.

«¿Está aquí?».

Ella levantó demasiado la vista del papel. Le tiró un beso y señaló a la enfermera que se aproximaba.

Él le agarró el pulgar.

«¿Dónde?», insistió subrayando dos veces la palabra.

—En Oregón —contestó ella.

Crawford entró una última vez.

Graham tenía ya preparada su nota. En ella había escrito «¿Dientes?».

—Eran los de su abuela —le explicó Crawford—. Los que encontramos en la casa eran los de su abuela. La policía de St. Louis localizó a un tal Ned Vogt, la madre de Dolarhyde era su madrastra. Vogt vio a la señora Dolarhyde cuando era niño y jamás olvidó sus dientes.

»Eso era lo que quería contarte cuando te atacó Dolarhyde. Acababa de recibir una llamada del Instituto Smithsoniano. Consiguieron finalmente que las autoridades de Missouri les cedieran los dientes para poder examinarlos por pura curiosidad. Advirtieron que la parte superior estaba hecha con vulcanita en lugar de acrílico, como se fabrican actualmente. Hace treinta y cinco años que nadie realiza una dentadura con vulcanita.

»Dolarhyde se hizo hacer una copia exacta para su uso. Los nuevos se encontraron en su cuerpo. Después de haber estudiado ciertos detalles, la estrías y los pliegues, llegaron a la conclusión de que habían sido fabricados en China. Los viejos eran suizos.

»Encontraron además en su ropa la llave de un local de Miami. Allí había guardado un libro enorme. Una especie de diario, algo infernal. Lo tengo guardado para cuando quieras mirarlo.

»Oye, viejo, tengo que volver a Washington. Vendré nuevamente aquí el fin de semana si consigo escaparme. ¿Estarás bien?

Graham dibujó un signo de interrogación pero enseguida lo tachó y escribió «Por supuesto».

La enfermera entró no bien salió Crawford. Le inyectó Demerol en el suero intravenoso y los números del reloj empezaron a hacerse borrosos. No podía ver qué marcaba la aguja grande.

Se preguntó si el Demerol actuaría sobre los sentimientos. Podría retener a Molly durante un tiempo. Por lo menos hasta que terminara de recuperarse. Eso sería una jugada sucia. ¿Retenerla para qué? Sintió que el sopor lo invadía. Esperaba no soñar.

Su sopor estaba matizado por recuerdos y sueños, pero no era una sensación desagradable. No soñó que Molly lo abandonaba ni soñó con Dolarhyde. Era un largo sueño rememorativo de Shiloh[2], interrumpido por luces que le iluminaban la cara y el bombeo del tensiómetro.

Era primavera, poco después de haber dado muerte a Garret Jacob Hobbs y estaba en Shiloh.

En ese tibio día de abril cruzó el camino de asfalto en dirección a Bloody Pond. El pasto nuevo, que conservaba aún el tono verde claro, cubría la loma hasta el borde del agua. El agua transparente había subido de nivel, tapando el pasto, que era visible bajo la superficie, dando la impresión de que seguía extendiéndose hasta tapizar el fondo de la laguna.

Graham sabía lo que había ocurrido allí en abril de 1862.

Se sentó sobre el pasto, sintiendo la humedad del suelo a través de sus pantalones.

Pasó un turista en un automóvil y casi inmediatamente Graham vio algo que se movía en la ruta. El vehículo había pisado una culebra. El ofidio se retorcía haciendo interminables ochos sobre sí mismo, mostrando alternativamente su dorso oscuro y su vientre amarillento.

La sobrecogedora presencia de Shiloh le producía ligeros escalofríos a pesar de estar transpirando por el fuerte sol de primavera.

Graham se levantó. Los fondillos del pantalón estaban húmedos y se sentía algo aturdido.

La culebra seguía retorciéndose. Se paró sobre ella, la agarró de la punta suave y seca de la cola y con un movimiento rápido y fluido la hizo restallar como un látigo.

Sus sesos cayeron en la laguna. Un pez se apresuró a ingerirlos.

Había pensado que Shiloh era un lugar embrujado y su belleza siniestra como los lirios.

Mientras pasaba del calor de los narcóticos a los recuerdos, advirtió que Shiloh no era algo siniestro; era indiferente. La bellísima Shiloh podía presenciar cualquier cosa. Su imperdonable belleza sencillamente subrayaba la indiferencia de la naturaleza, esa Máquina Verde. El encanto de Shiloh se burlaba de nuestra condición.

Abrió el ojo y miró el absurdo reloj, pero no pudo dejar de pensar:

«No existe misericordia en la Máquina Verde; nosotros la creamos, fabricándola en las partes que han superado nuestro elemental cerebro de reptil».

«No existe el crimen. Nosotros lo fabricamos y sólo a nosotros nos incumbe».

Graham sabía perfectamente bien que estaban en él todos los elementos para cometer un crimen; y tal vez también los necesarios para obrar con misericordia.

Era consciente, no sin cierto desagrado, de que comprendía demasiado bien los motivos de un crimen.

Se preguntaba si dentro de la vasta humanidad, en las mentes de los hombres empeñados en civilizar, los perversos instintos que controlamos en nuestras personas y el oscuro e innato conocimiento de esos instintos, funcionan como los virus contra los que el organismo se defiende.

Se preguntó si son viejos y espantosos instintos los virus con que se fabrican las vacunas.

Sí, había estado equivocado respecto a Shiloh. Shiloh no está embrujado… los hombres están embrujados.

A Shiloh no le importa.

> *Me propuse, pues, en mi ánimo conocer la sabiduría, y asimismo la necedad y la insensatez; y aprendí que también esto es correr tras el viento.*
>
> ECLESIASTÉS



THOMAS HARRIS (Jackson, Tennessee, EE. UU., 11 de abril de 1940). Escritor estadounidense célebre por ser el autor de la serie de novelas de suspense cuyo protagonista es el psiquiatra caníbal Hannibal Lecter, adaptadas al cine en cinco películas y una serie de televisión.

Hijo único de un ingeniero eléctrico, Harris nació en Jackson, Tennessee, pero se mudó a Rich, Mississippi, siendo niño. Asistió a la bautista Baylor University en Waco, Texas, donde en 1964 se licenció en lengua inglesa. Mientras estaba en la universidad trabajó como reportero en el periódico local, el *Waco Tribune-Herald*, donde cubrió los casos de sucesos y policiales. Se mudó en 1968 a Nueva York para trabajar en la agencia *Associated Press* hasta 1974, cuando comenzó a escribir su primera novela, *Domingo Negro*.

Su novela más famosa es *The Silence of the Lambs* (1988), siendo adaptada al cine en 1991 con título homónimo, y nominada en los Premios Óscar de 1991 a 7 candidaturas, de los cuales obtuvo los 5 premios principales de estos galardones.

Notas

[1] Este poema fue encontrado después de la muerte de Blake junto con impresiones de los grabados para los *Cantos de la Experiencia*. Aparece solamente en las ediciones póstumas. <<

[2] Shiloh: Parque Nacional en el S.O. de Tennessee, EE.UU. Escenario de una importante batalla de la Guerra Civil. <<

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Sobre el autor

Notas